


MANUEL RÍOS SAN MARTÍN

A circular frame containing a man's face with a forehead crack and a woman's arm with a tattoo.

CÍRCULOS

Os voy a joder la vida. A todos.

SUMA

Un thriller diferente y aterrador que tiene a la televisión, las redes sociales y las tribus urbanas antisistema como protagonistas.

En Londres, en una sociedad hiperconectada en la que la gente vive obsesionada por la pequeña pantalla, la violencia y las redes sociales, un concursante muere en directo en un programa de televisión. Inmediatamente se convierte en trending topic mundial. ¿Podría ser intencionado?

El inspector Jellineck, un policía desencantado, áspero y harto de la

vida se hace cargo de la investigación. Es el único que piensa que el incidente puede ser algo más serio de lo que parece.

Patrizia, una chica en guerra con el mundo, está convencida de que es necesario hacer algo rotundo y se vincula a un grupo de jóvenes activistas que quieren cambiar el rumbo de la sociedad.

Y entonces, una interferencia en la señal de televisión anuncia:

«Os voy a joder la vida. A todos.»

Círculos es una novela interactiva en la que el lector tendrá la

oportunidad no solo de leer el texto, sino de completar la experiencia lectora con acceso a redes sociales y documentación online

Más libros en www.DESMIX.net

A Irene, Daniel, Pablo y
Susana,
por tantas horas de no estar con
ellos.



*Ser pura imagen visual seductora, sin
cuerpo.*

Jesús González Requena^[1]

Ya nos lo habían advertido, en los finales de la década de 1980 y los inicios de la de 1990 Lagartija Nick, Miguel Ríos, Max Headroom, Horacio Altuna y el profesor González Requena. Y antes, Iván Zulueta.

No hicimos caso.

*Todo es tan vacío como tan artificial,
todo está en la retina de la realidad
virtual,
todo está en el escáner, en la imagen
digital,
el sonido Panasonic de nuestra
generación dual.
Joven, viejo, cerca, lejos,
soy el párpado del puercoespín.*

*En el satélite no hay nueva dimensión,
en el satélite el mundo es una gran
bola de confusión.*

Lagartija Nick (Antonio Arias), *Satélite*.
www.circuloslanovela.com/proyecto

Círculos transcurre en un futuro cercano y en una gran capital europea, Londres, en la que el clima se ha extremado. Hay más contaminación que en la actualidad, más virus, más problemas de inmigración, más violencia, más tensión social, más miedo en la gente... Y más obsesión por la tecnología, por Internet, por la televisión, por las redes sociales. Pero no es un futuro de ciencia ficción con naves que vuelan, robots... Es un entorno reconocible.

CIRCULO 1



«Se sentía demasiado angustiada. Su inquietud clausuraba el futuro y todas las posibilidades que contuviera. Y

pensaba: “Si Rick estuviera aquí, me haría marcar el 3, y eso me infundiría el deseo de marcar algo importante, como júbilo incontenible, o quizás un 888: deseo de ver televisión sin reparar en el programa. Me pregunto qué programa habrá... Y adónde habrá ido Rick”».

PHILLIP K. DICK

Sueñan los androides con ovejas eléctricas

I

Al principio todo era caos y confusión, viento y oscuridad —vocifera un telepredicador latinoamericano en un televisor 4K de ultra alta resolución—, pero Dios navegaba por encima de las aguas y dijo: “Haya luz”, y ¡¡hubo luz...!!».

Varios monitores OLED de diferentes pulgadas iluminan una habitación en penumbra. El sonido no está alto y se entremezcla con unos jadeos de fondo. Se oyen noticias: un resumen de la actualidad del año en un

montaje trepidante a ritmo de rock. El color de la imagen es saturado, plano, intenso, sin textura. La presentadora se dirige a cámara con total seguridad. Tiene el pelo corto, rubio, los labios rojos, es una experta locutora. Pero está hablando de la basura.

«La huelga dura ya cinco semanas. En las calles se acumulan los desperdicios de toda la ciudad por falta de servicios mínimos...».

Se ven imágenes nocturnas del centro de Londres cubierto por montones de desechos; bajo la lluvia, algunos vagabundos buscan algo que aún sea comestible, mientras un grupo de trabajadores exaltados esparce el

contenido de las bolsas por el suelo para aumentar el conflicto e intentar que el gobierno acceda a sus pretensiones.

La locutora explica que el olor en la ciudad es cada vez más insoportable. Desde 1858 no se había dado una situación como esta. En esa ocasión, el sistema de canalización de residuos humanos no estaba preparado para el intenso calor que hizo durante el verano. Esa peste se conoció como el Gran Hedor y todavía se recuerda. Lo que no dice es que los ciudadanos viven en una náusea permanente. Todos mantienen las ventanas cerradas. Solo las pantallas siguen abiertas.

Aquí están encendidos un ordenador

de mesa con pantalla de grafeno flexible y un iPad 12 Space, apoyado en el sofá. Ambos reproducen, sin apenas sonido, vídeos diferentes: chavales haciendo *parkour*, animales encerrados en jaulas, peces.

«Se recomienda a la población que no consuma pescado que no haya sido ultracongelado en alta mar. El aumento espectacular de las infecciones por el gusano anisakis ha provocado, en lo que va de año, más muertes que los accidentes de carretera. El parásito produce una reacción anafiláctica en el ser humano...».

Ahora es un presentador joven el que aparece en un nuevo canal, esta vez

de Internet. Habla a cámara delante de un croma. Lleva el pelo trasplantado, sonríe demasiado, tiene bien aprendido su papel de tonto narcisista. Da paso a un concurso de supervivencia en el que se abandona a dos parejas desnudas en el desierto del Kalahari para que salgan de ahí sin más ayuda que la de un cuchillo, una cámara y una lata del refresco que patrocina el programa.

Se cambia nuevamente el canal. Autopromoción de una cadena: Ondaseven.

«Cuando creías haberlo visto todo en *reality*... —susurra una voz en *off* mientras se suceden imágenes de Gran Hermano: gente discutiendo, haciendo el

vago y pegándose—, llegó *Darkestetic*». Un clip muestra cómo unos concursantes se someten a distintas intervenciones de cirugía estética que les van convirtiendo paso a paso en seres grotescos, casi ridículos. El ganador, que tiene las orejas enormes y un implante en la barbilla que le llega casi al centro del pecho, recibe dos fajos de billetes. A continuación se le ve protagonizando su propia *webserie*. «Pero ahora... —añade la voz con tono grave tras una estudiada pausa, mientras, con un efecto digital, se va formando el rostro de una chica tumbada en su cama, a punto de llegar al orgasmo—, lo más íntimo, lo más sensual, el espectáculo de

la intimidación: *Plaisir*. Porque usted tiene derecho a ¡sentir!».

Un bonobo cuelga ahorcado en una jaula. En el Samsung más pequeño de la estantería, de manera casi inaudible, la conductora del programa dice que, aunque parezca extraño, todo apunta a que el simio se ha suicidado. El cuidador a quien entrevista describe cómo le vio colgarse de la cuerda y dejarse morir sin que pudiera llegar a tiempo de evitarlo. En los últimos meses, múltiples mascotas han muerto en circunstancias similares. Según explica, los perros están empezando a arrojar desde los balcones de sus casas y los pájaros sacan las cabezas entre los

barrotes de las jaulas y se dejan morir. «Los etólogos —añade la locutora sin saber muy bien lo que son realmente— no comprenden este tipo de conductas. Reconocen que, en efecto, se dan casos de suicidios en animales, pero solo para salvaguardar al grupo. Las hormigas kamikazes, por ejemplo, explotan su abdomen lleno de ácido, como si fuesen chalecos bomba, en caso de invasión de su hormiguero. Para la comunidad científica, lo sucedido en estos últimos meses no tiene ningún sentido biológico».

En frente del monitor principal, casi a oscuras, está Patrizia. Las luces de las

pantallas iluminan su figura de manera desigual produciendo contraluces en movimiento. Ya no es una quinceañera, aunque podría aparentarlo. Viste una camiseta negra, corta y ceñida, y unos culotes deportivos. En realidad, el top es un dispositivo portátil inteligente que controla la actividad cardiaca y el estado de ánimo conectado mediante *bluetooth* con una aplicación de su tableta. Lleva el pelo cortado al uno. Es guapa y fibrosa, no le sobra grasa ni músculo. Culo firme y bonitas caderas. En el cuerpo le gusta llevar expresiones escritas con rotulador, no tatuadas: «special girl», «destroy the world»..., y las va variando según su estado de

ánimo. Hoy en su vientre pone «fuck you». Casi siempre pone «fuck you».

Una barra de hierro atraviesa de un lado al otro el hueco de una de las puertas de la casa. Está haciendo abdominales colgada por los tobillos, como si le fuese la vida en ello. Se mueve de manera violenta y sexual. Le duele y eso le motiva; necesita ser consciente de su cuerpo, de sus músculos, de sus venas, de su piel, de sus límites. Saber que existe, que está presente, que es real. Que no es una imagen de la televisión. Lleva unos cascos en los que escucha una canción antigua de Violent Femmes a un volumen excesivo. Le retumba la letra en su

cabeza: «Beautiful girl, lovely dress / High school smiles, oh yes / Beautiful girl, lovely dress / Where she is now I can only guess / ‘Cause it’s gone, daddy, gone / Your love is gone / Yeah, it’s gone, daddy, gone / Your love is gone».

No se permite pensar en nada cuando hace ejercicio. Solo sentir. La música a todo volumen le ayuda. Suda en abundancia y las gotas le resbalan por la piel hasta caer al suelo. El hedor de las basuras de la calle reptan hasta el interior del apartamento y penetra en su cerebro: el olor estimula su adrenalina.

Fuera llueve mucho. Hace frío y las gotas golpean con fuerza el tragaluz que hay en el techo. Patrizia vive en un

garaje antiguo transformado en un *loft*. Las vigas de metal que sustentan el edificio están a la vista. En la reforma nadie se preocupó de ocultarlas. Por eso lo eligió, porque se veían, porque estaban viejas y sucias, porque le recordaban su estado de ánimo. En las paredes hay fotos de niños atormentados con frases escritas en sus cuerpos en distintos idiomas: «la muerte mola», «mi puta madre», «good day to die»... Los chavales tienen los ojos grandes, los cuerpos pequeños y los huesos marcados. Patrizia no sabe bien qué le inspiran más, si pena o miedo. Son retratos desagradables, pero bellos. La estética es importante para ella. Sus

cosas están colocadas de una manera intencionadamente anárquica: pantallas de televisión, pesas, fotos, ordenadores, ropa, llaves inglesas, más fotos, más pantallas. Le ha costado mucho ser como es, mucho esfuerzo y muchas discusiones con su madre, con sus profesores, con su chico.

En el monitor grande de la sala se muestra un grupo de hombres y mujeres desnudos y envueltos en celofán como si fuesen carne congelada en un supermercado. Están tendidos sobre la acera y la gente los mira sin demasiado interés. Denuncian el abuso de los alimentos transgénicos ante la puerta del

Ministerio de Medio Ambiente, Alimentación y Asuntos Rurales. La locutora habla, pero a Patrizia le da igual; tiene un mando a distancia en la mano y va zapeando mecánicamente, sin detenerse en sus ejercicios. Se suceden imágenes nocturnas de la ciudad: obras, excavadoras, túneles, derrumbamientos, algún incendio por culpa de las obras, imágenes genéricas de apocalipsis. El locutor informa de que, por culpa de unos trabajos de reparación, se ha hundido parcialmente el túnel de Blackwall, que une Londres con Greenwich por debajo del Támesis... Nuevo cambio de canal.

«Ha aparecido calcinado el cadáver

de una niña de tres años, víctima de malos tratos por parte de su padre adoptivo».

Patrizia se descuelga con un movimiento rápido, desenganchando sus pies de la barra. Se quita los cascos y se queda un instante escuchando la noticia. Cambia de cadena varias veces. No quiere saber qué ha pasado con la niña. Encuentra un concurso. *El Especialista* es un *gameshow* con rivales de diversos países que se emite en toda Europa los viernes por la noche en el mejor horario. Puede llegar a tener una audiencia de más de veinte millones de personas en directo, sin contar descargas de Internet, reemisiones, tabletas o móviles ni VOD.

En el televisor se ve a Patrick Shultheiss, un *showman* atractivo a pesar de no cumplir ya los cuarenta. Pelo rubio y flequillo vistoso. Viste de gris marengo. Es elegante. Y muy famoso. El estudio 3, donde está montado el decorado, es el mejor de la cadena. Más de mil trescientos metros cuadrados. Oscuro, en tonos azules y rojos, con detalles de neón y luces que giran e iluminan distintos sectores: el público, los familiares de los competidores, la zona de pruebas. El conductor del programa se sitúa debajo de un foco y habla sonriendo. No es el habitual personaje de la prensa rosa; tiene personalidad, suena frívolo e

ingenioso, una combinación deliberada que parece haber logrado sin esfuerzo. Está presentando una especie de *Scavengers*^[2] contemporáneo, con incrustaciones en directo en 3D para los fondos. Consiste en una sucesión de desafíos físicos: trepar por paredes imposibles, saltar tramos con engranajes en movimiento, rescatar objetos de urnas con cocodrilos. El atractivo no reside en la novedad de las pruebas, sino en la cuantía de los premios en esta época de crisis, y también en el cuidado de los detalles. La tecnología permite un resultado espectacular. Nada que ver con esos concursos ordinarios tipo *Fear Factor*^[3] donde se jactan de hacer beber

semen de burro a los participantes.

Shultheiss sube a una plataforma mecánica que le eleva unos metros sobre el escenario y da paso a la última fase de la competición, la más interesante, donde se desarrolla el reto más caro. Está patrocinada por un producto de limpieza innovador que quita las manchas sin estropear los tejidos y sin necesidad de usar agua. La prueba se verá a la vuelta de dos minutos de publicidad.

Patrizia vuelve a cambiar de canal. Zapea con rapidez por varias emisoras. Una nueva polémica en torno al edificio The Shard; contaminación en Londres; más aplicaciones para los

smartwatches; violencia de género; la independencia de Escocia; gripe equina en Eurasia, con la muerte de miles de caballos; atentado en el parlamento de Túnez; la nueva *killer feature* de Apple; una nueva droga sintética; programas sobre la decadencia de la Familia Real. Decide sintonizar de nuevo *El Especialista*, a pesar de no ser una seguidora asidua. Se seca el sudor con una toalla y toma un poco de bebida isotónica preparada por ella. No consume bebidas comerciales, nada de Aquarius o Powerade. Mucho menos Red Bull y similares. Le basta con reponer líquidos y minerales. No le interesan las sustancias que trastocan su

estado de ánimo. Ni siquiera el café.

«Vamos a pasar a la prueba final de hoy —dice el presentador flanqueado por dos guapas señoritas ligeras de ropa. Hay recursos que nunca cambian en el mundo televisivo—. Si nuestro finalista gana, tendrá derecho a una casa en Miami. ¡El premio estrella!».

Se difunden algunos planos de un apartamento soleado. Es pequeño, aunque bien decorado y moderno. Apetece tenerlo. No es la vivienda que le corresponderá al vencedor, pero nadie se va a dar cuenta. La del premio es un poco más pequeña y mucho menos luminosa. De algún sitio tiene que ahorrar el departamento de producción.

Patrizia se quita la camiseta empapada por el ejercicio y la tira al sofá. No se fija en que sus constantes vitales son enviadas al iPad gracias a una aplicación de Apple. Se seca de nuevo con una toalla. Tiene el pecho perfecto, joven. Encima de uno de los pezones tiene escrito un «sí» y sobre el otro, un «no». El sudor ha empezado a emborronar las frases que lleva en el resto del cuerpo. El «fuck you» está desdibujado y casi no se puede leer el «special girl» de su espalda. Se mira y frota con cierta rabia la palabra «sí». No sabe por qué. Hoy está más inquieta de lo habitual y simplemente le incomoda llevarlo escrito ahí, en su

piel. Coge su iPhone *hackeado* y se fotografía el texto del vientre. En una primera impresión podría parecer una instantánea sensual, casi erótica, pero transmite mucho más: que algo la revuelve por dentro, que no está conforme con esta ciudad, con este mundo, consigo misma. Fuck you. Gracias a la tecnología *force touch* retoca la foto con mucha precisión en Instagram. Domina la aplicación, sus dedos se mueven rápido. Elige *Ludwig* como efecto, desenfoca los bordes y la sube a Internet. Tiene cuatro mil trescientos cincuenta y un seguidores. Ella no sigue a nadie. Ahora cuatro mil trescientos cincuenta y dos. Al momento,

doscientas treinta y cuatro personas repartidas por el planeta dan al botón que indica que les gusta la nueva fotografía. Cambia el móvil por el mando a distancia. Va a buscar otro canal justo cuando la cámara muestra un acuario enorme con dos tiburones toro en su interior. Decide seguir con el concurso. De fondo, en las calles, se escuchan algunas sirenas de policía.

En el estudio 3, Shultheiss se acerca con Paul Nipkow, el finalista, al depósito de agua. Lo señala sin perder la sonrisa.

—¡El reto de hoy consiste en rescatar de este gran acuario la llave del apartamento de Miami!

La persona de producción encargada de animar al público de las gradas hace bien su trabajo y consigue que los espectadores vitoreen entusiasmados. Paul Nipkow mira a los tiburones. Impresionan. Son dos hembras de tres metros y medio cada una. Dos animales traídos de las aguas de Florida. Es una casualidad que el regalo de hoy sea una casa en Miami. Otras criaturas más pequeñas, los peces piloto, nadan sin importunar a los escualos; tienen unas franjas blancas y negras que recuerdan vagamente a las de las cebras. Acostumbran a viajar al lado de los superdepredadores aprovechándose de los restos de comida que estos dejan. En

ocasiones, se meten en su boca para limpiarles los dientes sin temor a ser devorados. Hay también dos buzos preparados por si fuera necesaria su intervención. La llave objeto de la prueba está escondida en uno de los pequeños cofres que reposan en el fondo del agua a cinco metros de profundidad. No se sabe en cuál. El estanque es muy bonito, está bien ambientado, con muchas plantas y con corales negro y fuego. En cámara da como si fuese un fragmento de arrecife extraído del océano. Contiene caballitos de mar, anémonas, esponjas y erizos. Con un efecto digital hecho en directo, desaparecen los límites de los cristales

y se crea la sensación de que el conjunto está en medio del mar. El resultado conseguido por las nuevas mesas de mezclas es impactante. Sube la música y entra el cartel del patrocinador del programa, ese «producto de limpieza de vanguardia».

Juan Mendes es uno de los seis auxiliares de producción que hay en el concurso. No es especialmente atractivo, pero se comporta como si lo fuera. Se cuida mucho el pelo y va al gimnasio sin demasiado éxito. No consigue que se le marquen los músculos como al resto de sus colegas; es demasiado delgado. Y no sabe vestir. Cuando nadie lo ve, manda tuits. Se ha

abierto una cuenta anónima y aprovecha su buena situación en las grabaciones para enviar fotos peculiares y algo provocativas de las interioridades de los famosos. Cotillea sobre sus caprichos y manías, sobre sus romances secretos. No le dejaron gestionar las *companion apps* del programa y esto es parte de su venganza. Y le encanta tener cada vez más seguidores. Esta semana ha alcanzado los veintitrés mil gracias a su perfil @auxtv. Su ego está desbordado y sufre, incapaz de satisfacer la necesidad de ser popular. No soporta estar detrás de las cámaras mientras tanto inútil está delante. Esto es lo que opina de Shultheiss: que no vale

para presentar *El Especialista*. Pero se equivoca. Shultheiss es brillante; no reconocerlo es solo una consecuencia de la envidia.

Manda un tuit.



@auxtv - 3 s

Más de 2 horas de maquillaje para que Patrick Shultheiss pueda salir en pantalla.

#ElEspecialista23

#patetico

Su mensaje enseguida provoca un encendido debate de ciento cuarenta caracteres entre seguidores y *trolls*.

Encima del estudio 3, aunque sin visión directa, está el control de realización. Desde ahí se decide el ritmo y las imágenes que se retransmiten. Es un espacio amplio, sin luz natural, lleno de monitores de diferentes tamaños. El realizador chasquea los dedos para que cambien el plano de los tiburones de «previo» a «programa». Y eso es lo que se ve en todas las casas. En otra de las pantallas está Shultheiss con una mirada inquietante. Nadie se fija en él, salvo la becaria encargada de la mesa de

mezclas, Susana Abril. Es bastante joven y, a pesar de su inexperiencia, muy profesional. Con la entrada en vigor en toda Gran Bretaña de los llamados *minijobs*, algunos recién licenciados como ella han tenido acceso a trabajos interesantes cobrando salarios ínfimos. Otros, ni eso. Desde hace años, el paro juvenil alcanza el cuarenta por ciento, y en algunos países del sur de Europa sobrepasa el sesenta y cinco.

—Anda que no están gordos los jodidos —comenta el realizador señalando el plano que quiere.

—Sí, tenemos que cambiar este final. Los tiburones pasan olímpicamente del tío que bucea y ya

canta demasiado. —El director está de acuerdo. Lleva mascarilla para no contagiar la gripe. Entre el público asistente bastantes personas la llevan también. Es una práctica normal—. Joder, si es que se comen dos atunes cada uno antes de empezar.

—Podemos meter unas sirenas en bikini que atraigan hacia el fondo al concursante y no le dejen respirar. Le da un toque sexy y resultaría agobiante.

—Sí, suena bien. Ya me imagino a Jessica de sirena.

Los técnicos ríen con ganas. Un cámara, que escucha por los cascos la conversación del control, da un plano del pecho de Jessica, una de las

azafatas. Ese plano no se ve en las casas. La única que no parece disfrutar de la ocurrencia machista es la becaria, que sigue fijándose en el presentador. Le da la sensación de que hay algo raro en él. Esos ojos concentrados. ¿En qué?

El participante ya está en el borde del acuario dispuesto a saltar. Se nota su nerviosismo; ignora que los tiburones están sobrealimentados. No lleva oxígeno ni traje de buzo. Sí aletas. Tiene un punto macarra. Le sobran algunos kilos, pero está en buena condición física; se aprecia que practica deporte. Mira el efecto digital que se produce en el croma y se siente en mitad del mar. El corazón se le acelera. Los dos

submarinistas están preparados a su lado.

—¿Qué tal están los padres del concursante? —pregunta con naturalidad Shultheiss girándose a cámara.

En el control de realización pinchan un enlace externo en el que una reportera habla con la madre, con el padre y con el hermano de Paul Nipkow. Una hermanita pequeña juguetea despistada en la habitación. Es el desliz que tuvo la pareja cuando ya no esperaba más descendencia y uno de los motivos por los que ahora andan tan mal de dinero. Están en la casa alquilada en la que vive toda la familia. Es una construcción pobre, de realojamiento, en un barrio de

las afueras. En el centro de Londres ya no viven más que millonarios asiáticos y árabes. En el salón familiar hay un monitor de última generación de más de cincuenta pulgadas. Ni libros ni cuadros, tan solo un par de fotos familiares y una radiografía prendida del marco de un espejo espantoso. La reportera habla mirando al objetivo en el que se ilumina la lucecita roja indicadora de que se está viendo esa transmisión en los hogares.

—Muy nerviosos por la prueba, Shultheiss. Y por el premio, claro.

—Pero no tocaba lo de los tiburones, ¿no?... Ay, pobre Paul. —La madre es la que está más preocupada.

—Gracias, Beth. Esta prueba es mi favorita. —Al presentador le encanta poner a los aspirantes en aprietos. Se gira a la pareja de Paul Nipkow que está entre el público—. ¿Nerviosa?

—Un poco, sí. Aunque Paul bucea bien. —El aspirante la observa mientras se ajusta las gafas y el tubo y trata de tranquilizarla con la mirada.

—Esto no es como sumergirse en el Caribe... Aquí hay menos contaminación. —Shultheiss se ríe de su propio chiste y mira de nuevo al posible ganador—. Tienes treinta segundos desde... ¡ahora!

Se oscurece el estudio y se contrastan mucho las luces. En el centro,

destaca el acuario iluminado y los focos giratorios que dan un toque psicodélico al ambiente. El chaval coge aire, salta al estanque y comienza a bucear. Ovación del público. Resulta emocionante, incluso suena una música en directo que añade tensión. La pareja de Paul, de pie, observa nerviosa lo que ocurre. Su familia, en casa, hace lo mismo. Juan manda un nuevo tuit con una foto del momento.



@auxtv - 3 s

La novia se está
cagando de miedo...

Literal. Je Je.
#ElEspecialista23

Patrizia se ha sentado en el sofá y se pone una camiseta seca. Está cansada por el ejercicio y con una desazón que no sabría explicar. No hay un motivo claro. Ha tenido un buen día, ha sobrepasado los objetivos en todas las tablas de ejercicios que tenía programadas. Considera que, quizá, le haya sentado mal lo que ha comido o, tal vez, sea ese olor de las basuras sin recoger desde hace cinco semanas. Se fija en Shultheiss; diría que sonrío de una manera inquietante. Estaría de

acuerdo con Susana, la becaria.

En el control están enfadados porque los tiburones no hacen nada, casi ni se acercan al concursante. Es un pez más, sin interés. No tiene la carne fibrosa de un atún. Los escualos captan las vibraciones del agua y los impulsos eléctricos que genera Nipkow, pero prefieren el pescado que les da su cuidador. La prueba siempre empieza bien y se desinfla poco a poco; al menos eso dicen los estudios de audiencia. Uno de los buzos está dentro del agua grabando con una cámara submarina. El realizador chasca los dedos y la mezcladora cambia el plano en emisión.

—Yo pensaba que lo del estanque no iba a ir hoy.

—Me lo pidió Shultheiss —dice el director—, ya sabes que le gusta mucho.

—Venga, tiburón, muévete un poquito al menos... —dice el realizador mirando su reloj Samsung de pantalla curva—, que tenemos que irnos a publicidad en tres minutitos... Venga, guapo.

—En dos treinta y cinco, treinta y cuatro...

Al finalista todavía le queda aire. Busca entre los cofrecitos del fondo hasta que, por fin, encuentra la llave. La enseña a cámara antes de empezar a subir. Está feliz. Lo ha conseguido

dentro del tiempo. Dos minutos para publicidad, todo va bien. Inesperadamente, uno de los tiburones reacciona ante los movimientos del reciente ganador del apartamento en Miami y se lanza contra él. Paul Nipkow lo ve venir, pero no puede reaccionar tan rápido. Solo le da tiempo a taparse con el brazo izquierdo, el que sujeta la llave. La hembra de tiburón toro, de tres metros y medio, desencaja las mandíbulas y cierra los ojos en el momento de morder. Le arranca la extremidad de una dentellada, ayudada por un movimiento brusco de cabeza. El agua azulada se tinte de rojo y la llave regresa al fondo del estanque. El

concurante se mueve aterrorizado, el aire se le escapa de los pulmones. Más sangre. Más vibraciones. Algo casi imperceptible cambia en el semblante del presentador al ver lo que está sucediendo. Algo que había permanecido dormido mucho tiempo despierta en su interior. El segundo tiburón también recibe las mismas señales de excitación, se lanza sobre Paul y le muerde las piernas. Salta al agua el otro submarinista con un pincho que dispara descargas eléctricas, pero llega, evidentemente, tarde. Shultheiss permanece aparentemente tranquilo en su posición. El director de fotografía le prepara siempre un precioso contraluz

en el que destaca su buena figura y le brilla el pelo desde atrás. Está muy orgulloso de su melena. Los detalles están muy cuidados. Es una producción cara y se nota. La novia de Paul Nipkow está a punto de desmayarse. Abre la boca, pero no sale ningún grito de su garganta. El resto del público sí chilla, generando un eco en el cerebro de la chica que hace todavía más irreal la situación. Arriba, en el control de realización, están alucinados y sin capacidad para reaccionar. Todo se está viendo en las casas a través de la señal de Ondaseven. La realidad es siniestra. Un espectáculo profano. Pura imagen visual, sin cuerpo.

Patrizia mira atenta el monitor. En apariencia, no acusa lo que sucede. Sin embargo, si no se hubiese quitado la camiseta inteligente, comprobaría que sufre una descarga de adrenalina que contrae sus vasos sanguíneos, incrementa los latidos de su corazón y le dilata las vías respiratorias; es como si estuviese paralizada y, a la vez, preparada para responder a una agresión. Por su cabeza pasa, por un instante, la imagen de su madre abrazándola cuando no era más que una niña. Y después una sensación de abandono. Profundo. «Es culpa mía, soy mala...» le viene a la mente y eso le

trastorna los sentidos. Hace ya tres años que no habla con ella y no quiere volver a hacerlo. La necesita. Pero no lo va a reconocer. Se rasca instintivamente el vientre. No es consciente de que se está lacerando la piel.

Los escualos terminan de despedazar al concursante sin que los submarinistas puedan hacer nada por impedirlo. El más grande de los tiburones se gira hacia ellos. Le lanzan descargas eléctricas que no sirven para evitar que uno de los buzos resulte herido en un brazo. La cámara subacuática que lleva cae al fondo continuando con la transmisión.

—¡¡Shultheiss, por Dios, qué pasa!!

—El realizador no sabe cómo manejar el trance y pierde los nervios.

En el estudio 3 el caos va a más. Se sigue emitiendo, aunque sin cambiar el plano desde hace unos segundos. Una cámara cenital muestra el decorado desde arriba, las gradas, el acuario revuelto, los focos girando según el diseño preestablecido. La música de tensión todavía suena atronadora. Desde su posición, los intérpretes no ven el estanque y no saben lo que ha sucedido. La situación es real, desprende una energía incontrolable que golpea la conciencia de todos los que están haciendo el programa, salvo la del conductor del juego, que se quita

lentamente el pinganillo por el que escucha a la gente del control y respira pausado. Los buzos han salido de la piscina y uno de ellos intenta hacer un torniquete al compañero. El público grita horrorizado y se levanta de manera precipitada. Varias señoras caen empujadas escaleras abajo, lo que aumenta la confusión. No hay mucha luz en las gradas, por lo que, al huir, empujan a la novia de Paul Nipkow sin reparar en lo que está sufriendo. Nadie se fija en la chica, salvo el presentador, que la mira un instante a ver qué hace. Juan toma otra foto con su *smartphone* y la cuelga en su Twitter. Esto sí que va a ser *trending topic* mundial y él será el

más beneficiado.



@auxtv - 3 s

Ostiaaaaaa!!!!!!

#ElEspecialista23

#muerteendirecto

El director reacciona, por fin, tras unos segundos que se hacen eternos en emisión.

—Corta, corta, vamos a publicidad.
¡¡Despide, Shultheiss, por Dios!!

Patrizia está impactada. Mira sin saber

qué pensar, sin entender el porqué. Su cabeza funciona con rapidez buscando diferentes opciones; no tiene pinta de que sea un truco preparado para subir la audiencia. Pero no es casual. ¿Y entonces? Su corazón late cada vez más fuerte. La publicidad de la cadena interrumpe la programación; un anuncio sobre un espacio infantil. El encargado de continuidad se ha precipitado y no ha pinchado el vídeo que tenía preparado.

Llaman a la puerta de la casa. Patrizia no reacciona. El anuncio continúa, un niño corre feliz en pañales, y el timbre vuelve a sonar, cada vez con más insistencia. Por fin, la joven se levanta, sin dejar de mirar el televisor

por si vuelve el concurso.

Al abrir la puerta, entra Laszlo, su chico. Es de su edad. Andrógino, fino, limpio, pálido de piel, con aspecto de pijo moderno. Es guapo y lo sabe. Tiene una belleza elegante, de marfil. Lleva ropa de Burberry: pantalones de cuadritos y un chaleco chillón. Contrasta con la manera de vestir de ella, de negro o de gris. Son muy distintos en todo. Laszlo estudia ingeniería; le interesan las máquinas, los procesos, la transformación de la energía, no los contenidos. El mundo de la televisión le da igual, incluso le resulta molesto. No comparte la fascinación de Patrizia por el discurso audiovisual, el zapeo, los

miles de canales, las redes sociales, las pantallas táctiles, que no tocan nada, la falsa interactividad. Las máquinas, los tornillos, los cables, las ecuaciones, eso sí es algo real. Le da un beso rápido; viene con sus preocupaciones.

—He hecho muy bien el examen de Robótica industrial. Me ha servido de mucho lo que me explicaste ayer.

Patrizia, que no ha soltado en ningún momento el mando, empieza a cambiar de un canal a otro en el monitor grande de OLED. Espera conocer algo más del suceso.

—Tío, Laszlo, no sabes lo que ha pasado.

—Ha caído lo del robot

programable con trayectoria continua y lo hice como me dijiste. Voy a llamar a mi padre para contárselo.

Aparece de nuevo la reportera en casa de los familiares de la víctima. La cadena ha retomado la realización del espacio. Laszlo no se fija y llama por el móvil. Patrizia se cabrea, quiere saber qué está sucediendo en plató y qué hace el presentador. Esa es la noticia.

«Bueno, aquí estamos impresionados por lo que hemos visto. —La reportera se gira hacia la madre del finalista. No sabe muy bien qué hacer, desde el control le han dado paso de nuevo sin marcarle nada—. ¿Qué habéis sentido al ver estas imágenes?». Tras preguntar, la

periodista mira a cámara con cara de preocupación, algo que le piden sus jefes en este tipo de entrevistas con gente poco interesante. La mujer le contesta que cree que se trata de una broma, es un programa de la tele, ¿no? No puede ser verdad, ya se sabe cómo son estas cosas. El hermano también está seguro de que es un montaje para aumentar la emoción. Están convencidos de que ahora, a la vuelta de publicidad, las cosas se van a solucionar. El padre está mucho más preocupado; él ya le había dicho a su hijo Paul que no fuese, que la vida hay que ganársela currando, no con esas tonterías. Él ha trabajado toda la vida en la construcción. Era

ferrallista. Intenta decirlo a cámara, pero nadie le presta atención.

«¡Ya vale, ¿no?! —le interrumpe su mujer—. Que está aquí la tele, ¿qué les importa a ellos lo que tú pienses?». Se nota que están hablando a la reportera por el pinganillo que lleva en la oreja derecha. El señor Nipkow está empezando a perder los nervios: «¡Tendré derecho a opinar, digo yo, que soy el padre, ¿no?! ¡Tendré derecho! ¡Por algo habrán venido a mi casa! ¡A ver si ahora no puedo ni decir lo que pienso...!».

No se ha dado cuenta de que la hermana pequeña se ha ido corriendo, muy asustada, a la cocina y de que no

para de llorar. La reportera corta la discusión para confirmarles que, de manera completamente imprevista, su hijo ha muerto.

«¡Eso es imposible, es un concurso!».

En todas las redes sociales vuelan los comentarios sobre lo que ha pasado en Ondaseven. Miles y miles de personas en toda Europa cambian el canal de su televisión para saber de primera mano lo que está sucediendo. Setecientas cuarenta y seis mil trescientas setenta y siete personas han visto el *hashtag* #muerteendirecto desde su primera mención hasta convertirse en tendencia.

El percance está ya en el top de los *trending topics* a nivel mundial. De los que han tuiteado, un cuarenta y seis por ciento lo han hecho desde un móvil, un treinta y cinco por ciento desde una tableta y tan solo el diecinueve por ciento desde un ordenador de mesa. En los navegadores, Chrome domina por encima de Firefox, y Safari los sigue a cierta distancia. Más mujeres que hombres y sobre todo menores de 35 años a los que les gustan los *realitys*, los concursos, el deporte, las noticias del corazón y la comida basura.



@auxtv - 2

min

Un TIBURÓN se ha
comido a un
concurante en
#ElEspecialista23 de
Ondaseven!!
#muerteendirecto



@Charly69 -

2 min

Lo estoy viendo por

la tele, acojonante.
#muerteendirecto



@Shill - 1 min

Estás ahí, en directo?
Daría lo que fuese
por verlo en el plató.
#muerteendirecto



@Karimhwidar - 1

min

Pero es verdad?

#muerteendirecto



@auxtv - 1

min

Te garantizo que no estaba preparado, los tiburones se lo han comido.

Alucinante. Ahora subo una foto.

#muerteendirecto

#ElEspecialista23



@mcuiper - 1 min

Tenían hambre, je je je. #muerteendirecto



@sophiehh92 - 1 min

Adónde estamos llegando? Esta sociedad se va a la

mierda.

#muerteendirecto



@Pittbull - 1

min

Cállate, gilipollas!!!!

#muerteendirecto



@auxtv - 1

min

Una foto un instante

antes de que el
tiburón mordiera al
concurante.

#muerteendirecto

#ElEspecialista23



La foto de @auxtv es retuiteada quince mil cuatrocientas veintidós veces en un minuto.

Laszlo habla con su padre sobre lo poco que le queda para terminar la carrera. Patrizia sigue pegada a lo que sucede en el estudio 3 e intenta que cuelgue, pero el momento es importante para él. Cumplir un objetivo. Notar el orgullo de su progenitor.

—Están en directo otra vez, es acojonante. —Laszlo mira. Por fin hay imágenes del plató bien realizadas a pesar del caos. No se deduce lo que acaba de ocurrir. Sigue la iluminación oscura y gran parte del público ha salido ya de las instalaciones. Una de las azafatas camina despistada, sin rumbo fijo; el submarinista es atendido por su

compañero; un chaval de producción habla por el móvil. Laszlo pierde interés y sigue al teléfono.

Shultheiss no aparece por ningún lado y, en el estanque, los tiburones toro están terminando con lo que queda del concursante. Poco ya. En casi un millón de litros de agua salada, la sangre se diluye con rapidez. Los peces piloto engullen los trozos de carne de Paul Nipkow que caen de las fauces de los tiburones. Hay cierto revuelo entre ellos, el festín también les excita.

Klimt Owd es el presidente de Ondaseven. Se trata de una cadena joven que nació hace menos de una década

gracias a las nuevas concesiones de licencias que aprobó el Ejecutivo en el inicio de la crisis. Pocos grupos mediáticos se atrevieron a dar el paso tras el Brexit y, sin embargo, a Ondaseven le ha ido bien en este tiempo, llegando a ser líder de audiencia dos días a la semana gracias a su apuesta por los nuevos *realitys*. En el último año los datos han empezado a bajar. El impacto que causaron sus nuevos programas se ha ido diluyendo con el paso de las temporadas. Su presidente está a punto de llegar a la edad de la jubilación y es una institución en el mundo audiovisual. Con el descenso de las audiencias decidió dar un paso atrás

y en la cadena ficharon a un experto en situaciones de este tipo, James Castro, el actual jefe de antena; el encargado de decidir qué se produce, qué se puede pagar por ello y en qué franjas hay que gastarse más o menos según las expectativas de ingresos publicitarios. Últimamente, Klimt ya no va a las reuniones de audiencia de las ocho de la mañana. Se levanta más tarde y se preocupa más de su aspecto físico. Elegante y moderno, a veces se pasa, con corbatas exageradas y gafas de presbicia con montura de colores. En la estantería que domina el despacho hay muchos monitores encendidos. El único que tiene voz es el del canal que

preside. También hay numerosos premios importantes de la televisión internacional: varios Baftas y BANFF, dos Emmys, menciones especiales del Festival de Montecarlo, un Ondas español. Habitualmente flemático y amable, está a punto de perder los nervios mientras descuelga el teléfono y habla con el control de realización.

—¿Es verdad lo que me dicen que ha pasado? —Klimt escucha la respuesta del otro lado—. Ya. ¿Y por qué seguimos emitiendo? ¿Estáis locos? Cortad ahora mismo.

El realizador le asegura que él ya no controla la situación. Castro, el jefe de antena, ha bajado, ha tomado las riendas

y lo ha expulsado al pasillo. El presidente de la cadena no se puede creer lo que está escuchando.

—Ordénele que corte.

—Lo he intentado, pero él es mi superior. Es mejor que baje usted mismo.

Klimt cuelga el teléfono con violencia contenida. Un escalofrío le recorre la espalda. Presiente que todo se va a complicar mucho. Se pone su americana negra de fina raya diplomática, diseñada por Hugo Boss, respira hondo y sale.

Laszlo también cuelga el teléfono.

—Me ha vuelto a decir mi padre que

vengas a la boda de mi hermana, que así conoces a mi familia. Va a estar bien, nos sentaremos en la mesa de los jóvenes y ya verás que mis primos son majos. Son gente normal... —Mira a Patrizia; hay algo en ella que no le acaba de convencer—. Tendrías que dejarte crecer el pelo, ¿eh? Bueno, pero no para la boda, no da tiempo, claro. Ya pensaré en algo.

No le agrada que lo lleve tan corto. Le da morbo, pero no le hace gracia. Ni el pelo ni el morbo. Ella le pide que se calle y que mire la pantalla. Laszlo está un poco cansado de esta obsesión, del discurso vacío e inacabable, de que tenga tantos monitores encendidos y de

que se deje influir por los programas. Ella no está de acuerdo: los ve, pero no le afectan.

—Pero... Laszlo, ¿es que no sabes lo que ha pasado?

—Siempre es igual. ¿Qué?, ¿ha ganado un apartamento en la luna?

—Te lo voy a poner en ese monitor.

—Señala uno mediano—. En ese, sí.

Patrizia, sin perder de vista lo que sucede en directo, pone en funcionamiento un HD4K y le hace una señal a su chico para que visioné la grabación. Comienza a reproducirse el concurso ante su mirada escéptica. Ella continúa enfrascada en su zapeo de volúmenes de los demás aparatos. No ha

tenido tiempo ni de terminar de vestirse. Laszlo se fija más en sus muslos que en las imágenes. Le encanta su cuerpo, tiene una piel suave, cálida, sin nada de vello ni en los brazos ni en las piernas. Observa el texto que lleva escrito en la nuca y que, entre el sudor y el roce de la camiseta, está casi borrado. De fondo, los distintos altavoces, a diferentes niveles de sonido, hablan de la huelga de basuras, de la crisis en China, de los cuartos de final de la Liga de Campeones, del nuevo modelo de iPhone, de un pez que ha desarrollado cáncer de piel por la falta de ozono en la atmósfera y del percance en Ondaseven.

En el control, Castro toma ahora las decisiones. Durante muchos años fue productor de *realitys* y la adrenalina del directo le resulta fascinante. Los demás le obedecen, aunque se miran entre sí consternados. Existe la sensación de que esta vez se están pasando. En las pantallas se ve el plató. Ya queda poca gente, y la que sigue ahí llora o está aturdida. El buzo ileso observa el estanque. Los tiburones permanecen calmados, han comido; solo queda actividad en los pececitos pequeños. Por la puerta del estudio entra un equipo de seguridad de la cadena. Uno de ellos va en busca del submarinista herido.

Entretanto, el resto habla por los *walkies* dando órdenes sin mucho sentido. Segundos después llegan unos enfermeros. Aprovechando la ocasión, uno de los operadores abandona su puesto y mira hacia el objetivo de su propia cámara. Habla para que lo vean arriba.

—Ya vale. Yo me piro.

—¡Aquí no se va ni Dios! —
Reacciona Castro—. Cámara 3, mete zoom a la novia del muerto.

El técnico que controla la tres lleva todavía el pinganillo de escucha. A pesar de que su compañero le dice que no lo haga, él se encoge de hombros y decide enfocar la cara de la pareja de la

víctima; está en shock, le tiembla la barbilla, no puede controlar su cuerpo. Una mancha amarillenta tiñe el pantalón de doscientas veinte libras de la marca Diesel que tanto le había costado comprarse en una tienda de Carnaby Street. Quería estar guapa para un día como este.

—Nos vamos a publicidad —dice Klimt Owd, el presidente de Ondaseven, al entrar en el control.

Castro protesta y trata de argumentar que es un error, pero Klimt habla de manera decidida. El realizador, que lo estaba deseando, hace sonar sus dedos y ordena que entre la publicidad. La becaria aprieta el botón

correspondiente. Se corta la emisión en casa de Patrizia y entra un vídeo promocional de *Plaisir*, el nuevo *reality* de la cadena. Muestra a Sylvia, la favorita de los espectadores, muy joven, ojos grandes, sonrisa limpia y escote generoso.

«Si vota por Sylvia, mande un SMS al...».

Klimt continúa hablando con su jefe de antena. Es un choque de trenes. Ambos están más acostumbrados a mandar que a seguir órdenes ajenas. Castro está por debajo en el escalafón, pero, en el día a día, tiene más presencia en las decisiones de la cadena.

—Y vete preparando una buena

excusa para contarle al Consejo y a los telespectadores. —El presidente observa los monitores; algo le extraña —. ¿Dónde coño está el presentador?

Castro está muy seguro de lo que ha hecho antes y ni oye la pregunta. Entra la publicidad pagada tras las autopromociones de la emisora. Se ve a una pareja meterse en una furgoneta y conducir por una carretera solitaria sin dejar de besarse, cada vez con más pasión, lo que provoca que se salgan de la calzada, sufriendo un aparatoso accidente.

—Cuando veamos los datos de audiencia de esta noche me dirás si necesitamos una excusa. Este anuncio va

a ser el más visto del año.

—Estás despedido.

El jefe de antena sale sin preocuparse. El informativo del día siguiente debería abrir con este tema, según él. Al salir, se cruza con una azafata muy atractiva, como todas: alta, con pecho y nariz quirúrgicamente perfectos y uniforme ajustado. Le dice al presidente que el Consejo está reunido y que le están esperando. Klimt se muestra amable con ella, da unas últimas instrucciones al control sobre lo que tienen que hacer a partir de ese momento y sale con decisión.

Twitter está desbordado por mensajes

relacionados con lo que está ocurriendo en Ondaseven. @auxtv lidera la red social, lo que le hace sentirse alguien importante. Su cuenta de notificaciones crece a un ritmo vertiginoso. Ya es inmanejable; siete mil trescientas veinticinco, veintiséis, veintisiete. La violencia verbal ha ido subiendo y cada vez hay más insultos entre los que atacan a la cadena y los que la defienden. Las colecciones de *Pinterest* marcadas como «tv» o «tiburones» se empiezan a republicar de manera exponencial, superando en pocos segundos a «ropa de mujer». En Facebook se crea una página de amigos de Paul Nipkow, hecha por un primo lejano con fotos de la infancia de

ambos. Ya tiene treinta mil «me gusta» a la vez que el Twitter de Juan, el auxiliar de producción, llega a los cien mil seguidores. Cuando alcanza el límite de quinientos mensajes de respuesta, su cuenta se bloquea. El sistema considera que más mensajes en un día solo pueden ser *spam*. Su último tuit ha sido «menuda mierda #muerteendirecto #ElEspecialista23». Si lo llega a saber, habría puesto algo más espectacular, que despertase de verdad el interés. O, al menos, una despedida o una advertencia a sus seguidores. No es que no les vaya a contestar por descortesía, es que la aplicación no se lo permite. Piensa que es un error que no exista un contador

para saber cuándo no te quedan más tuits. Lo aclarará en cuanto le reseteen la cuenta a media noche.

En la tableta de Patrizia se pueden leer los últimos mensajes. Los consulta a la vez que sigue mirando la pantalla de su televisor. En la grabación 4K de su aparato Samsung, la hembra de tiburón toro arremete contra el participante. Laszlo da un salto en el sofá, no se puede creer lo que está viendo. Le da una arcada cuando el segundo escualo interviene. Se levanta y se va corriendo al cuarto de baño. Ella desvía por un momento la vista hacia su chico, pero la emisión la absorbe de nuevo. Laszlo vomita solo en el váter, le salen hasta

las tripas por la boca. Ya no se acuerda de su examen ni de la alegría de su padre ni de la boda de su hermana ni de las ganas que tenía de hacer el amor con su chica cuando venía camino de su casa. Solo las tripas por la boca.

II

ONDASEVEN está situada en Westminster, cerca del Lambeth Bridge, en una buena zona de Londres. La calle está abarrotada de gente. El público que

estaba en el programa sale de las instalaciones de la cadena por una puerta trasera que da a Page Street. Otra emisora de la competencia, 5News, ha llegado y está robando imágenes y transmitiéndolas en directo. Las luces estroboscópicas iluminan la calle. Muchas personas se agolpan frente a la entrada del canal en los jardines de St. John's. Algunos intentan acercarse un poco más que el resto al lugar de los sucesos que han contemplado por televisión. Periodistas, curiosos, cuerpos especiales que llegan..., codazos, gritos, amenazas. La policía local empuja a la multitud para permitir que varios vehículos alcancen la

entrada, derribando las motos de los trabajadores que estaban aparcadas en la calzada. Un helicóptero sobrevuela el dispositivo con estruendo, lo que dificulta aún más la comunicación.

Jellineck se baja de un vehículo de la secreta, ahora con la sirena sobre el techo y girando. Es inspector jefe de la policía metropolitana de Londres con sede en New Scotland Yard. Su comisaría está cerca de la emisora, por eso no ha tardado en llegar desde que alguien dio el aviso de lo ocurrido. Debería jubilarse y se le nota. Tiene bolsas en los ojos y un cansancio patente. Sufre una constante gripe desde hace años de la que no consigue

librarse. La voz tomada, no especialmente agradable, le hace pronunciar con dificultad las oclusivas. Al conocerlo, la gente se queda con la impresión de que incluso va sucio, lo que no es cierto. Un periodista sorteando el cordón y le asalta intentando conseguir alguna declaración. El inspector jefe se lo quita de encima sin miramientos.

—La puta televisión, eso es lo que pasa.

Fesser intenta alcanzarle. Es su segundo de a bordo, mucho más joven que él. Buena planta, traje moderno, pelo rubio bien cortado. Ojos huidizos. Inteligente. Se dedica a la investigación de pruebas. Le sorprende la actitud de

su jefe, cualquiera diría que está agotado y sin embargo tiene una energía interior que hace que siempre vaya dos pasos por delante de él.

Los furgones de policía llegan precipitadamente, sin orden. Una periodista, micrófono en mano, cruza la cinta de seguridad con la mala suerte de ser arrollada por un vehículo. Sus costillas crujen, y cae malherida. El atropello ha sido espectacular, el cuerpo ha golpeado la luna delantera del coche, resquebrajándola. No llega a romperse del todo. Se fractura en mil pedacitos que permanecen unidos por una lámina plástica de butiral de polivinilo. Un operador lo graba. El encuadre ha sido

casi perfecto, las luces giratorias de fondo, el impacto, el cuerpo que ha rodado por el techo y un zoom ajustándose sobre la cara, ya en el suelo. Hoy se acostará satisfecho de su trabajo. Seguro que ese plano va en todos los telediarios. Un numeroso grupo de antidisturbios se baja de otra furgoneta sin prestar atención a lo sucedido.

Laszlo vuelve a la sala principal del *loft* con la cara mojada y despeinado, limpiándose con un pañuelo. Está pálido. No se puede creer lo que le ha enseñado Patrizia y todavía menos que ella esté tan fascinada.

—Joder..., lo ha destrozado el

tiburón.

A la joven le sienta mal el tono de sus palabras, aunque procura no exteriorizarlo.

—Laszlo, no lo entiendes, ha sido en directo.

—Ah, si ha sido en directo...

Patrizia decide no explicarse más y vuelve a fijar su atención en los televisores; es otra vez el anuncio de la furgoneta que cae por un precipicio con dos amantes dentro. Lo emiten al menos dos veces en cada corte de publicidad.

Laszlo intenta tranquilizarse, sabe que ella tiene carácter y no quiere que se dispare. Aun así, le cuesta contenerse.

—¿Cómo puede gustarte un concurso

en el que pasan estas cosas?

—No es que me guste. Es que es increíble, es real...

—Es horrible.

—Lo real siempre lo es.

—No empieces con esas teorías tuyas, ¿eh?, por favor. Lo real, lo real...

—Laszlo pasea por la habitación.

—Vale, déjalo.

Su chico no quiere seguir hablando, pero no puede evitarlo, es incapaz de controlarse.

—Es que a veces no te entiendo; dejas la carrera, te pasas los días con ese grupo de teatro o lo que sea...

—¿Eso qué tiene que ver? —Patrizia se revuelve en su asiento.

—Mira, es igual, hoy no quiero discutir.

—No es verdad, hace tiempo que querías echarme en cara lo del grupo de teatro, como tú dices, y no sabías cómo sacarlo.

Laszlo reconoce interiormente que es cierto. Esos tipos le enojan, no entiende de qué van, qué pretenden. ¿Montar follón?, ¿divertirse?, ¿atacar al sistema? Él es ordenado, metódico, predecible. Eso le da seguridad y le hace pensar que el mundo funcionaría mucho mejor si todos fuesen como él. La crisis que arrastra Gran Bretaña y toda Europa desde hace demasiados años no se habría producido si hubiese menos

«artistas» y más técnicos capaces de trabajar de manera meticulosa y eficaz.

Observa a Patrizia. Ella arroja sobre la mesa el mando a distancia y se va hacia el cuarto de baño; tiene una fuerza perturbadora que le atrae, que no puede dominar. Y eso le enfada a pesar de que intenta negárselo a sí mismo. Desata en él una pulsión que le descontrola y le inquieta. No puede evitar mirarle las piernas y pensar en sexo.

Klimt Owd entra en el Consejo. Los demás miembros lo esperan sentados en torno a una mesa extremadamente pulcra, de cristal opaco, ubicada en medio de una habitación minimalista con

paredes oscuras y un gran ventanal que da a la ciudad, sombría en esos momentos. En el reloj digital de la sala ya es casi medianoche. Entre los consejeros están James Castro, el jefe de antena, y Carla, la presentadora estrella del telediario. Roza los cuarenta y sigue siendo igual de atractiva que cuando entró en la cadena. Más. Ahora combina un aire aparentemente inocente y juvenil con una personalidad formada y experiencia. Es una periodista agresiva, que sabe lo que quiere el público y que disfruta jugando con eso. Es una encantadora de serpientes con clase, un perfil difícil de encontrar. Todos lo saben, ella incluida. Por eso le

pagan tanto. El presidente de Ondaseven muestra solidez. Se acomoda en su sitio mientras los demás le observan. Esperan su opinión. Maneja el momento. Tras una pequeña pausa dramática, no en balde trabaja en televisión, se dirige al resto.

—Tenemos que saber qué ha pasado y por qué: quién preparó esa prueba, qué pasó con los tiburones y qué seguros tenemos para este tipo de accidentes. ¿Somos responsables nosotros o la productora?

Los consejeros le escuchan en silencio. Klimt mira sus caras. Sin poder controlarlo, al ver esos semblantes tan tensos, experimenta cierto agobio. De él

dependen muchas decisiones. Se siente un poco mayor por primera vez en su vida. Una imagen fugaz de su esposa, tan joven, cruza por su mente.

—Podría significar nuestra ruina —añade.

Esta última frase se le ha escapado, demuestra inseguridad. Le ha durado poco el discurso que había ido preparando por el camino. No ha empezado de una manera brillante, algo así lo podría haber dicho cualquiera. Castro se ha dado cuenta y aprovecha la debilidad para intervenir, sin levantar la vista de sus papeles.

—¿Por qué? —Castro provoca que las miradas se dirijan hacia él. Levanta

la vista. También él sabe jugar con los tiempos—. Todo lo contrario.

Al presidente le desconcierta una vez más la intervención del jefe de antena. Se nota cansado. Hace semanas que tiene la cabeza en otras cosas: en el importante premio que está a punto de recibir por toda su trayectoria y en el viaje que le ha prometido a su nueva pareja. Ondaseven se dirigía sola hasta esta noche y, aunque la audiencia había bajado, iba razonablemente bien de espectadores y su cargo era cada vez más honorífico. Lo iba aceptando poco a poco.

—Creía que te había despedido.

Castro le mantiene la mirada. El que

esté sentado en esa sala ya significa un pequeño triunfo sobre Klimt. Melvin, otro de los consejeros, interviene rebajando la tensión.

—Castro tiene razón, presidente, todo lo contrario. Bien administrado, será la mejor publicidad imaginable. Tenemos cuatrocientas mil entradas en la web intentando descargarse el vídeo del incidente. Pero no está disponible.

—Vamos, esto nos ha sobrepasado a todos. Castro es el mejor jefe de antena que hemos tenido en mucho tiempo —afirma Carla—. Y nosotros no hemos buscado lo que ha pasado. No es culpa nuestra.

—Espero que eso sea cierto y que

todo haya sido una negligencia de alguien. Aunque, menuda negligencia... —dice Klimt reaccionando.

—Ha sido un accidente —aclara Melvin sacando unos papeles de su carpeta— y estamos cubiertos por el seguro de la productora. Hace tiempo que se renegociaron los contratos, según se fueron complicando las pruebas.

—Ya —ataja el presidente—, pero ¿por qué han atacado esos tiburones? Se supone que están drogados, que han comido como para que lo único que quieran hacer sea echarse la siesta. ¿Dónde está el adiestrador?

Nadie lo sabe. Carla se está impacientando. Le parece que los

miembros del Consejo son dinosaurios sin reflejos. No conocen los gustos del público como ella. No hablan de lo que deberían estar hablando. Hace más de una hora que el vídeo del concurso está en YouTube.

—Tampoco encontramos a Shultheiss —apunta Melvin.

Klimt no se lo puede creer. El presentador desapareció en mitad del follón y ni los cámaras han sabido decir en qué momento.

—¡No entiendo que os presentéis aquí sin ningún dato! Hay que localizar a Shultheiss, ¡ya! A ver si él puede aclarar algo de lo que ha pasado. Que seguridad haga lo necesario, que visionen las

grabaciones de los discos duros de la entrada; quiero saber por dónde ha salido. Comprobad también las del aparcamiento. Y localizad al cuidador de los tiburones, se supone que debe estar presente durante la grabación. Castro, no voy a permitir que vuelva a ocurrir lo del control de realización —añade Klimt recuperando un tono más acorde con su experiencia y su carácter.

—Yo considero que Castro hizo bien. —El presidente gira la cabeza hacia la presentadora estrella—. Ante una cosa así, que no ha sido provocada por nosotros, la ciudadanía tiene derecho a la información. Castro hizo lo que habría hecho cualquier periodista.

—No estoy para que me den clase de periodismo a estas alturas, Carla. He sido decano de la facultad más de treinta años y presidente de esta cadena desde hace casi diez. Acepto que tengamos que producir la mierda esa de *reality* que hacemos porque da mucho dinero, pero no voy a aprovechar una desgracia como esta para ganarle el mes a la competencia.

—Venga, Klimt, tranquilízate —dice Carla.

—Lo que me irrita es veros a vosotros tan tranquilos. Y con respuestas para todo. Ha muerto una persona.

Uno de los consejeros que todavía no ha hablado intenta ser amable.

—Yo no he visto las imágenes todavía, pero seguro que ha sido horrible.

—Ya están colgadas en YouTube por más de veinte mil usuarios —explica Castro por fin—; me cuentan que los administradores de la web lo han retirado, pero cada vez lo sube más gente, es imparable. Deberíamos ponerlo en nuestros vídeos destacados. Somos los poseedores de los derechos.

—No —sentencia el presidente—. Voy a llamar a los accionistas para tranquilizarles.

—Ya lo he hecho yo —explica el jefe de antena.

Klimt consigue controlarse. No

quiere más discusiones delante del resto.

—Prepararé personalmente un comunicado dejando claro que no lo vamos a utilizar para hacer programas sensacionalistas ni lo vamos a reproducir en la página de la emisora.

Tras explicar su decisión final, Klimt camina hacia la puerta seguido de Carla.

—¿Quieres que lo lea yo?

Se miran. La presentadora le mantiene la mirada. Tiene una ambición imperturbable.

—Ya veremos.

La operadora de la centralita de

Ondaseven no da abasto para atender a los cientos de llamadas que se están recibiendo. Intenta ser amable y contestar como si fuese una noche cualquiera. «No le podemos decir más, señora, no, muchas gracias», «no, no hay ningún comunicado oficial todavía», «no sé si se va a editar en Blue Ray, nadie me ha dicho nada al respecto». Jellineck entra en ese momento en el vestíbulo, perseguido por Fesser. A pesar de su poca salud, el inspector jefe camina deprisa y con decisión. Tiene una energía que no sabe de dónde le nace. De la rabia por el mundo en el que vive, tal vez. Se fija en la telefonista, a cada momento más agobiada.

—Todo lo que diga puede utilizarse en contra suya.

La operadora levanta la vista, asustada, y ve a Jellineck, que continúa andando. No se sabe si habla en serio o en broma. Fesser se disculpa con la chica y sigue a su jefe, con cara de paciencia.

—Se dice en su contra —le corrige sin poder evitarlo—. «Suya» implica que le pertenece.

Jellineck amaga una sonrisa condescendiente. Desde la mesa que está al final del vestíbulo de entrada los llama un tipo de la empresa de seguridad de la cadena. Tiene malos modales. Le cabrea haber cambiado el

turno con un compañero. Menuda noche le ha tocado, con lo tranquilas que suelen ser. No tiene familia ni compromiso alguno, le da igual un horario que otro. Menos en un día como hoy.

—Soy Jellineck, inspector jefe de la policía de Londres, venimos a ver...

—Mire aquí.

El encargado de la seguridad le señala una pequeña cámara fotográfica. El viejo policía la tapa con la mano y sonríe mostrando su dentadura estropeada.

—Aquí las fotos las hacemos nosotros —aclara y continúa por el pasillo de la derecha sin dar más

explicaciones.

Fesser sí se detiene para que le hagan la foto. Se acerca a él Kate, la azafata de confianza de la dirección de la emisora. Es un poco mayor que el resto de sus compañeras, pero no llega ni mucho menos a la treintena. Lleva el pecho operado, como todas. Le dice que el presidente de Ondaseven los recibirá en cuanto salga del Consejo y les invita a sentarse en la salita de espera VIP. Fesser asiente y pone el dedo en un lector de huellas. Su jefe, a unos metros, observa la salita. Es comfortable; tiene un minibar completo, canapés, cacahuetes, chocolatinas... Hay varias televisiones encendidas. Se gira hacia la

azafata.

—Mejor voy viendo el lugar del asesinato.

—En realidad no sabemos qué ha pasado —replica ella.

—¿Usted cree? Mi sensación es que lo ha visto ya medio mundo, señorita. Quiero hablar con el director del programa y con el presentador. Ah, y una lista del equipo técnico y del público asistente. —Mira de nuevo al interior de la sala—. ¿Para qué tienen tantos televisores? Yo ya tengo problemas para seguir lo que echan en uno.

Jellineck continúa andando y desaparece por un pasillo siguiendo los carteles que indican la dirección de los

platós.

Ha pasado ya más de hora y media desde la muerte del concursante, pero en su familia nadie ha reparado en que la hermanita pequeña sigue encerrada en la cocina sin entender nada de lo que ha ocurrido. Lloro débilmente. De alguna manera intuye que no volverá a ver a su hermano. Y tiene razón, nadie volverá a verlo. Literalmente. Paul Nipkow descansa en el estómago de dos hembras de tiburón toro de tres metros y medio cada una, si es que a eso se le puede llamar descansar. En la casa de protección oficial continúa el ir y venir de periodistas. La reportera de Unotv,

una cadena de escasa audiencia, nacida también en los últimos años y cada vez más agresiva, entrevista a la madre.

—Ahora que ya se ha confirmado el fallecimiento de su hijo, ¿se van a atrever a denunciar al concurso?

La mujer intenta hablar, pero no puede dominarse y rompe a llorar. El cámara maneja los dedos con gran destreza y acerca el zoom al rostro de la señora, que se desenfoca por un segundo. Coge de nuevo foco justo cuando cae una lágrima. Perfecto. Sobre un primerísimo plano, la periodista pregunta otra vez, pero la madre no sabe qué responder. No importa, su expresión lo dice todo.

—¿Cuánto cree que podrían sacar por un caso así? ¿Qué harían con ese dinero?... ¿Saben que su hijo se ha convertido en *trending topic* mundial?

—¿En qué? —La madre no ha consultado jamás Internet. No sabe qué significa *trending topic*, y mucho menos TT, ni conoce el mundo Twitter. En este momento #ElEspecialista23 alcanza el número uno mundial seguido por #muerteendirecto, el *hashtag* de Juan Mendes, el auxiliar de producción. Y se han creado innumerables grupos de WhatsApp para comentar el incidente.

La periodista de Ondaseven se encuentra recogiendo con su equipo el material de la retransmisión. Se da

cuenta de que la competencia está con la madre del concursante. No le hace ninguna gracia y llama a sus compañeros para que saquen de nuevo las cámaras y preparen el enlace. Dos unidades móviles de otras cadenas llegan por la carretera. Una de ellas es la BBC 24 horas. La cadena pública ha cambiado mucho en los últimos años. La reportera decide adelantarse a su grupo e intervenir.

—Perdona, tía, pero a la madre la tenemos en exclusiva nosotros —le advierte a su rival de Unotv.

—Porque tú lo digas.

—Mira, mona, hemos pagado mucho dinero.

Ambas periodistas se empiezan a empujar. La señora Nipkow las contempla, sobrepasada por lo que está ocurriendo desde el desafortunado accidente de su hijo. Las cámaras de unos y otros graban la secuencia sin intervenir. Hay sitio para todos. La hermanita del concursante desaparecido para siempre cae agotada al suelo de la cocina y va siendo dominada poco a poco por un sueño profundo.

Varios miembros de las unidades especiales de la policía han tomado el plató. Hay bastante desorden, la gente salió con urgencia y se nota. Todavía está oscuro, con los neones azules y

rojos encendidos. Alguno de los focos de cabeza móvil de mil vatios continúa barriendo el estudio. Nadie ha detenido el sistema de iluminación que estaba programado para la prueba final. A instancias de los cuerpos de seguridad, el buzo que resultó ileso lanza un dardo tranquilizante al segundo tiburón. Acierta. El otro escualo ya está calmado. El submarinista comprueba que efectivamente es así y decide sumergirse de nuevo en el agua justo cuando entran Fesser y Jellineck, seguidos de la azafata.

—Un momento. —Fesser se presenta enseñando la placa—. Policía. No toquen nada. Unos buzos de la Unidad

Marítima de Vigilancia llegarán en unos minutos.

—Pero, hombre, no vamos a dejar eso así. —El submarinista se refiere a los restos de Paul Nipkow que todavía están siendo picoteados por los peces piloto.

Jellineck mira cómo los engullen, peleándose unos con otros. Por un instante se queda fascinado. La luz ilumina el estanque de manera irreal. Las escamas de los peces reflejan los colores de los focos. Le resulta difícil concebir que hace unos minutos esa carne haya pertenecido a una persona viva. Fesser reclama su atención con un gesto.

—Es que tiene que tomar las huellas a los tiburones —explica con aburrimiento el inspector jefe refiriéndose a su ayudante—. Toda esta mierda no sirve para nada, chico. Qué daño hacen las series americanas de policías. Venga a tomar fotos a los muertos, poniendo cartelitos y recogiendo chorradas por los suelos. Que si la «víctima nos cuenta», «las fichas del puzle», «el comportamiento no verbal»... No te vayas sin interrogar a esos pececitos, que seguro que lo han visto todo.

A su subordinado él no le cae mucho mejor. Llevan ya un tiempo trabajando juntos y no se entienden. Sus jefes creen

que no hacen mala pareja. Un policía con experiencia y el número uno de la última promoción de criminalística. Han resuelto con bastante eficacia las investigaciones más importantes de los últimos meses. Pero eso no impide que Fesser le lance una mirada despectiva, harto de su sentido del humor, mientras le indica al buzo que se acerque. Tampoco a este le hace gracia la actitud de Jellineck. Ha visto morir al concursante y también cómo resultaba herido su compañero.

En el estudio hay algunos miembros del equipo técnico esperando a ser interrogados. Juan, el ya famoso @auxtv por su cuenta de Twitter, ha

desaparecido hace rato. No quiere dar explicaciones sobre sus mensajes en Internet. El inspector jefe se acerca a uno de los cámaras.

—Acojonante lo de los bichos estos, ¿eh? —El técnico no contesta, todavía está impresionado. A Jellineck le da lo mismo—. Por lo visto, tienen los dientes así, hacia dentro, como con sierras. O sea que, cuando hacen presa, no hay Dios que se suelte. Te destrozan.

El cámara no sabe qué decir. El policía cambia de tema sin que se lo espere su interlocutor.

—¿Lo grabasteis todo?

—Ehh... Sí.

—¿Y el presentador?

—Pues..., no sabemos. No está.

—¿Alguien lo ha visto salir?

—No..., no sé; él insistió en que
hiciéramos esta prueba, pero ahora...

El cámara no sabe cómo continuar. Ha contestado de manera automática pero sincera. El presidente de la cadena, Klimt Owd, entra en el estudio 3. Es la primera vez que pisa este lugar desde que ocurrió el incidente. Antes de interrumpir el interrogatorio observa por un momento el suave movimiento de los tiburones, que transmite una sensación de paz. Son unos animales sobrecogedores y hermosos.

—Hola, soy Klimt Owd —se esfuerza a intervenir—, el presidente de

Ondaseven.

—Jellineck, inspector jefe de la policía metropolitana de Londres. Ya me he presentado veinte veces en lo que va de noche —dice exagerando, a la vez que le tiende la mano—. No querría estar en su corbata en un día como hoy.

—Yo soy el inspector Fesser. Ahora llegarán nuestros buzos para recoger muestras.

Su jefe no le deja seguir hablando.

—Me han dicho que el presentador está desaparecido, que salió sin que nadie lo viera.

—No lo sé —contesta el presidente—; hablaremos con el jefe de seguridad a ver qué nos puede decir. —No miente,

él también se pregunta dónde puede estar Shultheiss. No han conseguido localizarlo. Jellineck asiente de forma mecánica.

—Claro que desaparecido, desaparecido... también está el concursante.

Klimt se desconcierta con el comentario del policía, que observa de nuevo el estudio con curiosidad. Nunca había entrado en uno, no se imaginaba que fuesen tan altos y tan grandes. Qué desperdicio de metros cuadrados, comparados con su pisito de Hammersmith. Al levantar la cabeza hacia el techo, las luces en movimiento le molestan un poco. Sigue hablando sin

dejar de mirarlo todo.

—Señor presidente, me gustaría ver las cintas de sus cámaras de seguridad.

—Por supuesto. ¿Tiene orden judicial?

—Por supuesto. Mañana mismo.

—Estupendo, entonces mañana las verán.

El inspector jefe asiente con una sonrisa.

—Estamos tan desconcertados como ustedes —continúa Klimt—; imagínense, uno de los espacios de más éxito. Y por cierto, hace muchos años que no son cintas, son discos duros.

—Ah, discos duros..., claro. Lo de las cintas ya no se lleva. Creo que ahora

están pensando introducir bacterias en los ordenadores para aumentar su capacidad de memoria, ¿ha oído hablar de eso?

—¿Y el número del móvil del presentador? —interrumpe Fesser. El presidente lo mira con desconfianza—. Con el teléfono podríamos triangular su posición actual. —Klimt lo medita un instante, asiente y le hace una señal a la azafata para que se lo facilite.

—Por cierto, ¿se sabe ya qué audiencia ha tenido el programa esta noche? Si ha subido...

—No, señor Jellineck, hasta mañana a primera hora no dispondremos de los datos. Nos los envían a las siete de la

mañana.

—Joder, madrugar —dice con pereza—. Subirá, seguro. Tengo entendido que se ha seguido emitiendo después del... ¿accidente?

El tono del comentario irrita a su interlocutor. No se puede decir que sea agresivo, pero hay algo en esa voz, en ese resfriado, en esos fonemas oclusivos mal pronunciados...

—La verdad es que los acontecimientos han sucedido muy deprisa. Si les viene bien, mañana podré contestar a sus preguntas.

—Mañana ya tendrán respuesta para todo.

Jellineck y el presidente se miran de

nuevo. Está claro lo que el policía ha querido decir. Ambos son inteligentes y saben que no va a ser fácil lidiar con el contrario. Fesser vuelve a interrumpir.

—Muy bien. Gracias, señor Owd. Nosotros nos quedamos aquí trabajando.

Klimt hace ademán de irse, no quiere que el inspector jefe le sonsaque. Antes de entrar en plató, Susana Abril, la becaria de realización, quería hablar voluntariamente con los policías. Decía que sí había visto algo. El presidente de Ondaseven ha conseguido distraerla metiéndola en un despacho para que no pudiera encontrarse con ellos. No cree que tenga nada importante que revelar, pero está pensando hacerla fija de

plantilla... Por si acaso.

—Cualquier otra cosa que quieran...

—¿No tendrían alguna camiseta de la serie esa de los chicos con poderes? ¿La serie esa que están reponiendo por las mañanas? A mi sobrino le encanta — pregunta Jellineck—. Es muy guapa la negrita esa...

—Claro, inspector. —Klimt, con cierto hartazgo, hace una señal a la azafata para que le consiga una.

—¿Y gorras?

—Y dos gorras.

Pero el policía no deja que se marche.

—Sí, perdón. Un último detalle, casi se me olvida. Por lo que sé, hoy no

estaba previsto hacer lo de los tiburones, se cambió a última hora, ¿no?

—Pues, no lo sé, no me ocupo de supervisar los guiones de nuestros programas, como puede usted comprender. En cualquier caso, estoy seguro de que no ha habido nada extraño.

—Y en estos casos, el seguro del programa... ¿cubre entierro, incineración...? ¿Búsqueda de restos?

Por la mente de Klimt Owd pasa el futuro premio a toda una vida que, si esta situación no continúa complicándose, recibirá en unas semanas. No se esperaba un investigador así.

—Gracias por recibirnos, presidente —dice Fesser—. En cuanto centremos un poco los datos que tenemos hablaremos otra vez con usted para informarle.

—La azafata los acompañará para lo que necesiten.

Jellineck la mira. Kate es atractiva y sonríe amable, sin descomponerse. Parece lista. Su actitud contrasta con la situación del plató: las luces sin dejar de girar, los restos del concursante en el acuario... El viejo policía se dirige hacia la puerta y ella lo sigue.

—Al baño puedo ir solo, gracias, aunque estoy algo mayor; si necesito ayuda la aviso, no se preocupe. —Se

pierde por los pasillos buscando el baño. Fesser corre detrás de él hablando por el móvil.

—Espera, me dicen que ya viene el juez.

—Pues no sé qué coño de cadáver va a levantar...

III

Una señora de mediana edad y más bien inculta habla al micrófono de Sky News. Estaba sentada entre el público

del concurso de Ondaseven, a escasos metros del presentador, y ahora intenta contar cómo el tiburón atacó al pobre chico. Rompe a llorar. El cámara recompone el valor del plano, cerrándolo, para mostrar mejor los sentimientos de la mujer. Es de noche. El encuadre es interesante: las lágrimas en primer término y, de fondo, las luces desenfocadas de la policía. El operador está satisfecho, está haciendo un gran trabajo. Por detrás, otra mujer, de mayor edad y formación, vocífera secundada por su hija. Dice que ha sido un crimen, que los de Ondaseven son unos asesinos. Los reporteros acuden rápidamente a interrogarla; puede darles juego. Ella se

descoloca, no es lo mismo reventar la entrevista de otra persona que protagonizar una. Para eso hay que tener ideas que exponer. Al acercarse los periodistas, el gesto indignado se convierte en una sonrisa involuntaria, boba. Su cultura de libros y visitas al Museo Británico no le sirven; ni la piedra de Rosetta ni los templos egipcios ayudan a enfrentarse a una situación así. Son sus segundos de fama e intenta explicarse de manera retórica, sin encanto. No consigue enhebrar un discurso mínimamente elaborado. Sus segundos de fama van a ser escasos y nadie los recordará.

En los monitores de televisión de una tienda de electrodomésticos cercana a Ondaseven hay sintonizados varios canales diferentes; ofrecen colores muy puros e irreales, sin textura. La BBC informa sobre la huelga de basuras, a la que también se ha sumado ahora otra de taxistas con unos piquetes informativos muy violentos. En los demás canales se habla de temas variados: el estancamiento, desde hace años, de la economía británica y la crisis de confianza; un fuera de juego del Liverpool en la Carling Cup; el nuevo programa de *coaching* de astronautas para la primera misión tripulada a Marte

tras la fallida *Mars One*; los despidos de la BBC; publicidad de medicamentos; un atentado yihadista en Berlín; un *reality show* sobre eutanasia en directo; más publicidad... En otras tres pantallas se ve una misma imagen, pero difundida por distintos operadores: Fesser hablando ante las cámaras, muy serio. Los ángulos de los planos no son exactamente los mismos. El conjunto de todos los sonidos constituye un discurso abrumador, caótico y atractivo, bien definitorio de su época.

«Sí, se confirma que ha muerto. — No se oye en pantalla la nueva pregunta de uno de los periodistas presentes, pero sí la contestación del inspector—. No,

no, todavía es pronto para inculpar a nadie; puede que haya sido un accidente. Ahora los datos pasarán a manos del juez».

Jellineck cruza hacia su coche con cara de pocos amigos. La policía carga contra una extraña mezcla de gente: manifestantes, curiosos y parte del público asistente al concurso que todavía está siendo atendido por psicólogos municipales. En el televisor más grande de la tienda, un Samsung de más de cincuenta pulgadas en 3D, se ve un primer plano de un chico llegando al orgasmo. Cruza un rótulo con una brillante posproducción y suena una música imitando a una sinfonía clásica

con toques de rock. *Plaisir*, el espectáculo de la intimidad. El último *reality* de moda. Y un subtítulo que cruza la imagen: «Si quiere votar por Víctor, mande un SMS...».

Son más de las doce de la noche y Twitter ha reseteado ya la aplicación, por lo que @auxtv puede retomar el envío de tuits y su cuenta se reactiva. Tiene acumuladas casi cincuenta mil notificaciones que no va a ser capaz de contestar.



@auxtv - 16 s

Ya estoy aquí de

nuevo. Twitter no me dejaba enviar más mensajes!!!

#muerteendirecto

#ElEspecialista23



@auxtv - 6 s

Voy a ir colgando las mejores fotos de la noche!! Vais a flipar.

#muerteendirecto

#ElEspecialista23

Carla, la presentadora estrella de Ondaseven, está leyendo una declaración oficial desde la mesa del telediario. Se ha vestido de manera correcta y a la vez un tanto insinuante. Lo justo para llamar la atención sin ofender. Su piel resplandece bajo los focos y está especialmente segura de sí misma. Se sabe capaz de transmitir cualquier información de manera convincente. Por eso gana medio millón de libras al año. Y por eso ha solicitado un aumento.

«Pedimos sinceras disculpas a nuestros telespectadores por haber tenido que presenciar un incidente tan terrible. La dirección de la cadena no ha

tenido absolutamente nada que ver con los sucesos acaecidos esta noche en nuestro concurso estrella y ha tomado ya las medidas oportunas para que un episodio así...».

Patrizia baja el volumen porque le ha parecido oír la puerta. Tarda unos segundos en girar la cabeza para comprobar qué ha pasado y, cuando lo hace, Laszlo ya no está; se ha dejado la carpeta con apuntes que traía. De inmediato, la joven se enfrasca otra vez en el televisor. Todavía es de noche y el silencio le resulta intolerable.

Los azulejos del baño son blancos, de tamaño mediano. Al hacer la reforma se

respetó la estética de los años sesenta del siglo XX. Contrasta con el resto de la casa. La luz eléctrica está apagada y siete velas de diferentes tamaños iluminan el ambiente. En un iPod *touch* antiguo suena una reliquia del siglo pasado, Dover, un grupo español que cantaba en inglés. Una balada rock suave pero desazonadora: «Don't you realise you don't belong here. No one's gonna do a thing for you»^[4]. Patrizia no lo sabe, pero el ambiente que ha creado es muy parecido al de un ritual sagrado: las velas, la música, un lugar oculto y un sacrificio. Está sola, metida en una bañera grande, antigua y vacía. Se siente fuera de sí, a pesar de que sus

movimientos son aparentemente tranquilos. Con el bolígrafo que sostiene en la mano derecha perfila sobre su piel la cara de una niña de pelo corto y ojos enormes, triste, angustiada, con miedo. Aprieta cada vez con más energía y repasa los trazos de manera tan intensa que en algún momento llega a hacerse sangre. En las piernas tiene otros cortes anteriores ya cicatrizados. Le duele y eso le gusta, necesita volver a sentir su cuerpo. Saber que existe, que está presente, que es real.

Por unos instantes, le parece escuchar en su cerebro, entre las guitarras de la canción, los gritos de otra niña. Oscuridad y abandono. Un baño

con baldosines blancos. Su madre lejos. Vergüenza. Un perro que ladra. Suciedad. Según le vienen las imágenes a su mente, mueve el bolígrafo con mayor rapidez y tensión, hiriéndose cada vez más. Vergüenza. Termina por trazar rayajos sin sentido que van tapando el dibujo original. Abandono. La tinta, entremezclada con la sangre de las heridas, produce unas imágenes caóticas y dolorosas que tiñen de rojo la cerámica de la bañera. A su cabeza vuelve el semblante de su madre y la odia por haberla expulsado de su vientre, por haberla desterrado del estado de perfección. Patrizia grita y el eco del baño le devuelve su propia voz

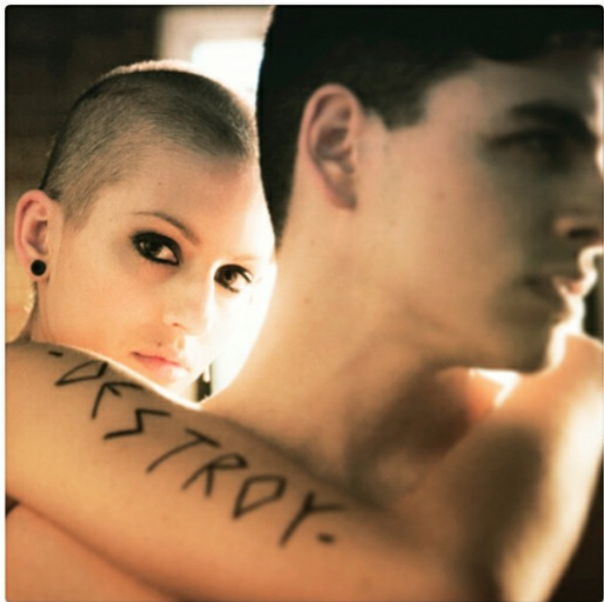
ahogada.

«No one's gonna make it happen sick
girl.

No one's gonna do a thing for you».



CIRCULO 2



«En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con

Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron».

Evangelio de Juan 1, 1-5

I

En Instagram, Patrizia logra su seguidor número mil cuatrocientos. Entre ellos está Fesser. Al policía le fascinan las fotos desasosegantes que cuelga: las piernas heridas, la sangre sobre la bañera, el *piercing* de su sexo. Hoy ha subido varias: en todas ellas en su brazo derecho pone «destroy». Hay una que le sobrecoge especialmente: está tumbada, hecha un ovillo, los ojos grandes, inmensos, abiertos, como buscando algo que no llega, que no encuentra, que no controla. Buscando

una paz que no tiene. Perdida. El policía le da a «me gusta» y mueve los dedos por la aplicación para mirar la siguiente. También tiene el mismo texto en el brazo. La luz entra por la ventana produciendo un claroscuro impactante. Está tumbada boca arriba, con los ojos entrecerrados, como desmayada encima de su cama. Se le ve el pecho y se puede leer en él un texto, «yes», tapando el pezón. No lo suficiente. Se la van a censurar en cuanto alguien la denuncie. Estas imágenes no suelen durar más de seis horas en la red. Y ya lleva cinco. Fesser se queda hipnotizado contemplándola. Le entran unas ganas inmensas de protegerla, a pesar de que

no la conoce de nada. De nada que no sea del desconsuelo que expresa con sus fotos.

Un convoy del metro de Londres atraviesa una estación sin detenerse. Los vagones están destartalados y sucios, las vías desgastadas, la iluminación de los túneles y de los andenes es pobre y amarillenta. Apenas se escuchan las advertencias hechas por una voz femenina a través de los antiguos altavoces que un día fueron una muestra de tecnología punta. Otro tren viene en dirección contraria dando la sensación de que ambos van a chocar. En el último momento, un giro brusco en una curva

hace que no coincidan. Producen un ruido metálico, desagradable. Se alejan. El eco de cada uno de ellos se mantiene unos segundos en el subterráneo. En los vagones hay monitores planos de televisión. Muchas personas los miran, otros prefieren ver vídeos en sus propios *phablets* o en pequeñas y manejables tabletas digitales. Solo algunos privilegiados llevan las Apple Glass y pueden proyectar las imágenes en ellas. El canal del metro muestra el entierro de Paul Nipkow, el concursante que murió en directo en la cadena Ondaseven. Es un sepelio multitudinario, cubierto por todos los medios de comunicación del país.

Apenas siete de todas esas personas se apellidan Nipkow. La hija pequeña no asiste, se ha quedado en casa con unos vecinos. Nadie le ha dicho que su hermano ha muerto; ella piensa que se ha marchado al apartamento de Miami y que se ha olvidado de despedirse. Y no se lo perdona. No piensa darle un beso cuando vuelva.

Patrizia va vestida de negro. Lleva unos *leggings* rotos en un par de sitios, una camiseta ajustada y una cazadora de cuero de buena calidad, muy envejecida por el uso. Lee *El guardián entre el centeno* en un libro tradicional de papel y escucha música en su iPod. Tiene activada la función de bucle y suena una

y otra vez una selección que tiene hecha de grupos que se han inspirado en la obra de Salinger: Guns N' Roses, The Offspring, Beastie Boys o Green Day. *«Estoy al borde de un precipicio —lee para sí— y mi trabajo consiste en evitar que los niños caigan a él. En cuanto empiezan a correr sin mirar a donde van, yo salgo de donde esté y los cojo. Eso es lo que me gustaría hacer todo el tiempo. Vigilarlos. Yo sería el guardián entre el centeno. Te parecerá una tontería, pero es lo único que de verdad me gustaría hacer. Sé que es una locura».* Si no leyera y observara a la gente, vería que muchos tienen gripe y bastantes llevan mascarillas como antes

solo lo hacían los japoneses; oiría toses en el vagón, pero no podría escuchar a ninguna persona hablando con otra; vería que, sobre todo, los jóvenes tuitean tonterías a sus conocidos: «estoy aquí, ja ja ja», «yendo a clase», «qué tetas tiene Elisabeth!!!», «huele a mierda, jajajajaja», «he desayunado magdalenas...». Contemplaría a personas de diversas razas, vestidas de manera diferente, que tienden a juntarse en el vagón por zonas: los árabes a un lado, los hispanos a otro, los negros en un área diferente. Los blancos no acostumbran a viajar en suburbano. Solo ella está fuera de lugar, sin prestarle a este hecho mayor atención, sin llevar

maskarilla, sin toser, sin ver la tele, sin enviar tuits. También es la única que va leyendo.

En los monitores se habla del suceso del día anterior: el programa *El Especialista* batió su récord de audiencia, con picos de casi cincuenta y tres millones de espectadores. Ha sido *trending topic* mundial durante casi doce horas y solo se ha visto superado, hace escasos minutos, por el asesinato del presidente de Siria, grabado, al parecer, por los propios terroristas. Los pasajeros observan los televisores, pero lo hacen hastiados, con sueño, con cansancio. Anoche muchos trasnocharon. A la gente cada vez le cuesta más

conciliar un sueño tranquilo. Hay quien dice que la culpa la tienen los dispositivos electrónicos que nunca se apagan, que siempre se dejan en *stand by*. Sus ondas no descansan y los seres vivos de cualquier especie, expuestos a ellas, tampoco.

Dos adolescentes, blanquitas de piel, entran riendo en el vagón de Patrizia y se colocan donde les apetece, en el suelo, en una esquina. A pesar de ser muy jóvenes, están completamente desarrolladas; delgadas pero con caderas y pecho marcados, labios carnosos y todavía con esa suavidad de las quinceañeras. Una de ellas, la de menor edad, tira su cazadora al suelo y

se quita la camiseta que lleva, quedándose solo con un top de color verde punki. La otra, apenas un año mayor, saca del bolsillo una aguja de coser, la calienta con un mechero y la guarda de nuevo. Varias personas se giran a observarlas. En especial, una señora negra, algo tradicional, que va muy agarrada a su bolso, y eso que nunca lleva tarjetas de crédito ni ningún otro dispositivo de pago electrónico por miedo a que le roben. Desconfía de todo el mundo, no sería la primera vez que le quitan el monedero en un transporte público. La chica mayor se ríe y se inclina sobre su amiga para chuparle la zona del ombligo. La pequeña, a

carcajadas porque le hace cosquillas, la atrapa con sus piernas, sujetándola.

—Y ahora, ¿qué? —le dice, y se vuelven a reír.

—Es más abajo.

La otra se zafa y recupera el mechero del suelo. Patrizia las observa también. Le gusta cómo se han sentado, que pasen de todo, que su mundo sea especial, aislado del resto; que no quepan en él ni la señora negra algo tradicional, que cada vez las odia más, ni las televisiones ni los árabes ni ella misma. Las chicas solo pretenden limpiar la zona a su manera. Patrizia saca su teléfono y se prepara para hacerles una instantánea. *Hackeando* su

iPhone ha conseguido quitar los sonidos de la cámara de fotos; le resulta una tontería que imite un diafragma real.

—¿Estás preparada?

—Venga.

La mayor saca de nuevo la aguja del bolsillo de su trenca y la pincha en su manga. Después quita la tapa de un vaso de poliestireno lleno de Coca-Cola para poder sacar un hielo y aplicarlo en la zona donde va a pinchar a su amiga, para adormecerla. La chica joven protesta porque el cubito lleva todavía restos del refresco. Su amiga lo chupa hasta que se empieza a derretir en su boca, lo coloca en el ombligo y lo mantiene así unos segundos. Ambas ríen

con inconsciencia. Patrizia toca la pantalla de su móvil y capta el momento para subirlo a Instagram. Imagina que el filtro *Hefe* será perfecto. La señora negra no se acaba de creer que vaya a pasar lo que da la sensación que va a pasar. La mayor quita el hielo y lo tira rodando por el suelo hasta los pies de Patrizia. Toma la aguja y la coloca en el lugar elegido.

—Más abajo, coge bien la piel.

Lo hace y, sin esperar demasiado, la hinca en la epidermis con bastante precisión a pesar del balanceo del tren. La amiga grita tan solo un instante. Después se ríe de nuevo; ambas se desternillan, están borrachas de

juventud. Han salpicado unas gotas de sangre. No resulta demasiado aparatoso. La señora negra no puede más, agarra todavía más fuerte su bolso, se levanta y se va hacia otro vagón. No hay gente de su raza. Aun así, lo prefiere.

En el extrarradio hay muchas naves abandonadas. Son grandes recintos construidos durante la Segunda Guerra Mundial y utilizados entonces como fábricas temporales de armamento. Con los años cayeron en desuso. No están bien conservadas, aunque tienen el encanto de la decadencia. En una ciudad tan húmeda, las vigas de hierro están envejecidas y se tiñen de colores

sorprendentes, amarillentos, verdecinos, incluso con ciertos brillos en tonos malva. En los estudios previos a los Juegos Olímpicos de 2012 se pensó en derribarlas. No se hizo. El recinto elegido por el grupo en el que participa Patrizia resulta especialmente decadente y matérico. Basura acumulada, restos de maquinaria antigua, trozos oxidados de cañones, piezas sueltas de tanques y un montón de desperdicios de guerra abandonados por los rincones. Es oscuro, de ventanales altos y rotos por los que entran haces de luz que apenas llegan al suelo. Palomas y otros pájaros revolotean por la parte superior, y el ruido del aleteo genera un eco

monocorde al que ya se han acostumbrado. Largas telas de colores oscuros cuelgan separando diversos espacios. En el central, el más amplio, hay dos cilindros de cristal, de cuatro metros de alto, en los que apenas cabe una persona por su estrecho calibre. Están llenos de agua turbia, con larvas de mosquito y pequeñas algas. Franz Mark, un chaval muy joven, casi menor de edad, permanece desnudo dentro del más grande. Está casi en el fondo, atado de manos y boca abajo. A pesar de llevar un respirador de oxígeno que sale al exterior, su cara refleja angustia. Siente claustrofobia. Ni siquiera puede moverse bien para darse la vuelta y

subir a la superficie.

Patrizia entra en la nave y lo ve. Hay un conjunto de personas semidesnudas y con el cuerpo pintado, golpeando con energía unos tambores. Son miembros del Grupo Attak. First es el líder. Tiene el pelo muy corto y es de mediana edad. No es guapo, pero sí carismático, de hombros anchos, brazos poderosos y un gran tatuaje en su espalda. Una fuerza de la naturaleza. Marca el ritmo del resto subido en una estructura de aspecto industrial construida con desperdicios. Dray es algo más joven, fuerte y rápido; el ejecutor. Mac es japonesa; mayor que Patrizia, morbosa y muy ágil. Jam, el menor, es un chico fibroso, aunque

inseguro, con pinta de punk. Siguen el compás de su guía. Por debajo de ellos, otros diez chavales siguen también la cadencia sonora. Tienen su estado de consciencia alterado por el retumbar de los tambores. Su ritmo monótono y regular entra por el oído de cada miembro del grupo y llega hasta sus cerebros, fundiéndolos en un rito ancestral. Cada uno es tan solo un aspecto del todo. Y el sonido conjunta esa totalidad sin la que no serían nada. Eso es lo que les ha hecho sentir su líder y así se sienten seguros y trascendentes. Necesarios.

Nadie reacciona ante la llegada de la chica ni ante la angustia del chaval,

que se agrava por momentos. Intenta gritar y el respirador se le cae. No puede salir porque es incapaz de girarse con las manos atadas.

—¡Venga, joder! —grita Patrizia al resto. Ni la miran.

La percusión continúa sonando estruendosa y ella sola no puede hacer nada para sacarlo. Empuja el cilindro, pero es inútil, pesa al menos una tonelada. El chaval abre mucho los ojos y la mira bajo las aguas estancadas. A unos metros hay una enorme grúa industrial igual de oxidada que el resto de las estructuras de la nave. La usan para mover el cilindro, pero ahora no lo tienen enganchado a las cadenas.

Patrizia, con una agilidad entrenada, salta hasta la parte superior de la máquina desde donde se maneja el brazo metálico. Franz Mark experimenta que se le escapa la vida en el momento que le empieza a entrar agua en los pulmones. First no se inmuta; continúa con los timbales como si estuviese poseído por el ritual. Patrizia toma los mandos y maneja con habilidad la grúa. No es la primera vez que lo hace. Consigue que la pluma pendule y arremeta contra el cilindro de agua, que se resquebraja por el impacto. Pero no se rompe. Tiene que repetir el movimiento, esta vez con más arco. Ahora sí, el brazo de la grúa hace

estallar la columna de cristal. Los tambores no han dejado de retumbar y su tañido acompaña al agua que se vierte sobre el piso de toda la nave de una manera violenta e inmediata. Miles de litros inundan una gran parte de las instalaciones.

First deja de tocar. Permanece subido en su plataforma mecánica, por encima del resto. El chico del cilindro cae al suelo casi sin poder reaccionar. Tiene un corte en el brazo y sangra. Patrizia salta al suelo y le empieza a practicar el boca a boca. El líder grita algo ininteligible y el resto se detiene. Dejan de hacer sonar sus tambores. Les cuesta volver a la realidad. Patrizia no

puede entender lo que está sucediendo. Transcurridos unos segundos, Mac es capaz de hablar.

—No ha superado la prueba.

—Ya, coño, pero no es para dejar que la palme el tío, ¿no?

Dray mira a Patrizia. First se ha sentado en su atalaya y los observa.

—Tú... eres la que no ha pasado la prueba.

Patrizia mira a Mac sin entender nada y luego a First. Dray continúa hablando.

—La prueba era para ti.

Franz Marc, todavía tumbado en el suelo, abre los ojos de golpe asustando a su salvadora. Se levanta con un hábil

ademán gimnástico, arqueando el cuerpo y girando hacia atrás. Está sano a pesar del corte en el brazo. Y tiene un subidón tremendo.

—Lo he hecho bien, ¿eh?, lo he hecho bien. ¡¡Soy la puta hostia!!

Patrizia está desconcertada. Le parecía que aquel chaval estaba al borde de la muerte hace unos segundos y ahora lo ve entusiasmado saltando por el pabellón.

—Has actuado sin que First te lo autorizase —aclara Dray.

—Con contundencia, eso sí —apunta Jam riéndose. El comentario enoja a First, que opta por contenerse—. Esos cilindros cuestan una pasta.

—Bueno, pero... él..., o sea... —
Patrizia busca a First con la mirada. El líder del grupo ladea un par de veces la cabeza para colocar bien los músculos del cuello y las vértebras, y sigue sin intervenir.

—Tú no tenías toda la información de lo que pasaba y nosotros sí —aclara Dray—. Solo se interviene si él da la orden. Y lo sabes.

—Hay mucho en juego cuando hacemos los *attacks*. Manda uno, los demás obedecemos. No se pregunta, no se supone, no se decide, no se piensa. Se ejecuta.

Patrizia sabe que lo que dice Mac es así. La situación es tensa y la emoción

incontenible del chaval todavía hace más tirante el ambiente. Ni siquiera se preocupa por el corte, que sangra de manera cada vez más aparatosa.

—Perdona, tía, pero lo he hecho bien, ¿eh? ¡Lo he hecho de puta madre! Parecía que me ahogaba de verdad. ¿Has visto qué cara ponía? Así como...
—Repite la cara de ahogado.

First salta desde arriba cayendo de pie sin mayor problema. El ruido que hace al tomar tierra sobrecoge a Patrizia. El jefe del Grupo Attak pesa casi cien kilos de pura fibra. Intimida.

—Este tampoco nos vale. —Por fin habla. El chaval no entiende qué quiere decir.

—Eh, tú lo has visto, lo he hecho que te cagas, tío. Parecía que palmaba. Con dos cojones.

Jam interviene para que First no tenga que decir nada más; lo conoce y sabe lo que sucede.

—¿Y te vas a poner a dar saltos después de cada *attake*? Somos *Attaks*, no futbolistas. No has metido un gol, nadie te va a aplaudir, no vas a ver las repeticiones por la tele.

—Tío, nosotros necesitamos concentración continua, no se trata de hacer el loco. Tenemos que controlar las emociones, el dolor, la expresividad, todo. También en los momentos posteriores al *attake*. —Mac habla

mirando con desprecio al chico, que tiene la sensación de que no están siendo justos con él.

—Venga, no me jodáis.

—Fuera.

La situación se pone violenta. Franz Mark no se quiere ir y varios miembros del grupo, que estaban observando lo que sucedía desde la distancia, se empiezan a acercar. Dan bastante miedo. El chaval levanta las manos en señal de buen rollo.

—Vale... Tranquilos.

La japonesa guía al resto fuera de la nave escoltando al chico. Patrizia se acerca a su líder.

—Lo... siento.

El número uno no muestra sentimientos de ningún tipo. No parece que la rotura del bloque de cristal le haya afectado, ni el fracaso de Patrizia ni, mucho menos, el del chico.

—¿Tu trabajo? —pregunta.

Patrizia se tranquiliza al comprobar que cambia completamente de tema.

—Sí, podemos verlo cuando quieras.

Un camión de basura está aparcado en la fachada norte de la nave industrial. Está algo viejo pero no más que los que circulan por la ciudad todas las noches. De hecho, es igual al resto. Mac y Jam lo observan. First está delante de ellos

escuchando a Patrizia, que se explica a la vez que arroja dentro una bolsa de desperdicios. El vehículo comienza a triturarla.

—Aparentemente es un camión normal, de los que usa el Ayuntamiento. Pero está manipulado.

—Joder, pues está genial. Ha machacado esa bolsa como si tal cosa.

—Eso queríais, ¿no, Mac?, que diera la impresión de real. Y es real.

La chica arroja otro saco de basura que el engranaje se traga al instante. Jam se pone algo nervioso.

—¿Y entonces?

—Bueno, hay que hacer las cosas bien; cuando tiremos a la persona, hay

que acordarse de pulsar aquí. Si no, despedazará al tío.

—Eh, eh, no me jodas, que el que tengo que saltar soy yo.

—Salta, venga, Jam.

Patrizia lo dice muy segura, pero él duda un momento.

—Espera, prueba primero con esto.

—Jam coge una estantería metálica que hay por allí tirada y la mete en el coche de basura, atascando el sistema.

—¡No jodas, Jam...! —Patrizia protesta.

—No sería tan seguro si ha fallado.

—Esto no es para triturar estanterías, tío, solo materia orgánica.

—Ah, eso me tranquiliza.

Patrizia mira a First, que no reacciona; únicamente observa sus decisiones, por lo que resuelve zanjar el asunto.

—Lo arreglaré para mañana.

First lo aprueba sin decir nada y mira a Jam, que se siente cuestionado. Sabe que no le van a pasar un fallo en un *attake*.

—Mañana salto, no hay problema, ya me conoces. Patrizia, asegúrate de que funciona.

La actual jefatura de policía es de estilo gótico, de techos altos y grandes ventanales contra la bruma del Támesis. La sede anterior, la de Victoria Street, se

vendió hace algunos años para intentar subsanar las deficitarias cuentas del sector público. Fue una decisión polémica, pero Scotland Yard volvió al edificio Norman Shaw, desplazando el gabinete del líder de la oposición. Las oficinas combinan su aspecto clásico con la tecnología del siglo XXI. Ordenadores para usos muy variados, escuchas, seguimientos, análisis de voces, cromatografías, simuladores 3D con reproducciones de crímenes, todo con pantallas grandes de OLED. La conjunción de ambas estéticas le da al lugar un encanto decadente. Nadie fuma, pero la luz de la mañana genera en la estancia un contraluz similar al de la

neblina del río. Es una sala amplia, con más de setenta policías, la mayoría de ellos sin uniforme. Se están produciendo muchas denuncias, algunas por altercados violentos a causa de la huelga de basuras, otras por violaciones, hurtos, dos asesinatos, un asalto a un gran banco. Un día normal.

Matt y George, los buzos que presenciaron el accidente con los tiburones toro, hablan con Jellineck. Intentan defender su trabajo. Explican que estos animales no suelen ser tan agresivos, ni mucho menos. En contra de las creencias populares, no necesitan comer demasiado, apenas un dos por ciento de su peso corporal al día. Los

que realizan documentales exageran; provocan a los escualos para que ataquen y así conseguir imágenes impactantes. Ellos han nadado cientos de veces rodeados por esos animales. Si se les sabe tratar, no arremeten contra las personas. El inspector jefe le toca el brazo herido a George.

—Eso que se lo digan al concursante. ¿Cómo se llamaba?

—Eh..., Paul Nipkow o algo así — aclara Matt, el buzo ileso—. Esa prueba la hemos hecho muchas semanas y jamás hemos tenido ningún incidente.

—Hasta ayer.

—Hasta ayer —reconoce.

—¿No sabrán qué ha sido del

presentador?

Ambos se miran y no contestan.

—Ha desaparecido, ¿así, sin más?

—No sé —dice Matt—; por la impresión, supongo.

Llega Fesser con fotos y un montón de papeles e interrumpe la conversación. Se dan la mano. George, con el brazo en cabestrillo, le tiende la izquierda, lo que incomoda al policía recién llegado.

—Se lo hizo abriendo una lata de atún —ironiza Jellineck, divertido.

Fesser ya conoce a su jefe, no se inmuta y sonrío al herido. Deja sobre la mesa las carpetas que lleva.

—Traigo el resultado de la autopsia

y las fotos de los restos. Mira.

—Ya veo. No me digas que murió por un corte de digestión. Más que autopsia habrá sido un lavado de estómago de los tiburones.

Matt y George están muy molestos con la conversación. En cierta medida, consideran que ellos podrían tener alguna responsabilidad en lo que pasó y el policía no se esfuerza por hacer que se sientan mejor.

—Vale, vale. Esta vez tu laboratorio lo tiene más difícil, el arma asesina es un tiburón. No deja casquillos —añade Jellineck, empeñado en incomodar a todos.

—No, pero, como acabas de decir,

sí deja restos en el estómago.

Ahora su jefe lo mira con cierto interés. Cuando Fesser habla así, se nota que tiene algún dato interesante. Sería un pésimo jugador de póker. Todos le prestan atención, pero él no sabe aprovechar el momento y lo suelta de golpe, sin darle ningún misterio. No podría trabajar en televisión.

—En el tubo digestivo de los tiburones se ha visto que no había otros restos de comida. Llevaban varios días sin ingerir alimento alguno.

Jellineck se gira hacia los buzos, que están desconcertados. Suponen que eso es imposible; siempre comen justo antes de la grabación del programa. Deberían

estar atiborrados de atún y harina de pescado enriquecida con vitaminas y minerales. La mirada del policía los intimida y sienten la necesidad de explicarse.

—Nosotros no alimentamos a los animales —se apresuran a decir—. Para eso hay un encargado. Limpia el acuario y les da de comer.

—No sé, es muy raro todo esto —añade George—; el día de grabación se les da comida de más. Incluso se les administra un tranquilizante para que no hagan nada. Normalmente, ni se mueven. De hecho, estaban a punto de retirar la prueba.

—Y de quedarse ustedes sin trabajo.

—La afirmación del inspector jefe tensa aún más a los buzos. Suena a acusación.

—Tampoco había restos de tranquilizante en el análisis que les hemos hecho —aclara Fesser.

—¿Cómo se llama el encargado?

—André. André Villepin. Suele estar en la cadena por la mañana y en el zoo de la ciudad por las tardes. A veces le ayuda su mujer. Es un tío..., no sé, buena gente.

Jellineck los mira. El inspector jefe impone, y más aquí, en su terreno. Matt lo observa a contraluz, con el ventanal de fondo y la bruma del río envolviendo la ciudad.

—Bueno, eso creo yo —aclara el

propio Matt.

En el sótano de la nave hay varios pasillos abovedados que dan acceso a unas celdas en las que no queda nada del mobiliario original. La entrada de cada una de ellas está protegida por rejas. Resulta un espacio algo chocante para estar en una fábrica. Debió de funcionar como prisión en algún momento durante la Segunda Guerra Mundial. El suelo es de arena, está sucio y sin cuidar. La pintura se cayó hace muchos años, las verjas están oxidadas. La luz del sol entra débilmente por los ventanucos que hay en cada una de las estancias. Normalmente, el grupo utiliza las celdas

como camerinos, por lo que hay algunos trajes colgados, maquillaje, pelucas, armas, argollas, máscaras antigás... En una de esas piezas se encuentra Patrizia sentada en una butaca vieja y cómoda. Está desnuda de cintura para abajo. Un rayo de luz proveniente de la ventana incide en su cabeza casi rapada y en sus hombros, haciendo que brillen. En el vientre, encima del vello púbico, lleva escrito con rotulador «mind the gap»,^[5] y una flechita que señala hacia abajo. Lo mismo que pone en el suelo de los andenes del metro. Mac le está mirando el sexo muy de cerca. Detrás de las chicas y sin prestarles atención, un par de jóvenes se maquillan el cuerpo de

negro ante un espejo. Son fibrosos y están completamente desnudos. Cada uno se pinta a sí mismo con una pasta densa. Les satisface hacerlo. Les da placer tocar sus propios músculos. Mac no les hace caso y mira a su compañera.

—¿Te duermo la zona?

—No, no —niega Patrizia—. Quiero sentirlo.

Su amiga accede y deja la crema anestésica en el suelo. Coge un paño limpio que lleva en un bol blanco. Vierte alcohol.

—He estado a punto de decirte que no me lo hicieras.

Mac la mira extrañada.

—En el metro he visto a unas niñas

que estaban haciéndose un *piercing*.

—¿También en el coño?

—No. —Patrizia sonrío, la japonesa le divierte—. En el ombligo.

—Pues eso. Es diferente.

Completamente.

Patrizia duda y se le nota. Coge su móvil y enfoca hacia abajo.

—Esa obsesión tuya porque nadie se te parezca, no sé.

—¿Te importa que haga una foto?

A Mac no le importa. Ha pinzado con sus dedos los labios superiores de la vagina de su compañera y tira un poco para tensarlos. Le clava la aguja con un movimiento rápido y preciso. Patrizia da un respingo a la vez que hace la

fotografía.

—¡Joder! —le duele y su cuerpo genera endorfinas para dominarlo. Se siente mejor por unos instantes.

—El dolor cura, ¿verdad? —dice Mac mientras le pasa un paño con alcohol. Ambas lo han experimentado. Patrizia recupera la respiración y mira la pantalla del teléfono; está movida pero el resultado le complace. Se ve a la japonesita en un plano cercano, muy guapa, con sus ojos vivos y rasgados, la aguja y parte de su propio sexo. Abre Instagram para retocarla.

—Esta me la van a censurar —dice casi para sí.

—Es una pena que antes hayas

fallado en la prueba. Para First todos debemos ser iguales.

—No estoy de acuerdo; una respuesta conjunta, sin fisuras, sí, pero cada uno con su personalidad.

Mac no le quiere dar la razón, pero tampoco contesta. Intenta apartar el vello que rodea la zona. No le intimida tener que tocar las partes íntimas de otra chica. Le está costando colocar el *piercing* en su sitio.

—Lo que no entiendo es por qué llevas la cabeza rapada y esto así... Joder, perdona, pero no hay quién encuentre el clítoris.

—No sé, no pienso con el coño — dice riéndose, mientras elige el efecto

Rise como retoque de la fotografía. El filtro añade intensidad al momento; aumenta el contraste. El filtro *Lo-fi* es demasiado en esta ocasión.

—Pues, a veces, deberías pensar más con él...

Patrizia sonrío de nuevo, su amiga le hace gracia. Le encanta que sea diferente a ella. Le encanta que la gente sea muy peculiar, irreplicable. Le fascina que alguien sea capaz de sorprenderla, algo difícil a estas alturas de su corta vida.

—¿Sabías que el clítoris no se descubrió hasta finales del siglo XVI?

La japonesa la mira alucinada.

—Descubrirlo, probablemente lo habrían descubierto las interesadas.

Pero, al menos, nadie le puso nombre hasta ese momento. Los inquisidores le llamaron *el pezón del diablo* y, por supuesto, se cargaron a la mujer a la que se lo encontraron.

—¡Qué fuerte! Yo había escuchado lo del timbre del diablo.

—Sí, eso decían las niñas de mi colegio cuando estuve en Irlanda, y que si lo tocabas llamabas al demonio y te llevaba. Cuanto más lo decían, más me lo tocaba a ver si pasaba algo. Y nada, hasta hoy. Aquí sigo.

Ambas ríen. Mac consigue poner el anillo en su sitio y vuelve a limpiar la zona con la toallita. Sangra todavía un poco.

—Antes he picado como una gilipollas. Creía que el tipo palmaba en el cilindro de agua. No lo ha hecho mal, el cabrón.

—Tienes que tener paciencia, tía. Eres muy buena ingeniera y First te quiere en eso.

—Ya, Mac, pero a mí lo que me va es la calle, los *attakes*. No el estar encerrada aquí preparando el material. Además, puedo hacer las dos cosas. Quiero hacer que la puta sociedad se dé cuenta de la mierda que es. ¿Les da asco la basura? Ellos son peores. Viven dominados; del trabajo a casa, de casa al trabajo, dos niños, un divorcio, las cervezas en el pub, la televisión. Se

creen que tienen amigos porque están en Facebook —conforme habla, Patrizia se va emocionando—. Venga, no me jodas. ¿Se jugarían la vida por esos amigos? Yo me la jugaría por vosotros.

—Ya verás cómo al final te deja entrar en el Círculo Beta. Tienes que confiar en él, tía, a ojos cerrados. Aguantas de puta madre el dolor, serías una buena *attak*, pero la disciplina es todo. Estás muy acostumbrada a ir por libre. Demasiado. ¿Te acuerdas de cómo te conocimos?

—Claro, buceando.

—Sí, pero no en cualquier sitio. A First le impactaste, aunque nunca lo haya comentado. Alguien capaz de llegar al

culo del mundo en China, en solitario, tenía que ser alguien especial.

—Al principio me asusté un poco. Estaba alucinada viendo los palacios sumergidos cuando aparecisteis vosotros. No tenía permiso, pensé que erais, yo qué sé, de la policía.

Mac sonrío.

—Ya viste que no.

—En esa época me dedicaba a viajar por el mundo buscando lugares abandonados como Shicheng. Me sentía bien. Sola.

—Pero ahora ya no estás sola, nos tienes a nosotros.

Patrizia se queda un momento en silencio. Esas palabras le influyen más

de lo que piensa. Le hacen sentirse bien. Tiene gente con la que compartir sus ideales, sus pensamientos y también sus acciones al límite. Desde que los ha encontrado, se siente más valorada. Tiene un grupo de referencia. Creía que no lo buscaba, pero ahora que lo ha encontrado, lo necesita.

La japonesa ha terminado su cometido y suelta la piel, que ya no sangra. El sexo de Patrizia tiene por fin la pinta que ella quería. Una pequeña argolla que une los labios cerca del clítoris, rodeado y semi oculto por el vello. No se pone el *piercing* para lucirlo, se lo pone porque es parte de su manera de entender la vida, de su

personalidad, de su forma de ir por el mundo, de ser ella misma, de marcar su cuerpo con las cosas que ella quiere. Como las pintadas con rotulador, las fotos en Instagram o las incisiones que hace en su piel cuando escucha música en la bañera de su casa. Es parte de su concepción simbólica, de su imaginario.

—Ya está. Toma un antiinflamatorio y cúratelo tres veces al día. Ah, y nada de sexo en una semana por lo menos.

—Me va a costar.

—Bueno, si lo hacen sin tocarte el timbre del diablo...

Se ríen felices y despreocupadas por un momento, como las adolescentes del metro. Los chavales del fondo las miran.

Ya están completamente pintados. Impresiona verlos de negro, desnudos, sin un solo pelo en el cuerpo. Pasan por delante de ellas. Mac no puede evitar mirarlos; sus penes quedan a la altura de su cara. Ambos están bien dotados y lo saben. Patrizia observa a su compañera.

—¿Tú has follado con First?

—Claro, todas. ¿Tú no?

Patrizia se encoge de hombros y se empieza a vestir. Queda claro que no. A su compañera le sorprende. Lo normal es que cualquier miembro recién admitido, sea chico o chica, deba practicar algún tipo de acto sexual con su líder. Patrizia prefiere que haya sido así. Odiaría engañar a Laszlo. Nunca lo

ha hecho en estos años de relación. Es verdad que lo de First sería otra cosa, pero si a su chico ya no le agrada el grupo, solo faltaba que encima se enterase de lo que pasa en él... Mac no lo vive como una imposición sectaria ni nada parecido; para ella es algo especial, incluso bello, nada más alejado de una violación. Es parte de un proyecto, de un ideal; es un acto de confianza mutua, un placer compartido, una sumisión aceptada.

—¿Y tu chico, Jam, no dice nada?

—No, yo follo con quien me apetece. Él también. ¿Por qué?, ¿quieres...?

—¿Con Jam?, no, no, paso. No sé,

no nos entendemos muy bien.

—Jam está bien en la cama, tía, pero First es una pasada. No sabes lo que es.

—A mí no me ha propuesto nada. No le interesaré.

—Nunca propone nada a nadie, depende de cada persona. Tú te entregas cuando te sientes preparada. Es la hostia, ya verás.

—Bueno, no sé si quiero, la verdad.

—Tienes que confiar, tía, ciegamente; esto es así.

II

Jellineck va en el coche oficial, esta vez conducido por Fesser, cumpliendo los límites de velocidad. Tanto respeto le desespera y se encarga de que se le note. Se revuelve en su asiento sin dejar de mirar por la ventanilla. Hace semanas que no se ve claramente el sol, tan solo una luz difusa entre nubes grises y densas. Cada día hay más basura acumulada en las calles, lo que aumenta la sensación de vivir en la capital del Apocalipsis. Bolsas tiradas y amontonadas, muebles rotos, pantallas de ordenador, latas, papeles que vuelan impulsados por el viento húmedo, restos de comida mordisqueados por perros y

vagabundos que buscan cosas que puedan serles útiles, o no. Al inspector jefe no le molesta que Londres sea así. Su manera de hacer las cosas es igual: desordenada, caótica, algo sucia. En su opinión, mejor que no suban el salario de los basureros ni una libra; seguro que estos se hartan de esta situación antes que él.

—Hemos ido a interrogar a la familia del concursante...

—Como mandan los cánones —apunta Jellineck.

—Sí, de primero de Criminología —responde sin poder contenerse Fesser—. Había que hacerlo —añade.

—¿Pero?...

—Pero no parece que haya motivos para que alguien quisiese hacer daño a ese chico. Es una familia muy sencilla. Él no estaba metido en drogas, ni tiene antecedentes. Su novia es una chica normal, también de clase baja. Eso sí, con estudios de auxiliar de enfermería. Le queda alguna asignatura.

—Genial. Sáltate la parte de los interrogatorios al personal técnico del concurso a no ser que alguno viese realmente lo que hizo el presentador.

—Nadie.

—Se veía venir. Toda la atención estaba centrada en esa enorme pecera iluminada por luces de colores... No es difícil pensar que nadie se fijaría en

Shultheiss.

—Además, he investigado el correo y las redes sociales a su nombre —apunta Fesser—, pero tampoco hay nada interesante, solo las utilizaba para promoción de sus programas. Yo creo que las llevaba directamente el *community manager* de la emisora. No hay tuits personales, ni compras, ni entradas en webs... Por ahí poco vamos a encontrar.

—¿Y el móvil?

—Tenemos el número, pero no hemos podido localizar la señal. Eso sí, sabemos dónde lo apagó.

—¿Alguna teoría?

—Sabes que no me gusta especular.

Jellineck le mira pidiendo más información.

—Vale, la verdad es que siete minutos después de salir del plató se encontraba ya a quince kilómetros.

—Mucha distancia para una persona desorientada, ¿no crees?

—Es pronto para sacar conclusiones. De todas maneras estamos mirando las cámaras de la zona por si pudiéramos identificar algún vehículo sospechoso.

—Deberíamos comprobar también el tráfico de llamadas entre el teléfono que tenemos de Shultheiss y el de los directivos de la cadena, especialmente el del presidente.

—Lo hemos hecho —afirma Fesser rotundo. Su jefe le mira sorprendido, por una vez se le ha adelantado—. No había prácticamente nada. Y ninguna comunicación en los días anteriores al incidente. Ni siquiera un WhatsApp o un SMS.

Jellineck asiente. Se lo temía. Pero no está conforme. Todo lo sucedido continúa inquietándole.

—Ya. Y ¿por qué podrían querer matar a un concursante en directo? —pregunta abiertamente.

—Eh..., bueno, no sabemos todavía, puede haber sido un accidente.

—Ya. El presentador tiene la fuga preparada y la cadena sigue emitiendo.

Eso es como si lo tuvieran previsto. Como has dicho, no parece que haya motivos para querer matar al chaval. Si es así, no lo asesinan por ser quien es sino ¿por salir en la tele? ¿Por estar en el sitio equivocado en el momento justo? ¿Podría haber llegado a la prueba final otro de los participantes y habría muerto igual? ¿Nos da tiempo a comer algo antes de ir a la televisión? —pregunta cambiando radicalmente de tema.

Fesser intenta pensar en una explicación razonable para lo que ha pasado, pero sin inculpar a la emisora. También tiene hambre. Piensa en que han quedado en Ondaseven y que van con retraso. Su jefe se ha entretenido

mirando resultados deportivos en Internet. El Chelsea ha vuelto a perder y ha sido eliminado en la Champions por el Real Madrid. Mal año. Ese nuevo presidente ruso tampoco le gusta nada.

—A lo mejor el presentador ha desaparecido por miedo a las consecuencias —dice.

—Sí, hombre, por las consecuencias; no te digo... Ha sido el programa más visto del día, récord de audiencia. El minuto de oro o no sé qué. ¿Y cómo coño miden las audiencias, por cierto?

—Por lo visto, ahora utilizan unos sistemas muy sofisticados, captan los latidos del corazón de las personas

que...

—Estaba todo preparado —le interrumpe, demostrando que prefiere llevar él la conversación—. He leído el informe que nos han pasado: el programa había bajado bastante de audiencia en las últimas semanas. Oye, muy interesantes esas estadísticas, ¿sabías que miran lo que sucede minuto a minuto? Minuto a minuto —repite haciendo hincapié—, los espectadores que se van del programa, los que vienen, la edad que tienen, sus estudios, si les duelen las cervicales —añade con media sonrisa—... Madre de Dios, qué obsesión. Yo no podría vivir así.

—A mí tampoco me gusta la

televisión, pero de ahí a matar a una persona para llamar la atención...

—¿Y cómo te explicas que Shultheiss haya conseguido borrar sus datos del Ministerio del Interior, de la Interpol? ¿Casualidad? Ni siquiera el teléfono estaba realmente a su nombre. No figura nada de él, ni dirección ni familiares. Era un tío muy famoso. ¿Qué pasa? ¿Nunca invitaba a una tía a su casa? A una azafata, yo qué sé... Yo desde luego lo habría hecho.

—Sí, pero no habría ido ninguna.

—Hombre, yo digo pagando.

Jellineck se ríe; siempre queda por encima. El coche sigue cruzando la ciudad. Unos manifestantes giran por la

esquina oeste sin afectar a su marcha. Se quejan por la falta de casas de realojamiento para la población inmigrante. Se cruzan con otros que protestan contra los inmigrantes. La policía metropolitana está llegando al lugar del encuentro. Fesser mira por el retrovisor y ve las primeras cargas y los botes de humo. Se dice a sí mismo que eso no va con ellos. El navegador va señalando la ruta. A la derecha, después recto.

—Iríamos mejor por Brooklyn Court.

—Tenemos que revisar las grabaciones de los discos duros de seguridad.

—Pero iríamos mejor —insiste Jellineck—. Bueno, lo que quede de las grabaciones. Hemos tardado toda la mañana en que el juez nos firme la autorización. Nadie quiere ir en contra de una cadena de televisión. Ya verás como tampoco en Ondaseven tienen la dirección del presentador.

#muerteendirecto



@auxtv - 2

min

Era impresionante
ver cómo le

devoraban los
tiburones.

#muerteendirecto

#EIEspecialista23



**@mpiercesmith - 2
min**

En serio lo viste en
directo? K suerte!!!!

Cuéntanos más!!

#shultheiss



@horseswhite - 2 min

No puedo entender
este hashtag
#muerteendirecto.

Te pido por favor que
lo retires.



**@pittbull - 1
min**

Y una mierda!, yo
quiero saber + datos
#muerteendirecto



@sanagustin85 - 1 min

Te vas a condenar,
@auxtv, no puedes
jugar así con las
cosas del Señor.



@pittbull - 1 min

Bloquead a este

gilipollassss

#muerteendirecto



@sophiehh92

- 40 s

Voy a dejar este tema, veo que es inútil. No vamos a conseguir nada.



@auxtv - 20 s

Yo solo cuento lo que
he visto. Los
morbosos sois
vosotros.

#muerteendirecto

#ElEspecialista23

Un presentador de Sky Sports, que intenta resultar simpático a la vez que profesional, habla de fútbol por la televisión. En realidad, lo que parece es un cantamañanas.

«Tras perder su encuentro de ayer, el Chelsea acaba de realizar el fichaje más caro de la historia del fútbol mundial al pagar por el delantero centro de la

Roma la astronómica cantidad de...». El canal cambia y ahora se comenta la huelga de basuras que amenaza con convertir la ciudad en un nido de infecciones. Un montaje de imágenes dinámicas y bien grabadas acompaña a la voz en *off*. Los planos muestran varias ratas en unos contenedores destrozados. Al fondo, un pequeño incendio ilumina la situación. Las cámaras 4K permiten la grabación en condiciones límite de luminosidad y eso ha facilitado la labor estética de los periodistas audiovisuales. En una tertulia de la BBC se debate sobre el aumento de la alergia al polen del fresno. Ante este problema creciente, los responsables municipales

de sanidad se están planteando talar algunos de los árboles centenarios de St. James's Park, muchos de ellos de más de cuarenta metros de altura. Es uno de los parques reales de la zona de Westminster, el más antiguo de ellos. Hasta hace menos de una década, la alergia a este polen era muy escasa, afectaba a menos del tres por ciento de la población. Sin embargo, en los últimos años, ese porcentaje se ha disparado significativamente. Según comenta el tertuliano, los vecinos y él mismo aplauden la medida.

En Unotv entrevistan a un señor de mediana edad con acento cerrado del East End. No se entiende muy bien lo

que dice, para desesperación de la periodista.

«Yo creo que es mentira lo del concursante ese —dice sin llegar a vocalizar correctamente—, es todo un montaje...».

Klimt Owd permanece de pie en su despacho, sin apenas moverse. En su mano tiene impresas las audiencias del día anterior. Han sido líderes en todos los tramos: tanto en mujeres como en hombres; en grandes ciudades y en zonas rurales; en las distintas edades, incluso en el tramo de cinco a quince años. Eso le sobrecoge por un momento. Un sesenta y tres por ciento de los niños

ingleses vieron los minutos posteriores al incidente del concursante, como ha decidido llamarlo la emisora. La curva del programa es asombrosa. Nunca había visto una así. El número de espectadores era estable aunque un poco bajo para el programa hasta que se produjo la muerte de Nipkow. Siete segundos después empezaron los tuits y, en menos de cuarenta segundos, la curva comenzó a ascender de manera vertiginosa llegando a picos solo vistos en las tandas de penaltis del pasado mundial, cuando Inglaterra perdió la final frente a Brasil. El sonido de su móvil le interrumpe sus pensamientos. Se trata del presidente de la Academia

Británica de las Artes Cinematográficas y de la Televisión. Contesta. Instintivamente, Klimt se gira hacia la estantería que tiene detrás. Ahí están los premios de su carrera. Baja las hojas de los datos sin dejar de hablar por el móvil. Dice que no ve problema en asistir a la entrega del galardón que le otorgan «a toda una vida» y a la cena posterior. Irá con su mujer a recogerlo. No cree que tengan que alterar lo previsto por lo sucedido. Garantiza a los organizadores que la policía ya está inmersa en la investigación y que la dirección de la emisora, como tal, no ha tenido nada que ver en lo sucedido. Se demostrará que ha sido un terrible

accidente. Nada más que eso: un accidente. La cadena está prestando toda su colaboración, naturalmente. Owd lleva muchos años soñando con un reconocimiento como este. La Academia en su integridad, más de seis mil profesionales, de pie, aplaudiéndole. Él ha sabido aunar el prestigio con la buena audiencia, algo difícil y, por tanto, meritorio. En el cine es más sencillo conseguirlo, pero en televisión... No se le puede escapar este galardón ahora que lo tiene tan cerca; imaginarse tal posibilidad le irrita.

—La policía... está abajo —le anuncia su secretaria, que ha entrado después de llamar.

Klimt escucha el aviso y se despide de su interlocutor.

—Marcus, te tengo que dejar. Yo soy el primer interesado en que esto se solucione. Un abrazo.

Kate, la azafata de confianza de la cadena, espera junto a Jellineck y Fesser en el vestíbulo. Han preferido no entrar en la sala VIP. Al inspector jefe tanto monitor le confunde. O eso dice. Su compañero intenta ser amable, se nota que la chica le resulta muy atractiva. Es incapaz de decirle algo que considere inapropiado.

—Gracias por acompañarnos. Muy amable.

A su jefe le haría gracia la situación, si no tuviese la cabeza en otra cosa.

—¿Sabe dónde está André?

La azafata no sabe sobre quién le preguntan. Le desagrada Jellineck y Fesser no le interesa lo más mínimo; sin embargo, sabe ser profesionalmente cortés y atenta. No va a ayudarles, aunque intentará que estén a gusto y atendidos. Por suerte para ella, desconoce lo que ha podido ocurrir.

—Perdone, ¿quién?

—André no sé qué, un apellido francés —insiste Jellineck—, el tipo que alimentaba a los tiburones.

—Villepin —apunta Fesser solícito.

—Ah. No lo conozco, pero no se

preocupe que pregunto por él y les digo algo antes de que se vayan.

—Acabamos de entrar y ya quiere que nos vayamos.

—Sabe que no he pretendido decir eso, inspector. ¿Quieren que les suban algo de comer, un café?

Los pasillos de la emisora son largos y están vacíos de mobiliario, limpios y pintados de blanco. Tan solo los adornan, sin conseguir darles encanto, algunas fotos ampliadas de personajes famosos de la cadena, entre los que está Shultheiss. Jellineck camina a la altura de Klimt Owd. Va comiendo a dos carrillos un donut de colores y lleva un

café en la otra mano, de la que cuelga una bolsa con el logo de la emisora. Dentro van las camisetas que pidió, las de la serie de los chicos con poderes. Faltan las gorras. Moja el bollo en el café sin detenerse. Las migas y los *toppings* van ensuciando el suelo y hacen un ruido desagradable cuando los pisa. A Kate le cuesta seguir el ritmo por culpa de la falda ceñida y de los tacones. Le incomoda tener que correr, no quiere perder la compostura en ningún momento. Fesser la espera y eso le causa más irritación aún, sin que llegue a notarse.

—Entonces, presidente, ¿siguen sin saber nada del presentador? —El

inspector jefe habla con la boca llena, le gusta dar esa impresión de zafio. Le encanta defraudar a la gente, incomodarla. Es parte de su método de trabajo. Y también de su vida.

—Así es. Nadie lo vio salir del plató.

—Nos deberían pasar los nombres y teléfonos de las personas que asistieron como público en directo a la grabación —apunta Fesser.

—Habría que contactar con la agencia de figuración.

—Contacte, contacte —repite Jellineck—, que tenemos a nuestros hombres un poco aburridos. Y, por cierto, siempre he querido saber una

cosa; a esas personas... ¿se les paga o vienen por la cara?

—No «vienen por la cara», son seguidores del programa. Ellos son los que piden venir.

—Vamos, que no ven una libra.

El presidente se incomoda.

—Si acuden es porque les apetece; como comprenderá, no les obligamos.

—¿Y por qué cree usted que ha desaparecido?

—¿Quién?

—El presentador.

—Pues, la verdad... No sé, la impresión a lo mejor...

Los policías se miran; es lo mismo que dijeron los buzos. Jellineck no cree

que sea casualidad. Se imagina cómo son las cosas en las grandes empresas: alguien desarrolla la explicación oficial y todos la asumen sin plantearse nada más. Es fácil vivir así, es cómodo, se asciende antes. Los partidos políticos, los sindicatos y los periódicos funcionan igual. Eso explica la mediocridad general. Asciende el que se calla.

—¿Y las grabaciones de las cámaras?

—Ahora las traerá el jefe de seguridad. Nosotros somos los primeros preocupados por este asunto.

—Vamos, señor presidente, los controles de audiencia de ayer por la noche no son para preocuparse. —

Jellineck saca un papel arrugado del bolsillo—. No entiendo demasiado de esto, pero, vaya, que ganaron de calle al fútbol, y eso es mucho. Desde que se fue Mou por segunda vez, el Chelsea ya no es lo que era —añade con pena—. Yo creo que los más preocupados, los más preocupados... deben de ser los familiares del difunto.

Se produce un momento de silencio en el que solo se escuchan los tacones de Kate resonando por el pasillo al pisar los *toppings* de chocolate. El viejo policía muerde otro trozo de donut y su garganta hace ruido al deglutir los restos del pedazo anterior.

—Porque, dígame, señor presidente,

al final, ¿la familia se lleva el apartamento en Miami o no se considera superada la prueba? ¿Tenía que salir a la superficie con la llave o bastaba con sacarla del cofre?

Klimt se detiene y tarda unos segundos en dirigirle la mirada. Está ofendido. Le ha irritado el comentario y la idea de perder el premio cruza por su mente.

—Inspector, esto a la larga solo puede perjudicarnos.

—¿Usted cree?

—No sabía que era un entendido en audiencias.

—He leído por ahí que los tiburones toro se devoran unos a otros dentro de la

tripa de la madre^[6] —dice cambiando de tema—. Que es la manera de que nazcan los más fuertes. Me ha encantado. Ya son asesinos antes de nacer.

El final del pasillo está cerca. Hay una puerta con un rótulo grande. La del camerino del presentador. Jellineck entra sin esperar autorización. Los demás se quedan un momento fuera para mantener la calma ante el inspector. Klimt mira a Fesser.

—¿Le hemos hecho algo a su jefe?

—Eh..., realmente no. Odia la televisión. Bueno, odia a todo el mundo. Hoy incluso está siendo amable. Los donuts de colores le ponen de mejor

humor, no se crea.

Entran en el camerino decorado según las reglas del *feng shui*, un dato que ni entendería ni le interesaría a Jellineck en caso de que se lo contasen. La habitación es amplia, está pintada de azul, dispone de muebles modernos, cómodos, de madera, de esquinas redondeadas y con una pequeña fuente en funcionamiento sobre una mesa. La ventana no está alineada con la puerta y unas columnas de bambú rodean un contrafuerte que hace esquina. La entrada al baño está orientada al norte. Un deseo expreso del presentador, que resultó muy costoso para la cadena, ya que hubo que cambiar de sitio las

bajantes originales del edificio. En el camerino les esperan el policía y Mike Finch, el jefe de seguridad, que lleva un pequeño disco duro en la mano.

—Les daremos todos los datos que tenemos en la cadena sobre Shultheiss, inspector —afirma Klimt y hace una señal a Mike—. Creo que ya les pasaron sus perfiles en redes sociales y aquí tiene una copia de las grabaciones. —El presidente de Ondaseven se acerca a Jellineck—. ¿Está ya más contento?

—La verdad es que no... Estos bollazos me repiten —dice limpiándose un diente con la lengua sin llegar a chasquearla, por fortuna para el resto—. ¿Tendrían más?

Klimt Owd y Kate se miran. La azafata de confianza sabe lo que tiene que hacer y sale a cumplir el encargo.

—Ah, y gracias por las camisetas. A mi sobrino le encanta esa chiquita negra.

—Enseña el regalo que había pedido el día anterior—. Aunque faltan las gorras.

Sin hacerle caso, el jefe de seguridad manipula una tableta Samsung, de tamaño medio, donde van pasando imágenes aceleradas.

—No me puedo creer que nadie supiese dónde vivía este tal Shultheiss —comenta el inspector jefe—. ¿Adónde le mandaban las felicitaciones de Navidad?

Mike no se deja distraer. Gira su

tableta y le muestra una imagen congelada. Se ve un plano medio, corto, de una persona de no más de cuarenta años, de cara y pelo anodinos.

—Este es André Villepin, el que alimentaba a los tiburones. Francés.

—¿Y no tienen una foto, como en cualquier sitio? ¿Qué pretende, que me lleve su ordenador para ir preguntando por los zoológicos?

Mientras Jellineck habla, el jefe de seguridad pulsa un botón de su pantalla táctil y en una habitación contigua al camerino comienza a imprimirse la imagen en una láser. Sale un momento y regresa con una fotografía de André, de buena calidad.

—Oye, y sin cables —dice el policía, falsamente asombrado.

—Tome. Y aquí tiene unos documentos con sus datos.

Mike le alarga un *pendrive* diminuto con el logo de Ondaseven. Jellineck lo mira; evidentemente, no sirve de nada si no tiene un ordenador cerca. Fesser se lo coge, con permiso, pero su iPad sigue sin tener entrada USB.

—Después lo miramos. En la central.

—¿Aquí viene todo? —pregunta Jellineck.

—Por supuesto, inspector.

—¿También dónde está ahora?

Klimt Owd, el presidente de

Ondaseven, empieza a sentirse francamente molesto, pero opta por no decir nada. No quiere altercados que puedan perjudicar la entrega de su premio a toda una vida.

III

La nave del Grupo Attak es un caserón enorme, de una arquitectura de ladrillo de principios del siglo XX. Fue una construcción avanzada para su época. La semicúpula que recorre el tercer piso daba luz natural a los trabajadores a través de una claraboya, ahora medio destruida. Con el paso de los años y las lluvias continuas se ha oscurecido y agrietado hasta adquirir el atractivo de una ruina moderna. A una distancia prudencial de la puerta hay un deportivo pequeño, rojo Argilla. Un modelo

arriesgado y exclusivo de Lancia, un diseño futurista que contrasta con la estética del barrio. Laszlo espera dentro escuchando una vieja canción de Elvis Costello. Es como si no quisiera acercarse demasiado su coche nuevo a la entrada de la fábrica. La música, sin embargo, sí que llega hasta la puerta por la que sale Patrizia. Camina hacia el suburbano más próximo. Está a punto de ponerse los cascos cuando oye un pitido. Se gira. No ve nada que le haga cambiar de rumbo. Ante un nuevo sonido del claxon se da cuenta de que el piloto es su chico. No se lo esperaba. Encamina sus pasos hacia él.

—Mola, ¿eh? Mi coche nuevo. —

Laszlo sale a su encuentro con una sonrisa inmensa y orgullosa.

—Sí, es... curioso.

—Me lo ha regalado mi padre. Me lo prometió el último año de carrera. — Laszlo aprieta un botón y se conecta la alarma—. Doble bloqueo, localizador por GPS, inmovilizador, sistema multimedia *Unconnect* y sensor de movimientos. Lo mejor en seguridad. Aparca solo, lleva cinco cámaras para evitar los ángulos muertos y radares laterales para adelantar con seguridad. Ah, y ordenador con conexión a Internet. Y no veas cómo se agarra en las curvas.

Patrizia sale cansada, porque ha trabajado mucho arreglando el falso

camión de la basura, y también dolorida por su *piercing* recién estrenado. A pesar de saber mucho de motores, tantos datos técnicos no le acaban de interesar. Sonríe a su chico, pocas veces lo ha visto tan emocionado. Sabe que no es solo por el coche, sino también porque su padre está orgulloso de él. Inmersos en los preparativos de la boda de su hermana mayor no le están prestando demasiada atención. Es el pequeño de la familia, pero nunca ha sido el favorito, o eso le parece a él. Tal vez de su madre. Su padre siempre ha preferido para los negocios a su hermano mayor y para la escasa ternura de la que es capaz, a su hermana, la que se casa en unos días.

Por eso está su progenitor tan nervioso. El regalo de este coche es el cumplimiento de muchas ilusiones y esperanzas, si es que la esperanza de que te quieran se puede concretar en un deportivo de color rojo Argilla.

Patrizia va a entrar. Laszlo ve que lleva el pantalón bastante sucio y se pone tenso.

—Cuidado, vas a manchar la tapicería.

—Ya..., es que he estado currando con un camión de la basura.

—¿Y qué haces trabajando con un camión de la basura? Tía, deja esto y termina tu ingeniería. Te queda año y medio, un año si te pones. Mi padre nos

podría colocar a los dos.

—No empecemos. Esto que hago me gusta y tú también. Déjalo así. —Le da un beso en la boca.

—Espera, no te sientes, pon una bolsa de plástico o algo.

—Me quito los pantalones y punto.

—Oye, aquí no. Es que...

—Pero si aquí nos cambiamos todos juntos.

Laszlo se lo imaginaba, pero escucharlo en boca de su chica no le hace ninguna gracia. Patrizia le inquieta, le da un morbo que no es capaz de colocar en sus sesiones de terapia. Saber que otros la ven desnuda, y no otros cualesquiera, sino gente de una

moral diferente, demasiado liberal, en vez de enfadarle, le atrae, le excita. No puede ni quiere evitarlo. Le fascina, aunque no se lo reconozca a sí mismo; le despierta una pulsión que no conocía. Con toda naturalidad, ella se quita los pantalones en la calle. Lleva un tanga negro y, al entrar en el coche, Laszlo le mira el culo. Lo desea. Querría detenerla, que no entrase. Le encantaría bajarle las bragas, tocarle el sexo desde detrás, lubricarse la mano con saliva y rozarla suave al principio y, después, cada vez con más intensidad. Le volvería loco meterle el dedo en el culo y saber qué se siente, si de verdad da algún tipo de placer. Pero no se arriesga

a contar estos deseos a su chica. Patrizia ya ha entrado. El asiento se mueve acoplándose a su cuerpo. Mira a Laszlo, sin darse cuenta de lo que en realidad está pensando.

—Entras, ¿o te vas a quedar ahí alucinando con tu cochecito?

—No alucinaba con el coche. — Laszlo se queda algo cortado por su sinceridad y gira alrededor del vehículo para entrar por la puerta del conductor. Se fija en las piernas desnudas que tanto le seducen.

—Ya no te mancho nada. ¿Nos vamos o vas a seguir mirándome como si nunca hubieras visto unas bragas? Porque también tengo un poco sucia la

camiseta, si quieres...

Hace amago de quitársela. De la nave van saliendo otros miembros de Attak con una pinta bastante agresiva. Laszlo los ve y arranca.

—Nos vamos, nos vamos —dice el chico y echa un último vistazo a la nave de Attak antes de arrancar. Se siente intimidado en ese lugar.

No aprecia que First les observa desde una ventana del piso superior. Mac se le acerca.

—¿Está preparada?

—Déjale algo más de tiempo, está casi a punto —contesta la japonesa—. Pero es bestial, completamente pura. Llena de energía.

First asiente. Sabe que va a empezar una etapa trascendente para el grupo y le convendría contar plenamente con Patrizia. Pero no puede arriesgarse. Lleva más de dos años trabajando exclusivamente para este momento y desde que terminó la facultad dándole vueltas a la idea. Los medios de comunicación son mucho más invasivos y manipuladores de lo que eran entonces. Y por fin están preparados para empezar las acciones en la calle. Nada puede fallar. La huelga de basuras les proporciona la situación necesaria para sus fines, para agitar a una sociedad dormida a pesar de la crisis. O tal vez, por la sorprendente y

desesperanzadora duración de la misma. Estas semanas se ha creado un caldo de cultivo perfecto. Y Attak está listo.

Anochece. El día ha sido plomizo, otra vez con neblina. Las farolas se acaban de encender dando un toque fantasmagórico a la calle. Es como si los edificios estuviesen desapareciendo y todo fuese un gran decorado vacío. El Lancia se detiene al lado del portal de Patrizia. Suena Lana del Rey en el ordenador del coche. A ella no le interesa especialmente este tipo de música. Tampoco le resulta desagradable. Su chico apaga el motor y la mira. Sigue en bragas y sonrío.

—Estás muy guapa.

—Gracias. ¿A pesar del pelo rapado y las manchas en la camiseta?

—A pesar de todo.

Laszlo no suele ser el que toma la iniciativa en el sexo, y mucho menos si están en la calle. La besa. Ella se deja tocar todavía con la sonrisa en los labios. Sabe que hay una pequeña sorpresa ahí abajo. Laszlo le acaricia el pecho, primero por encima de la camiseta y, después, por debajo. Está suave. Su chica tiene un pecho firme y unos pezones de una tonalidad rosácea que le encantan. No se da cuenta y su mano corre la tinta de uno de ellos, del que pone «yes». Patrizia abre las

piernas, invitándole a investigar. Ambos se excitan. Termina la canción y la función *random* elige que suene REM, mucho más apropiado para la situación, según piensa ella. Laszlo baja la mano pasando por el vientre «mind the gap» y llega hasta la cinturilla del tanga negro. Lo retira con cuidado y sus dedos comienzan a explorar el pubis para ir bajando despacio hacia el sexo. A Patrizia le duele un poco. A pesar de eso continúa besando los labios de su chico. Está bastante excitada, más que otras veces. El día que lleva le ha disparado la adrenalina; la prueba del cilindro, la casi muerte del compañero, el camión de la basura, la posibilidad de follar con

First, el *piercing*. Nota los labios de su sexo. Cada vez entra más sangre en ellos. Se esponjan, crecen. Comienza a lubricarse, se siente húmeda. Necesita el pene de Laszlo dentro, necesita fundirse con él, que la aplaste, que la posea, que la empuje, que la quiera, que la toque, que la bese, que le hable bajo, que le diga que la quiere, que la desea, que quiere follarla, que quiere correrse en su vientre, en su espalda, en su sexo, que se quiere correr en su boca. De pronto Laszlo toca algo que le llama la atención.

—¿Y... esto?

Patrizia sonrío. Tiene los labios calientes.

—Es mi coño, creí que ya lo conocías. Ah. Y me he hecho un *piercing*. Lo tengo sensible.

Laszlo se queda desconcertado. Ella le besa suavemente.

—Pero ¿para qué te lo has hecho?

—Porque lo deseaba. Y te ayudará a encontrar el clítoris, ya no tienes excusa.

—Pero, no sé... La gente que se hace estas cosas...

—Vamos, hoy en día todo el mundo se las hace. No soy muy original, te lo aseguro. No me digas que no te da morbo.

—No sé.

—Venga, tócalo, suave, que todavía me molesta.

Laszlo lo toca con cuidado y se va excitando cada vez más. Nota cómo está inflamada la zona, en parte por la congestión de la herida y, en parte, por la excitación del momento. Sus dedos resbalan hacia la entrada de la vagina. Está muy húmeda y entran con facilidad. Eso le estimula muchísimo; excitar a su pareja es lo que más le pone a él; notar que no hace falta saliva para tocarla, que ya está preparada.

—Con la lengua..., despacio...

Laszlo la mira. Ella le besa, tiene la piel ardiente, como si estuviese algo febril. A él le encantan los labios así, es una sensación muy sensual, maravillosa. La mira de nuevo y desciende hasta el

sexo echando con cuidado el asiento de ella hacia atrás. Le quita las bragas con ansiedad, pero sin ser brusco y empieza a lamerla intentando ser delicado.

—Me duele un poco... Hoy no vamos a poder follar..., Laszlo.

—Ah..., vaya.

Se corta, está realmente excitado. Tiene las mejillas, habitualmente blancas, teñidas de rojo. Patrizia lo mira y sonrío. Lo levanta con una mano y con la otra empieza a buscar en su pantalón hasta encontrar su pene excitado. Está firme y suave, como le atrae a ella.

—Pero en la boca no me han hecho ningún *piercing*.

Besa a Laszlo, que está muy

alterado. Ninguno cae en la cuenta de que el coche es bastante abierto, especialmente por el parabrisas frontal. Una mujer surge de entre la niebla, va a cruzar la calle y se queda mirando el cristal, empañado por la diferencia de temperatura. Al principio le cuesta interpretar las figuras que se ven a través de él.

—Guarros...

Laszlo, algo avergonzado, intenta disculparse ante la señora con un gesto de su mano. Patrizia, en cambio, la mira desafiante y termina de bajarle los pantalones. Libera su pene del bóxer. Laszlo va completamente depilado y su miembro es estilizado, firme. Ella lo

mira encantada, pocas veces lo ha visto así, con tantas ganas, tan decidido. Abre los labios y se lo introduce en la boca con delicadeza, con cariño, con lengua, con pasión, con deseo, con más lengua. Lo siente terso, le gusta el tacto. Quiere hacerle feliz. Laszlo cierra los ojos; sabe que no va a durar mucho y no le importa. Ella sube y baja sus labios por el pene con una cadencia armónica. La saliva resbala por él y, cada vez, el movimiento se torna más rápido sin perder la suavidad; más rápido, más suave, más rápido, más suave, más rápido, rápido, más, más, más, más...

El zoológico de Londres está situado en

la zona de Regent's Park y tiene fama de ser el más antiguo del mundo. En realidad, es el segundo, ya que el de Viena tiene medio siglo más de vida. La discusión viene por la fecha en la que fueron abiertos al público. El inglés comenzó siendo una reserva de animales solo para su estudio científico y fue inaugurado en 1847. Desde entonces ha vivido épocas doradas y crisis que lo han acercado al cierre, en especial, a finales de la década de 1980. Las aportaciones privadas de amigos del zoo solventaron el problema y lograron que se llevaran a cabo reformas importantes. Incluso se rodó allí una película de la saga de Harry Potter, como recuerda una

plaquita colocada para los turistas. Actualmente, entre la crisis de la libra y las enfermedades infecciosas, cada vez más habituales entre los animales, el entorno se ha deteriorado bastante. Ya no se reparan las instalaciones y la Sociedad Zoológica vive, cargada de deudas, gracias solo al recuerdo de épocas mejores. En lo que va de temporada ha habido muchas bajas en lo que ellos llaman *big cats*: se han muerto tres leones y dos tigres. Las jirafas tampoco levantan cabeza, nunca mejor dicho. No quieren comer y están extrañamente agresivas con sus cuidadores. Aunque parezcan animales divertidos y peculiares, engañan. Tienen

un tamaño y una fuerza brutales. Son capaces de matar a un león adulto de una coz. Uno de estos grandes herbívoros enfadado es temible.

Jellineck y Fesser caminan al lado de Carlos, un encargado latino que lleva una mascarilla bastante sofisticada para evitar contagiar a los animales. Tose bastante. El inspector jefe también tose, como de costumbre, pero no lleva mascarilla. Este año la vacuna de la gripe no ha funcionado, los expertos dicen que el virus ha mutado de una manera imprevisible.

Diluvia.

—Debería ponerse una, inspector, aquí tenemos, si quiere.

—Sí, hombre, y que me coma yo todos mis virus. Mejor que se escapen por ahí, ¿no?

Carlos se queda desconcertado; no conoce al policía y decide no insistir. No quiere problemas. Siguen caminando en silencio bajo la lluvia. Los zoológicos resultan especialmente tristes en estos días oscuros. Y en Londres hay muchos días así.

—¿Y dice que André Villepin no ha venido hoy a trabajar? —Fesser intenta preguntar sin dejar de ser amable.

—Bueno, yo no lo he visto. El jefe podrá informarles. Ando todo el día entre arañas y serpientes y no me preocupo mucho de quién viene y de

quién no.

—Cuando repartieron los trabajos a usted le pilló en el baño, ¿no? — Jellineck se ríe. No le agradan mucho los ofidios.

El encargado, definitivamente, no entiende su humor y además renuncia a hacerlo.

—Nunca había venido la policía a interrogarnos.

—Bueno, tampoco se había comido nunca un tiburón a un concursante de un programa de televisión. Y menos en directo. Fue *trending topic* mundial o algo así. Y da la casualidad de que el que cuidaba de esos bichos también trabaja aquí.

—Ya... —Carlos continúa
caminando sin saber qué decir.

—¿Usted tiene Twitter?

—Eh..., no, inspector.

Cruzan por el túnel que une las dos partes del zoológico separadas por una carretera y se acercan a la zona de los simios. Gorilas, gibones y los llamados Cercopitecos de Diana, una especie de monos africanos en peligro grave de extinción. Nada que ver con Diana de Gales, a pesar de estar en Inglaterra; una simple casualidad. Al empezar a subir la cuesta, escuchan gritos y gruñidos de animales. Parece como si alguien estuviera siendo atacado por una bestia. Los policías sacan las pistolas y

aceleran el paso. El camino es de subida y Jellineck se queda atrás. No puede correr; no ha dormido prácticamente nada en toda la noche.

Por fin llega al lugar de donde proviene la amenaza. Tarda en darse cuenta de lo que sucede. El Reino de los Gorilas es un espacio amplio, de más de cinco mil metros cuadrados ambientados como si fuesen la selva. Conserva una vegetación frondosa, aunque desordenada. Un gorila inmenso, uno de los escasos «espalda plateada» que quedan en cautividad, está saltando de forma compulsiva contra la valla. Dos encargados le proyectan agua con una manguera, pero no consiguen detenerlo.

Fesser le apunta nervioso con la pistola, sin atreverse a disparar. El simio está descontrolado y enseña sus colmillos de manera agresiva. Jellineck se acerca jadeante. No puede impedir respirar de una manera desagradable que termina en tos seca.

—¿Estaba atacando? —pregunta.

—Ha matado a su cría, se la ha quitado a la madre y la ha arrojado contra los barrotes —aclara Fesser.

Jellineck mira hacia la jaula y ve al monito en el suelo, sin vida. La madre permanece oculta tras unas grandes hojas abrazando a una segunda cría sin atreverse a salir. Gime. Los chimpancés de la jaula contigua están muy excitados

y se mueven de un lado a otro, chillando. El sonido es ensordecedor. El «espalda plateada» está cada vez más violento. De pronto, la bestia deja de amenazar a los humanos. Se gira y corre contra la construcción que le sirve de guarida lanzándose de cabeza contra la piedra. Se desploma. Sangra mucho; no hay que ser un experto para darse cuenta de que está grave. Fesser lo observa, impresionado, sin guardar el arma. Kenny Millet, el jefe de la zona de los grandes simios, está impactado. A pesar de encontrarse malherido, el gorila se levanta con esfuerzo y se arroja ahora con violencia contra la valla desde la que le apunta Fesser sin decidirse a

intervenir. Se desploma tras golpearse con los barrotes.

—¡Kesho..., nooo! —Kenny Millet permanece impactado.

Uno de los encargados, nervioso, salta las protecciones y se acerca. El animal está agonizando, dando sus últimos estertores. Los chimpancés saltan sin control. La violencia les contagia y se golpean y arañan unos a otros. La cría de gorila llora en los brazos de su madre. O algo muy parecido.

—¡Joder, qué les pasa a todos! ¿Cómo ha empezado? —Kenny habla sin percatarse de la presencia de los policías. El encargado coge la mano al

primate como si se tratase de alguien cercano. Mira a su jefe. No hay nada que hacer.

—Como los demás, llevaba varios días sin comer...

—Joder, Kesho, no... Kesho, tú no...

—Es el tercero este mes. Y la cría... Solo nos quedan Wounda y Nim.

Fesser contempla la situación: dos hombretones a punto de llorar por el gorila. Nadie reacciona, Kesho sangra abundantemente por la cabeza y le tiemblan las extremidades inferiores de manera violenta.

—Este animal está sufriendo. — Fesser no puede callarse.

El jefe se gira y ve a los dos policías. No sabe quiénes son, unos visitantes tal vez, pero tienen razón, está sufriendo.

—No hay nada que hacer. Ve a buscar una inyección.

Carlos se separa del simio y Jellineck, sin mediar explicación, dispara reventándole la cabeza al gorila. Asusta al resto, incluido su ayudante. También los chimpancés se quedan desconcertados. El policía guarda su arma muy tranquilo. Kenny Millet podría estar de acuerdo en que ha detenido su sufrimiento de la forma más rápida, pero aun así, la dignidad de los gorilas no merece este trato. Aunque, desde hace

unos meses, ya no sabe qué pensar sobre casi nada. El policía se acerca a él.

—¿Qué está pasando con los animales?

—¿Qué ha hecho? ¿Quién es usted?

—Franz Jellineck, inspector de policía. Me pareció que había que matarlo.

—Sí, joder..., pero los animales también tienen dignidad.

El policía lo observa; le cae bien ese hombre.

—Puede que ellos sí.

Frente a unos cafés aguados, los dos inspectores hablan con el encargado de la zona de los grandes simios. Carlos

también está, aunque no participa de las bebidas. Kenny Millet tiene la mirada perdida en el fondo de la taza. Le cuesta digerir lo que está sucediendo de un tiempo a esta parte en el zoológico. Lleva desde chaval trabajando en él. No ha estudiado biología ni nada parecido. Su padre ya se ocupaba de los primates y él aprendió el oficio desde muy niño. Mucha gente critica estos espacios, pero Kenny, como le pasaba a su progenitor, adora a estos animales. Los cuida, intenta que se encuentren como en su entorno natural, prepara explicaciones para visitantes de todas las edades, gestiona cursos monográficos para colegios. Y sin una formación

académica especial. Los dueños del parque confiaron en ellos porque les entusiasmaba su trabajo. Si por algo se alegra de que su padre haya fallecido hace unos años es porque no esté viendo agonizar aquello por lo que tanto luchó. No ha presenciado la decadencia del zoo ni las inesperadas muertes de los simios.

Al fondo de la sala hay algunas jaulas con animales pequeños. Un macaco permanece absorto viendo la televisión, que está emitiendo noticias sobre un atentado en Túnez. Un hombre armado ha asesinado a un gran número de turistas occidentales en la playa. Da la sensación de que el primate entiende

que ocurre algo grave.

Jellineck no le quita ojo al monito.

—¿Qué ha sucedido con... Kesho?

—pregunta.

—No sabemos qué pasa; desde hace un tiempo los animales están cambiando su manera de comportarse.

El inspector jefe lo mira sin entender. Tampoco es que sepa mucho cuál es la manera normal de comportarse de estos bichos. Kenny Millet deduce de esa mirada que debe seguir con su reflexión.

—No solo aquí, ha ocurrido en varios zoológicos. Tenemos contactos con los de Nueva York, Berlín, Madrid... Los grandes simios, los

chimpancés, los bonobos, y los gorilas sobre todo, están cambiando sus hábitos alimenticios, comen más carne y no quieren a sus crías. Hemos tenido que separarlos de ellas porque las matan. Lo último que está sucediendo es que..., bueno, sé que suena algo raro, pero... se suicidan.

—¿Quiénes? —pregunta Jellineck creyendo que no lo ha entendido bien.

—Los simios. Matan a sus crías y después se suicidan. Ya lo han visto; de pronto, se vuelven como locos, se tiran contra las vallas, se golpean la cabeza.

—No son más que monos —dice el inspector jefe.

—Bueno, hay teorías sobre eso —

puntualiza Fesser—. Gente como el primatólogo Frans de Waal cree que los chimpancés están más cerca del ser humano de lo que pensamos. Los ha estudiado durante años. Él piensa que, en condiciones difíciles, se vuelven xenófobos y capaces de conspirar contra individuos del propio grupo y eso les lleva en muchas ocasiones a comportamientos impensables por nosotros...

Jellineck mira alucinado a su compañero, que se calla al sentirse observado. No sabía que tuviese ese tipo de conocimientos.

—Lo leí en un artículo la semana pasada, cuando se ahorcó ese bonobo

que salió en las noticias —se explica—. En un zoológico de Boston.

—Se llamaba Billy; tenía veinticinco años —apunta Carlos.

Y salió en las noticias de la televisión. Llegó a *trending topic* en Estados Unidos. El tema empieza a interesar a Jellineck, que nunca había considerado la inteligencia de estos animales. Quitarse la vida demuestra un nivel considerable de razonamiento. Incluso admirable en los tiempos que corren. Un toque de dignidad, como había pedido unos minutos antes su cuidador.

—Cada vez es más normal que un grupo de cetáceos se queden varados en

la playa... ¿De verdad se desorientan hasta ese punto? ¿Todo el grupo? ¿Está usted seguro de que eso no es un suicidio? Hay casos documentados de perros que se arrojan al agua y dejan de nadar... Algo está ocurriendo... ¿No se ha dado cuenta de que ya no hay gorriones? Ni aquí ni en ninguna capital europea...

—Bueno, la verdad es que nosotros no veníamos a nada de esto —dice Fesser, interrumpiendo los pensamientos de su jefe y las palabras de Kenny Millet. Carlos se acerca ahora al grupo y completa la explicación.

—Vienen por lo de André, el especialista en tiburones. Ya les he

dicho que no le he visto hoy por aquí.

—No es de plantilla. Viene solo por las tardes. Se ocupa de los acuarios. Me han contado lo del concurso de la tele, aunque yo no la veo, la verdad. Desde lo sucedido, creo que no se ha pasado por aquí.

En su jaula, el macaco sigue absorto en la pantalla del televisor. Jellineck ve que tiene una pata herida y que se la rasca continuamente. Con más intensidad si lo que se emite es especialmente desolador. El jefe de la zona de los grandes simios es incapaz de dar muchas explicaciones en un día como el de hoy.

—Perdónenme, estamos muy impresionados con esto, sería mejor si

pudiesen venir en otro momento. En secretaría les pueden dar todos los datos que buscan.

—Claro. —Jellineck ve que no va a sacar nada de provecho de aquí—. Si hacen velatorio al bicho, nos avisan.

Kenny Millet no entiende qué ha querido decir, no está para ironías. El inspector jefe le deja una tarjeta, se levanta y sale seguido por Fesser, que, con un gesto, trata de disculparse por el comentario de su jefe. Antes de desaparecer, Jellineck vuelve sobre sus pasos y señala al monito.

—Quizá no deberían dejarle ver tanta televisión.

En el *loft* de Patrizia hay varios monitores encendidos con el volumen alto. Noticias: más de trescientos autobuses trajeron a Londres a ciudadanos de todos los puntos del Reino Unido. También se organizaron fuertes protestas en Belfast, Glasgow y Cardiff. Empleados de los sectores públicos, como profesores, enfermeras o bomberos y miembros de distintas ONG participaron en la violenta marcha de la tarde anterior. Blandiendo pancartas con lemas como «No a los recortes», «Sanidad para todos» o «Muerte a los banqueros» la columna humana avanzó por las calles del centro hasta llegar a

Hyde Park, donde se celebró un acto sin autorización que tuvo que ser reprimido por la policía. Los participantes pedían construir más viviendas sociales y detener «el experimento privatizador» del Servicio Nacional de Salud. Las reivindicaciones son las mismas desde hace varios años. Cada vez más violentas. Sin resultados. Hace tiempo que la sanidad ya no forma parte de las preocupaciones de los británicos. Han asumido que su realidad es así y que ningún gobierno va a poder cambiar nada tras el intento fracasado de hace unos años de Jeremy Corbyn. La imparable reducción de camas hospitalarias no ha podido frenarse. Se

han disparado las esperas de los enfermos en camillas por los pasillos de los hospitales y los retrasos de las ambulancias se han vuelto cotidianos. La manifestación se cruzó con otra de tintes anarquistas que protestaba contra la compra, por parte de la clase burguesa, de negocios y viviendas en zonas humildes. Dicen que así se elevan los precios y se termina expulsando a las clases desfavorecidas de sus propios barrios. Otro caso de gentrificación.

Laszlo está trabajando con el ordenador de Patrizia. Entretanto, ella hace pesas hasta el fallo, entonces baja algo el peso y continúa. Así una y otra vez, buscando el límite. Suda mucho.

Viste una camiseta corta de tirantes, un *short* negro y lleva frases escritas en la piel. En el vientre, «fuck me again, please». En la espalda, su chico le ha dibujado un corazón con las dos iniciales después de haber estado juntos en la cama, sin sexo. Aunque le ha resultado algo ñoño, le ha gustado. Se han reído. Él da un toque cursi a su vida que le agrada, por contraste con lo demás. Asume cómo es su chico y le excita que sea tierno y delicado, diferente a ella. Por eso puede amarlo. La enciende hasta perder a veces los papeles, cosa que no deja que suceda en el resto de su vida, fuera del dormitorio. Quita dos kilos de las mancuernas y

continúa el ejercicio. Laszlo no se concentra en su trabajo. Intenta que se le note, pero ella no está para sutilezas. Un cambio brusco en el sonido de sus cascos lo saca de sus pensamientos. Ha saltado un vídeo nuevo en la pantalla. Laszlo mira a Patrizia, que sigue levantando pesas y no se ha dado cuenta. En el ordenador se ve una pelea en la calle entre dos chavalitas muy jóvenes. Se insultan y se empujan con una violencia inusitada. Incluso se dan patadas intentando alcanzar la cara de la contrincante. Da la sensación de que han salido de copas con un grupo del colegio y han bebido. A Laszlo le sube la adrenalina al mirarlo.

—¿Para qué guardas esto? Es superviolento.

Patrizia no sabe a qué se refiere. Él le gira la pantalla para que pueda verlo.

—Bueno, me lo enviaron.

—¿Ver esto no te hace daño?

—No, no me hace daño.

—Te lo ha mandado alguien del grupo de descerebrados con los que montas esas «acciones» o lo que hagáis.

—Créeme que no quieres hablar de eso.

—¿Ah, no? ¿Y si esta vez sí que quiero?

Patrizia le mira un instante en silencio y después habla bajando el tono, que no la amenaza.

—¿Seguro?

—Pero ¿qué le ves al grupo ese?

—No lo puedes comprender.

Es verdad que no lo puede entender y eso le pone de mal humor. Las máquinas, las fórmulas matemáticas, la física..., puede entender cualquier cosa, menos a su chica.

—Te lo voy a borrar.

Patrizia tira las mancuernas y se acerca a él con extrema rapidez. Le agarra la muñeca agresivamente. Sus reflejos la han traicionado. No es un tema tan grave, pero, cuando entrena, su corazón late fuerte y no controla su fuerza. Le ha hecho daño al sujetarlo. Se miran.

—Mi ordenador es mío, es privado y, si te lo dejo, no es para que andes espiando lo que tengo.

—No he espiado nada, me ha saltado el vídeo de pronto. —Laszlo se levanta y va a por su americana de color verde. Es diseño de Tommy Hillfiger y contrasta con sus pantalones azules—. Pero no te preocupes tía —añade—, que ya trabajo en mi casa, ¿vale?

—Como quieras.

—Es tardísimo y seguro que me cae una bronca por no haber llamado.

—Claro, igual papá te quita el coche nuevo.

—Yo vivo de mis padres porque estoy estudiando.

Patrizia pone cara de paciencia de manera intencionada. Desde hace un rato se encuentra incómoda consigo misma y lo paga con él.

—Oye, no me mires así, tía. Mis padres tienen pasta, pero tu madre es diplomática y has viajado por medio mundo por el morro.

—Vale, tío, que sí.

—¿Y esta casa, qué? Te la compró cuando la destinaron a Hong Kong. Pasas de ella, pero aceptas su dinero.

—¡Me debe mucho más que esto!

—Pero ¿por qué?, ¿qué te ha hecho tu madre? Nunca me lo has contado.

—Nada.

—Nada, no, joder. No hablas con

ella, te pones de los nervios si te la menciono.

—¡No quiero hablar y punto!

Aparece la Patrizia violenta que tan poco gusta a Laszlo. El chico duda por un momento si no sería capaz de agredirle. Cuando se pone así, es mejor dejarla en paz.

—Paso, es igual. No es mi problema en qué desperdicias tu vida. —No ha podido evitar una última pulla. Nota que esta vez se ha cabreado más de lo habitual y no quiere perder el control. Es increíble que Patrizia sea la misma de hace una hora, cuando se acariciaban en la cama. La misma que se reía por las cosquillas al pintarle el corazón, ya algo

borrado por el sudor. Él pasaba las yemas de los dedos por sus muslos, por las heridas de los tobillos, sus caderas, su espalda, y ella gemía como un gatito callejero apaleado. Como una niña pequeña. La testosterona y la adrenalina que recorren su cuerpo cuando hace pesas le cambian el comportamiento, la masculinizan. Laszlo recuerda lo que le decía su profesor de yoga hace unos años: «Más endorfinas y menos adrenalina». A ella eso no le va. Laszlo se detiene antes de salir. No puede marcharse así.

—Perdona, tía. A veces yo también me disparo. Sé que tengo que respetar tus ritmos. Ya lo hemos hablado otras

veces. —Laszlo se acerca a Patrizia y se pone tierno. Ella empieza a ceder—. Venga, no nos cabreemos. No lo soporto.

—Joder, Laszlo, es que el ordenador es algo muy personal y si entras en él es como si... Yo qué sé...

—Como si entrase en tu cerebro.

—Más que eso.

—Y hay algo ahí dentro que te escuece, ¿verdad?

Se nota que ha dado con una clave porque su chica baja la guardia por un momento y se siente débil. Aparece la niña dolorida. La que se ve a sí misma como un desastre que no se merece nada. Que necesita ayuda, pero que no la va a pedir. Que no se fía. No otra vez.

La que no soporta necesitar a alguien. Él le da un beso mientras le roza la nuca, donde hoy pone «shit». Patrizia se deja. Laszlo se conforma con eso.

La comisaría está tranquila. Es la hora de cenar y casi no hay gente. Jellineck come una pizza acompañada de un café a la vez que visiona las imágenes de seguridad de la cadena. Fesser le acompaña. Ante él, una ensalada en una fiambarrera de plástico que ha traído de su casa. Un policía de uniforme les explica los últimos acontecimientos. Nada excesivamente relevante. Han estado en la casa del alimentador de tiburones y han hablado con los vecinos. Hay

pequeñas contradicciones, pero todos coinciden en que él y su mujer llevan varios días sin aparecer por ahí. Según unas versiones, desde el día del incidente y, según otras, ese día ya no les vieron salir por la mañana. Un vecino dice que les escuchó discutir la noche anterior. Le resultó extraño, pues son una pareja muy afable. Tampoco pudo dar detalles exactos sobre lo que versaba dicho enfado. La policía científica está recogiendo huellas para analizarlas y aquí, en la central, están comprobando si han utilizado alguna de las tarjetas de crédito a su nombre. Tras el breve informe, ambos inspectores vuelven a las imágenes que les han

facilitado desde Ondaseven. Fesser toma notas de todo lo que ve en su iPad.

—Para, voy a anotar eso.

—Ha cruzado la azafata hacia la derecha, nada más.

—Pero por esa puerta es por la que yo creo que ha entrado antes Shultheiss.

Jellineck estornuda con la pizza dentro de la boca.

—Casi mejor nos repartimos los archivos —dice—. Tú te ves diez minutos y yo las cinco horas restantes, porque al paso que vas... —Empieza a recoger—. Mal asunto que también haya desaparecido la mujer de Villepin.

—Si me entero de algo más, te aviso —comenta Fesser—. A ver si la

científica puede encontrar algo que nos sea útil.

Phil White, un policía recién salido de la academia, se acerca temeroso por tener que hablar con Jellineck. Este lo nota y le da una pereza tremenda.

—Me estoy yendo, chaval. Mañana.

—Es que... verá, inspector...

—¿Qué verá?

—No, bueno, era una forma de hablar.

—O sea, que no verá nada.

Jellineck se dirige hacia la salida con un trozo mordido de pizza en una mano y el disco duro en la otra.

—Llévame el café al coche y así me pones al día.

El joven corre de vuelta a la mesa y coge el café. Está muy caliente y se quema. Derrama unas gotas sobre la mesa sin querer. Va a limpiarlas torpemente mientras el jefe se aleja.

—Cuéntamelo a mí. Si le interesa, ya me preguntará mañana —interviene Fesser.

—Es que... se trata de un perfil de Twitter. Hemos estado trabajando con Mention Map...

—¿Perdona?

—Es una aplicación. Gracias a ella podemos cruzar todos los mensajes de Twitter creando una red.

Fesser asiente comprendiendo.

—Eso nos ha llevado a pensar que

hay una persona del equipo técnico que lo vio todo y que sabe cosas.

Fesser toma la hoja impresa que le tiende Phil. Son extractos de Twitter del día del incidente. De la cuenta de Juan Mendes, el auxiliar de producción.



@auxtv - 2

min

Un TIBURÓN se ha
comido a un
concursoante en
#ElEspecialista23 de
Ondaseven!!
#muerteendirecto



@Charly69 -

2 min

Lo estoy viendo por
la tele, acojonante.
#muerteendirecto



@Shill - 1 min

Estás ahí, en directo?
Daría lo que fuese
por verlo en el plató.

#muerteendirecto



**@Karimhwidar - 1
min**

Pero es verdad?
#muerteendirecto



**@auxtv - 1
min**

Te garantizo que no

estaba preparado,
los tiburones se lo
han comido.
Alucinante. Luego
subo una foto.
#muerteendirecto
#ElEspecialista23



**@mcuiper - 1
min**

Tenían hambre, je je
je. #muerteendirecto



@sophiehh92

- 1 min

Adónde estamos
llegando? esta
sociedad se va a la
mierda.

#muerteendirecto



@Pittbull - 1

min

Cállate, gilipollas!!!!

#muerteendirecto



@auxtv - 1

min

Una foto un instante antes de que el tiburón mordiera al concursante.

#muerteendirecto

#ElEspecialista23



Fesser termina de leerlos y mira a
Phill.

—Localízalo.

IV

Es de noche y llueve delicadamente sobre la ciudad. Jellineck entra en un apartamento en el segundo piso de una casita adosada típica del distrito de Hammersmith. No es nada lujosa, lo que

no quita para que, desde fuera, resulte agradable. Está agotado y todavía debería analizar varias horas de las grabaciones de seguridad de la noche de autos. Indira, una mujer hindú que ya pasa del medio siglo, sale de la habitación contigua al oír la puerta. Obesa, de nariz ancha y aguileña, con el pelo muy oscuro. Mantiene una actitud orgullosa; opina que servir a un occidental no es digno de su raza. Es habitual que esté de mal humor, su vida le asquea. Coge su abrigo y habla en un inglés incorrecto, seco y ronco.

—Ser tarde, hace mucho usted tendría estar aquí.

—Bueno, Indira, es que tengo un

caso complicado...

—Y yo familia mucho más complicada; siete hijos, todas niñas. Ya vale, ¿eh?, ya vale, yo cuidar su mujer, usted pagar mal, muchas horas, su mujer muy enferma. Llegar a tiempo o yo ir. Yo ir, señor Jemileck.

—Jellineck —corrige el inspector sin muchas ganas.

—Muy enfadada, señor Jemileck, muy enfadada.

El policía señala hacia el dormitorio donde se ve una luz tenue y se oye una respiración ahogada.

—¿Qué tal ha pasado el día?

Indira le dirige una mirada de resignación y sale colocándose una

maskarilla para evitar los virus de la gripe. El inspector tarda un instante en reaccionar. Toma todo el aire que le permiten sus maltrechos pulmones y lo suelta despacio. Entra en el dormitorio.

Es una estancia grande, con cuatro monitores de televisión de diferentes tamaños que enciende nada más entrar, una butaca y una mesa de escritorio con un Mac. En realidad, se trata de un saloncito convertido en dormitorio, con bastante tecnología moderna que contrasta con la decoración del siglo pasado y con la opinión del propio Jellineck sobre la modernidad. Todo está desordenado y caótico. Incluso algo sucio. Pam yace tumbada en la cama,

encogida, con la boca abierta en un constante grito sordo. Su fecha de nacimiento dice que no llega a los sesenta años. Sin embargo, está muy deteriorada y parece mayor. Sufre una enfermedad degenerativa inusual que la tiene así, medio muerta, sin capacidad para moverse sola, en estado vegetativo, sondada tanto para comer como para hacer sus necesidades. Aparentemente tiene dolor, pero no se podría afirmar con seguridad. El médico, que viene una vez por semana, le administra cuidados paliativos claramente insuficientes. La boca muy abierta, seca, con llagas. Hace seis años dejó de hablar. Poco después también dejó de escribir en su

cuadernito verde y, desde entonces, no puede quejarse. No se comunica. Jellineck se teme que sí sufre, que se entera y que vive en un tormento constante. Preferiría no pensarlo, pero lo hace. Constantemente.

—Hola, Pam, amor, siento llegar tarde. Ya me ha dicho Indira que has pasado una buena tarde. ¿Me echabas de menos? Yo estaba deseando verte.

Se quita la chaqueta, la tira sin prestar mucha atención sobre un galán de noche y se acerca para darle un beso en la frente. Pam no manifiesta ninguna reacción. Sigue con la boca abierta, la cara tensa, angustia en su rostro, ojos vidriosos y perdidos. Se sabe que

respira porque sus pulmones emiten un pitido constante.

—Tienes algo de soplido, te pondré un poquito más de cortisona.

Va a buscar una jeringuilla y coge un frasco de un cajón. Mientras añade una dosis en el suero, no puede evitar mirarla.

—Tengo un caso muy difícil y por eso estoy poco hablador, perdona. Se trata de lo del tipo ese que murió en un programa de televisión. Todos prefieren creer que se trata de un accidente, así les parece menos terrible. Se lo comieron dos tiburones. Menos terrible —repite para sí—, que se lo digan a ese pobre chaval. Perdona que te lo cuente,

pero es que yo no lo veo tan claro. Hace años que pienso que nada sucede por casualidad. Ese es mi trabajo, pensar en las intenciones de los que rodean a una muerte. Siempre hay alguien que sale beneficiado, ¿no crees? Eso es lo que hay que buscar.

Hace años, Pam comentaba con él los casos más difíciles. Jellineck se fiaba de su criterio, le ayudaba a ponerse en el lugar de cada uno de los implicados. No solían estar de acuerdo y eso era creativo. Mientras recuerda, el inspector elige en el reproductor una vieja canción, *One more kiss*, en una versión actual respetuosa con el original. En la cama y sobre un plástico,

empieza a lavar con mucho mimo el cuerpo de su mujer. Cada vez le cuesta más moverla. Ya son diecisiete años de sufrimiento. Empezó por tener dificultades para andar, nada exagerado, metía el pie izquierdo. Esa situación duró bastante tiempo. Estaba medicada y la enfermedad parecía controlada. Sin embargo, hace diez años esta se aceleró; en unos meses dejó de controlar los dedos de la mano izquierda también, se encorvó y comenzaron los temblores generalizados. Probaron entonces una técnica basada en la estimulación del cerebro mediante la emisión de impulsos eléctricos que contrarrestan los efectos de los temblores pero no

detienen la dolencia. Dejó de comer sólido, no podía ni levantarse. Al poco tiempo, ya no comía en absoluto ni era capaz de decir algo inteligible. Terminó por no poder sentarse, casi ni respirar ni, por supuesto, escribir en su cuaderno verde o marcar iconos en su pantallita táctil de Samsung. Ahí se terminó toda la comunicación. Solo los ojos desorbitados y la dificultad para respirar. Se estabilizó hace cuatro años y, desde entonces, ni mejora ni empeora. Vive. O casi.

—Con cuidado esta pierna. Así, muy bien.

Jellineck tomó antidepresivos una época. Su ansiedad estaba empezando a

afectar a su trabajo de policía. Necesitaba dopamina para poder levantarse por las mañanas y un poco de serotonina para mejorar su estado de ánimo. Los efectos secundarios hicieron que dejara pronto de hacerlo. El lormetazepam le permitía llevar una vida más estable, pero le restaba empatía y eso le alejaba emocionalmente del sufrimiento de su mujer. Notó que la empezaba a cuidar peor, que se despreocupaba de ella. Incluso una noche se olvidó de cambiarle el suero a la enferma y esta tuvo un bajón grave de azúcar que pudo ocasionarle la muerte. Él se sentía mejor físicamente, pero a costa de descuidar a

Pam.

—Vas mejor de las escaras. Este colchón es fantástico.

Y caro. Tiene un mecanismo interno para inducir pequeños movimientos en el cuerpo del paciente y así crear un ligero ejercicio que tonifique sus músculos. Jellineck ha pedido un crédito para pagar la cama, un baño adaptado que ya no usa y a la cuidadora hindú. No sabe si va a poder devolverlo. Da vueltas, una vez más, a este pensamiento, mientras pasa una toalla húmeda por el pellejo que es ahora la piel de su mujer. Se le ha llagado el cuerpo por la falta de movimiento, el roce de las sábanas, la falta de defensas.

Algunas han cicatrizado. Otras, las más grandes, permanecen abiertas a pesar de las atenciones de su marido.

—Dobla. Dobla. Así, muy bien...

La noche no ha terminado. Se oyen sirenas. Hace cada vez más frío y las basuras continúan acumulándose en la ciudad. Algunos vecinos han empezado a organizar turnos para limpiar sus barrios y sacar los desechos a la periferia. Han chocado ya en varias ocasiones con los piquetes del sindicato. Los incidentes son cada vez más violentos y la policía está pensando si tomar cartas en el asunto.

Patrizia está con el ordenador de

mesa, bajándose vídeos fuera del circuito habitual de los navegadores. Tiene los televisores encendidos. Todos con el sonido bajo, todos sonando a la vez. Producen un rumor de fondo que le sirve para concentrarse. Se irrita cuando una emisora se va a publicidad y se sube automáticamente el volumen. Algo absurdo que provoca que la gente odie aún más los anuncios. Se pregunta si de verdad estos sirven para vender algo. Tal vez, aunque desde luego a ella no. Quizá acaben cumpliendo su cometido por pura acumulación. A pesar de los grandes cambios tecnológicos de los últimos quince años, los anuncios de televisión siguen ofreciendo los

productos de una manera similar: por repetición en las cadenas en abierto. Otra cosa son las redes sociales, donde cada vez se personalizan más los anuncios según el gusto de los usuarios. Si estos supiesen la cantidad de información que se saca de ellos, se paralizarían antes de volver a hacer un comentario en Facebook o de entrar en determinadas webs. Todo queda registrado, sus «me gusta», sus favoritos, los segundos que permanecen en una página, los tests aparentemente absurdos que responden, los juegos, los *links* que pinchan.

Si entras en una web de viajes, esa publicidad te aparecerá inmediatamente

en tu muro de Facebook con nuevas ofertas. Y cuando vuelvas a entrar a la página de la agencia te habrán subido el precio. Sabrán quiénes son tus amigos, los estudios que tienes, si ves porno o no, y de qué tipo, si lees determinada prensa, a quién sigues en Twitter, la hora a la que te levantas, tu ritmo cardiaco. Incluso las aplicaciones de lectura de libros están al tanto de por qué página vas, los minutos que lees al día. Lo mismo con los programas de televisión que ves a través de la red. La navegación privada no deja rastro en el ordenador, pero eso no quiere decir que esa información no viaje. Se queda almacenada en las webs a las que

accedes, en los diferentes programas espías que ya se han encargado de alojarte en tu disco duro. Y todo eso es susceptible de ser vendido al mejor postor, una agencia de medios, un banco o, simplemente, alguien que vive de hacer chantaje en la red. El Big Data lo sabe todo de ti. Solo el exceso de información que se maneja es lo que contribuye a que siga existiendo un cierto anonimato. Pero, poco a poco, los sistemas de análisis de datos automáticos se van perfeccionando y cada vez menos información se queda fuera de su conocimiento.

Patrizia cree que, algún día, los anunciantes se darán cuenta de que los

consumidores los odian por interrumpir sus programas favoritos o por aparecer sin permiso en sus muros. Pero tal vez esté equivocada y el resto del mundo prefiera vivir sin planteárselo. Ella tiene todo desactivado, nunca acepta *cookies* y navega a través de Internet profundo, en programas que solo pueden usar los muy expertos, como Tor. Sabe que si accedes sin controlar lo que haces lo más probable es que te *hackeen* el correo, las tarjetas de crédito y suplanten tu perfil para vaciarte las cuentas del banco. Pero el tráfico interesante se encuentra ahí, escondido a los ojos de la gente normal.

Entra en una página extrema, sin

publicidad de ningún tipo, donde hay fotos de descuartizamientos, asesinatos y vídeos de ejecuciones. Los mira. No disfruta, pero los mira. A veces le cuesta mantener la vista en ellos. Quiere saber cómo es ese momento de quitar la vida a un ser humano. O de perderla simplemente por una tontería, por un accidente. Pretende ser capaz de contemplarlo sin que le afecte. En Attak todos lo hacen. Uno de los monitores reproduce una compilación de accidentes espectaculares. Durante una exhibición, a un piloto no le da tiempo a saltar antes de que su avión se estrelle contra las gradas. Patrizia pincha diversos *links* de otras páginas

morbosas que terminan por llevarla a una web: www.therealdeath.com. Han grabado la tortura de una persona. Aparentemente muerta, unos encapuchados la visten con un traje a la moda y la obligan a adoptar poses típicas de modelos de ropa, a pesar de no tenerse en pie y de estar sangrando abundantemente por la boca y la cabeza. Después la desnudan y le hacen un tatuaje en la espalda. No se aprecia bien. Hay algo en el vídeo que despierta su interés, no sabe exactamente qué. Una intuición. Decide bajarse el archivo. Le resulta complicado; tiene que saltarse varios cortafuegos de la página original.

First está solo en la nave de Attak haciendo abdominales. A diferencia de la mayoría de personas que realizan un entrenamiento extremo, él nunca se mira en un espejo, no busca una imagen que le dé satisfacción, no le mueve un egocentrismo adolescente. Solo entrenarse. Ser capaz de hacer más cada día, levantar más peso, aguantar más dolor. Lleva años preparándose. Desde la universidad. Recibe una llamada por el móvil y eso hace que se detenga sin alcanzar sus objetivos. Solo su gente más cercana tiene ese teléfono. Es de prepago y está a nombre de un tipo fallecido hace tiempo. Ilocalizable para

la policía. Contesta y escucha lo que le dicen. Sabe que ha llegado el momento de empezar a actuar, de salir a la luz. De poner en marcha todo aquello por lo que lleva viviendo tantos años. Responde que su gente está preparada y que el camión de la basura funcionará perfectamente. Está seguro de eso. Hablan de una fecha concreta y de un lugar. Va a ser pronto. En el centro de Londres. «Nadie sabrá que somos nosotros», concluye antes de colgar.

En su saloncito convertido en dormitorio, Jellineck también tiene el ordenador encendido y conectado a Internet. Sus ojos están muy tensos,

excitados. Pam dormita en la cama, con su permanente mueca de dolor. En la pared de enfrente, el televisor está sintonizado en el mismo programa de accidentes que en casa de Patrizia. El policía clica un *link* de una página que se llama *angeldream* y se abre una web donde se ven cinco grandes cuadros con adolescentes muy atractivas. A los dos segundos se cubre con una tira dorada que pide una contraseña. Respira con cierta dificultad y al mismo tiempo teclea con rapidez «tuputamadre». Tose. Da al *enter*. Vuelve a mostrarse la misma página, ya sin cortapisas: cinco adolescentes de cuerpos increíbles, de caras aniñadas y con formas

voluptuosas. Se encuentran en el límite de lo legal. Tienen una edad indefinida, dieciséis años bien desarrollados o veintiuno con aspecto juvenil. Jellineck está muy caliente. Accede a un vídeo donde una lolita se desnuda cerca de una cama blanca. La fotografía está cuidada y la chica resulta muy sensual; tiene las mejillas sonrosadas, como si de verdad estuviese excitada. En el plano aparece un chaval, también joven, de cuerpo atlético y depilado. La realización favorece a la lolita cuando se acerca al chico. Se agacha con mucho encanto y juguetea con el pene del muchacho, que crece de inmediato, igual que la excitación del inspector. A pesar de su

edad, hay cosas que le funcionan medianamente bien. La chica se lleva el miembro a la boca y lo saborea como si de verdad fuese lo que más deseara en el mundo. El televisor emite un ruido extraño. Jellineck lo mira y ve una interferencia, pero no se fija en ella. Su lolita sigue con el sexo en la boca y, en estos momentos, eso le interesa mucho más.

Pam continúa respirando con dificultad.

Candela ya no tiene la juventud de los veinte años, pero continúa siendo espectacular. Es la segunda esposa de Klimt Owd y el presidente de

Ondaseven casi le triplica la edad. Es sensual, con aire latino y blanca de piel, de labios gruesos, mentón marcado y pechos grandes y firmes, sin operar. Viste un camisón de raso de Loewe que cuesta más de dos mil euros y que le sienta maravillosamente bien. Le insinúa lo justo los senos, deja intuir los pezones sin llegar a marcarlos y dibuja un escote llamativo. Está tumbada sobre un edredón blanco, también de seda, y el camisón se le sube por los muslos dejando al aire sus piernas, largas y tersas. Va peinada de peluquería y conserva un recogido elegante a pesar de estar apoyada sobre la almohada, con el cuerpo girado levemente a su derecha,

de tal manera que su figura curvilínea destaca sobre las sábanas. Está preciosa y Klimt lo sabe. Necesita rodearse de belleza en su casa, en su cama, en su vida, ya que no puede tenerla en su emisora. Al menos, belleza como él la concibe, viva, eterna. Esa hermosura ya solo puede ser de pago y no exclusivamente en la televisión. Sin embargo, Candela se casó con él hace tres años y desde entonces su vida le ilusiona un poco más. Con ella se le hace más llevadero tener que seguir presidiendo una cadena que no le convence, donde, eso sí, gana mucho dinero y gracias a la cual podrá recoger un premio importante dentro de unos

días. Sale del baño. Desde su segundo matrimonio ha vuelto a nadar y pasa dos tardes a la semana en la bicicleta helicoidal y haciendo pesas en el gimnasio. Corre más de cincuenta minutos sin problema. Ha recuperado el tono físico de su juventud, pero le resulta imposible conseguir que la piel esté tan tersa como entonces. Tiene unos pectorales fuertes y los abdominales algo marcados y, sin embargo, la piel del pecho se le cae, está flácida. Ha pensado muchas veces en operarse para estirársela, pero lo ha ido dejando. Mira a Candela, que se mueve encima de la cama como un gatito soñoliento. Klimt nota que algo se despierta en el pantalón

de su pijama. No puede resistirse; la ve y experimenta un impulso incontenible que hacía años que no sentía por su exmujer. Es verdad que ella, Elisabeth, le ayudó en sus inicios. Su familia le consiguió muchos contactos y siempre le prestó su apoyo en los tiempos difíciles. Tuvieron dos hijos, ahora ya mayores. Pero al cumplir los sesenta, necesitó un cuerpo joven a su lado, en su cama. No pudo impedirlo. Sintió perder el apoyo de su primera esposa, renunciar a las conversaciones inteligentes e irónicas. Ya no más cenas y viajes juntos a países exóticos. Se acabó compartir miles de guiños y de lugares comunes que les divertían. No pudo evitarlo. La primera

vez que sintió la piel de Candela supo que aquello no lo iba a poder parar, que no iba a ser el polvo de una noche. La primera vez que vio su pecho asomando por el escote, la primera vez que tocó sus muslos, que fue subiendo hasta alcanzar su culo, que lo acarició, que sintió esa piel cálida y joven...

Klimt la mira con emoción y sonrío con una mezcla de excitación y de recuerdos confusos.

En el canal correspondiente a Ondaseven se pierde la emisión por unos instantes, lo suficiente como para que el cambio de audio producido por esa interferencia provoque que Patrizia

desvíe la mirada hacia la pantalla. Cree advertir durante un segundo una cara extraña. Inmediatamente vuelve el programa que se estaba emitiendo, el mismo de antes, el mismo de casa de Jellineck, el de los accidentes. A Patrizia le suena esa cara.

—No puede ser...

Klimt está sentado en la cama y levanta con suavidad el camisón de Candela hasta medio muslo. Tiene una piel tan suave... Sus yemas aprecian la energía de ese cuerpo joven y sensual. Suena el móvil de la mesilla. En la pantalla pone «jefe técnico». El presidente de la cadena se asusta y lo coge de manera

instintiva.

—Sí, ¿qué sucede? ¿Por qué me llamas a estas horas, Jeff?

—Uff... Señor presidente, perdone. Venga a la emisora lo antes posible. Ha pasado... algo. Tal vez sea grave.

—¿Sabe qué hora es?

—No le importaría si no fuese necesario.

Klimt sabe que es verdad, conoce a Jeff desde hace más de treinta años y es la segunda vez que lo llama a su casa. La anterior fue durante el Mundial de Sudáfrica cuando ambos trabajaban para otro canal de televisión. La señal se cayó durante la emisión de la ceremonia inaugural, justo cuando cantaba Shakira.

Por lo visto, fue debido a un fallo del satélite que se había contratado. El problema se solucionó en quince segundos, pero ocasionó unas pérdidas importantes al canal, que además se fue a negro por primera y única vez en su historia.

El presidente de la cadena cuelga y comienza a vestirse. Candela lo mira y se incorpora tirándole del pantalón del pijama. Sonríe sexy. Klimt duda por un instante. Ella mete la mano por la pernera y atrapa el sexo de su marido, que vuelve a reaccionar a pesar del susto que acaban de darle. Candela tiene los labios de un rojo intenso sin necesidad de maquillaje, y una sonrisa

perfecta. El pelo le cae desordenado por la cara. Mira al presidente desde abajo, con el cabello casi tapándole esos ojos inmensos y vivos. Esos ojos de haber pasado hambre de niña, los mismos que le han abierto muchas puertas. Esos ojos, esa boca, esas manos, esa lengua. Klimt saca fuerzas pensando en el premio a toda una vida. Toda una vida es más que una felación, aunque sea de los labios de Candela. Intenta ser amable, casi tierno. La levanta tirando suavemente de su barbilla, la besa con elegancia y excitación y le dice que la semana que viene se irán de viaje y tendrán todo el tiempo del mundo. Ella sonríe, es encantadora. Klimt no sabrá

nunca si de verdad lo quiere o solo está en su dormitorio por el poder y el dinero. A lo mejor no hay diferencia. En cualquier caso, la necesita; ya no podría dormir sin sus manos, sin sus caderas, sin que ella velase sus sueños. Y ambos lo saben. Son una pareja perfecta.

La cara de Shultheiss surge unos segundos entre dos interferencias. Se ha rapado el pelo al cero; ya no queda rastro de su vistoso flequillo. Lleva un tatuaje en la cara. No se aprecia bien qué es, una especie de raya que le cruza la frente hasta la ceja. Podría ser una herida. Klimt no se puede creer lo que está viendo. Se trata de él, seguro. Jeff

Brown, el jefe técnico, le ha puesto una grabación en la sala del Consejo que, apenas iluminada, resulta todavía más grande de lo que es. No hay nadie más. El presidente de Ondaseven va vestido de oscuro, con un traje de Armani marrón, sin corbata. No sabía a lo que tendría que enfrentarse y por eso ha decidido vestirse correctamente. Sobre la mesa, dos cafés humeantes. Al fondo, detrás del enorme ventanal, las luces de la ciudad. Lluve.

—Ya lo ha visto usted, aunque la imagen no es clara. Se trata de Shultheiss, nuestro presentador. Está distinto, se ha afeitado el pelo, pero es él, sin duda.

Klimt está pensativo, intentando elaborar una teoría. Él también cree que es el presentador del concurso *El Especialista*.

—Ha pronunciado algunas palabras casi inaudibles. Estoy intentando descifrarlas.

Ambos permanecen en silencio. El presidente se levanta. En el monitor está detenida la cara, difuminada por la interferencia. Se gira y observa la ciudad a través de la ventana. Ve cómo caen las gotas y cómo golpean contra el cristal. Hace frío fuera. Es más de la una de la madrugada de un martes; los londinenses duermen.

—O sea, que se muere un

concurstante —por fin se decide a hablar —, Shultheiss desaparece al final del programa, se rapa el pelo, se pinta la cara y ¿ahora...?

—Ha producido una interferencia en nuestra señal. No sé cómo, la verdad.

—¿Esa interferencia la ha producido él?

—Sí..., bueno, él o quien sea. No es nuestra señal.

—Ahora nos boicotea la emisión.
¿Para qué?

Jeff Brown se encoge de hombros.

—Increíble, ¿usted sabe lo que le pagamos a Shultheiss cada mes?

—Creo que prefiero no saberlo.

—Sí, yo también lo preferiría. ¿El

público ha podido captar la imagen como nosotros?

—Sí; esta es la salida de antena, lo que se recibe en los hogares. En cualquier caso, la hora es de bajísima audiencia y no creo que nadie estuviese grabando el programa. No se pueden sacar conclusiones ni parecidos sin detener la imagen.

—Si tiene tan baja audiencia, deberíamos quitarlo de la programación.

—¿Perdón, señor...?

—Pero podría repetirse... y con mayor duración.

—¿El programa?

—La interferencia.

Klimt reflexiona deprisa y va

saltando de un tema a otro sin continuidad. No es fácil de seguir y menos para Jeff, que es muy cartesiano en su modo de razonar.

—La interferencia —repite el jefe técnico. Su cara lo dice todo—. En efecto, si se ha producido una vez, es posible que vuelva a repetirse la interferencia, ¿por qué no?

Patrizia trabaja en el ordenador con un programa pirata bajado de Internet. Aclara la imagen y el audio de lo que acaba de grabar de la televisión. Lo guarda todo, al menos cuarenta y ocho horas. Los discos duros son baratos y pueden acumular cantidades ingentes de

datos. A juicio de su chico, es parte de su obsesión. Sin embargo, sucesos como el de la interferencia justifican el trabajo, o eso piensa Patrizia mientras termina de *renderizarse* el proceso. En su pantalla se ve nítidamente que se trata de Shultheiss. Habla con mucho ruido de fondo. Suave, muy bajito, casi con cuidado.

«Os voy a joder la vida. A todos».

Luego la interferencia de nuevo.

Jellineck, ajeno a lo que ha ido pasando en esta larga noche, alcanza el orgasmo mirando a la joven lolita, que se corre en el vídeo de *angelsdream* a la vez que el inspector. Por unos segundos, el

placer oculta lo real; por un momento, la vida deja de herirlo con su roce desalentador; por un instante, regresa al placer originario del que nunca deberíamos apartarnos.

Candela duerme desde hace rato con su camisón de seda natural.

Laszlo tiene un sueño del que no se acordará a la mañana siguiente, pero que le hace removerse en su cama, intranquilo.

Un gorila se suicida ahora en el zoológico de Lisboa.

«Putá, putá, putá». Patrizia escribe en sus muslos de forma cada vez más violenta, hiriéndose hasta sangrar. Simultáneamente, se graba con la

cámara del móvil. En su mente también resuena la palabra «puta» una y otra vez, y le vienen imágenes de cuando era casi una niña, haciendo lo mismo que ahora en la bañera de sus padres. Oscuridad. Baldosines blancos. Un cerrojo. A través de la puerta oye los gritos de un hombre y Patrizia niña llora sin dejar de cortarse de manera compulsiva. El hombre golpea la puerta cada vez más fuerte... «Puta, puta, puta»...

«Os voy a joder la vida. A todos».



www.circuloslanovela.com



www.circuloslanovela.com



www.circuloslanovela.com

CIRCULO 3



«... una forma rabiosamente contemporánea de ansiedad: la que sientes cuando te encuentras a ti mismo,

a altas horas de la madrugada, ante una pantalla con demasiadas pestañas abiertas, con demasiados artículos a medio leer, con tu contador de notificaciones en Twitter subiendo sin parar. La única sensación posible en nuestro poscapitalismo de cada día parece ser el *jet lag* social».

NOEL CEBALLOS

El Emperador de los helados. Blog

I

Hace frío y llueve débilmente. A las ocho de la tarde, Covent Garden está tranquilo. Hay poca gente por la calle, las tiendas han cerrado. Carlos, el encargado latino del zoológico, acaba de salir de ver *Cats* en el New London Theatre. La obra se representa de nuevo después de algunos años ausente de la cartelera londinense; tras la gira de 2013 se decidió que volviese al local donde se estrenó en 1981. La versión es bastante más sexual que la que viajó por el resto de Gran Bretaña. Exigencias del

empresario local. Carlos va andando hacia el metro. El musical le ha fascinado; todo lo que trate de animales le interesa. Y las actrices eran realmente atractivas. Sonríe recordando cuando Victoria, una gata adolescente con una figura espectacular, es levantada por un macho y depositada con sensualidad encima de otras dos bailarinas. El felino le toca el cuerpo con suavidad, el pecho, la cintura, los muslos. Carlos se ha excitado en ese momento. El vestido plateado se ajustaba a la actriz como una segunda piel. Y ese rabito...

Unos basureros se bajan del camión. Se diría que, por fin, la huelga ha terminado. Los peatones los miran con

curiosidad. Es raro. La televisión no ha dicho nada del fin de los paros, y tampoco en Internet se ha recogido la noticia. En cualquier caso, la gente se alegra; las aceras están ya increíblemente sucias y malolientes. Carlos escucha algo a su espalda y se gira. Ve llegar a unos encapuchados. No sabe de dónde han salido. Se acercan y empiezan a increpar a los basureros, a los que acusan de esquiroles. Ya le extrañaba al encargado latino del zoológico; la huelga no podía haberse acabado, lo tendrían que haber dicho en el telediario. Ni un comentario en Twitter. Muy extraño.

Uno de los basureros, un negro de

mediana edad, sigue currando. Otro, un muchacho rubio, se asusta y se retira un poco. Los viandantes empiezan a ponerse nerviosos. Carlos no, si no le dan miedo las serpientes ni los cocodrilos, no van a acobardarlo unos piquetes. Cruza por la zona del conflicto sin preocuparse. El trabajador más atemorizado trata de llevarse al otro hacia el camión. Pero el negro se resiste y sigue recogiendo bolsas.

—Ellos tienen derecho a la huelga y nosotros a trabajar.

Carlos lo escucha y está completamente de acuerdo; cada uno debe decidir qué hacer con su vida y con su trabajo. Varias personas se atreven a

apoyar a los operarios exclamando que es una vergüenza.

—Me estáis tocando los cojones... ¡Me estáis tocando los cojones! —los increpa el sindicalista en un tono que no presagia nada bueno.

Su compañero da patadas a los cubos y los tira, mientras que un tercero prende fuego a un montón de desechos. Arden rápido. Carlos duda entre intervenir o no. Se baja el conductor del camión, un tipo grande y mal encarado. Empuja a los encapuchados, insultándoles.

—¡¿Y a ti qué te pasa?! ¿Quieres que te jodamos la vida? —le grita el jefe de los piquetes. Su oponente no se amilana.

—¡¿A quién vas a joder, gilipollas?!

¡¿A quién?!

—¡¡A tu puta madre!!

El huelguista le atiza un puñetazo que lo tira al suelo, a pesar de su gran tamaño. Carlos se lanza a ayudar al conductor y se lleva también una patada. Los asaltantes están bien preparados, no se trata de un grupo informativo. El basurero que ya estaba asustado antes de que empezase la trifulca sale corriendo y escapa de la plaza. La gente empieza a apartarse sin dejar de mirar lo que está sucediendo. Una mezcla de temor y curiosidad, que no pueden evitar, los retiene allí. Un señor mayor se acerca al conflicto intentando mediar. Es un viejo

liberal al que nadie escucha. Carlos sí, pero le da igual. Se levanta, devuelve la patada que le han propinado y continúa la tangana. Llueven golpes de ambos bandos. El conductor es valiente y el basurero negro tampoco se arredra. En el forcejeo, a uno de los agresores le arrancan el verdugo que lleva. Se trata de Jam, el miembro del Grupo Attak. En realidad todos son de Attak. Es la acción que llevaban preparando tanto tiempo. Para la que Patrizia había preparado el mecanismo del camión.

El conductor lo tiene agarrado por las solapas y está a punto de tirarlo dentro del camión.

—¡No, jodas, tío!, paso, paso, ¡no lo

hagas!

El operario duda un momento y Jam consigue zafarse y huir. El basurero y los otros dos piquetes se quedan perplejos, eso no es lo que habían ensayado. Debían arrojarlo dentro del camión trucado y dar la sensación de que moría destrozado por los engranajes. Carlos aprovecha el desconcierto para derribar a uno de ellos. De entre los mirones surge Patrizia y va directa a la zona del conflicto para sorpresa de todos. Le propina una patada a uno de los huelguistas, que reacciona instintivamente y se tira encima de ella. Los peatones empiezan a estar asustados

de verdad. La violencia es más real. Un chaval graba la pelea con el móvil, antes de llevarse, también él, un golpe. Patrizia y su contrincante ruedan por el suelo. Ella queda encima y le habla bajito.

—Tírame a mí.

—¿Eh? ¿Estás loca?

Se conocen. Se trata de Mac, la japonesa.

—Venga, tía, Jam se ha rajado — insiste Patrizia—. No podemos irnos así.

Mac duda y Patrizia le asesta un puñetazo en la cara que le duele de verdad. Dray, también con pasamontañas, no se lo piensa dos

veces: llega, la golpea, la levanta en volandas y la arroja dentro del furgón de la basura, que está en funcionamiento. Mira los botones y duda por un momento cuál debe pulsar. La japonesa se le adelanta y aprieta el de arriba. El vehículo vuelve a girar y Patrizia desaparece en la trituradora entre gritos desgarradores. Carlos deja de luchar y mira hacia la prensa hidráulica que comprime los residuos. La gente chilla, cunde el pánico. El jefe de los piquetes da la orden de retirada y, tanto los basureros como los supuestos sindicalistas, se incorporan y huyen. El encargado del zoológico reacciona con agilidad. Sabe cómo funcionan estos

mecanismos, ha trabajado en el servicio municipal de limpieza y corre a detenerlo. Cuando vuelve el silencio, un par de personas se acercan a su lado. Carlos salta al borde del vehículo y mira dentro. Hay muchos desperdicios, pero ni rastro del cuerpo de la chica.

First, desde la acera de enfrente, ha visto todo lo que ha sucedido.

Phil White tiene ante sí a Juan Mendes, conocido en Twitter como @auxtv. Está sentado en una silla mirando a todas partes sin poder disimular su nerviosismo. El policía aguarda sin decir nada. Es su primer caso importante y notar a su interlocutor tan inquieto le

tranquiliza.

—¿Por qué me han traído aquí? Yo no he hecho nada. El coche está a nombre de mi madre, las multas son de ella. Ya sé que es muy mayor, yo le digo que no conduzca...

—Interesante lo del coche, señor Mendes —corta Fesser—. Tiene suerte de que nosotros no llevemos las sanciones. Hoy está aquí por otro motivo —añade sentándose enfrente del auxiliar de producción y mirándolo fijamente. Esa mirada no puede ser por nada bueno. Mendes se da cuenta de que hubiera preferido que fuese una mera cuestión de tráfico.

—¿Tiene usted un perfil de Twitter

bajo el nombre de @auxtv?

—¿Eh? ¿Cómo lo saben?

—¿Eso es un sí? —se atreve a intervenir Phil.

—Las cuentas son privadas.

—Vamos, somos la policía. Cuando se comete un delito, las cosas dejan de ser estrictamente privadas. Al menos, eso cree el juez.

—Un juez... Yo no he hecho nada, solo tuiteo fotos.

—Fotos del programa en el que murió el concursante en directo —sentencia Fesser—. Y alguna de muy mal gusto.

El auxiliar de producción ve que su interlocutor tiene un montón de papeles

en la mano con mensajes enviados desde su avatar. Es evidente que se trata de un *insider*, una persona que desde dentro de un programa cuenta detalles morbosos de manera anónima. Sabe que le han pillado y que es absurdo seguir negándolo. Lo ve incluso como una oportunidad de reivindicarse, de demostrar lo listo e interesante que es. Por fin tendrá la oportunidad de hacerse famoso. El juez lo citará en el auto y lo entrevistarán las cadenas de televisión.

—Seguro que puedo ayudaros..., yo llevo mucho tiempo trabajando en el medio y me sé todos los cotilleos.

Jellineck llega por detrás, sin que lo vea el interrogado, e interviene.

—¿Tendría el teléfono de la actriz negrita? La chica con poderes. —Su voz denota que está incluso más cansado que de costumbre.

Juan Mendes se desconcierta por la irrupción. Se gira y ve al policía a contraluz, tan solo distingue en parte sus facciones. Y le dan miedo.

—Eh...

—¿El teléfono?

Phil White sonríe. No es como Fesser, a él sí le hace gracia su superior. Le resulta ingenioso. Sería genial en Twitter, eso seguro. Frases cortas, contundentes. Provocativas. Ciento cuarenta caracteres serían suficientes para él.

—Sí, lo puedo conseguir, claro. Tengo acceso a esas cosas, lo sé casi todo de la emisora.

—Perfecto, ¿dónde está Shultheiss?

—Eso..., eso no lo sé.

—¿Su teléfono, su dirección? ¿Es verdad que sus padres murieron, que no tiene hermanos? ¿Es su verdadero nombre? ¿Entiende de tiburones? ¿Se folla a la negrita?

El interrogado mira abrumado al inspector jefe.

—Bueno, eso no lo sé.

—¿Ni lo de la negrita?

—Pero vi todo lo del tiburón.

—Lo vio toda Europa. ¿Algo que añadir? ¿Sabe si Shultheiss lo tenía

preparado, si el presidente de la cadena estaba en el ajo, si lo han hecho por subir audiencia?

Juan Mendes se encoge de hombros como un lelo. Jellineck mira a Fesser y a Phil.

—¿Y para qué habéis traído a este gilipollas?

El técnico se ofende. Le parece que sí tiene algo que pueda interesar a la policía y decide utilizarlo.

—Sé con quién sale.

Esa afirmación cambia el interés de Jellineck y de Fesser. Juan se da cuenta y decide continuar.

—Con Sylvia.

—¿Sylvia?, ¿quién es Sylvia?

—La protagonista del *reality*.

—¿La que hay que votar por SMS?

—pregunta Fesser.

—Esa. Bueno, no digo que sean novios, pero les escuché hablar un par de veces. Y los pillé... Se la estaba follando. Eso seguro.

Los inspectores se miran. Es un hilo del que tirar. Por una vez, un atisbo de inteligencia le ha evitado un problema al ayudante de producción.

—Tengo una foto —añade mientras sus dedos vuelan por la pantalla del *smartphone*. La encuentra—. Me hizo borrar el resto, pero esta logré subirla a la nube antes de que se diera cuenta. — En la foto se ve a Shultheiss besando a

la chica en la parte de atrás de los decorados del plató. No hay mucha luz, pero se nota que son ellos—. Tenía un vídeo, no vean cómo se metían mano. Se enfadó muchísimo, la verdad es que nunca le había visto así y tuve que borrarlo.

—Nos quedamos con ese móvil —dice Fesser—. Tal vez se pueda recuperar algo más.

—Pero, oiga, es un modelo carísimo.

—No se preocupe, en unos días se lo devolveremos.

Juan sabe que no es conveniente protestar, así que se conforma de mala gana. Un policía de uniforme llama

desde otra mesa interrumpiéndoles: ha sucedido algo.

—Un accidente de tráfico. Podría tener relación con el caso.

Jellineck mira a Juan.

—Puedes irte. Te ha salvado la campana. Ah, y date de baja en esa mierda de Twitter. No te vas a liar con más chicas a costa de la cadena.

Patrizia camina rápido por la calle acompañada por Mac. Tiene un moratón en la cara y su corazón todavía late con fuerza por lo que ha sucedido. Lleva puesto el top que mide las constantes vitales. Luego podrá analizar el comportamiento de su cuerpo durante el

attake y ver si ha sabido mantener la calma en los momentos críticos. Su frecuencia cardiaca está todavía en ciento diez.

—Qué hostia me ha calzado Dray, tía. Ha estado de puta madre.

Mac la mira con sorpresa, no comparte su alegría. Está preocupada por la actitud de su chico delante del camión de la basura. First va a matarlo cuando lo vea. Literalmente. ¿Cómo ha podido rajarse así? Está muy bien preparado; pertenece al Círculo Beta desde hace más de un año; ha superado todas las pruebas físicas, incluso las de máxima tensión, como la del cilindro de agua. Patrizia también está inquieta. Ha

actuado a espaldas de su líder. No ha podido evitarlo; cuando vio que el *attake* no salía según lo ensayado, sus piernas se activaron antes que su cerebro. O, a lo mejor, su cerebro deseaba una oportunidad así desde hacía mucho y sus piernas solo le facilitaron que la ejecutara. Antes de que pudiera decidir conscientemente qué hacer, se encontró metida en la pelea, empujada al camión de basura, girando entre los engranajes, tal y como había entrenado un montón de veces, y saliendo por debajo, sana y salva, como tendría que haber hecho Jam.

—¡Joder, cómo se va a poner First! Llevábamos un mes con este *attake*. Tía,

y tú no tenías ni que estar allí.

—Fui para comprobar que el camión funcionaba bien. ¿Y si algo hubiera fallado?

—Si algo hubiera fallado, tú misma habrías palmado. Ya sabemos que nos jugamos la vida; esto es así.

Llegan a la casa. Patrizia busca las llaves en su pantalón vaquero roto. Se fija en que tiene un pequeño corte en la pierna; probablemente se lo ha hecho con la pala giratoria del camión de la basura. No se había dado ni cuenta.

—¡Me ha dado un subidón de adrenalina de cojones cuando he saltado! Yo no quiero estar encerrada arreglando motores, yo quiero calle.

—Ha molado un huevo, tía, has estado que te cagas. —Mac la entiende.

Ríen por un momento. Se olvidan de todo, son jóvenes, se caen bien, son atrevidas, diferentes, llegan a donde casi nadie puede. Y les encanta. Patrizia abre la puerta de su apartamento y ambas entran deseando ducharse. Laszlo está dentro, vestido con un chaqué moderno de Hugo Boss, pijo y algo atrevido. Chaleco amarillo y corbata de Kenzo, ancha y estampada con flores. Lleva una peluca en la mano y está impaciente. Contrasta con las pintas de su chica, muy sucia. Hasta huele mal. Mac se asombra al ver un figurín así; es lo último que habría esperado encontrar en el *loft*

industrial de su amiga.

—¿Y este?

—Laszlo —contesta su compañera.

—¿Y esta?

Patrizia contraataca con otra pregunta.

—¿Qué haces aquí, tío?

—Llegas tarde. Hoy es la boda de mi hermana. Te has perdido la ceremonia, pero llegas al convite.

—Joder...

—No cogías el móvil.

Patrizia vuelve a la realidad de golpe. Es verdad, es el día de la ceremonia..., con lo que han discutido por ese tema. Al final, su chico había conseguido convencerla para ir y

portarse bien, pero esa peluca... Mac mira interesada a su camarada de Attak y se acerca a Laszlo.

—¿Tú eres el tipo ese misterioso que no nos quiere presentar?

—No sé. —A Patrizia—. Cámbiate ya.

—Uff..., sí, me voy a duchar. Vete a casa, Mac, mañana hablamos.

Antes de entrar en el baño, la dueña del *loft* se quita la camiseta y se queda desnuda de cintura para arriba. En su espalda, se lee un texto algo borrado: «violent girl». Laszlo se fija, no le agrada. Está preocupado. Quizá se haya equivocado pidiéndole que vaya a la boda. No sabe si su relación, ya de dos

años, va a resistir algo así. La japonesa se acerca y lo olfatea.

—Eres muy guapo. Y delicado. — Mac gira la cabeza y grita a Patrizia, que ya se desnuda dentro del baño—. ¡Entiendo que te lo folles!

—Oye, ¡¿qué pasa?! —protesta el chico.

—Yo también follaría contigo. Hueles a limpio. Por probar cosas nuevas —dice mientras le toca un brazo a ver si está fuerte. No se puede decir que sea el típico cachas, pero Laszlo está fibroso, juega al tenis, hace vela, ha practicado un poco de boxeo. Se zafa de la chica. Está incómodo. A ver si encima va a mancharle la ropa. Queda una hora

para la cena y es en las afueras. No hay mucho tiempo.

—¿Tú qué sabes lo que hacemos?

Mac le toca el pecho, juguetona.

—Si te parece, entre nosotras hablamos de muñecas y de revistas del corazón. ¿Te ha molado el *piercing* que le he hecho? —le enseña el que lleva ella en la lengua.

—No le veo la gracia.

—¿Sabes lo que se disfruta si te chupan la polla con esto?

Patrizia se está duchando en la habitación de al lado. No se entera de nada, pero tampoco se cabrearía con su amiga por poner en apuros a Laszlo. Le gusta que alguien lo saque de su

seguridad y de su capacidad para mantener la calma ante cualquier circunstancia. Está excitada y sus dedos juegan con el anillo cercano al clítoris. Ya no le duele, quizá porque la inflamación ha remitido o, tal vez, por la descarga de adrenalina del *attake*.

—La tía ni se quejó ni nada. Pero dile que se afeite. —Mac sigue agobiando a Laszlo.

—No es que te quiera echar, lo que pasa es que tenemos una boda dentro de un rato. Si te viene bien, dejamos este intento de violación para otro momento.

A la japonesa le hace gracia la reacción del chico; es educado, pero no tonto. Le agarra por las solapas y le da

un beso en la boca. Acto seguido, se va sin crearle más problemas.

—Nos vemos.

Laszlo la mira irse. Objetivamente es guapa, pero, sin embargo, no le atrae. Le resulta sucia y desagradable. Se gira al cerrarse la puerta de la calle y va a buscar a Patrizia para que se dé prisa. La encuentra masturbándose bajo la ducha. Cada vez mueve más deprisa los dedos sobre el clítoris, solo rozándolo, mientras el agua caliente llena de vaho el cuarto de baño abierto al salón. Los latidos le aumentan a ciento cuarenta por minuto. Laszlo la contempla sin interrumpirla. Le ilusiona verla excitada. Imagina que, si el convite va

bien hoy, su relación puede mejorar mucho. Es importante que transija con su familia igual que él consiente sus rarezas. Ella no tiene nada claro que las acepte de verdad.

Todavía mojada, Patrizia sale del baño secándose con una toalla y ve a Laszlo bastante colorado.

—¿Quién era esa gilipollas?

—Mac. ¿Te molaría hacer un trío con nosotras dos?

—No. Lo dices en broma, ¿verdad?

—Creía que a los tíos siempre os encantaba esa fantasía.

—Yo tengo suficiente contigo.

Patrizia se siente halagada. Mira la peluca; se ve que está bien hecha, es de

pelo natural. Debe de haber costado una fortuna; ondulada, media melena, castaña con algún reflejo moderado, nada que llame demasiado la atención.

—¿No pensarás que me voy a poner esa mierda? —pregunta sin violencia.

—Vas a estar muy guapa.

Laszlo la mira con encanto; tiene un punto seductor que a ella la desarma. Se la tiende para que la coja. Espera esta noche a la Patrizia más contenida.

—Por el *piercing* no te preocupes, que no se lo voy a enseñar a tu padre.

Dray es el primero en llegar a la nave de Attak, donde les espera First. Viene con una sensación extraña. Ha resultado

eficaz, mucha gente se ha arremolinado a ver qué ocurría, alguno grababa con el móvil, el mecanismo ha funcionado, pero no puede dejar de pensar en que Jam ha fallado y en que Patrizia estaba allí incumpliendo la orden de su líder. Antes de que pueda hablar, First se le adelanta y le dice que lo ha visto todo. Eso preocupa más todavía a Dray. No es que pensase mentirle, pero las cosas se pueden contar de muchas maneras. Tampoco él perdona que su compañero se rajase en el último segundo. Habría resultado un *attake* absurdo si se hubiesen marchado del lugar sin que nadie fuese arrojado al camión de la basura. Ese era el impacto que había que

lograr en los viandantes. Sin eso, no habría sido más que una anécdota a la salida del teatro. Muchos meses planeando un *attake* como este, robar el camión, esconderlo un tiempo, modificarlo... Mucho esfuerzo y una gran sincronización para que al final uno de los protagonistas tenga miedo. Eso sí le preocupa a First. Se esfuerza en elegir bien a los miembros del grupo, en exigirles mucho antes de dejar que entren en el Círculo Beta, que es el que lleva a cabo los *attakes*. A lo mejor tiene que replanteárselo y ser más estricto todavía.

Jam no ha vuelto y tampoco Mac. Dray la vio irse con Patrizia. Surge el

tema de la intervención final de la chica sin estar autorizada por First. A Dray no le gustó, él siempre insiste en que hay que cumplir las órdenes a rajatabla. Pero su líder le corta.

—Patrizia es distinta. Es impredecible.

—Eso no puede ser.

—No puede ser que todos seáis así, pero si un elemento es capaz de improvisar y de hacerlo dentro del plan, eso no afecta al resultado.

Esa afirmación descoloca al activista. No lo había escuchado antes. First se explica aunque no tenga necesidad de hacerlo.

—La elegí por eso. Aportaba algo

que no teníamos. ¿Te acuerdas cómo la conocimos? ¿Buceando en aquel pueblo sumergido? Pocas chicas de su edad..., pocas no, ninguna sería capaz de cosas así, de esa iniciativa, con esa valentía. Debemos tener cuidado con ella, que no se crea que es especial, pero la podemos usar para nuestros fines. Vamos a ir probándola. Dándole más responsabilidad.

A Dray esas palabras le duelen, es como si la valorase más que al resto. Enseguida se da cuenta de que no debe permitirse esos sentimientos y los destierra de su mente. Él sí que lleva años preparándose para lograrlo. Y lo consigue. Acepta lo que le propone su

líder. Mañana incluso pensará que es una gran idea. Así funcionan los organismos tan estratificados.

La llegada de Mac interrumpe los pensamientos de su compañero. Está preocupada por su chico, ya se ha olvidado de Laszlo y de lo que ha tonteado con él.

—¿Y Jam? —pregunta nada más entrar.

First la mira sin contestar. Eso no presagia nada bueno.

—No sabemos —explica Dray. No creo que se atreva a volver.

Kenny Millet recorre con prisa el camino que le separa de El Reino de los

Gorilas. Antes de llegar, su ayudante ya ha salido a su encuentro para informarle.

—Nada, sigue sin dar de comer a la cría y ya han pasado cerca de treinta y seis horas.

Kenny se detiene preocupado. Desde su posición ya alcanza a ver a Wounda y a su hijo, Nim. No lo tiene cogido en brazos, pero tampoco deja que nadie se acerque demasiado.

—Por la noche, mientras la madre dormía —continúa el ayudante—, le hemos podido alimentar con el biberón, pero esta mañana no nos ha dejado ni acercarnos. Hubo un momento en que creíamos que lo iba a matar. Y ya no lo ha soltado. No para darle de comer de

nuevo, sino para marcar el territorio.

Kenny asiente e inicia de nuevo el camino hacia la cristalera. Wounda le observa sin mover un músculo. Ambos se miran. Se conocen desde hace dieciocho años. Desde que la gorila nació en cautividad en este mismo zoológico. Eran tiempos mejores. El jefe de la zona de los grandes simios llega a la altura de la gorila, que se aleja unos pasos y se queda de espaldas. Kenny hace una señal para que le abran la puerta y entrar en la jaula. El ayudante no está muy convencido, pero su jefe se lo ordena con gesto firme. Le abre y cuando ya ha entrado se prepara con la manguera de chorro por si fuera

necesario intervenir.

—Wounda..., soy yo —dice con suavidad Kenny—. Vamos, Wounda, tienes que alimentar a Nim. Por favor.

La mona está escuchando perfectamente lo que le dicen, pero se gira todavía más. La cría está débil y asustada. Al escuchar la voz del cuidador intenta ir hacia él. Wounda la coge con rapidez de una pata y se la coloca en el hombro sin dejar que se mueva pero sin presionarla demasiado. Nim se queda de frente al cuidador y le mira con miedo. Con miedo de su propia madre. Un par de chimpancés de la jaula contigua se acercan a curiosear.

—Vamos, Wounda, todo está bien.

Tienes que darle de comer... Mírame. —Ante la negativa de la gorila, da un golpecito especial en el suelo, es un código de entrenamiento. La mona, ahora sí, se gira hacia él. Kenny continúa hablando mientras acompaña sus palabras con un lenguaje de signos que ella entiende—. Todo está bien. Nim tiene hambre. Necesita comer. —Sus manos se mueven explicando lo que dice. Wounda las mira y niega con la cabeza—. Tu hijo está enfermo. —Hace el gesto de enfermo y lo repite varias veces. Eso parece conectar con alguna parte del cerebro de la gorila, que mira por primera vez a su cría con interés. La sostiene en el aire y la separa unos

centímetros de ella. El monito patalea con miedo y eso desconcierta a su madre. Es como si hubiese recobrado su instinto natural. Mira un momento a Kenny, que le sonríe con ternura, y vuelve a mirar a su hijo. Le acaricia la cabeza y se lo pone en el pecho. Nim mama con fruición, no solo es una manera de calmar el hambre que tiene, sino también de liberar la tensión acumulada en estos días, desde que el «espalda plateada» mat  a su hermanito. Se olvida de todo mientras chupa el pecho de su madre.

Kenny respira más tranquilo.

Las noticias locales de la BBC informan

del suceso del camión de la basura sin darle excesiva importancia. Las imágenes grabadas con el móvil de uno de los presentes no son buenas y, cuando no lo son, los editores no dan mucho espacio a la información. Es verdad que algunos testigos dicen que se arrojó a una persona al contenedor de basura y que pareció que la trituraba entre gritos terribles, pero no se ha encontrado ningún cadáver en el interior. Si no hay cadáver ni buenas imágenes, no más de veinte segundos de pantalla. Así funciona la televisión. Incluso la BBC. Desde que tuvieron que tomar serias medidas a comienzos del 2017, la cadena pública empezó a cambiar sus

prioridades. Se adecuó la redacción para que tuviese un coste de un cuarenta por ciento menos. Se despidió a más de mil personas en un primer momento, pero pronto hubo que duplicar el número. Con el mayor uso de *smartphones* y demás medios audiovisuales más difíciles de controlar y las exenciones a los mayores de setenta y cinco años, la recaudación por canon fue cayendo de manera vertiginosa. Y aunque se intentó mantener el discurso de la calidad, se vio que este no era más que una cortina de humo del Ministerio de Finanzas para intentar sanear las maltrechas arcas del Estado, incapaz de hacer frente a un

gasto como este debido a su mala gestión y a la corrupción galopante en amplias esferas del gobierno y de los altos funcionarios. Los grandes grupos de comunicación se vieron seriamente afectados por la salida del euro. Por eso, las cadenas incipientes, como Ondaseven, consiguieron hacerse rápidamente con un hueco en los hogares y en los dispositivos móviles de toda Gran Bretaña. Hay quien dice que todo fue un plan convenientemente orquestado en beneficio de algunas empresas privadas. Pero no ha podido probarse.

La noche avanza implacable. Hace frío y la lluvia amenaza con irrumpir en

cualquier momento. Una furgoneta está volcada en una cantera de tiza blanca, a unos cuarenta y cinco minutos al sudoeste de Londres, en el condado de Berkshire. Kate Middleton, duquesa de Cambridge, esposa del príncipe Guillermo, duque de Cambridge, segundo en la línea de sucesión al trono de los dieciséis reinos de la mancomunidad, nació cerca de ahí. Todo apunta a que la furgoneta se ha despeñado. Hay varias jaulas de animales pequeños rotas y esparcidas por la zona. También algunos acuarios, hechos añicos, y un montón de peces muertos sobre la arena blanca. Sus escamas brillan bajo los focos que ha

colocado la policía, produciendo reflejos irisados, casi mágicos. El lugar resulta sobrecogedor por la altura de la cantera, lo desolado y blanquecino del paisaje y las luces que lo iluminan. Recuerda a la superficie lunar, con la furgoneta roja como único punto de contraste. Al fondo, unas grúas enormes contemplan el conjunto. Un grupo de agentes de la policía científica recogen concienzudamente muestras por el suelo. Jellineck, con su resfriado habitual, permanece sentado en una roca cercana. Fesser dispara sin cesar fotografías a un cadáver que está dentro del vehículo. Percibe que está siendo observado.

—¿Qué ocurre?

—Ahora, con las cámaras digitales y toda esa mierda, os liais a hacer fotos a cualquier cosa.

—¿Y tú? ¿Tú qué haces, Jellineck?

—¿Aparte de pensar?

Uno de los policías se acerca a ellos. Trae noticias. Los focos lo deslumbran y no ve bien a su superior.

—Inspector, nos confirman que se trata de André Villepin, el tipo que daba de comer a los tiburones en el concurso de televisión. —Al hablar, se tapa parcialmente el rostro con la mano.

Jellineck pone cara de que era evidente, lo que fastidia al resto. Se levanta tosiendo y se acerca señalando la puerta trasera, donde hay un adhesivo

gigante con un tiburón dibujado.

—No hay que ser un lumbreras; los peces por el suelo, las pegatinas..., solo le falta una gorra con visera, de esas que venden en el zoo.

Jellineck no lo sabe, pero se trata del mismo individuo a quien torturaban en el vídeo de la página www.therealdeath.com que vio Patrizia. El inspector jefe observa la pantalla de la cámara de Fesser.

—Ahí te ha quedado muy guapo, sí, señor. Y si lo coges un poco más en contraluz sería mucho más bonito el encuadre, más impactante, con el focazo entrando por detrás...

—Pero no se vería bien el cadáver.

—¿Y quién quiere ver bien un cadáver? —Sin esperar respuesta, cambia de tema —. Tú, ¿por qué dirías que es un asesinato?

—Yo no he dicho que sea un asesinato —protesta su interlocutor—. No hay pruebas. Ha podido ser un accidente.

Jellineck lo mira con desdén; le encanta tratar así a su ayudante de vez en cuando.

—Tanta policía científica... ¿Alguien ha mirado la cantera?

Fesser lo hace. No se había fijado hasta ese momento, estaba demasiado concentrado en el caso. Se toma unos instantes.

—Sí, es impresionante. Debió de caer desde ahí...

—Y a ti que eres tan observador, ¿no te suena de nada?

—El caso es que sí...

Se quedan mirando.

—¿Llevas tu móvil?

Fesser lo saca.

—Entra en el *yutube* ese, o donde quieras y teclea..., no sé, anuncio de coches, chica, cantera y Rolling Stones.

Su subordinado lo escucha extrañado.

—Vamos.

Lo hace. Encuentra varios vídeos sobre el tema. Parecen todos iguales, la misma duración, el mismo *frame*

congelado. Pulsa uno con su dedo y empieza a reproducirse. Un chico liga con una tía estupenda en una discoteca a ritmo de rock. Salen, se besan y él la lleva hasta su furgoneta. Ella se extraña del tipo de coche que tiene, pero ambos entran y circulan de noche por un acantilado sin dejar de meterse mano. En una curva, se salen de la carretera y se despeñan cayendo por una cantera. Al chocar contra el suelo, se levanta una gran nube de polvo blanco.

—Ese anuncio se ha rodado aquí — dice Fesser mirando asombrado a su jefe.

—Y me maravilla que, a estas alturas, lleve música de los Rolling. La

tía está muy buena.

—Menos mal que no veías la tele.

—Te has perdido el final —señala al móvil—; cuando chocan abajo, ambos siguen vivos, salen y empiezan a hacer el amor en el suelo, heridos.

—Joder, qué casualidad, ¿no?

—Mira la marca del coche.

Se trata de una nueva furgoneta familiar roja, con un diseño muy actual. Con la publicidad intentan convencer a los transportistas de que todavía son atractivos y de que pueden tener este tipo de aventuras. En este caso, no ha terminado demasiado bien. Fesser se queda acojonado.

—Y fíjate en la ropa de André, todo

es como en el anuncio. —Jellineck le muestra los detalles de los que habla—. Alguien se ha tomado mucho interés en esto.

El viejo policía se queda pensativo y mira a su subordinado.

—¿Qué? —pregunta Fesser.

De pronto, piensa lo mismo que su jefe y ambos se acercan al maletero, despacio, temiéndose lo peor. El coche está volcado y Fesser lo abre con dificultad. Algo pesado le cae encima.

—¡Joder!

Un cuerpo lo ha golpeado y le cuesta moverse. Se produce un gran revuelo entre los policías, que ya se han dado cuenta de lo que ha sucedido. La chica

se mueve, todavía le queda un halo de vida. Un agente la agarra con cuidado y se la quita de encima al inspector.

—¿Su mujer? —pregunta Jellineck.

II

El Hanói es un salón de bodas elegante y exclusivo, con un microclima cálido y una comida oriental occidentalizada. Lo frecuenta gente con dinero, de clase social alta, que le pide a la vida algo más que lo tópico, pero no mucho más;

que sea de nivel, pero que la experiencia no pase de lo meramente estético. Sus más de tres mil metros cuadrados están cubiertos por una cúpula de cristal. En el centro hay un jardín tropical muy amplio, regado por unos difusores situados en el techo. No estaba previsto que este reino de la flora tuviese un apartado para la fauna, pero la gente empezó a abandonar allí ejemplares de especies tropicales cuando se hartaba de ellos. En la actualidad hay loros de colores, especialmente azules de vientre amarillo, tortugas e incluso un par de iguanas, que sobreviven gracias a lo que los camareros les echan de comer. Los

propietarios intentaron evitar este arca de Noé tropical, sin conseguirlo. Los galápagos proliferaron, a pesar de los esfuerzos por erradicarlos, y los loros consiguieron echar de allí a las palomas que se acercaban a comer las migajas de pan del restaurante. Al final, los dueños se convencieron de que esta situación le daba un punto exótico al negocio que no le venía nada mal. El Hanói es el último reducto de la ciudad de este tipo de fauna. Una joya de la que los invitados no son conscientes.

El padre y la madre de Laszlo reciben a los últimos asistentes en la puerta. Hay más de trescientos, ya distribuidos cuidadosamente en mesas

de ocho personas, salvo la de presidencia, que tiene diez. Los Doherty son gente de dinero desde hace muchas generaciones, buenos relaciones públicas, influyentes. Laszlo y Patrizia entran de la mano. El estilo de ella es diferente al del resto, con un traje negro corto diseñado por David Koma. Brazos al aire, hombros descubiertos, cuello alto rodeado de pedrería. La misma que adorna los laterales y la parte inferior de la falda a medio muslo, marcando su figura. Lleva un maquillaje oscuro en los ojos y, por supuesto, va sin la peluca, aunque con un pañuelo en la cabeza del que cae un collar por la espalda como si fuese una cabellera. Laszlo está

nervioso y se suelta al acercarse a sus progenitores. El padre se adelanta y no deja que su hijo haga las presentaciones.

—Tenía ganas de conocerte, Patrizia. Laszlo me ha dicho que eres mejor estudiante que él, y eso dice mucho de ti.

—Era. Lo dejé.

—No molestes a la niña con esos temas, cariño, estamos en una boda. —A Laszlo, bajito—. Llegáis tarde.

—¿Lo dejaste?

—Bueno, son épocas, papá. La carrera le resulta demasiado teórica, ¿no es eso, Paty?

—¿Paty?

Ella mira a su chico descolocada;

¿Paty?, jamás la había llamado así. El inicio no ha sido demasiado prometedor, pero tampoco terrible. Laszlo calcula que, con algo de suerte, la noche pasará rápido, la gente beberá y Patrizia se entretendrá con su tío Elmer, el ingeniero loco, la oveja negra de la familia.

—¿Pasamos a cenar ya?

Patrizia se acerca a la mesa que les corresponde y la madre de Laszlo lleva a su hijo a un aparte. Mira al pañuelo que Patrizia lleva en la cabeza.

—No tendrá cáncer, ¿no?

La novia va muy guapa, con un costosísimo vestido de Armani, de

líneas bien marcadas, de corte limpio y muy femenino. Tiene su aire de princesa, pero también su toque actual, nada exagerado. Va de mesa en mesa del brazo de su recién estrenado marido, un muchacho algo mayor que ella, guapo también, de una familia acomodada de Brighton. Saludan a los invitados. Laszlo y Patrizia están tomando el postre rodeados por varios jóvenes. El ambiente es relajado. La cena se está terminando; el vino era bueno y abundante. Unas primas, todavía menores de edad, hablan entre ellas y se ríen, sin dejar de tuitear con otras amigas ausentes. Están en plena edad del pavo, aumentada por el pijerío propio

de su clase social.

—Venga tía, enséñalo. Venga, porfa... Hago una foto y la mando por Messenger.

—No, joé, cómo voy a enseñarlo aquí. —Blanche, todavía adolescente, se hace la remolona de una manera que suena frívola.

—Venga. Anímate, que no pasa nada —dice Laszlo.

—Venga, venga...

Patrizia no puede más con la tontería de «lo enseño, no lo enseño, pero estoy deseando que me lo pidáis».

—Enséñalo de una puta vez.

La mesa entera se queda en silencio, en tensión. Enseguida a las chicas les da

la risa tonta. Cuando se ponen nerviosas, se desternillan de una manera infantil.

—Vale, va —dice Blanche y mira a ambos lados para comprobar que nadie se está fijando en ella. Se baja la falda con disimulo y enseña un tatuaje que tiene en la parte superior del glúteo. Una rosa verde y roja. Está hecha por un buen profesional, como es propio de alguien de esta familia. A la más joven de sus primas le escandaliza, pero al resto le complace tanto la flor como el culo.

—¡Cómo mola!

—¡Estás loca, tía!

Laszlo se da cuenta de que Patrizia no las soporta.

—Joder, y pensar que los tatuajes empezaron como una lucha contra la banalidad...

—¿Eh? —Blanche no entiende qué quiere decir Patrizia con eso. Se ha tapado ya y ha vuelto a sentarse.

—Ahora cualquier gilipollas se tatúa el cuerpo. Seguro que te pusiste anestesia.

—Claro, tía, no veas lo que duele si no. Me lo hice en dos sesiones; creí que no se acababa nunca.

—Los tatuajes —explica Patrizia— son una experiencia iniciática, buscan la pureza original.

A las adolescentes les tienen sin cuidado sus teorías, no se plantean nada

de eso. Se trata de algo meramente estético, como mucho de una pequeña gamberrada.

—¿Ah, sí? ¿Tú llevas alguno, lista?
—dice la hermana de Blanche intentando defenderla.

Un primo, que se había mantenido en segundo término, decide intervenir. La chica le da morbo, no había conocido a ninguna novia de Laszlo y le excita imaginárselo follando con una tía así.

—¡Enséñanoslo!

Todos se ríen, otra vez con esa risita nerviosa de «hala, lo que ha dicho». Laszlo se da cuenta de que la situación se está torciendo.

—No hace falta —intenta mediar.

—¡Venga, venga, venga! —jalea el resto de la mesa sin hacerle caso.

Patrizia los mira.

—Llevo un *piercing* en el coño, encima del clítoris, ¿te lo enseño?

Esta vez no se les escapa la risa a las pijas. Es demasiado para ellas. Laszlo mira al cielo queriendo desaparecer. Instintivamente, busca dónde están sus padres; no cree que hayan escuchado nada. Hablan de la futura restauración de la iglesia con el pastor que ha casado a su niña. El primo de Laszlo sí que sonrío.

—A mí sí que me molaría verlo.

Las adolescentes se asustan del comentario; por un momento les da la

sensación de que Patrizia es capaz de enseñárselo ahí, en medio del salón de bodas. Blanche por fin se ríe y el resto estalla en carcajadas de nuevo. La madre de la novia ve lo bien que se lo están pasando y comienza a acercarse. Patrizia se levanta y se aleja.

—Voy al baño a vomitar.

El primo, orgulloso de su sentido del humor, da unas palmadas a Laszlo en la espalda.

—Anda, primo, vaya novia que te has echado, ¿no?, ja, ja.

El resto baja la cabeza; están wasapeando el incidente para que lo sepan sus amigas.

Los servicios se encuentran un poco retirados de la zona de mesas. Hay que cruzar una pasarela sobre las palmeras y girar a la derecha en un recodo. Patrizia camina hacia el baño. No va de muy buen humor; tal vez se haya equivocado al ceder y venir a la boda. Hay un grupo de jóvenes al fondo del pasillo, vestidos de chaqué. Están bastante borrachos y se desternillan tontamente. Todo el mundo lo está pasando bien en esa celebración menos ella. Era de prever. Arthur, el más gordo y grande, es el primero en ver a la joven con el pañuelo en la cabeza. Le llama la atención, lleva un vestido muy corto para un convite de noche.

—¿Qué pasa, tía...? ¿Por qué llevas ese velo?, ¿eres mora o qué?

Por el cerebro de Patrizia no pasa ni por un segundo la posibilidad de contestarle, y se abre paso entre ellos.

—Sin empujar, eh...

Entra en el baño sin dar importancia al incidente. Los chavales la miran y se desternillan entre ellos, con ese colegueo tan masculino, tan típico de cuando se consideran superiores, dueños del mundo y de las mujeres. Arthur, ayudado por ese puntito de borrachera que le hace creerse un príncipe intocable, se envalentona.

—Es calva.

—No jodas, ¿cómo va a ser calva,

tío?

—Es muy rara..., las pintas que lleva, cómo va maquillada.

—Yo diría que está muy buena.

De nuevo les entra una risa estúpida. Menos a Arthur, que lleva un tiempo muy salido. Está harto del sexo por Internet, de bajarse vídeos, de no tocar a una mujer real. Las chicas no se fijan en él, a pesar de su clase social. Las de su nivel son exigentes y no les resulta muy atractiva su piel tan lechosa, su cuerpo tan rollizo, su papada incipiente y su dificultad para respirar en cuanto sube tres peldaños.

—Es calva. Vamos a comprobarlo —propone y entra el primero en el

lavabo de mujeres, seguido por Owen y por los demás. Patrizia está de espaldas, mirándose al espejo y retocándose el maquillaje. No hay nadie más. Los ve entrar por el reflejo y no hace nada, solo siente pereza. Owen se acerca a ella mientras que Arthur permanece detrás, sin perder detalle del cuerpo de la chica. La pedrería del traje brilla bajo los focos del techo produciendo reflejos en las paredes.

—Verás..., es que nos preguntábamos una cosa.

La novia de Laszlo sigue a lo suyo, difuminándose con la yema del dedo la sombra negra de la marca Mac que lleva en el contorno de los ojos. Owen no

espera a que le responda y decide tirar del pañuelo que le cubre la cabeza sin que ella haga nada por evitarlo.

—¡La hostia, sí que es calva! Bueno, casi.

Se ríen como bobos, excitados. Patrizia se gira con paciencia y los mira. No es mayor que ellos, pero sí más madura, con más presencia, con una seguridad distinta de la que da el dinero. Habla muy tranquilamente. No la asustan.

—Devuélvemelo.

—No, no, tía..., ven a cogerlo.

Arthur le quita el pañuelo a su amigo y se lo mete en la bragueta del pantalón del chaqué, de finas rayas negras y

grises. Los amigos se parten de risa.

—Es que me gustas mucho, tía. Creo que me he enamorado. Necesito que me comas la polla.

Laszlo avanza por la pasarela que llega hasta los baños buscando a su invitada. La ha visto irse de mal humor y se siente culpable por haber insistido tanto en que viniera a la boda y por haberle regalado una peluca tan absurda. La llama.

—¿Patrizia? Patrizia, mi hermana quiere conocerte...

Escucha un golpe que proviene del servicio. Su chica acaba de pegarle una patada en los testículos a Arthur y ha recuperado el pañuelo. Owen y los

demás se ponen nerviosos y violentos.

—¿De qué vas, tía?

El más borracho, y también el más corpulento, la agarra de la cabeza con fuerza, la gira y la empuja contra los lavabos, de cara, quedándose él detrás. Owen le ayuda a sujetarla, inmovilizándola entre los dos. Arthur ya se ha levantado del suelo y se acerca. Sube el vestido de Patrizia y le arranca las bragas con violencia. Se excita muchísimo al verle el culo y le parece sentir el olor de su sexo. El corazón le bombea de forma descontrolada y siente como si las venas de la cabeza le fueran a explotar. No puede pensar en nada que no sea en follar. Puro instinto de reptil.

Ella intenta zafarse, golpea a uno de los agresores, pero no consigue que la suelten. Laszlo entra en ese momento.

—Eh, ¿qué pasa aquí?

Owen se gira al ver a su primo lejano, lo que aprovecha Patrizia para darle un codazo y quitárselo de en medio. Arthur reacciona y le pega en la cara. Laszlo salta como un resorte y le descarga un puñetazo sin pensárselo dos veces. Arthur cae al suelo. El más corpulento de los chavales se revuelve y se abalanza contra el recién llegado. Comienza una pelea en la que Patrizia golpea sin piedad a los otros dos. Son unos chulitos que no se habían atizado así en su vida. Ambos salen corriendo

sin ganas de volver a meterse con una chica calva, por muy guapa que sea. Arthur sangra abundantemente por la nariz, y Laszlo le propina una patada antes de que consiga escaparse. Patrizia y él se giran y clavan su mirada en el más corpulento, que todavía les planta cara. Sin embargo, ante la huida de sus compañeros y la amenaza de sus dos contrincantes, decide levantar las manos y tratar de salir lo más dignamente posible. Al recular, Laszlo le da un fuerte puñetazo en el estómago que le hace doblarse sobre sí mismo. Su primo segundo se queja y Patrizia lo empuja fuera del baño con agresividad. El joven resbala por el suelo del pasillo y va a

chocarse contra la pared de enfrente. Sin atreverse a mirar a la pareja, se arrastra fuera de su vista. Ellos se quedan jadeantes, con la cara ensangrentada y la ropa sucia. El pañuelo se queda en el suelo, pisoteado. Están excitados. Se besan y se empujan el uno al otro hasta entrar en una de las cabinas del baño. Cierran la puerta sin tiempo de echar el pestillo. Laszlo le sube el vestido a Patrizia y se lo quita por la cabeza. La joven se queda completamente desnuda frente a él. Eso le excita aún más; le encanta su cuerpo, su piel, las frases que se escribe en el vientre, en el pecho, en las ingles. Ambos siguen sangrando. Patrizia le da la espalda inclinándose

sobre el váter y le pide que la penetre desde atrás. A él no le cuesta nada hacerlo, está muy húmeda. Increíblemente húmeda. Siente el calor y la suavidad de su sexo y pierde la cabeza. Patrizia también grita. Necesita el dolor, las endorfinas. No pensar.

—¡Más fuerte, más fuerte! ¡¡Hazme daño, cabrón!!

Laszlo está mareado por el frenesí, lo que no le impide moverse de manera compulsiva detrás de su amor; desea llegar al orgasmo cuanto antes. Se abre la puerta de la cabina y choca con su espalda. Ni siquiera lo nota. Su madre intenta entrar acompañada por Arthur. La pareja se sigue agitando, cada vez

más rápido, ajena a la nueva presencia. A Laszlo le da el tiempo justo de sacar el pene del interior de su chica y de correrse sobre su espalda, encima de donde se lee «you really love me».

Hay movimiento de policías en el hospital St. Mary's, el mismo donde se descubrió la heroína y nacieron Elvis Costello y el príncipe Harry. La zona de urgencias está tomada y entre los agentes el nerviosismo es evidente. Los médicos se muestran incómodos por tener que identificarse continuamente. Solo a los imprescindibles les está permitido pasar al pabellón donde está siendo intervenida la mujer que hallaron en la

furgoneta de Villepin. Es trascendental que se salve y pueda declarar. En el pasillo del quirófano se encuentra Jellineck, escuchando una información que le comunican por el móvil. Se cruza con Fesser, que viene de reunirse con la gerencia del hospital para coordinarlo todo y averiguar si en algún momento se podría hablar con la herida. Está muy grave. La intervención es a vida o muerte. Y, aunque la están tratando los mejores especialistas del país, nadie garantiza que vaya a sobrevivir al accidente tan brutal que ha sufrido. El inspector mira a los policías que esperan y les confirma con un gesto que se trata de la esposa del cuidador de

tiburones. Tapando el móvil, les dice que quiere todas las huellas digitales que puedan encontrar en el coche, saber si han usado tarjetas de crédito en los últimos días, los movimientos de las cuentas bancarias y que busquen todas las cámaras de seguridad que pueda haber desde la carretera hasta la cantera, en gasolineras, en puestos de control, en comercios. Les ordena volver a entrevistar a los vecinos de su barrio, tienen que estar seguros desde cuándo no los ven. Hay que concretar esa fecha. Entre los agentes se encuentra Phil White, que está encantado de poder salir de la comisaría. Es la primera vez que vive tan de cerca un suceso real. Y no es

un acontecimiento cualquiera, promete ser el caso que más dé que hablar en los próximos años.

Jellineck los observa mientras termina con su llamada. Le confirman algo que ya suponía. Cuelga su teléfono pasado de moda y se acerca al grupo.

—Aunque no creo que vayáis a encontrar huellas.

—Hay que buscarlas.

—Ah, por cierto... Me da la sensación de que Villepin no conducía.

—¿Cómo?

—No tenía carnet.

Esa noticia extraña al resto. Nadie lo habría imaginado. Entonces, ¿cómo ha llegado el vehículo hasta el barranco?

—Ni siquiera era suyo el coche —añade Jellineck—. Fue robado hace dos meses. En realidad, se trataba de la verdadera furgoneta con la que rodaron la primera parte del anuncio. Antes de la caída, claro. Han comprobado el número de serie. Hace seis meses se vendió de segunda mano, como kilómetro cero, a un cuñado del dueño de la agencia de publicidad. Y la usaba para repartir pan de molde. Me dicen que, si rascamos la pintura del zoo, probablemente encontraremos el verdadero nombre de la empresa.

—¿Entonces?

—Pues eso, fue robada y tuneada.

—¿Y para qué? —pregunta Phil.

—Mira este; si supiera la respuesta a esa pregunta, estaríamos más cerca de resolver el caso.

—Pero ¿para qué tanto esfuerzo para imitar un anuncio de televisión?

—¿Y para qué tanto esfuerzo para matar a un concursante que no es nadie?

—Todavía no sabemos si ese accidente tiene relación con este.

—Asesinato —sentencia Jellineck.

—Presunto asesinato, como mucho —matiza Fesser—. Pero, vale, supongamos que ha sido así, que hay algo organizado. ¿Qué sentido tiene todo esto? Se necesita infraestructura...

—Nos enfrentamos a alguien diferente de lo que estamos

acostumbrados. Me temo que este no mata porque su madre no lo quisiese o porque su padre abusase de él. ¡Y dinero no le falta al presentador de moda!

—No solo supones que se trata de un asesinato, sino también que Shultheiss está detrás de todo.

—Sí, es lo que supongo. Nos pagan por hacer suposiciones. Y luego comprobarlas.

Es obvio que Fesser no puede admitir esa conjetura sin pruebas y todavía menos delante del equipo. Va a protestar ante su jefe cuando suena el móvil de Jellineck. El inspector mira la pantalla y le cambia el semblante.

—Nuestro querido alcalde. —

Descuelga el aparato y se lo lanza a Fesser, que lo coge al vuelo—. Cuéntale tus teorías, anda.

Faltan cuarenta minutos para la media noche. Klimt Owd, el presidente de Ondaseven, está en su dormitorio leyendo el periódico en su iPad. Hace mucho que ha perdido la costumbre de comprar la edición impresa, a pesar de ser una de esas personas que defendían su encanto, a pesar de asegurar que nunca la cambiaría por una pantalla táctil, que tenía un olor, un peso..., que manejar el papel era como un ritual. Igual que dejó a su esposa tras treinta y cinco aniversarios, también abandonó su

suscripción a *Variety*, *The Telegraph* o *Entertainment*, y dejó de comprar en la tiendecita de libros usados de la esquina de la emisora. Desde diciembre de 2012, cuando *Newsweek* cerró su edición impresa para quedarse solo con la de Internet, no volvió a acudir a un quiosco. Si la revista de casi ochenta años pudo soportar el cambio, ¿por qué no lo iba a hacer él?

Klimt amplía con sus dedos una noticia sobre el incidente entre basureros y piquetes en Covent Garden. Los sindicatos niegan cualquier participación en los hechos. El periodista encargado de redactar la noticia está de acuerdo en que da la

sensación de que los culpables no fueron ellos, pero es incapaz de explicar bien lo que pasó. Según lo investigado, los implicados usaron un camión robado hace más de cuatro años. Se nota que al redactor le falta información para comprender el suceso. Nadie, fuera del Círculo, conoce todavía la existencia del Grupo Attak.

Hoy se ha recibido en la cadena una petición formal por parte de Scotland Yard para entrevistar a Sylvia, la estrella del nuevo *reality* de la cadena. No se van a poder negar, pero intentarán retrasar lo más posible el momento. Castro ha dicho en el Consejo que a lo mejor se puede aprovechar para utilizar

el encuentro cuando sea oportuno y vender el evento a la prensa sensacionalista. No viene mal un poco más de ruido sobre la emisora ahora que está empezando a bajar la audiencia tras el incidente del concurso.

El televisor de casa de Klimt está encendido de fondo. Se está transmitiendo un *reality show* en el que dos concursantes discuten acaloradamente por un cepillo de dientes. El más macarra de los dos cree que el otro lo ha usado para fastidiarle, a sabiendas de que era suyo. Es un atentado contra su dignidad y no puede consentirlo de ninguna manera. Klimt no presta atención al programa y sigue

leyendo. Tiene sobre la cama un informe de audiencias en el que se incluyen datos de las redes sociales de la última semana. *El Especialista* permaneció tres días en el top de las tendencias de Twitter. Ya no está ni entre los veinte primeros *hashtags*. Ahora es *#freethenipple* el que encabeza el ranking. Hace seis días del suceso y el viernes, o sea, mañana, toca una nueva edición del concurso en el que aconteció la trágica muerte. La cadena ha resuelto seguir adelante con el programa con un nuevo presentador, a pesar de las protestas de varias organizaciones de consumidores. A él tampoco le ha gustado la decisión, aunque la ha

aceptado, siempre y cuando se extremen las medidas de seguridad en plató. Antes darán un especial informativo sobre el caso.

De fondo, uno de los participantes del *reality* se defiende de la acusación, aclarando que le daría asco lavarse con el cepillo de dientes de su compañero y adversario.

«Ah, vale, ¿te doy asco? —contesta el primero—, pues no me decías eso la otra noche, cuando estábamos en la cama. Bien que me metías la lengua en la boca».

Candela está en el baño del dormitorio con la puerta abierta. Tampoco presta atención al programa.

Le agrada que el televisor esté encendido; muchas veces le hace más compañía que su marido. Le exaspera que se centre de esa manera en su tableta. Incluso para ella es difícil sacarlo de ahí. Y se siente contrariada, como si hubiera perdido su poder de seducción. Lleva una combinación cortita de raso y unos ligeros, ambos en gris perla. Hasta hace unos meses ignoraba que Carolina Herrera diseñara ropa interior y desconocía los precios, aunque no es que le importen mucho: basta con pasar la tarjeta platino. Se mira en el espejo, le apetecería fotografiarse en plan sexy con el móvil, retocar la imagen y subirla a Instagram,

como hacía antes. Desde que está con el presidente de Ondaseven ha abandonado la costumbre, hasta ha dado de baja su cuenta. Al mirarse, teme que tal vez le sobre algún kilo. Klimt la desea así, rotunda, de pecho grande y cintura estrecha; que no sea una mujer huesuda y elegante, sino sensual.

Por la habitación hay paquetes y bolsas de Loewe, Versace, Prada, Carolina Herrera. Hay lencería esparcida sobre la cama. Ha comprado mucha y ahora la mira encantada. Elige unas bragas y un sujetador y se acerca a su marido.

—Mira, para ti, cariño.

Lo besa en la boca. Klimt está

preocupado, no tanto por los informes como por la aparición de Shultheiss de la otra noche. «No ha tenido repercusión en las redes sociales y nadie de la cadena parece haberse enterado», se repite para tranquilizarse. Sin éxito. «¿Qué pretendía?». Candela le muestra el contenido de otra bolsa: un tanga diminuto, un sujetador a juego y unos ligueros.

—¿Quieres que te los pruebe? — pregunta Candela a su marido.

La noche ha caído sobre Londres y poca gente camina por las calles. Llovizna sobre los montones de basura acumulados. No hay manifestantes.

Fesser conduce su coche particular. Las ruedas zumban sobre el pavimento mojado produciendo un ruido sordo y continuo. La precipitación de la llamada para acudir a la cantera lo pilló con el coche en el aparcamiento de la comisaría, por lo que llevó en él a su jefe hasta Berkshire y ahora lo devuelve a su casa. Fesser rompe el ronroneo monótono de los neumáticos.

—Ya hemos pedido oficialmente poder ver a Sylvia Murano, la concursante del *reality* ese, *Plaisir*.

—¿Y qué han dicho?

—Que nos dirían algo en breve.

—Sí, después de la publicidad — concluye Jellineck—. ¿Sabes lo que

estaba pensando?

Evidentemente su compañero no puede imaginárselo.

—Resulta que a los monos también les va el porno.

Fesser se gira malhumorado por el comentario.

—He leído un experimento en el que dejaban a un chimpancé el mando a distancia de un televisor y el tío iba zapeando. Bueno, pues todas las noches se paraba en un canal porno y ahí se quedaba.

—¿Y a qué viene eso?

—A lo del otro día en el zoológico. Me ha hecho pensar. Va a resultar que somos igual de inteligentes ambas

especies, ¿no crees?

Su subordinado no sabe qué contestar.

—Pero el artículo estaba incompleto. No decía qué canal porno era. Por buscarlo, digo.

El coche se detiene. En la ciudad hay bastantes limitaciones al tráfico incluso para los policías, por lo que Fesser deja a su superior en la esquina de su calle. A Jellineck le molesta; podría haber girado por la calle anterior, dar la vuelta a la manzana y llevarlo hasta la puerta. Lo que le fastidia no es mojarse, es que Fesser no sabe si le importa. Y no se lo ha preguntado.

—Los médicos creen que la mujer de Villepin no se va a despertar del coma.

—No. Y mucho me temo que no podemos mirar dentro de su cerebro para ver lo que sabe. Si es que sabe algo.

—Lo de esta noche es realmente extraño, ¿no te parece? —Su jefe no contesta. Su ayudante lo asume—. Espero que mañana nos llegue el resto de la documentación de la cadena sobre el presentador. He pedido que nos asignen más agentes.

—Muy bien, chaval, cuantos más seamos sin saber qué hacer, más nos divertiremos.

Las gotas caen desordenadas sobre el parabrisas. Jellineck abre la puerta.

—Me voy.

—Dale recuerdos a tu mujer. — Fesser intenta terminar la breve charla de manera cordial sin saber que ese tema no resulta agradable.

—Claro, siempre me pregunta por ti.

Suena sincero. Su compañero ignora que Pam esté tan enferma, aunque sospecha que las cosas no van bien. Solo Indira y el viejo policía conocen la realidad. El inspector jefe se baja del coche, se sube el cuello del abrigo para no mojarse y se encamina hacia su puerta. Llueve cada vez más. Y huele a podrido.

Media noche. Jellineck está reponiendo el bote de suero para alimentar a Pam, que permanece tumbada, chillando en silencio, como siempre. Tiene que cambiarle la sonda, Indira se ha marchado sin hacerlo. El televisor está encendido; continúa el mismo *reality* que se oía en casa del matrimonio Owd. Y los participantes siguen discutiendo sobre lo mismo.

«¡Pues yo me limpio el culo con tu cepillo, para que te enteres!».

El policía no lo mira, pero el sonido del monitor le hace compañía. No le importa que discutan, da sensación de familia. Hoy no se siente con fuerzas

para comentar el día con su esposa. Está agotado, la visita a la cantera y luego al hospital casi pueden con sus escasas energías. Ni su mal humor le sirve para mantenerse activo en ocasiones como esta. Si fuese más joven, si hubiese dormido mejor, si ella estuviese sana y alegre como era antes, él le habría explicado sus teorías, habría aventurado distintas hipótesis para ver cuál de ellas se podía aproximar a la realidad. Las habría confrontado con su pareja. Le habría explicado lo del anuncio de la furgoneta y lo de la cantera, lo del francés que entrenaba tiburones y su esposa. Estaba seguro de que la mujer herida no iba a poder aclararles nada.

«Hay una unión entre todo», se repite para sí. Todo tiene relación con programas de televisión, un concurso, un anuncio..., por un momento piensa en qué géneros existen. Aunque no sea un experto, se le van ocurriendo varios: deportes, informativos, *talent shows* llenos de cantantes absurdos, *realitys*... Tiene que reconocer que no hay base suficiente para sacar tantas conclusiones. A ver cuándo les concreta la cadena una fecha para hablar con Sylvia, la concursante. Quizá ella pueda decirles algo. ¿Será verdad que es la pareja del presentador, como les ha asegurado el auxiliar de producción o será solo una relación esporádica

acrecentada por ese estúpido intentando ganarse unos minutos de fama? Los pensamientos se le agolpan mientras termina de prepararse un sándwich frío que se deja a medio comer. En realidad hace años que no siente hambre, solo come para no estar todavía más cansado. Mira a Pam. No se ha movido en este rato. Es peor policía desde que Pam no le contesta a sus conjeturas. Desde que solo yace respirando con infinita dificultad. Y peor persona. Y está más triste.

En la pantalla se anuncia el programa de Sylvia y se informa de los distintos grupos de WhatsApp que se han creado y desde los que se pueden

seguir primicias sobre los participantes. Es un gran éxito. Y no solo sirve para valorar el apoyo de cada uno de ellos, sino que, en realidad, se configuran con la finalidad de conocer los perfiles de los consumidores y así poder vender esta información a los anunciantes. Se crean grupos de gustos afines, por raza, clase social, sexo, lugar de conexión, sistema operativo, programas favoritos, perfiles de Twitter, etcétera. La realidad va muy por delante de la legislación que trata de proteger los datos de los usuarios.

Fesser llega a su piso compartido con otros dos agentes y se mete en su cuarto.

No viene con ganas de hablar. Se tumba en la cama sin desvestirse y coge su móvil. Abre Instagram y busca las actualizaciones de Patrizia. Las que encuentra le dejan preocupado. Son de esta mañana. La joven se hizo varias fotos después del *attake* del camión de la basura y aparecen fragmentos de su piel con moratones y pequeñas heridas. En una rodilla, en el codo, en las manos, en los muslos. «¿Qué habrá sucedido?». Fesser sigue la vida de la chica a través de estas fotografías. Está deseando volver por la noche a su dormitorio para ver si sigue bien, si continúa colgando instantáneas. Por eso sabe que se hiere en el baño, que se pinta frases, que tiene

un pecho firme, que está musculada pero que tiene una silueta que le encanta; sabe que no es feliz, que es apasionada, que necesita mucho cariño, que está rota por dentro y que, aun así, es fuerte. Revisa fotos anteriores. Instagram ya ha quitado una que vio el otro día; la del *piercing* en su vulva. No ha durado ni cuarenta y ocho horas; alguien la debió de denunciar y la censuraron. Sí quedan otras en las que se intuyen los senos, difuminados por el efecto de la aplicación. Se detiene en una en la que está tumbada de espaldas, desnuda. En la piel lleva un texto escrito, «special girl». Aunque no se le ve la cara, la fotografía es triste. Produce soledad.

Melancolía. Abandono. No podría soportar que Patrizia cancelase su cuenta. No se atreve a escribirle comentarios en sus imágenes para que ella no intuya que está obsesionado. Fesser también hace fotos, pero sabe que no se le da bien. Tiene poquísimos seguidores y cada «me gusta» le cuesta un mundo. Es mal fotógrafo: o no tiene nada interior que expresar, o no sabe cómo transmitirlo.

Patrizia entra en su apartamento, todavía excitada. Lleva el vestido bastante arrugado y no se ha limpiado la sangre de la cara. Conforme avanza, se encienden de forma automática una luz

suave y los distintos televisores. Continúa el programa con la interminable discusión sobre el cepillo de dientes. Se empieza a quitar el traje de la boda y lo tira cerca del sofá, sin importarle que se estropee más de lo que ya está. No está a gusto consigo misma. Por una parte, tiene todavía la adrenalina disparada por lo que ha ocurrido en el baño y, por otra, se siente sucia y sola. Abandonada. Como en sus fotografías. Piensa que le gustaría dormir abrazada a su chico, pero no sabe si eso va a ser posible después lo que ha ocurrido hoy, de los gritos de la madre al verles desnudos, de la salida del restaurante casi sin detenerse, sin

mirar a Laszlo. Necesitaba follárselo con violencia, no lo ha podido evitar, pero ahora le dan ganas de arrancarse la piel a tiras, de lacerarse las piernas con más fuerza que de costumbre. Entra al baño para vomitar. Se mete los dedos en la garganta y lo hace sin dificultad. Siente cómo los jugos le quemán el esófago. Pero después consigue respirar mejor. Piensa en que debería dejar a su chico antes de que lo haga él.

Se siente vacía.

«Me tienes hartó, ¿sabes lo que te digo, eh, sabes lo que te digo...?».

La disputa en el *reality* empieza a resultar eterna. Es casi la misma desde hace más de tres lustros. Sin embargo, la

edición de esta temporada ha vuelto a recuperar unos índices de audiencia sorprendentes. Cuando el altercado empieza a subir de tono y los participantes, por fin, van a llegar a las manos, se produce una interferencia. Hace años que las interferencias no son así. Teniendo en cuenta cómo se difunde la señal de la televisión digital terrestre, la transmisión se debería pixelar. Y si no llegara suficiente información, la pantalla se volvería azul y saldría un cartel: «Falta de señal». En esta ocasión, sin embargo, la interrupción se asemeja más a las antiguas, una especie de nieve que va difuminando la imagen y el audio. ¿Hace cuánto que Klimt no

había visto una igual? No se olvidan fácilmente cuando se ha sido jefe de emisiones en varias olimpiadas. Una falta de señal en esos casos significa la pérdida de muchos millones de libras, de euros o de dólares, o de todos ellos a la vez. Antes de que pueda reaccionar, aparece una cara: la de Shultheiss. Tiene más definición que la vez anterior. Por un instante, Klimt experimenta un pinchazo agudo que le recorre todo el cuerpo.

A Patrizia le sucede lo mismo.

Jellineck deja de dar la vuelta a su mujer para mirar hacia el monitor.

Candela no le da importancia y sigue jugando con sus compras.

Fesser no ha encendido el televisor; le basta con el Instagram de Patrizia.

El presentador saluda muy tranquilo. «Hola, muy buenas noches».

Se produce un silencio que se hace eterno. Shultheiss sonríe de forma enigmática entre la falsa nieve de la pantalla de OLED.

«Yo maté al concursante. Y esto no ha hecho más que comenzar».

La imagen se va como vino y vuelve la discusión sobre el cepillo de dientes en la casa del *reality*.

III



@Shill - 1 min

«Yo maté al concursante». Ha sido la hostiaaaa!!!
#muerteendirecto
#shultheiss

Fue el mensaje más retuiteado de la noche anterior, en la que #shultheiss se mantuvo como *trending topic* durante más de doce horas. Juan Mendes ha

dado de baja su perfil de @auxtv como le pidió la policía, pero mantiene otro con pocos seguidores, @lateleyyo. No se atreve a tuitear desde él por si también lo tienen controlado los servicios secretos.

El consumo de televisión es voraz, vertiginoso y, si no se apoya en las segundas pantallas, las redes sociales, las páginas de Internet o los comentarios de las otras cadenas, cualquier acontecimiento cae pronto en el olvido. La gente no tiene capacidad para valorar todo lo que se emite, debido a la velocidad con la que unos planos sustituyen a otros y a la gran cantidad de cadenas, de series en la web o de

programas grabados en los ordenadores o vistos en cualquier lugar gracias al 5G recientemente implantado. La aparición del presentador del concurso *El Especialista* no se va a olvidar tan fácilmente como la mayoría de imágenes con las que compitió esa noche.

A pesar de ser ya en el *late night*, las audiencias sociales de ayer estuvieron dominadas por la aparición de Shultheiss cortando el programa. Duró unos segundos y, sin embargo, arrasó en Twitter, generando más de tres millones y medio de comentarios de novecientos treinta mil espectadores diferentes. Con cuarenta mil mensajes por minuto, solo en Inglaterra. Pronto se

extendieron al resto del mundo, provocados únicamente por dos frases: «Yo maté al concursante. Y esto no ha hecho más que comenzar». Numerosos tuits eran frívolos, de esos llenos de «ja ja ja». Había otros, sin embargo, más impactados por la presencia de Shultheiss. Muchas personas, más sensibles, fueron capaces de presentir que una amenaza real a su modo de vida estaba a punto de concretarse.

El *community manager* de la emisora estuvo desbordado. Al principio intentó contestar a los mensajes que le iban llegando, pero al final, tras una llamada de Castro, el jefe de antena, la cuenta de Ondaseven quedó

inactiva y así continúa la mañana siguiente, en la que ha ido llamando personalmente a todos los directores de los medios más influyentes, periódicos y webs especializadas en televisión. Tampoco es que la explicación que ha dado haya sido muy brillante. No saben lo que ha pasado y eso es lo que se han limitado a decir. Por eso no ha salido más que en el último párrafo de los artículos que comentaban el suceso citando fuentes de la cadena.

En estos momentos, en Ondaseven se muestra una promoción del nuevo *reality* de moda, *Plaisir*. El cuadro se divide en pequeñas pantallas que van en aumento a medida que la excitación de los

participantes crece. Entre ellos está Sylvia. Los gemidos suben y se van entremezclando hasta hacer estallar el cristal del monitor al llegar todos a la vez al orgasmo. No revienta de verdad, es un efecto. Está bien hecho; preparado para los televisores en 3D. Estos modelos no se llegaron a imponer como en su día esperaban las empresas fabricantes. El cine pronto abandonó el sistema. Con los años se vio que la verdadera intención de esa ola de películas en tres dimensiones, que irrumpió en los cines en torno a 2009, no era otra que la de conseguir digitalizar todas las salas del mundo para abaratar los costes de distribución

de los largometrajes. Una vez logrado el objetivo y apartados del sistema los exhibidores pequeños, el 3D se convirtió en un sistema en desuso hasta nueva orden. Se mantiene en los dibujos animados y en algunas películas de superhéroes. Nada de interés. En televisión, en el año 2013, tanto la BBC como el canal deportivo ESPN renunciaron a seguir con esa tecnología. Aun así, todavía quedan detalles, como el del reventón, patrocinados por algún fabricante de pantallas que no acepta la derrota comercial. El truco funciona en este caso de manera asombrosa, más aún si se cuenta con un buen sistema de sonido. Tras este impacto visual, se

presentan los finalistas congelados en el momento de llegar al clímax. Una de las imágenes viene a primer término.

«Si vota por Carmen, mande un SMS al teléfono...». Al apretar miles de espectadores su *smartphone* con un coste de noventa y nueve peniques, se aúna así a la perfección la mercancía con el deseo. El ojo anhela, el dedo pulsa y los ingresos de la cadena suben. Funciona la seducción, se ejerce el poder.

Se muestra a la joven durante su vida cotidiana en un montaje muy rápido, lavándose las manos, orinando, yendo a trabajar por la calle, besándose con su novio. Después aparece la

imagen de Sylvia.

«Sylvia fue la favorita del público la semana pasada; si quiere votar por ella...».

Cambia el canal.

«Segundo mes de huelga de basureros. Las movilizaciones se han extendido ahora por todo el país. Manifestaciones...».

Nuevos cambios.

«Un enfermo mental se encuentra en estado crítico en el psiquiátrico de alta seguridad del hospital Ashworth, tras ser agredido por otro paciente que le arrancó los ojos de madrugada».

«La familia del concursante muerto y la cadena Ondaseven han llegado a un

acuerdo sobre la indemnización, por lo que el abogado de la familia ha retirado los cargos...».

«Aumentan los casos de acoso infantil en las guarderías de toda Gran...».

«Tres chimpancés y un gorila han aparecido muertos hoy en el zoológico de Los Ángeles. Estas muertes se suman así a la ola de suicidios ya confirmados...».

«Siguiendo con su plan de marketing, Samsung está negociando con el consorcio público-privado concesionario del metro de Londres para patrocinar diversas estaciones de la zona 1 y que puedan llevar el nombre

de algunos de sus modelos de teléfono...».

—¿Ya había aparecido antes?

Hay una reunión del Consejo de Ondaseven. Están presentes todos los que son alguien en la cadena: Klimt Owd, Melvin; Carla, la presentadora estrella; Jeff, el jefe técnico. Y, por supuesto, Castro. De fondo, en una pantalla grande de plasma, permanece en pausa la cara de Shultheiss durante la interferencia. Al verlo quieto, presidiendo la reunión, da la impresión de que domina la estancia, de que condiciona cualquier comentario, cualquier decisión. Nadie que lo viera

así habría escrito ningún «ja ja ja» en su Twitter.

—¿Qué tienes que decirnos, Brown?

El jefe técnico toma aire y, antes de hablar, mira a Klimt, que lo admite con un leve movimiento de su cabeza.

—Sí. Había aparecido antes.

La imagen de Shultheiss está detrás de Jeff mientras habla. La respuesta descoloca a todos, salvo al presidente.

—Más breve. Pero sí.

—¿Por qué se nos ha ocultado? —salta Carla enfadada—. Es increíble. ¿Para qué sirve el Consejo entonces? ¿Cómo puede un jefe técnico decidir si...?

El presidente levanta una mano

ordenando silencio. La presentadora se calla ante la gravedad de los hechos.

—Yo lo decidí. —La atención y la sorpresa se centran ahora sobre él—. Solo apareció durante dos segundos. En realidad, no sabíamos qué había pasado. Fue de madrugada. Estábamos intentando protegernos de estas emisiones piratas.

—Pero no hemos podido impedir esta nueva interferencia —señala Castro. No añade intención a sus palabras; es innecesario. Resulta evidente que lo han encubierto y que ahora debe haber consecuencias.

—Hay que prever cualquier circunstancia. Tal vez pueda volver a

interrumpir nuestra programación.

—Tal vez..., siempre que quiera —
sentencia Castro.

—Yo querría presentar mi dimisión
al Consejo.

—Eres el mejor, Jeff —ataja el
presidente—; si tú no puedes, es que no
se puede.

—Bueno, gracias. Estamos
intentando descubrir dónde está el
problema. Y mi conclusión, por lo
comprobado hasta ahora, es que no
depende de nosotros. La señal es
correcta. Deben de interferir en un punto
posterior del proceso. Quizá la policía
pueda hacerse cargo.

—Nada de policía —sentencia

Castro.

En el Consejo se empieza a respirar nerviosismo. No se ven soluciones claras, pero a nadie le apetece meter a Scotland Yard en el asunto. Ni siquiera a Klimt. Castro contempla la situación esperando reacciones.

—¿Y qué va a pasar? —pregunta Melvin sin conseguir calmarse—. Shultheiss reconoce que ha tenido que ver en la muerte del concursante. Eso nos va a costar dinero, seguro. Y me han dicho que ha muerto el tipo de los tiburones... Nosotros no podemos impedir que nos corten la programación. ¿Qué dijo la otra vez?

—Uff... Que..., que nos iba a joder

la vida a todos, con perdón —explica el jefe técnico.

Se produce un murmullo creciente. Los consejeros comentan en pequeños grupos la situación sin avanzar hacia un lado concreto.

—Por otra parte, la policía nos ha llamado para entrevistarse con Sylvia, la chiquita esa del *reality* —añade Klimt Owd—. Al parecer puede tener algo de información sobre el presentador.

—Pero ¿no íbamos a retrasar ese encuentro lo máximo posible? —pregunta Castro.

—Después de lo ocurrido, me temo que no tenemos mucha capacidad de

maniobra. Esto es un desastre —
concluye el presidente de la cadena.

Castro y Carla cruzan la mirada.

—Tal vez no. Las cosas juegan a nuestro favor si sabemos verlas desde el prisma adecuado. —Klimt se gira hacia Castro, que, por fin, se define—. Al no controlarlo, podría beneficiarnos; basta con tomar las decisiones convenientes y generar una noticia alrededor del presentador «desaparecido».

—No es que generemos una noticia, Castro, perdona, es que es noticia —sentencia Carla—. Se trata de un tipo de terrorismo nuevo. Yo estoy trabajando en un programa especial de investigación sobre todo esto.

—Bueno, no nos precipitemos.

—No nos precipitamos, Klimt. Nos adelantamos a lo que va a hacer toda la competencia. No dejemos que se lleven la noticia. Nuestros espectadores han sufrido las acciones de Shultheiss y son ellos los que tienen derecho a saber qué está sucediendo.

Klimt la mira preocupado.

—Ya quisiéramos saber de verdad qué está sucediendo.

Patrizia tiene un labio roto por la pelea en el cuarto de baño. A nadie le extraña; bien podría haberse producido en el incidente de los piquetes y el camión de la basura. Observa cómo Mac, la

japonesa, prepara un complicado ingenio de grúas y poleas para poder colgar a un hombre y levantarlo. Dray y otro chaval la ayudan. Es una de las creaciones de Patrizia. Todos están muy centrados en la operación, salvo ella, que trata de comentar la aparición del presentador de la noche anterior. Ninguno la ha visto. O eso dicen. Y no le dan mayor importancia. A pesar de su interés por el artefacto, la japonesa coloca mal las poleas. La inventora se ve obligada a intervenir, corrige la posición de las cuerdas y vuelve al tema que le concierne.

—Fue la hostia; el tipo corta la emisión de Ondaseven y reconoce que

mató al concursante.

—Bah, eso tiene que estar preparado, o será un anuncio o algo.

—No jodas, ¿cómo va a ser un anuncio? Si este pavo fue el de los tiburones que se comieron al chico ese.

—Ah, de puta madre, eso lo vi. Estuvo muy guapo. —Mac abre mucho la boca imitando un mordisco—. ¿Qué te ha pasado en el labio? ¿Te lo ha comido tu chico pijo?

La japonesa se ríe de su propio chiste. Se calla cuando First irrumpe en la nave, montado en una moto negra de gran cilindrada. Patrizia es la primera en acercarse para comentarle que funcionó el mecanismo del camión de la basura.

Su líder pasa de largo sin verla. Pone la pata de cabra y se baja con un movimiento ágil.

—Siguiente *attake* —dice dirigiéndose hacia el escenario que está situado en el centro de la nave. Hay unas mochilas oscuras apoyadas en las escaleras. Lo escuchan en completo silencio, salvo Mac.

—¿Y Jam no viene? No hemos sabido nada de él desde el otro día. No ha vuelto. Estoy preocupada...

First la observa sin mover un músculo. Ya conocen esa mirada. Te inquieta, sientes que está examinando tu seguridad, tu fidelidad.

—No creo que vuelva.

A Mac le preocupan esas palabras. Está a punto de contestar, pero los ojos negros de su interlocutor le hacen saber que es mejor no añadir nada.

—Se portó como un cobarde — comenta Dray.

First se acerca en silencio a ambos y se detiene a escasos centímetros. Habla sin moverse.

—Patrizia...

A Patrizia le da un vuelco el corazón.

—¿Sí?

—Entras en el Círculo Beta para el próximo *attake*. A prueba. No tendrás ninguna responsabilidad, pero serás una de las víctimas.

Patrizia por fin va a salir oficialmente de la nave. Está casi segura de que estará a la altura de lo que se espera de ella. Podrá contribuir a los propósitos del Grupo, demostrar a la población lo equivocada que está, despertarlos de su letargo, conseguir que reaccionen, que recuperen su vida, su voluntad, sus inquietudes. Está dispuesta a jugarse incluso su libertad para conseguirlo.

—Será en el metro —prosigue el líder—. Cuatro mochilas. Significará un paso más en los *atakkes*. Más peligro, más compromiso. Ensayaréis ahora con Dray y luego se irá todo el mundo. No quiero a nadie aquí por la noche.

Recibiréis un mensaje con el lugar y la hora.

First se aleja en silencio. Hay algo en su líder que no acaba de comprender, pero eso no le resta atractivo. Por primera vez pasan por su mente imágenes de sí misma follando con él. Se asusta, las aparta y desvía la mirada hacia Mac, que está muy preocupada por su chico. Algo grave ha pasado.

Jam está colgado boca abajo del techo de un mercado abandonado y sucio. Está completamente desnudo y se aprecian signos de tortura en su cuerpo. Una cadena de eslabones gruesos le cuelga del cuello como si fuese el collar de un

perro. Tiene sangre seca pegada a la piel. Está muerto.

Las sirenas azules de la policía iluminan los cristales rotos de los ventanales. Empieza a llover.

—Yo no lo he visto. A mí me lo han contado en la oficina.

—Sí, apareció de repente y dijo que él había matado al concursante. Un *pirao*...

La cadena UnoTv entrevista a gente por la calle. Opinan lo primero que se les viene a la cabeza; dirían casi lo mismo ante cualquier pregunta: «Eso es una tontería, tanta tele, tanta tele...». «Debería dimitir el Gobierno». «¿El

qué, el qué? ¡Pregúnteme a mí!». «Yo creo que es un anuncio de algo». «¡Con lo guapo que es!». «Mola un huevo ese tío, ¿que no? El concursante era un gilipollas». «Es mi héroe».

Unos chavales se mueren de risa, de pura vergüenza, y, a la vez, están deseando salir en pantalla. Están en la edad de los granos y las inseguridades. La cámara se acerca a ellos.

«Ehhh...». No saben qué más decir. Con eso ya sienten que se han explicado.

Cambio de canal. Un vídeo del presidente rumano, entrevistado por una joven muy sexy. Tiene aspecto de ser un programa serio, pero, en mitad de una respuesta, la chica se abre de piernas

dejando entrever su sexo sin depilar, aunque con el vello bien recortado. A pesar de la brevedad del movimiento, su interlocutor no puede evitar fijarse. Es gordito y tiene una papada pronunciada. Intenta permanecer serio, pero los ojos se le van de nuevo a la joven. La situación le provoca un tic desagradable. Se trata de un programa de cámara oculta que le va a costar la vida a parte del equipo. Incluida la reportera.

Fesser sale de la comisaría abrochándose el abrigo. Hace frío y vuelve a llover. Está siendo un invierno desabrido. En la acera de enfrente, Jellineck responde a una periodista.

—Sí, lo vi anoche en casa, como le pudo pasar a cualquier ciudadano. Apareció el presentador y dijo que esto no había hecho más que empezar. Sería muy lamentable que se tratase todo de un truco publicitario para subir la audiencia.

—Como sabe, el presidente de la cadena, el señor Klimt Owd va a recibir el premio a toda una vida. ¿Usted cree que debería suspenderse hasta saber qué está ocurriendo?

—Yo ese premio se lo daría a Homer Simpson; no se me ocurre nadie mejor. Ah, que no es inglés, vaya.

—No hay más declaraciones, gracias. —Fesser se interpone entre la

cámara y Jellineck y hace una señal de que se ha terminado. El reportero lo asume—. Unas declaraciones así no nos ayudan en nada —se atreve a recriminar a su jefe en un tono correcto.

—Depende... Está todo el mundo demasiado tranquilo. Hay que agitar esto un poco.

Los policías se meten en su coche y se alejan. Hoy conduce Jellineck.

—¿Qué cojones hace ese tío saliendo por la tele y reconociendo su implicación en la muerte del concursante? —Aunque Jellineck intenta dar una imagen constante de seguridad, está desconcertado. No hay casos como

el de Shultheiss en la historia de la policía de Londres—. A ver, ¿qué sabemos? —pregunta—, y resumido, que te conozco.

—Bien; muere una persona en extrañas circunstancias en un concurso de televisión...

—Extrañas, extrañas...

Fesser le dirige una mirada de censura para que se calle. Al inspector jefe le hace gracia la cara que pone y sella sus labios con un gesto. Piensa que su subordinado está más combativo de lo habitual. Serán los nervios.

—El presentador desaparece — prosigue consultando sus notas en una tableta— y al principio da la sensación

de que en la cadena no conocen ningún dato personal de él, ni siquiera su dirección. Tan solo la cuenta corriente donde le hacen los ingresos y en la que no queda prácticamente nada.

—A pesar del elevado sueldo que gana. Según lo ingresaban, lo iba sacando en metálico. ¿Para qué?

—Después sí encuentran un informe, que nos hace llegar el propio presidente, donde se dice qué estudió, sus primeros trabajos, pero tampoco sacamos nada en claro.

—Habría que mirar algunos datos sobre la universidad a la que fue. Los compañeros de clase, antiguas relaciones, a ver si nos pueden contar

cosas... En esa documentación hay un vacío de cinco años donde no se sabe qué hizo. A lo mejor estuvo viajando fuera del país.

Fesser asiente y prosigue.

—No corras tanto, por favor —le pide a su jefe, que hace caso omiso—. En la cadena —continúa— nos han autorizado a que entrevistemos a Sylvia Murano, la concursante del *reality*. La que, según parece, pudo tener una relación sentimental con el presentador.

—Vamos, que follaban.

Fesser asiente a disgusto.

—¿Cuándo podemos verla?

—Dicen que pronto, que tenían que buscar el momento adecuado sin

complicar la dinámica del concurso.

Jellineck no puede evitar reír con indignación.

—Joder, es más complicado ver a esa chiquita que entrevistarse con el primer ministro. Deberíamos hablar con el juez. Con lo poco que me gusta.

—Estamos en ello.

—Muy bien, ¿qué más?

—En un primer momento —aclarar Fesser—tampoco encontramos al encargado de alimentar a los tiburones, que, por cierto, no les había dado de comer ese día. No sabemos si obligado o por voluntad propia. Seis días después, lo hallamos muerto en un accidente de coche junto a su mujer, que

también ha fallecido esta mañana y que ya no podrá contarnos nada. Hemos vuelto a hablar con los vecinos y se han ratificado en su declaración anterior. Yo me inclino porque desaparecieron la mañana del incidente. Y eso nos lleva a que todo guarda relación de alguna manera con programas de la televisión, el concurso, un anuncio. Y ahora, la aparición del presentador en la emisora Ondaseven reconociendo que... lo ha matado él.

—Y se te olvida algo.

Fesser le pregunta con la mirada. Jellineck le enseña unos papeles algo arrugados que lleva en el bolsillo del abrigo.

—La emisora ha incrementado dos puntos la audiencia durante la semana en la que ha sucedido esto. Dos puntos de *share* o algo así. De toda la gente que ve la televisión, el catorce por ciento sigue ahora a la cadena. Del doce al catorce en seis días. Los informativos han subido todavía más. Más audiencia, más ingresos.

—¿De verdad crees que pueden haberlo planeado todo con ese motivo? ¿Podrían ser tan canallas?

—Son tan canallas. Lo que no sé es si son tan inteligentes.

Esa afirmación consigue desconcertar a Fesser.

—Me está empezando a caer bien

ese presentador. Yo lo tenía por gilipollas y mira la que ha liado. Por cierto, nos vendría bien un organigrama de la emisora. No me hago a la idea de cómo funciona. Quiero saber quién decide sobre qué.

Su subordinado toma nota de la petición mientras el coche, conducido por Jellineck, llega a las inmediaciones de la emisora, donde hay congregado un buen número de personas. No parece que protesten por nada. Sin embargo, se ve que están excitadas y que los guardas de seguridad tienen que mantenerlas alejadas de la entrada. Les resulta extraño. Al vehículo le cuesta atravesar el gentío. A su paso, varias de las

personas intentan asomarse a las ventanillas para comprobar quién está aproximándose. Al ver que se trata de dos hombres desconocidos, rápidamente pierden interés y vuelven a acercarse a la valla que les impide el paso a Ondaseven.

El control técnico central desde el que emite una cadena de televisión es un lugar lleno de monitores y de tecnología. A ese punto llegan todas las señales de las distintas emisoras que pertenecen al mismo grupo de comunicación, de los diferentes platós, de las conexiones exteriores, imágenes de agencia, grabaciones previas, sumarios o

cabeceras y publicidad. Está completamente automatizado, pero siempre debe haber un grupo de técnicos para supervisar que no se produzcan fallos en la continuidad. También está presente en la sala una figura con un peso creciente en la organización, el director de continuidad. Hace años los programas y las series venían empaquetadas y solo había que ir dándoles paso. Con la disminución de los ingresos publicitarios, las cadenas aumentaron su agresividad en la programación y empezaron a cortar sus espacios viendo lo que hacía la competencia. Si los enemigos se iban a publicidad, se aprovechaba para dar un

contenido más intenso. Por eso los *realitys* en directo, los concursos de formato más libre y los *talent* han ido ganando cada vez más presencia en las parrillas; son adaptables hasta el extremo. Shultheiss era un genio en cambiar la escaleta del concurso sobre la marcha dependiendo de lo que hacían los otros. Desde el control de realización le avisaban por el pinganillo y él daba un giro a las pruebas o adelantaba contenidos. Por eso ganaba tanto dinero y era tan esencial para Ondaseven.

—Gracias... nos ha dado usted un curso de televisión, pero no era de eso de lo que habíamos venido a hablar —

aclara Jellineck.

Jeff Brown, el jefe técnico de Ondaseven, estaba intentando explicar a los policías cómo funciona la sala que controla las emisiones.

—Eh, perdón —se excusa tímido—. Creí que debía aclararles la parte técnica.

—Tan solo queremos conocer quién ha podido interrumpir su señal y cómo lo ha hecho —contesta el inspector jefe.

—Uff..., eso no lo sabemos. —Jeff intenta ordenar sus pensamientos. Necesita dar muchos detalles. Es su manera de ser—. Verán ustedes, en mi carrera he tenido noticia de otros casos como este; en una ocasión, en mitad de

la Super Bowl, se cortó la transmisión y, durante diez segundos, se emitió un vídeo porno. Solo pasó en Arizona, pero fue un gran escándalo. Yo creo que se debió a un accidente o a una broma pesada; nada organizado. Y en Chequia —prosigue recordando—, un grupo de activistas cortó la señal de una operadora nacional para difundir la explosión de una bomba atómica.

—¿Qué pretendían? —pregunta Fesser.

—Por lo visto, querían llamar la atención; advertir a la gente de que no debe creerse todo lo que sale en la pantalla.

—Entonces, ¿no es verdad que la

chiquita negra esa tenga superpoderes? —pregunta irónico Jellineck—. No me joda, con la ilusión que me hacía encontrármela y que me tocara. ¿Y nos cuenta todo esto porque cree que ese grupo checoslovaco puede tener relación con el caso?

—Eh..., pues no lo sé, inspector. Solo le informo de lo que conozco. —Se queda en silencio, dudando entre seguir explicándose o no. Al final decide retomar lo que iba a decir—. Hubo... otro suceso en Chicago, en el año 1987. Quizá ese sea el más similar al de ahora. Cortaron la emisión de un capítulo de *Doctor Who* en distintos repetidores y en diferentes horarios. El *hacker* insultó

a los periódicos disfrazado de Max Headroom.^[7]

—Me encantaba esa serie. Era de Channel 4.

Fesser mira a su jefe. No sabe de qué hablan.

—*Max Headroom* era la historia de un periodista que descubría la manipulación de los medios de comunicación. Hoy en día nos parecería muy rudimentaria, pero era estupenda. Transcurría en un futuro dominado por la televisión y las grandes corporaciones. No me había vuelto a acordar de ella, pero ya se hablaba de algo parecido a Internet, con todo el mundo conectado y todos sus datos personales expuestos. —

A Jellineck le da un escalofrío al ver las semejanzas.

—Sí, y los rebeldes tenían una emisora clandestina de televisión y cortaban la señal de las cadenas oficiales. Lo que nos ha sucedido ahora es más sofisticado; la tecnología ha progresado enormemente. Pero no sé cómo nos han podido interferir ya dos veces.

—¿Dos?

—Sí, pensé que... —El jefe técnico se da cuenta de que ha hablado demasiado—. Bueno, hubo una primera que solo duró un par de segundos y que...

—Y que no se nos informó —

termina la frase Jellineck.

—Yo..., es que no se veía mucho. Pensé que ustedes lo sabrían.

—Pues no, la verdad —le aclara Fesser.

—No creo que haya problema en darles la grabación.

—Eso esperamos. Volvamos al corte de la señal —le pide Jellineck para que se centre de nuevo.

—Pues, por lo que hemos investigado, no se ha producido aquí, en la cadena, sino en el centro general de emisiones. El sistema es complejo; de Ondaseven sale la señal hacia la torre BT y, desde allí, se distribuye a los distintos repetidores regionales. Pero,

hoy en día, casi todas las señales van por fibra óptica. En cualquier caso, cerca del noventa por ciento de lo que se ve en la televisión en este país, incluida la Premier League, pasa por esa torre. Puede manejar hasta dieciocho mil horas de vídeo al día.

—¿Solo dieciocho mil? Mi madre, que en paz descansa, se las veía todas —dice el inspector jefe—. ¿Y cuántas personas trabajan en esa torre?

—Uff, no sé —Jeff hace unos cálculos mentales rápidos—, pero al menos treinta o treinta y cinco. Habrá tres turnos, probablemente. El de la noche no tendrá tanto personal. Eso sí, todos muy cualificados.

Jellineck se gira hacia su subordinado.

—Hay que mandar un equipo a la torre de British Telecom cuanto antes. Pero de gente que sepa de lo que les hablan, porque yo no he superado la desaparición del VHS. Y quiero una copia del primer corte de la programación que hizo Shultheiss.

Jeff asiente agobiado.

—Y usted, ¿puede hacer algo para que veamos cuanto antes a la chiquita esa del *reality*, Sylvia no sé qué?

—La verdad es que... no.

—¡Para que luego digan de los ministerios! Mucho más eficaces...

Cuando los detectives están saliendo de Ondaseven en su coche, ahora conducido por Fesser, la multitud que estaba en la puerta ha aumentado. No entienden qué sucede, pero la masa se está desplazando de manera caótica hacia la calle que rodea la emisora. Es peligroso seguir conduciendo en esas circunstancias, por lo que deciden detenerse y valorar lo que está ocurriendo. Fesser se baja del coche y se acerca a varios guardias de seguridad, mostrando su placa. El griterío de la gente empieza a ser inaguantable. «Se trata de Sylvia», dice uno de ellos. De Sylvia Murano, la

favorita del público. Fesser vuelve al coche tras recabar algunos detalles más y le explica a su jefe lo que ha averiguado: es la concursante y por lo visto viene a promocionar el programa. Le van a hacer una entrevista en el informativo de la mañana. Los fans se han enterado y se han ido citando por redes sociales. Jellineck ve la oportunidad de hablar con ella y sale del vehículo con un objetivo claro. Camina con dificultad entre los seguidores de la chica. Su ayudante le sigue. Empujando a unos y a otros, consiguen abrirse paso hasta el coche que trae a la nueva estrella de la televisión, flanqueado por la seguridad de Ondaseven. Ante su

presencia, los admiradores parecen haberse vuelto locos y chillan cada vez más. Jellineck se siente fuera de sitio, en mitad de esas oleadas que le empujan sin consideración. Intenta sacar la placa y decir que se trata de la policía, pero se le cae y no es capaz de recuperarla. Si no fuese por la ayuda de Fesser y de un guardia de la emisora, no habría salido del epicentro del tumulto. Al llevarlo casi en volandas hasta la entrada, ve que la chica se ha bajado de su coche y levanta las manos en señal de saludo. La masa la imita entre un fuerte clamor. Al inspector jefe le parece estar viviendo una locura. Claro, que a cualquier futbolista o cantante también le vitorean

así. Pero, al menos, ellos saben hacer algo bien. «¿Qué sabrá hacer esta chiquita?», se pregunta a la vez que consigue alcanzarla antes de que entre en las instalaciones.

—Sylvia Murano, por favor.

—Paso de entrevistas, joder, ya lo he dicho, solo la promoción de la cadena, hostia. —Sylvia no se lo dice al inspector, no habla con él directamente, sino con la manager que la acompaña en todo momento.

El detective querría mostrar de nuevo su placa, pero la ha perdido en la situación de caos anterior. Es Fesser el que llega hasta ellos y enseña la suya.

—Señorita, perdón, somos policías

y queremos hablar un momento con usted.

—Me temo que eso es imposible —
apunta nada educadamente su representante.

—¿Es verdad que usted conocía a Patrick Shultheiss?

Al pronunciar ese nombre, la cara de la concursante cambia. Es evidente que la respuesta sincera sería «sí», pero ella dice que no, que solo de vista. Fesser le enseña la foto en la que se les ve juntos, la que les dio el auxiliar de producción del concurso. La tenía ya preparada desde que vio que era ella la que se acercaba al gentío. Sylvia mira a todos lados. Evidentemente hay una multitud

que continúa observándola. Reacciona y sonríe de cara a la galería.

—Bueno, ¿yo qué iba a saber? Él intentó tontear conmigo, pero no fue nada serio.

—¿Y sabría decirnos algo más, dónde se encuentra?

—Mire, no quiero que me haga más preguntas —dice mientras vuelve a saludar a su público, que, tras las vallas, la vitorea de nuevo, ajeno a lo que está sucediendo con la policía.

—Si lo prefiere, podemos irnos a comisaría —amenaza Jellineck.

Esas palabras fastidian los planes de todo el mundo en la emisora. Los fans vociferan cada vez más al ver que algo

raro está sucediendo con su *ídola*, como les gusta llamarla. La situación puede volverse peligrosa si siguen en la entrada. La muchedumbre empieza a estar descontrolada. Un miembro de la seguridad de la cadena dice que es mejor que se metan dentro del edificio. Los policías están de acuerdo. Y Sylvia accede.

Sentados en la sala vip en la que ya han estado en otras ocasiones, ambos inspectores intentan razonar con la famosa. No están acostumbrados a tratar con nadie así, joven, sin cultura, pero cerca de ser millonaria. Sylvia se cree mucho más importante que el primer

ministro del país. Y, teniendo en cuenta los datos de audiencia que tiene cada vez que sale en pantalla, podría no faltarle razón. Es difícil dialogar con ella. Lo niega todo, no colabora. «Era un tipo encantador, de lo más *cool*», es lo que más repite. No cree que esté haciendo lo que es evidente que está haciendo. Y lo dice porque sabe que casi todo lo que ocurre en un entorno televisivo es falso o, al menos, está muy manipulado para alcanzar mejores cuotas de audiencia. No consiguen sacarla de esos razonamientos. Es complicado argumentar con ella.

—Quiero que me traigan otra botella de agua. Esta no está lo suficientemente

fría —dice al destapar la tercera que apenas ha probado y que ha dejado de nuevo encima de la mesa de diseño tirando el tapón al suelo sin preocuparse de donde cae.

—Señorita, quiero que comprenda que este tema es muy serio —apunta Fesser—. Han muerto ya varias personas y el presentador es el principal sospechoso.

—No tengo nada más que decir. ¡¿Viene esa botella o qué?!, ¡cojones!

Jellineck no puede más y le tira uno de los tapones contra su cara. No lo ha hecho fuerte, solo de una manera molesta, porque necesitaba que se callase.

—¿Qué coño hace?

—Ya está bien, niñata. Aquí las preguntas las hacemos siempre nosotros. Usted —dice dirigiéndose a la manager—, salga.

—Pero...

—Fuera.

La representante duda un instante. Viendo la cara del policía decide que es mejor traicionar a su representada y dejarlos solos en la sala VIP. Sylvia la mira con odio y se pone muy seria. Ya no se acuerda de pedir más botellas.

—Se lo voy a preguntar muy claramente, y piense que estamos hablando de un presunto cargo de asesinato —continúa el inspector jefe—.

¿Tenía usted una relación estable con el presentador del concurso?

—No.

—¿Se acostaban juntos?

—A usted qué le importa.

—¿Se acostaban juntos?

—No.

—¿Nunca?

—¡Ja, qué más habría querido él!

—¿Tiene algún dato de dónde está su casa, un teléfono móvil personal o sabe dónde se puede encontrar él en estos momentos? Piénselo bien antes de responder.

—No sé nada.

—¿Le contó algo que ahora le pueda parecer relevante para el caso?

—¿Qué coño significa relevante, eh?

—Importante —aclara Fesser.

—Joder, ya le he dicho que no.

«Relevante», la hostia —repite para sí

—. Patrick era un tío amable, muy *cool*

—prosigue—, sin más, y, bueno..., un

poco pesado. Yo le gustaba, sí, pero eso

es normal, le gusto a mucha gente, les

molaría verme desnuda. Follar conmigo.

¿Sabe que soy la tía más deseada del

Reino Unido?, ha salido la encuesta en

todas las revistas. Tengo unas tetas

preciosas, ¿sabe? Acojonantes. Y me las

cuido. Hay unas cremas de la hostia,

¿sabe? —repite constantemente—. Pero

no las verán hasta el último día del

reality —asegura con un gesto con el

que trata de referirse al resto del mundo televisivo—. Cuando vaya a ganar — concluye.

Jellineck se desespera. Por una vez en su vida ni siquiera mira los senos de la chica. Le cae tan mal que, aunque fuese la última mujer del mundo, no se fijaría en ella. Pero no cree que sepa nada más de lo que dice.

—Muy bien, puede marcharse. Ya veo que no tiene nada «relevante» que contarnos.

Ella lo hace sin decir nada y sale chillando para que le traigan esa «puta botella». Ambos policías se quedan en silencio. Habían puesto cierta esperanza en esta conversación.

—Pobre del que la tenga que entrevistar ahora —dice al fin el inspector jefe—. En momentos como este admiro al presidente de la cadena. No me volveré a meter con él. Si tiene que comer, aunque sea de vez en cuando, con gente así ya tiene suficiente condena.

—¿Te fías de ella?

—No. Mentirnos nos ha mentido seguro. Han follado, eso está claro. Se puso demasiado nerviosa al principio como para no saber nada. Aunque no creo que tenga la suficiente cabeza como para ser una pieza de este entramado. Pínchale el teléfono.

IV

Una cámara de seguridad ofrece las imágenes de Patrizia y de Laszlo haciendo el amor en el baño del restaurante. No hay sonido. El plano es cenital, sin apenas color y no de muy buena calidad. Se ve toda la hilera de váteres. Al encontrarse ellos en el más cercano a la cámara, se aprecia perfectamente lo que están haciendo. Están en el momento previo a llegar al orgasmo. Cuando Patrizia chillaba: «¡Más fuerte, más fuerte! ¡¡Hazme daño, cabrón!!». Se abre la puerta y la madre

de Laszlo intenta entrar acompañada por su sobrino Arthur. Se queda horrorizada cuando ve a su hijo correrse sobre la espalda de su novia, justo encima de un texto en el que se lee «you really love me». Son imágenes de dudosa legalidad, en cualquier caso.

Laszlo y Patrizia discuten, sin prestar atención a lo que se reproduce en el portátil.

—¡Oye, tío, tú querías que fuese a la boda y fui, ¿vale?! Supongo que para ti era importante.

—Ya, pero en menudo lío me has metido.

—No empecé yo, fueron tus primitos.

—Sí, joder, pero no veas cómo se puso mi madre luego. Me han quitado hasta el coche.

—¿Y qué se creía? ¿Que paseábamos de la mano por el parque?!

—Bueno, eso no. Pero, tía, que nos pilló ahí, como locos... Y ahora el vídeo este. Menos mal que mi padre ha conseguido que los de la seguridad del Hanói nos lo entreguen.

—Oye, que tú también pusiste de tu parte, ¿eh? Y, viendo ahora las imágenes, no me parece que te desagradara.

Él baja la cabeza. Patrizia señala el monitor y hace retroceder la grabación.

—No te importó follarme en el

baño, ni tampoco partirles la cara a esos gilipollas. ¿Eh? ¿Cuál de las dos cosas te gustó más?

—No sé qué me pasó... Se me fue completamente la olla.

—A mí me pareció que disfrutabas, que eras tú.

Patrizia lo besa, sensual. Tierna, por una vez.

—Me encantó verte así —dice señalando las imágenes—. Y me excita cómo te corres en mi espalda, la pasión que pones, la rabia. Se te ve cabreado con el mundo. Lo miraría mil veces.

Laszlo no sabe si alegrarse. Le da vergüenza y, a la vez, está orgulloso. Nunca se había grabado haciendo el

amor. Ella lo besa y siente que su sexo se expande, que se le llenan los vasos sanguíneos de los labios.

—Joder, tía, te veo a ti tan libre y yo tan... —no sabe cómo seguir—, con... todo el peso de mi familia, de mi padre, la boda de mi hermana..., todo tan establecido...

—Tú no eres como ellos. Y lo sabes. No sé, a lo mejor..., si te echan de casa, aquí hay sitio para tus cosas.

Laszlo se conmueve. Ella lo mira y le besa los labios con suavidad.

—¿Tú crees que nos entenderíamos? No sé si nos conocemos de verdad, Patrizia. Yo creo que tú te guardas muchas cosas. Te da miedo que vea

cómo eres. —A ella no le hace gracia el comentario y tuerce el gesto—. Tienes que confiar en mí. Me gustas. Me gustas mucho. Hay una parte de mí que me dice que me aleje, pero también hay algo tuyo que me fascina. Me atrae tu forma de ser. No me importan tus cambios de estado de ánimo. Yo quiero que seas una tía dura, paso de las cursis. Me encantas con el pelo cortito, cortito, me da mucho morbo. Has hecho muy bien en dejar la universidad, tía.

Patrizia no está acostumbrada a que su chico le hable así y está a punto de emocionarse.

—¡A tomar por culo la carrera, es superteórica! Yo no me atrevo, pero tú

pasas de convenciones... —añade besándola. Ella se deja. Cierra los ojos, se relaja—. Eres... diferente.

Una sonrisa estalla en el rostro de Patrizia sin que pueda evitarlo. No le pasaba desde que era una niña. Se pone roja de vergüenza. Y se siente viva.

Laszlo y Patrizia hacen el amor de una manera más tranquila. Contrasta con la actitud habitual de ella. Ahora tiene los ojos cerrados y se va excitando. Las cuchillas y los rotuladores con los que se hiere el cuerpo están sobre el lavabo, esta noche sin manchas de sangre.

—Te quiero, Patrizia...

Carla lleva menos de veinte minutos en

la emisora y ya ha discutido con su maquilladora habitual. No quiere llevar demasiada capa, no le agrada que se le note. Tiene una piel limpia y luminosa, se cuida mucho. Desde los veinticinco años, todas las mañanas se pone el mejor antiojeras de Clinique y una crema hidratante en la cara. No ha necesitado inyectarse vitaminas. Tiene los ojos vivos y proporcionados; basta con una ligera sombra en los párpados y un toque en las pestañas. Practica Bikram dos días a la semana, sin entrar en toda esa filosofía que hay detrás. Puro mantenimiento biológico. Como el sexo. No le interesa nada que no sea eliminar tensiones y quemar malos

rollos. Un polvo a la semana, a veces dos, con un modelo de la cadena algo más joven que ella. Suficiente. No necesita ni penetración; él hace un cunnilingus fantástico. Corre tres días en la cinta, pero le preocupa que el pecho sufra, así que está pensando en dejarlo. Ha ido consiguiendo sus retos: a los treinta, ya era presentadora de las noticias más importantes de Ondaseven y, a los cuarenta, quiere ser jefa de informativos. Si maneja bien la situación creada por los incidentes del programa *El Especialista*, puede adelantar en varios años sus ambiciones. Cree en lo que hace, no sabe si por verdadera convicción o porque lo decidió así al

terminar la carrera de periodismo. Su objetivo es su verdad. Cuando lo tiene claro, se lanza. Como una leona, elige cuál es la cebra a la que va a devorar; no deja que el resto de la manada la distraiga; ni las carreras ni las rayas ni el ruido. Se centra solo en su objetivo. Y ahora está claro: Shultheiss.

La maquilladora está terminando su labor. Entre tanto, Carla se concentra en sus notas. Klimt entra buscándola.

—¿Estás aquí?

—Sí, ¿ocurre algo?

—No va el vídeo del concursante muerto.

—¿Cómo? No entiendo por qué. Todas las cadenas lo han puesto cientos

de veces.

—Muy bien. Nosotros, no. Pondremos la versión en la que se corta cuando el tiburón ataca.

—Tenemos imágenes de otras cámaras que no se han visto...

—No.

—Klimt, que sepas que esto es censura.

—Veo que lo has entendido. —El presidente también sabe ser cínico, a pesar de la imagen que da de jefe cercano y amable—. Creía que esto era un informativo, ¿por qué hay público en directo?

—Hemos conseguido que venga a plató la madre de Paul Nipkow.

A Klimt le exasperan estas decisiones a sus espaldas, pero concluye que no le conviene entrar en más luchas por hoy. Ha ganado la importante.

Por la claraboya del *loft* entra la luz de la luna. Por una vez las nubes no evitan el resplandor del satélite. El cuerpo desnudo de Patrizia brilla tenuemente con los reflejos blanquecinos de los cristales haciendo extraños juegos en su piel, en sus cicatrices. Laszlo la mira en silencio. Acaban de hacer el amor de una manera más tranquila. Le pasa la mano por las heridas del tobillo. Ella retira la pierna de una manera instintiva, pero él vuelve a acariciarla sin decir

nada. Permanecen así bastante rato, con los aparatos electrónicos no apagados del todo pero sí, al menos, en *stand by*. Incluso Patrizia se queda dormida. Sueña con nubes y con una enorme pradera de césped muy verde. Siente la brisa. Él no deja de mirarla hasta que se despierta de nuevo.

—¿He dormido mucho rato?

—No, apenas un par de minutos.

—Me han parecido horas —dice ella estirándose a gusto. Es consciente de que su chico continúa fijándose en ella. Cruzan las miradas.

—No me gusta que me mires a los ojos.

Laszlo no deja de hacerlo.

—Siento que me estás juzgando —
explica Patrizia.

—No lo hago, no te juzgo. Te acepto
como eres. Ya te lo he dicho. Aunque
haya cosas que no entienda.

—Es mejor así.

—¿Que no las entienda?

Patrizia asiente.

—No quieres hablar de tus
sentimientos...

—No me querrías si me conocieses
mejor. Si supieses lo que hay en mi
cabeza, me dejarías.

—No te voy a dejar hagas lo que
hagas.

La afirmación resulta contundente.
Sincera. Espontánea. Patrizia casi llora

al escucharla. La ha sorprendido sin caparazón, desprotegida. Tiene que girarse para que él no la vea débil, para que no descubra lo que le necesita, para que no vea el miedo que tiene a que la abandone.

—No te voy a dejar —repite.

Patrizia continúa de espaldas, pero le agarra un brazo y le invita a abrazarla desde atrás. Laszlo pega su cuerpo desnudo al de su chica y trata de acompasar su respiración a la de ella. Le cuesta un poco al principio, la de Patrizia no es del todo armónica. Ella no puede evitar que sus ojos se posen en las paredes donde están las fotos de niños atormentados con frases escritas

en sus cuerpos en distintos idiomas: «la muerte mola», «mi puta madre», «good day to die»... Los chavales tienen los ojos grandes, los cuerpos pequeños y los huesos marcados. Por una vez a ella le gustaría no tener ahí esas fotos, que al menos cerrasen esos ojos llenos de angustia en esta ocasión, que no la juzgasen, que no la mirasen con tanta profundidad. Vuelve a dormir unos instantes, pero ya no sueña con nubes y con césped.

La madre de Paul Nipkow está sentada esperando en otra sala VIP diferente a la que utilizaron los policías con Sylvia. Esta la han adecuado para recibir a una

invitada muy especial. Tiene todo tipo de bebidas, canapés y, por supuesto, la televisión encendida con imágenes de la cadena. Está saliendo al aire la entrevista con la concursante de *Plaisir*. No se lo está poniendo nada fácil a la periodista. Le está aflorando el cabreo por el interrogatorio de los inspectores. Está siendo una entrevista incómoda, pero la que está acabando peor parada es la entrevistadora. Sylvia da la vuelta a las preguntas y queda como una víctima a la que están agobiando. No sabe cómo lo hace, le surge natural. Es la cualidad a la que Jellineck aludía cuando la comparaba con los futbolistas. Eso tiene, que no puedes quitar los ojos

de ella en pantalla, de lo que dice, de lo que no dice, de lo que grita o susurra. Eso es ser un animal televisivo. Como Carla. Y, sobre todo, como Shultheiss.

La madre está nerviosa porque nadie le ha dicho qué tiene que hacer, si puede comer de lo que hay ahí, y se siente cohibida. Las tripas le suenan. Tiene hambre. De hecho, lleva varios días casi sin probar bocado para quitarse unos kilos y poder entrar en su vestido favorito. Ha logrado meterse en él, aunque los michelines no están muy de acuerdo y pugnan por escaparse entre las costuras. Se siente incómoda, se coloca de nuevo la tela de los muslos y mete la mano entre los glúteos para

sacarse la ropa interior. Entra Carla pillándola justo en ese gesto. Eso hace que la madre de Nipkow quiera desaparecer del mapa. No es muy culta, lo sabe, y, precisamente por eso, quería que la primera impresión fuese favorable. Carla tiene mucha experiencia y hace como que no ha visto nada. Su mente vuela rápidamente para machacar a la pobre mujer a la que va a convertir en protagonista en breves minutos. No puede evitar pensar en lo patética que resulta ahí sentada, bajita, con sobrepeso, mal peinada y con ropa de mercadillo. Será una entrevista perfecta. Al final no ha venido la novia del concursante. Discutieron y ella

decidió que sería mejor no venir. Ahora se arrepiente en su casa mientras espera pegada a la televisión.

—Sheena, encantada de conocerte, soy Carla.

—Claro, claro, sé quién eres. Gracias —dice sin saber muy bien por qué.

—Me alegro de tenerte aquí. No te preocupes, que te vamos a cuidar muchísimo. Tan solo queremos saber cómo te sientes y que nos cuentes cosas de tu hijo, para que el público lo conozca y lo quiera un poco más. Alguna anécdota de niño, la última vez que le viste, qué estabas haciendo cuando sucedió todo..., cosas así.

La madre va a hablar, pero a Carla, en realidad, no le interesa nada de lo que tenga que decirle. Conque llore un poco, del resto ya se encargará ella y un par de tertulianos con los que ha accedido a compartir una pequeña porción de su protagonismo. Tras hacerle algunas indicaciones técnicas sobre el micro, que la madre no entiende, para que no se lo golpee mientras habla, sale como ha venido sin comentarle tampoco si puede o no probar los canapés que hay en la mesa. Ya sola, se los queda mirando. Trata de recordar lo que le ha dicho sobre no golpearse el pecho. No es capaz de reproducirlo. No aguanta más y decide

probar uno que tiene arroz. Se ha equivocado. Es sushi picante. Eso verde que le había parecido guacamole no era otra cosa que wasabi.

Durante la entrevista le estará molestando el estómago todo el tiempo.

En la pantalla de todos los hogares que sintonizan Ondaseven se puede contemplar la grabación del concursante entrando en la piscina. Ralentizado, empieza a bucear a cámara lenta. Cambia el plano y se ve, a la misma velocidad, el movimiento del primer tiburón que se lanza sobre él. Justo cuando cierra los ojos y abre las fauces para morder a su presa, el cuadro se

detiene. Carla sale hablando sin leer el *teleprompter*.

«¿Qué sintieron ustedes cuando lo vieron en sus hogares? ¿Qué hacían? ¿Cenaban con sus hijos? Yo misma estaba con mis sobrinos pequeños. Mucha gente se ha preguntado cómo ha podido suceder algo así y nosotros queremos recoger este interrogante en un programa informativo especial. Les mostraremos otros aspectos relacionados con este suceso. Una información en 360 grados».

Entra un vídeo del accidente de la cantera de Berkshire. Lleva el logo de la policía en la esquina superior derecha.

Jellineck está comiendo bollitos en su casa de Hammersmith mientras ve el programa y hojea una revista, que se acaba de comprar, en la que hablan de gorilas. Se atraganta al comprobar que las imágenes de la televisión son las grabadas por ellos. Ahora muestran a Fesser abriendo el maletero y a la mujer cayéndole encima. No se lo puede creer. ¿Quién coño se las ha dado? Cabreado, el inspector jefe coge el teléfono y marca la memoria dos. Alguien descuelga al otro lado.

—¿Lo has visto? —La pregunta suena a acusación. No espera a que su interlocutor termine el argumento—. No,

no me digas que no lo sabes, Fesser. Llevan nuestro logo. Alguien ha tenido que dárselas... —Jellineck escucha algo que cambia completamente el rumbo de la conversación que pensaba que iba a tener—. ¿Cómo? ¿Que crees que tienes la dirección de la casa de Shultheiss? ¿En serio? Claro, recógeme. —Jellineck cuelga asombrado. Hasta ayer, no había manera de conseguirla, ¿qué ha pasado? Espera que su subordinado pueda explicárselo. Se vuelve y contempla a su mujer. Saca un somnífero de un pequeño botiquín y lo pincha en el suero—. Tengo que salir un momento, vuelvo enseguida. Tú duerme...

Pam sigue tumbada en la cama,

envuelta en su grito sordo, sin poder escuchar a su marido ni comunicarse. El inspector le sube la dosis de calmante y ella se queda adormilada.

El agua de la ducha cae sobre el cuerpo de Laszlo. Patrizia está durmiendo, ahora sí, más profundamente. Es la única vez que su chica se ha relajado tanto, ha bajado la guardia, le ha dejado entrar un poco en su mente, en sus sentimientos. Está orgulloso de sí mismo, son meses pensando cómo comportarse con ella para que se abra, yendo a ver a una psicóloga que le ha explicado lo que debe hacer, cómo darle confianza, seguridad, cómo manejar las diferentes

Patrizias que aparecen, sus ganas de encerrarse en sí misma, sus estallidos de rabia, sus conductas autolesivas. Cómo manejar a la niña dolorida y a la mujer salvaje, excesivamente sexual. Solo un pitido discontinuo le perturba su justa ganada paz. Podría ser un despertador. Decide salir para apagarlo. Le está poniendo más nervioso de lo que sería razonable. Es el pálpito de que esa alarma podría alterar la situación. No quiere que despierte a su chica. Cuando aparece en el dormitorio, tan solo con una toalla a la cintura, escucha más nítidamente la procedencia del pitido; viene de las televisiones de la estantería. Patrizia se está desperezando

en la cama, hasta que, de pronto, es consciente de lo que significa ese sonido.

—No me has despertado —protesta.

—¿Por qué iba a hacerlo? Estabas encantadora, dormida...

—Es un aviso, joder —dice inquieta.

—¿Un aviso? ¿Pasa algo?

—Sí. —Patrizia enciende las televisiones, de golpe. La luz baña la habitación, una luz azulada, típica de las pantallas OLED. A Laszlo no le hace gracia. Como temía, se ha terminado de golpe la magia que tanto le había costado crear.

—Pero ¿qué pasa? No entiendo. Es

por la noche, ¿tienes que ir a algún lado?

—No. Tengo esa alarma cada vez que se emite algo del presentador.

—¿Del presentador?, ¿el de los tiburones?

—Sí.

A Laszlo esa afirmación le molesta y le inquieta. Ya vuelve la otra Patrizia. Esta vez no le pilla preparado. Hace un esfuerzo por que no se le note.

—Me encanta estar contigo. Podríamos salir a cenar —dice, intentando atraer hacia sí la atención de su chica. Patrizia se fija en un televisor de la estantería mientras apaga la alarma. Se queda hipnotizada.

—Llevan varios días anunciando este informativo especial. A ver si de verdad cuentan algo.

Laszlo intenta no enfadarse y también mira a la pantalla.

—¿Y ese quién es?

—El cuidador de tiburones. Los que se comieron al concursante. Los tiburones toro, ¿te acuerdas? Este es el que tenía que darles de comer. Dicen que ha sido un accidente, pero le han matado, está claro.

Laszlo se sobrecoge por la seguridad con la que lo afirma. Patrizia sube el volumen. Están emitiendo todavía las imágenes robadas a la policía.

—¿Y es verdad que ha aparecido el tipo ese amenazándonos a todos en la televisión?

—Sí, yo lo vi. El día de la boda, al volver a casa.

—Joder... ¿Y tú crees que es peligroso?

Se ve más de cerca a André, el cuidador. Patrizia va a contestar a la pregunta cuando lo reconoce.

—¡Me cago en la puta..., ya sé de qué me suena!

Laszlo está más preocupado por ella que por todo lo que está sucediendo. Estos incidentes le dan la razón a su chica; la televisión es atractiva o, al menos, puede parecerlo. Ocupa el

tiempo de la gente, su mente, sus pensamientos. Llena la vida de muchas personas vulgares con una mezcla de tensión erótica narcisista y agresividad. Pero Patrizia no es ninguna mediocre. ¿Por qué esa obsesión?

—A ese tío lo tengo grabado en un vídeo que me bajé de Internet. —Se levanta y coge su iPad—. No te enfades por lo que vas a ver.

Patrizia teclea en su tableta y encuentra el vídeo del que le habla. Se lo pasa a Laszlo. Se puede ver a Villepin siendo torturado por unos encapuchados. Como su chica suponía, no soporta verlo y deja el iPad.

—Joder, qué fuerte —exclama

Patrizia cogiendo de nuevo el dispositivo—, alguien está colgando todo esto en Internet. Mira, voy a buscar la página que aparece al final. —Teclea www.therealdeath.com ante la mirada alucinada de Laszlo, incapaz de reaccionar. «Cómo ha cambiado Patrizia en apenas unos minutos», piensa. «De estar tranquila y tumbada en la cama a recuperar su adrenalina y su excitación por todo lo digital».

En el monitor principal del salón se ve que el plató tiene gradas y público en directo. No es un informativo al uso, tal y como se temía Klimt. Están en el estudio 3, el del incidente. Carla se gira

para hablar con la madre del concursante muerto.

«Buenas noches, Sheena, te veo desmejorada», dice la presentadora hundiendo definitivamente a la madre de Nipkow. No falta mucho para que se eche a llorar.

Se interrumpe la emisión.

«Buenas noches, Carla».

Patrizia escucha la interferencia y se le olvida lo que estaba buscando en la web.

—¡Laszlo, es él!

El joven mira con interés. Y con miedo. Aunque la cara de Shultheiss no aparece del todo nítida, es indudable que lleva un tatuaje más. O una herida.

En la frente. Una muesca, una raya vertical. Es una imagen virtual, descorporeizada, puro espectáculo televisivo. Pero transmite violencia. No solo la marca que se ha hecho en la cara, también el propio semblante. Tiene algo que es al tiempo cotidiano y terrible.

Jellineck nunca apaga el televisor; le tranquiliza creer que le hace compañía a su esposa. Por eso sigue encendido a pesar de que está poniéndose ya el abrigo para salir. Va a cerrar la puerta cuando oye hablar al presentador desaparecido.

«Está claro que no soy la madre del

concurstante —dice con aparente cordialidad—. Ella ha ido al plató por diez mil libras de mierda, la muy gilipollas. Uy, perdón, he dicho mierda. Seguro que le habrían pagado más de cien mil en cualquier otra cadena».

Se produce un nuevo corte y vuelve la imagen del estudio 3 a todas las televisiones. Los espectadores se llaman por teléfono avisando a sus familiares y amigos. Las redes sociales están a punto de estallar. Los grupos de WhatsApp se saturan y los ciento cuarenta caracteres de Twitter se quedan cortos para explicar lo que está sucediendo. Ya no hay «ja ja jas». Han desaparecido los mensajes banales.

—¡Joder, hay que localizar desde dónde emiten de una puta vez! —Carla no advierte que está de nuevo en pantalla. Los técnicos le hacen señales para que se dé cuenta. Reacciona con rapidez y se dirige de pie a una de las cámaras—. ¡Esta es una cadena libre y plural, Shultheiss, y no vamos a permitir que esto siga sucediendo!

Vuelve la interferencia. El presentador del concurso se ríe con encanto.

«No lo vamos a permitir... Buena frase y buen programa, Carla. Hoy vas a arrasar. Me encantas, te volvería a follar. La verdad es que, en tu caso, me excita que te depiles el pubis. Con tus

años y pareces una niña. Y muy bien esos planos que has conseguido de la policía. Solo te falta el “cómo se hizo”». Chasquea los dedos y entra el anuncio de la furgoneta en el que se han basado para matar a André Villepin. Se ve con imperfecciones que no concuerdan con la transmisión digital. La señal no se pixela tampoco en esta ocasión, es más bien un efecto de película de cine antiguo.

Klimt está en el control viendo lo que ocurre. Sabe que no puede impedirlo y siente que su vida actual y su premio se le escapan segundo a segundo.

—No podemos controlarlo. —Entra

corriendo el jefe técnico y le amplía sus temores—. No podemos —añade—. No sé cómo lo hace.

«Me consta que a la policía le ha interesado mucho el trabajo que nos hemos tomado para ir dejándoles algunas pistas». La voz del presentador suena de fondo del anuncio de la furgoneta, que ya va por la carretera camino del acantilado. Justo en el momento en el que el vehículo derrapa al borde del precipicio, el plano se congela. En un montaje bastante ágil y con música alegre se muestra cómo unos individuos le propinan una paliza al entrenador de los escualos.

«¡¿Por qué hacéis esto?!», gime la

víctima en el vídeo.

Por cortes, varios encapuchados lo golpean, lo visten de traje y lo meten en el coche. En el maletero ocultan también a su mujer, que chilla. Se ve la curva de antes, todo igual, salvo que ahora es la furgoneta con los logos del zoo la que cae por la pendiente. Shultheiss de nuevo.

«Esto es lo real, la muerte».

Se muestran los cuerpos de cerca. Se corta la emisión.

Patrizia está impactada y observa la página abierta de Internet. Tiene que haber una conexión. Laszlo, que hasta esta noche era ajeno a lo que estaba

sucediendo, es incapaz de reaccionar. El televisor se queda en negro. La imagen de Ondaseven tarda unos segundos en volver. Nadie en toda Gran Bretaña, nadie, cambia de cadena durante la espera. Tampoco Jellineck.

El monitor de programa muestra de nuevo a la presentadora. El realizador permanece sentado hacia atrás, sin intervenir en lo que sucede. Es la becaria la que avisa de que están emitiendo ellos de nuevo. Klimt solo piensa en sí mismo. Carla también, sabe que se está jugando su futuro puesto de jefa de informativos y es capaz de retomar el discurso. Habla intentando

controlar la situación.

—Nosotros no tenemos nada que ver con el asesinato de André Villepin ni del concursante —dice, olvidando a la mujer también fallecida—, como ha quedado demostrado tras estos acontecimientos. Incumpliendo toda la normativa de la Commonwealth sobre emisiones, Patrick Shultheiss ha interrumpido nuevamente nuestra señal saltándose el código ético aprobado...

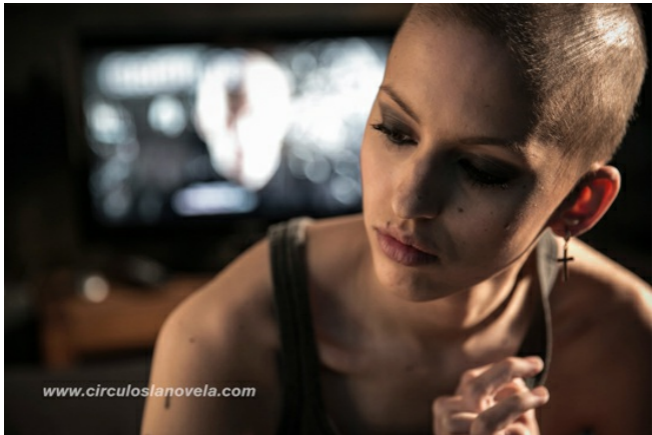
Klimt se hunde.

Jellineck se queda mirando la pantalla y luego a su mujer.

—Se ha tatuado la cara. Es para dejar claro que no hay vuelta atrás. No

va a parar, Pam, no va a parar.





www.circuloslanovela.com

CIRCULO 4



«Hubo días de sol y ligera brisa, pero también otros en los que las aguas bajaban agitadas, el viento soplabá en

contra, y Dios parecía dormido».

BENEDICTO XVI

*Discurso de despedida en la Plaza de San
Pedro ante ciento cincuenta mil personas*

I

Esto se tiene que acabar. Hay que hablar con Shultheiss.

A Castro le desconciertan las palabras de Klimt Owd, su presidente. Mientras hablan, ambos recorren los pasillos de Ondaseven a buen ritmo.

—Pactar con él —continúa Owd.

—¿Cómo vamos a pactar? ¿Pactar qué?

—Que nos diga lo que quiere de una vez.

—No creo que sea tan fácil. Además —añade Castro—, vamos a demostrar

debilidad.

—¿Debilidad? ¡Si hace lo que quiere con las emisiones! Y la policía está completamente despistada. Todo el mundo sabe que tenemos una postura de debilidad. Por eso propongo que le sorprendamos, que tomemos nosotros la iniciativa.

—¿En qué estás pensando? —A Castro le empieza a interesar la idea.

—En diez días me entregan el premio de la Academia. Tiene que estar todo solucionado para entonces.

—Ya. ¿Y cómo vas a localizar a Shultheiss?

—Hablaré en pantalla y le haré una oferta.

Se miran. Es arriesgado. Ambos lo saben. Un órdago para evitar el desastre personal de Klimt. Castro piensa que la cadena puede asumir ese riesgo. Sobre todo, porque no va a ser él quien dé la cara. Se venderán bien esos espacios patrocinados, lo que, hoy por hoy, es una magnífica noticia. Desde que se inició la crisis en 2008 y llegó unos meses después a la inversión publicitaria, cada semestre los ingresos de los anunciantes descienden lenta pero inexorablemente. En 2015 pareció iniciarse un cambio de tendencia que duró algún tiempo, pero no fue así. Sin embargo, a partir del incidente del concurso, los ingresos han repuntado y cualquier suceso que avive

la llama del interés por la cadena se podrá aprovechar para que continúen creciendo o, al menos, se mantengan.

—Por cierto, ha llamado el inspector ese, Jellineck—dice Castro.

Cuando Klimt escucha el nombre del policía le suben los jugos gástricos hasta la boca; hacía mucho que su úlcera no le incordiaba de esa manera. Llegan al estudio 3 en el que se ha desarrollado el informativo que ha interrumpido Shultheiss. Carla sale y va a su encuentro. Se nota que está emocionada por todo lo que ha sucedido durante la emisión.

—¿Qué tal he estado? ¿Os ha gustado cómo he manejado el directo a

pesar de todas las dificultades? —Klimt no le contesta y pasa de largo. A la presentadora le ofende esta actitud. ¿No es el programa lo más importante? Ha sido un hito en la historia de la televisión británica. La interrupción por parte del presentador, la entrevista a la madre del concursante muerto, el plató abarrotado de público. Ha habido emoción, lágrimas, enfados y momentos muy duros. Y ella ha sabido conducirlo con seguridad y estilo—. ¿Qué le ocurre? —le pregunta a Castro.

—Quiere negociar con Shultheiss —le responde.

—Bueno, lo importante es que la historia avance, ¿no?



@

shultheiss65 - 2 min

Está claro que no soy
la madre del
concurante!!!

Menuda entrada de

#Shultheiss

#muerteendirecto

#Especialinformativo



@pittbull - 1

min

Impresionante Carla.
#tevolveriaafollar
#Shultheiss
#Especialinformativo



**@sanagustin85 - 1
min**

Apagad la televisión,
estamos
condenados.
#Especialinformativo



@shultheiss65 - 2 min

Apágala tú, no te jode, que bien que la ves. #Shultheiss #muerteendirecto #Especialinformativo



@shultheiss65 - 40 s

Esto es lo real, la muerte. Y no podéis

apartar la vista.
#Especialinformativo

El *hashtag* #shultheiss se ha convertido en el segundo más tuiteado de la historia de la red social. Si sumásemos #especialinformativo y #tevolveriaafollar, alcanzarían el anterior récord en posesión de #atentadotoureiffel de hace un año. Muy atrás ha quedado ya el #JeSuisCharlie, #ParisAttacks o #PrayforNize. La cuenta que ha tenido más interacciones es la de @Shultheiss65. Facebook ha retirado en los últimos días más de dos mil páginas dedicadas al presentador. Al teclear su

nombre en Google aparecen cerca de trescientos millones de enlaces relacionados. Y no todos en contra de lo que está pasando.

Varios reporteros de la competencia hablan a cámara delante de la emisora, frente a la que va aumentando, minuto a minuto, el número de manifestantes que gritan contra ella. Piden su cierre para evitar más injerencias no deseadas. Incluso se están recogiendo firmas para que el Gobierno proceda a la retirada de la licencia.

«¡¡Que cierren Ondaseven, que cierren Ondaseven!!».

«Esta noche se ha vuelto a producir

un corte en la emisión de la cadena — informa un periodista delante de la policía, que trata de mantener el orden —. La gente se pregunta si el primer ministro no debería tomar cartas en el asunto...». Un colega de 5News, que también pugna por obtener el mejor plano de lo que sucede, comenta: «Parece una trama organizada en la que Patrick Shultheiss maneja todos los hilos con la complacencia de los directivos...». Dicen otros reporteros: «Las terribles imágenes que nos ha ofrecido Ondaseven hace apenas una hora...». «Aunque todavía no hay datos concluyentes, los sondeos que se han hecho en directo afirman que es muy

probable que la interferencia haya sido vista por más del setenta por ciento de los telespectadores...».

A pesar de que todos usan micrófonos de última generación, no se distingue bien lo que cuentan por los fuertes gritos de quienes piden tomar medidas contra la emisora.

La policía ha rodeado las calles cercanas en previsión de que las protestas vayan todavía a más. Ha instalado en sus tanquetas el último modelo de LRAD, un dispositivo acústico de largo alcance con unos cañones de sonido que generan señales agudas, imposibles de soportar por el oído humano. Cada unidad cuesta más

de doce mil libras. Las asociaciones de derechos humanos se han opuesto al uso indiscriminado de estos altavoces, pero el Gobierno cree que son necesarios en situaciones como la de Ondaseven. Se probaron por primera vez, hace ya más de una década, en la defensa marítima contra piratas somalíes. En este año fiscal, la empresa dueña de la patente ha registrado unas ventas sin precedentes: ciento veintiséis millones de dólares, con un incremento del cuarenta y ocho por ciento sobre las del año anterior.

A pesar de criticar la violencia exhibida en la cadena, los asistentes no se percatan de que ellos mismos se están volviendo belicosos. Algunos

trabajadores tienen problemas para abandonar las instalaciones y deben ser escoltados por los agentes. Carla no se ha amilanado y ha decidido salir conduciendo su propio coche. Al cruzar entre los congregados se ha producido una situación tensa, algunos insultos. Ella no ha tenido problema en bajar la ventanilla y en hablar con todos los que se le han acercado. Incluso ha terminado firmando autógrafos. Aunque, cuando ya se iba a marchar, alguien le ha gritado «te volvería a follar». Justo cuando cerraba la ventanilla y ponía el pie en el acelerador. Le ha dolido. Le ha venido a la mente el día en el que, efectivamente, tras una fiesta de la cadena, acabó en la

cama con Shultheiss. El recuerdo es desagradable, no porque el sexo en sí no estuviese bien, sino porque hubo algo que la dejó inquieta. No supo entenderlo entonces y tampoco ahora. Las circunstancias que rodean al presentador sí revelan algo de esa extraña mezcla de frialdad y violencia con la que la desnudó y le hizo el amor. Nada que no hubiese pedido ella. Nada que no deseara justo antes del orgasmo. Y, sin embargo... Recuerda cómo él no se corrió dentro de ella, para su sorpresa; le había dicho que podía hacerlo, que llevaba puesto un Dui, pero él había preferido, en el último momento, hacerlo sobre su vientre. Carla recuerda una

sensación extremadamente fría sobre su piel. Desagradable. Lo había intentado borrar de su memoria, pero ahora le vuelve mientras acelera alejándose de la multitud. «Te volvería a follar». «Te volvería a follar».

No sabe que el que ha gritado eso entre el público ha sido Dray, el miembro del Grupo Attak, que escondía su rostro con una máscara de V de Vendetta.

Todavía es de noche. Sin detenerse en los semáforos, un coche patrulla cruza la ciudad con la sirena puesta. Jellineck va repasando mentalmente los últimos acontecimientos intentando deducir cuál

puede ser el siguiente paso en este entramado. Trata de ponerse en lo peor; es un reto para su ingenio y le resulta mucho más divertido hacerlo así. Piensa que, tal vez, Shultheiss lo tenía todo previsto desde el primer día. Quizá se encargó de «convencer» al entrenador de tiburones para que no les diese de comer ni les administrase el tranquilizante e, incluso, es posible que secuestrara a su mujer y le obligara a hacerlo bajo amenaza. También duda de que el presentador sea el único implicado en toda esa «gestión». Debe de tener algunos colaboradores. No es algo que se pueda concluir directamente de los hechos, pero lo que está

sucedendo es demasiado complejo como para que una persona lo haya llevado a cabo en solitario. Tal sospecha, de confirmarse, podría facilitar las pesquisas de la policía: cuando hay cómplices, hay errores.

Jellineck prosigue su razonamiento pensando que, si toda su deducción es acertada hasta este punto, lo más probable es que el presentador hubiese diseñado lo que iba a sobrevenir y tuviera prevista su fuga de la cadena sin ser visto. Por eso se alejó tan deprisa. Sabía que la audiencia se iba a disparar ese día. ¿Alguien más en la emisora estaba al tanto? El inspector jefe tiene pendiente leerse el esquema que le

pasaron sobre quién es quién y por tanto le faltan datos. Piensa que tal vez se trate de Carla, la presentadora. El programa de esta noche claramente la ha beneficiado. Ha sabido manejar los tiempos y controlar el plató a pesar de la gravedad de los hechos. Quizá conocía lo que iba a ocurrir y por eso montó toda la parafernalia con el público en directo. Es verdad que parecía nerviosa, pero eso no descarta su posible colaboración con la trama. Carla disfruta con su trabajo y lo transmite a su audiencia. Domina un requisito esencial para triunfar en la pantalla: creerte lo que haces. Y, si es cierto lo que ha dicho Shultheiss,

también tuvo relaciones sexuales con él. Por otro lado, Jellineck se plantea si el presentador desaparecido tendrá conocimientos de electrónica. Es complicado interferir varias veces una señal de televisión. En este punto del razonamiento, vuelve la pregunta inicial: ¿quién podría estar ayudándole desde dentro? Klimt Owd le parece un estúpido engreído, pero no cree que esté en el ajo. ¿Realmente lo pudo hacer cualquiera desde la torre de telecomunicaciones de British Telecom? Al policía se le escapa el hecho técnico. A ver si el equipo que investiga a los profesionales de BT puede sacar algo en claro. A lo mejor esos cinco años en los

que estuvo desaparecido le sirvieron para obtener alguna formación de este tipo. Es evidente que el presentador maneja los tiempos: el goteo de información, las interferencias cada vez más largas... Tiene la sensación de que todos van detrás de él como corderitos al matadero. Y el departamento de publicidad haciendo caja. Debe de llevar muchos meses, tal vez años, planificándolo. La policía acaba de llegar y solo mira fascinada lo que ocurre ante sus ojos. Como el público. Si los yihadistas son capaces de vivir infiltrados durante lustros, comiendo y bebiendo como occidentales hasta perpetrar un ataque, ¿por qué no podría

haberlo hecho también Shultheiss?

—Habría que tomar la emisora y la torre de British Telecom. Deberíamos tener allí permanentemente a nuestros equipos.

—Eso ha de autorizarlo un juez —apunta Fesser.

—Pues haz la gestión cuanto antes.

Fesser asiente. No cree que vaya a resultar fácil la aprobación de tal medida. A las empresas no les va a hacer gracia y presionarán para evitarla.

—No me has contado todavía cómo habéis encontrado una dirección posible de la casa del presentador.

—Han pasado tantas cosas en esta última hora que no hemos tenido ni

tiempo de hablar.

Jellineck le mira impaciente. Es verdad que el día ha estado lleno de emociones. Y aún no ha terminado.

—Como me has pedido antes, hemos triangulado las posiciones del móvil de Sylvia —explica Fesser— y todas sus llamadas de los últimos tres meses. —El inspector jefe le mira. La tecnología ayuda por una vez—. Y para eso nos ha venido bien contar con más agentes —añade Fesser resarciéndose de los comentarios malintencionados de su jefe sobre el aumento de personal—. Hemos encontrado algunos movimientos que se salían de los parámetros normales. En general, antes de entrar en el *reality*, la

vida de la chica era relativamente previsible: los mismos amigos, los mismos locales de copas, alguna visita a sus padres, a la cadena. Pero en tres ocasiones su móvil se apagó en la misma zona de Londres y se mantuvo así dos horas. Fueron las únicas tres veces que lo desconectó en este tiempo.

—Interesante.

—Y justo después de haber estado nosotros esta mañana con ella, realizó una llamada a un teléfono fijo que está situado en esa misma zona de las desconexiones. La empresa de telefonía nos ha pasado la conversación. Quedó grabada de manera aleatoria, por seguridad.

Fesser saca el móvil y elige con habilidad una aplicación para reproducir el audio. «Hola. Soy Sylvia..., estoy un poco asustada. La policía ha venido para hablar conmigo. No entiendo qué está pasando. No lo has hecho tú, ¿verdad?, no me jodas...».

—No es muy explícito, pero creo que merece la pena entrar en ese piso al que corresponde el teléfono fijo.

—Sin duda.

Jellineck se toca el arma de manera instintiva a la vez que acelera.

Ambos policías irrumpen, pistola en mano, en un lujoso apartamento situado en un ático de una zona comercial. Está

casi a oscuras, tan solo iluminado por un amplio ventanal que da a la ciudad. Avanzan hasta un salón inmenso, con muebles coloniales traídos desde los sitios más diversos. Tapices de Marruecos, alfombras persas, biombos de la India.

Tras ellos van siete miembros de las unidades especiales de la nueva Scotland Yard, los SCO19, que los adelantan y comienzan el registro. Fesser trata de seguirlos, mientras Jellineck se queda atrás observando la casa. Los SCO19 rebuscan en las diversas habitaciones. Terminan pronto; es una casa muy abierta, sin recovecos. Es evidente que no hay nadie. Cuando

vuelven hacia el salón, el inspector jefe está esperándolos.

—Mira —le dice a Fesser.

Los policías toman posiciones sin intervenir en la conversación. Los de la científica están en la calle esperando a ser avisados.

Fesser gira la cabeza hacia el rincón del salón que le señala su jefe y ve un montón de muñecos que representan niñas y niños preadolescentes, algunos desnudos. Dan grima. Jellineck se acerca y coge uno que estaba sentado en una tela, con el codo apoyado sobre una rodilla. Tiene el pelo rojizo, la mirada perdida, los huesos marcados. Parece vivo y triste, y sensual a pesar de su

delgadez y de su corta edad. Tiene las piernas abiertas mostrando un pene pequeño, todavía de niño. El viejo policía toma fascinado el juguete y le mueve los brazos con cuidado. Son articulados. A su subordinado le da muy mal rollo.

—La policía científica está abajo, ¿les aviso para que suban?

—Que esperen un poco —dice Jellineck—, hace buena noche.

Fuera llueve torrencialmente.

Un rayo ilumina la cama mostrando el cuerpo desnudo de Patrizia, que duerme aparentemente tranquila. En su espalda pone otra vez «special girl». Laszlo ha

conseguido que se calmase a pesar de la nueva aparición del presentador en Ondaseven. Ha sido capaz de no enfadarse y de escuchar las deducciones de su chica sobre lo que está sucediendo. Han vuelto a hacer el amor y ella ha desconectado todos los aparatos y se ha dormido. Todo el esfuerzo de estos meses está empezando a merecer la pena. Cree que Patrizia va a poder superar su inestabilidad emocional y que, finalmente, se abrirá y le contará por qué siente ese dolor profundo, qué sucedió con sus padres. Y podrá dejar de autolesionarse en los brazos y piernas. Por primera vez en muchos años, los televisores están

apagados. No en *stand by*, sino completamente apagados. No hay ruido de fondo ni electricidad estática ni música. Tras el trueno, se escucha el silencio. Ha dejado de llover. Laszlo le acaricia la espalda, el «special girl». Lleva así mucho rato. Le fascina rozar su piel, sus músculos estriados, oler cada centímetro de su cuerpo, sentirse unido a su pareja aunque ella no se dé cuenta. Cuando siente que ha cogido suficiente energía positiva, besa su cuello y se levanta de la cama sin hacer ruido. Abre el ordenador y busca en el historial de páginas visitadas. Encuentra www.grupoattak.com, la web del grupo en el que trabaja Patrizia. Tiene

contraseña, pero el sistema la recuerda y consigue entrar. Ve fotos del *attake* al camión de la basura. No entiende bien qué representa. No ha leído la noticia en la prensa ni en Internet y no lo relaciona. Le parece una locura más sin trascendencia. En una pestaña de la parte inferior de la pantalla ve que parpadea la bandeja de entrada. La abre. Hay un correo de Mac: «Piénsate lo de follar con First; creo que te dejaría entrar en el Círculo Beta. Vas a alucinar, nunca has estado con nadie como él. Es violento, animal...». Un escalofrío le recorre el cuerpo. Mira a su chica, que sigue durmiendo tranquila. En paz. Abre otro correo: «*Attake*: C. X. juev, 05

may. 09:00». No añade nada más. Pero se fija en que, sobre la mesa, hay una nota en la que se puede leer: «Charing Cross» y la misma hora del mensaje. Patrizia se mueve entre las sábanas y Laszlo decide salir del ordenador, consternado por lo de First.

Cuatro mochilas descansan en un rincón de los pasillos de la nave del Grupo Attak. En la habitación contigua, First termina de preparar unos explosivos con la ayuda de Mac. Lo hacen en silencio. Trabajan con precisión. Atan un primer grupo de cartuchos y los colocan debajo de la mesa. Empiezan a rellenar un segundo grupo. Saben perfectamente lo

que hacen, no han tenido que bajarse las instrucciones de una página de Internet.

—Así, con cuidado —señala el líder.

Mac está un poco nerviosa por la maniobra y First le coge la mano para ayudarla. A él no le tiembla nada el pulso. No se le mueve ni un milímetro de su objetivo. Ella se siente intimidada a pesar de haber estado muchas veces con él a solas. No se acostumbra. Hay algo animal que le atrae y que a la vez le horroriza, aunque ante Patrizia lo cuente como si fuera la hostia. El sexo con First es mucho más que eso. Es inexplicable, remueve lo más íntimo de la mente de sus parejas, les extrae toda la energía,

les provoca un viaje a la vez violento y colmado de placer.

—A estas horas ya habrán recibido todos la convocatoria —dice la japonesa por hablar de algo, para que el silencio no domine la situación. No se atreve a decir otra cosa, no es capaz de preguntar por su chico, por Jam, que lleva sin aparecer desde el *atakke* anterior. No han sabido nada ni se ha publicado nada relacionado con él en ningún medio. Tan solo ha desaparecido. Mac intuye que no va a volver, pero no quiere confirmarlo, por eso habla, para evitar que lo haga First.

—Ocho *ataks*. Cuatro con mochilas en cuatro puntos de la estación. Cuatro

acompañantes.

First asiente. Esta acción en el metro va a suponer un paso más en su lucha contra la manipulación de los medios de comunicación y las estructuras capitalistas del Estado. Contra el terrorismo empresarial que está institucionalizado ya desde los tiempos de Margaret Thatcher. Forzarán a las emisoras de televisión a que abran con esta noticia. Las redes sociales son más difíciles de manipular, pero ahí un acto como el que tienen diseñado tendrá mucha fuerza. Será imparable. El miedo viaja muy deprisa. Y no se detendrán aquí. A los políticos y a los periodistas no les valdrán sus discursos preparados

de antemano. No sabrán cómo calificar lo sucedido en el metro. No conocen quién está detrás, nunca han oído hablar del grupo y no se reivindicará la acción. No funcionarán sus hipótesis: los islamistas son los «malos». Y como son «malos», sus críticas a Occidente son falsas y equivocadas. Pero ¿qué ocurre si la acción viene de dentro, de un grupo universitario, de trabajadores, de personas que han nacido en el país, que no provienen de clases desfavorecidas ni de situaciones de marginación social? De gente que quiere terminar con el monopolio de la información de unos pocos, acabar con los contenidos manipulados de la televisión a la vez

morbosos y simples que idiotizan al espectador. Que está harta de que los periodistas destruyan la verdad, la perviertan. Porque hace mucho tiempo que ya no se atreven a escribir honestamente sus opiniones, como señaló John Swinton en su carta de jubilación ya hace años en el *New York Times*. Y desde entonces la situación ha empeorado significativamente. Pero Attak va a obligarles a que empiecen a replantearse la realidad en la que viven.

—A las 9:00 estallarán de manera sincronizada según lo que hemos venido ensayando —dice First a la vez que se coloca detrás de ella y empieza a tocarla. A Mac se le nubla la vista y

trata de contestarle.

First la besa en el cuello y la japonesa cierra los ojos. Desiste de seguir hablando. Sus sentidos se abren a la experiencia y su cuerpo se abandona completamente. Tan solo le queda el reflejo de repetir como una letanía... «cuatro mochilas, cuatro mochilas...».

La casa de Shultheiss está en proceso avanzado de registro. La policía científica ha subido. Hay cajones abiertos, papeles en las mesas, armarios ya vacíos. Están siendo meticulosos en su trabajo. No les ha resultado complejo, ya que todo estaba ordenado hasta el extremo de una manera

obsesiva. Entre los documentos que han encontrado hay apuntes de la facultad y algo parecido a una tesis doctoral. Lo catalogan y lo depositan en cajas de cartón con el membrete de Scotland Yard.

—Esos me gustaría que fuesen directamente a jefatura. Estaría bien estudiarlos —ordena Jellineck mientras mira con interés los cuadros que hay colgados en las paredes. Son bastante agresivos. Junto a ellos, otras pinturas más antiguas, aunque también provocadoras, de Egon Schiele, y algunas esculturas. Pasa su mano por un cilindro de metacrilato en cuyo interior hay una figura humana de bronce.

Aunque el policía no puede saberlo, recuerda a la prueba que hace el Grupo Attak con los buzos en el estanque de agua. Le atrae. Se identifica con esa figura oxidada y atrapada viva en el interior de un receptáculo asfixiante. Consulta quién es el autor en la base de la peana: Fernando Suárez.^[8] No le suena de nada. Se gira y camina hacia la pared de enfrente, donde están colgadas varias acuarelas. Mujeres desnudas, algunas casi adolescentes, delgadas y sin pecho, pero ya con vello en el pubis. Labios muy rojos, cuerpos pálidos sobre un fondo crema. El relieve de las figuras se consigue con pequeñas pinceladas más oscuras y luces de lápiz blanco. La

piel es casi del mismo color que el fondo. Una de las figuras está levantándose la camisa y mostrando los senos. La que más le seduce al policía es una morenita de pelo largo y medias a medio muslo. La que parece más joven. Se queda extasiado mirándola cuando nota que se le acerca Fesser.

—Qué mierda de cuadros tiene este —disimula Jellineck.

—Son buenos. Ese es de Egon Schiele.^[9]

—Ah, coño, ¿y en qué equipo juega?

—Schiele, un pintor vienés de principios del siglo XX, maestro de Gustav Klimt. Estos cuadros deben de valer una pasta. Parecen auténticos.

—Vaya, ahora resulta que a un presentador de concursos estúpidos le interesa la pintura. ¿O serán más bien las adolescentes desnudas? Bueno, como a cualquiera. —Jellineck juguetea con una de las muñecas del apartamento. La sienta en la estantería de manera que parece estar viva.

—Todo esto habrá que precintarlo y llevarlo a comisaría.

—No hay prisa. —Jellineck se fija en una foto enmarcada que hay en la pared, con un código BIDI—. ¿Lo habías visto alguna vez?

—No —contesta su compañero negando con la cabeza—. Echa un ojo al ordenador. Aquí hay unos archivos

interesantes. —Fesser entra en una carpeta que pone Proyecto Ondaseven. Se abren varias subcarpetas: «Tiburones», «André Villepin», «Organigrama cadena», «Sylvia Murano». Jellineck se acerca a mirar—. Aquí está todo: información sobre tiburones, sobre el cuidador... —Hace doble clic en la primera y, de pronto, se apagan las luces. Se asusta y saca la pistola.

Los demás policías que continúan el registro también reaccionan. Se enciende un cañón de luz y aparecen imágenes proyectadas sobre una pared. No sucede nada más y el momento de tensión pasa. En la proyección se ve la

prueba del tiburón de otro concursante y luego un documental sobre tiburones y su alimentación.

—Mira esto —dice Fesser abriendo el archivo de André Villepin. Se reproducen unos planos del cuidador de tiburones, aparentemente captados sin que él se diera cuenta. En el zoo, en la calle con su mujer, en la emisora alimentando a los escualos...

—Bah, es un rollo —le espeta Jellineck abriendo a continuación el archivo de Sylvia Murano, la concursante del *reality*—. Vamos a animarnos un poco, que es muy tarde, ¿no? —Aparece un montaje de fotos de la concursante desnuda, tomadas por

ella misma ante un espejo. Además de muy guapa, tiene un cuerpo formidable. Es sexy de manera natural. Y divertida. —Ahora entiendo un poco mejor que vaya a ganar —añade el inspector jefe a la vez que se acaban las fotos y salta un vídeo casero de ella en la cama con alguien difícil de identificar.

—¿Y tú querías ver tiburones...? Vamos, no jodas —exclama encantado Jellineck.

Al cambiar de postura la joven, la cámara enfoca desde otro punto de vista. Sylvia está follando con el presentador. El sonido de la grabación no es muy bueno. Fesser se queda de piedra. Los policías que están en la sala interrumpen

el registro y miran también.

—Qué cabrón, el tío. Así que era verdad que se acostó con esta. Funciona lo de darle el teléfono a las tías buenas —ríe Jellineck confraternizando con los de los cuerpos especiales. Alguno también sonrío. Fesser los mira mal y vuelve el silencio. La pareja cada vez copula con más fuerza—. Si, tal y como parece, esta es la carpeta de los difuntos, no sé por qué me da en la nariz que esta chica va a morir en breve. —En el vídeo se escucha cómo Sylvia y Shultheiss llegan a la vez al orgasmo—. Y Schiele —añade Jellineck entre toses — fue discípulo de Klimt, no su maestro. Por cierto, ambos murieron de

la gripe española. Como yo a este paso.

Candela espera en la cama con ligueros, sujetador y braguitas. Con tanto encaje resulta un poco artificial. Pierde parte de su encanto. Klimt está en el cuarto de baño, también desnudo de cintura para arriba, buscando algo en el armarito. Su nombre coincide con el apellido del maestro de Schiele, el autor de los cuadros de casa de Shultheiss. Pero eso él no lo sabe. Encuentra una pastilla de Viagra y se la toma justo cuando suena su móvil.

—No lo cojas. Ven.

El presidente de la emisora se acerca a la cama y Candela le sonrío.

Seguro que su pene reacciona enseguida a los labios de su mujer mezclados con la química moderna. Ella le baja los pantalones del pijama mientras el teléfono no para de sonar. Klimt ve que se trata de una llamada de Jellineck y decide parar. Le fastidia, pero lo hace.

—Espera, cariño.

A ella le enoja profundamente la interrupción.

—¿Para qué llama a estas horas, inspector?

—¿Se sabe si al final va a ser Sylvia Murano la que gane el *reality* ese guarro que tienen?

Klimt se queda perplejo ante la pregunta. Candela intenta acariciarlo de

nuevo y él se retira.

—¿Me está tomando el pelo? ¿Es que usted no tiene reloj?!

—No, es que estoy aquí con unos amigos que querían conocerla. ¿No estará usted con ella ni sabrá dónde anda?

—Estoy con mi mujer en mi casa.

—A tomar por culo la Viagra —
sentencia ella y enciende el televisor. Hay un programa sobre la mortalidad en el siglo pasado. Cambia de canal. No le interesa saber que, de los casi seis mil millones que murieron, la mayor parte fue por enfermedades infecciosas o cáncer. Por la mano del hombre fallecieron cerca de mil millones,

asesinados por diferentes motivos: guerras, ideología diferente, drogas... Tan solo una de cada seiscientas mil muertes se debió a la desnutrición. El policía y el presidente de Ondaseven continúan hablando; a ellos tampoco les importan esas estadísticas.

—No, si más que nada se lo digo porque igual Shultheiss ya se la ha cargado. Si sigue queriendo tener el *reality* de moda en emisión, más vale que encuentre a Sylvia antes de que lo haga él.

El inspector jefe cuelga. En realidad lleva ya un rato en su casa al lado de su esposa. No ha podido resistir la tentación de llamar al presidente de

Ondaseven antes de acostarse. En la pantalla del ordenador tiene la grabación de la primera noche en la que apareció Shultheiss. No había tenido tiempo de verla. «Os voy a joder la vida. A todos». El semblante del presentador se detiene entre la niebla de la interferencia. Es más perturbadora de lo que se había imaginado. Se alegra de que fuese tan tarde y de que no la hubiese visto prácticamente nadie.

«Os voy a joder la vida. A todos».

II

Las siete de la mañana. El móvil de Patrizia se enciende de manera automática y vibra suavemente en la mesilla. Ella abre los ojos. Pasa de estar dormida a un estado de vigilia en breves instantes. Toma consciencia de dónde está y de sus circunstancias antes de moverse. Hay poca luz, casi no se puede ver nada. Nota el brazo de Laszlo en su cintura desnuda. Anoche se quedó allí. Por primera vez desde que salen juntos. Ella apagó los aparatos electrónicos y ha dormido profundamente a pesar del día que le espera. Se mueve lentamente, con cuidado de no despertar a su chico. Le toma la muñeca y la levanta para

volver a depositarla sobre el edredón de la cama. Se pone en pie. Mira a Laszlo descansar plácidamente y siente un poco de frío a pesar de estar encendida la calefacción del *loft*. Necesita cubrirse. Coge varias prendas y opta por entrar en el baño para ponérselas sin hacer ruido.

En menos de cinco minutos ya está completamente activa y saliendo de la casa. Laszlo abre los ojos al escuchar la puerta. No estaba dormido. En ningún momento. Notó cómo vibraba el despertador y cómo ella le quitaba el brazo de encima, cómo se levantaba y huía hacia el servicio. Espera unos segundos para estar completamente seguro de que su chica se ha marchado y

se viste con celeridad sin llegar a encender la luz.

Es por la mañana en el corazón de Londres, desde donde se miden todas las distancias. Hora de máxima afluencia en el transporte público de la capital. El andén está repleto de personas de todas las nacionalidades. Huele mal, a suciedad, sudor, trabajo, frustración, orines acumulados y restos de basura. Hace años que no hay papeleras en el suburbano y la huelga del personal de limpieza también afecta a los pasillos y a las estaciones. Muchas personas llevan mascarilla, más por el olor que por los posibles virus. Ya casi nadie

juega a la última versión de Pokemon Go. De hecho, no se actualiza desde hace tiempo. El Big Data consiguió todos los datos que pretendía relativos a los consumidores, sus movimientos, su capacidad para concentrarse en determinados lugares, sus perfiles en redes sociales, teléfonos, *emails*, sistema operativo utilizado o terminos de búsqueda en la red. Patrizia se mueve mecánicamente entre seres anónimos y llega hasta la mitad del andén. Va muy decidida. Lleva una sudadera que le tapa la cara y escucha música. Espera el metro con aparente normalidad, aunque por dentro está inquieta. Lleva una mochila pesada a la espalda. No sabe

por qué, pero en su cabeza rondan sin cesar los datos sobre Charing Cross estudiados en el colegio: «En 1290, el rey Eduardo I mandó construir una cruz en memoria de su mujer, Leonor de Castilla... Allí descansó una noche el cortejo de la reina, ya difunta, en su camino para ser enterrada en la abadía de Westminster». Y se lo repite una y otra vez: «En 1290, el rey Eduardo...».

Al fondo de la estación aparece Mac, la japonesa. Observa cómo varios individuos se distribuyen alrededor de su amiga. Un ciego con su perro acaba de entrar y avanza con dificultad. No le facilitan el paso y el animal se está poniendo nervioso. Se detiene cerca de

Mac, que consulta su reloj y cambia una mirada lejana con Patrizia, que también se fija en el invidente. ¿Por qué se ha tenido que poner el ciego justo ahí? «En 1290, el rey Eduardo I mandó construir una cruz en memoria de su mujer, Leonor de Castilla... 1290, 1290...».

Dray también está en el andén. Lleva otra mochila. Se oye cómo se acerca el tren. Según se aproxima, se respira tensión entre los miembros del Grupo Attak; no así entre el resto de la gente, que está tan tranquila como cualquier día normal. Laszlo baja las escaleras de Charing Cross. No es casualidad, va siguiendo a su chica de lejos. Ya iba detrás de ella al salir de casa. Es la

estación y la hora del correo. El corazón de Londres. El kilómetro cero. Allí descansó Leonor de Castilla una noche...

Mac se acerca a un viejo y le pregunta la hora.

—Las nueve, señorita.

Todos los miembros de Attak han depositado sus respectivas mochilas en el suelo y permanecen junto a ellas. Sacan el móvil. En ese momento llega el metro, se detiene y abre sus puertas. «Mind the gap». En la confusión de entradas y salidas alguien grita con fuerza. Simultáneamente, Mac y otros miembros del grupo vociferan también. La gente se gira asustada a ver qué

sucede cuando Patrizia acciona su teléfono y la mochila situada a sus pies aparentemente explota. Otras tres detonaciones tienen lugar en diferentes puntos del mismo andén accionadas por el resto de los miembros del grupo. Laszlo pierde de vista a su chica. Se produce un gran revuelo, todo el mundo intenta correr; cunde el pánico, la gente intenta escapar a empujones. La estación se llena de humo y de angustia. El corazón de Londres. Donde descansó Leonor de Castilla en 1290. Laszlo cae al suelo arrollado por los que corren a lo loco. El perro del ciego ladra, buscando a su amo entre el caos. Suena una alarma y las luces bajan. El humo

comienza a disiparse poco a poco. Hay bastantes personas tiradas por el suelo, heridas de diversa consideración. Patrizia está tumbada. Tiene mucha sangre. Y los otros miembros de Attak también. Entre el follón, el ciego se cae a las vías. Su perro aúlla sin encontrarlo. Laszlo intenta abrirse paso entre el caos.

Muchas personas suben desesperadas por las escaleras mecánicas, empujándose unas a otras. Las que tropiezan son pisoteadas sin ningún miramiento. En el andén, entre el miedo y la desorientación, algunas caen de bruces a las vías, como momentos antes el invidente; entre ellas está Mac.

Llega a la estación el tren del sentido contrario. La japonesa lo ve e intenta levantarse, pero su bota se ha quedado enganchada a las vías y no puede moverse. Mira hacia las luces del convoy que se acerca a gran velocidad. Es un expreso que no debería parar en esa estación. El conductor, al contemplar lo que sucede, acciona el freno de seguridad. Los pasajeros se agolpan en las ventanillas para mirar. El humo les hace toser. Suena un fuerte impacto. La japonesa se desploma como un saco de huesos sin músculos que lo sujeten.

—¡Cuidado, no corran así! —Un guardia de seguridad intenta calmar a la

masa.

—Patrizia, Patrizia... —Laszlo, por fin, encuentra a su chica tendida en el suelo. Está boca abajo, sobre un charco de sangre. La gira con cuidado. No reacciona. La abraza llorando. Un chaval joven contrasta con el resto de los afectados. No corre, no huye, disfruta del momento y se entretiene grabando con la cámara del móvil y subiendo el vídeo en directo a Periscope. Cuando finalmente la humareda se disipa en Charing Cross, no se ven muchas personas heridas; no más de diez. En contra de lo que parecía en una primera impresión, no ha sido una masacre.

—Esta parece que respira —afirma un guardia que intenta socorrer a una joven. Llegan miembros de los equipos de seguridad del metro y varios empleados. Se han atrevido a salir a ver qué ocurre a pesar de los gritos de pánico. Han actuado con valentía al bajar los tres tramos de escaleras y entrar en la estación. No sabían con qué se iban a encontrar.

—Está llegando una UVI móvil. He llamado ya —dice uno de ellos.

Entre los que huyen, un señor cambia de opinión al ver a los empleados y decide volver. Se arma de coraje y se acerca a un herido.

—Soy médico. Tranquilo —le dice y

le toma el pulso. Extrañado, se lo vuelve a tomar en otro sitio. Escucha la respiración y le limpia la mancha de sangre que tiene en la frente. No hay herida—. Esta persona está... bien.

El guardia lo mira, impresionado, y limpia la herida de otro supuesto herido: tampoco encuentra lesión alguna. Ambos son miembros de Attak. Se escucha un silbato y, de pronto, todas las víctimas se levantan de golpe. Solo queda en el suelo alguno con un tobillo torcido y problemas menores. Patrizia también se incorpora abriendo los ojos y se encuentra, cara a cara, con Laszlo. No se había dado cuenta de que su chico estaba allí. Ambos están casi al borde

del paro cardiaco. Patrizia duda una décima de segundo, pero, al ver cómo la gente de Attak huye corriendo, falsamente ensangrentada, reacciona empujando a Laszlo con fuerza. Un guardia de seguridad intenta detenerla, pero la joven le asesta una patada de kárate y lo derriba. Un compañero acude a socorrerla y golpea al agente. El grupo escapa escaleras arriba sin que el resto pueda reaccionar. El guardia mira a Laszlo.

—¿La conocías?

—No... —miente—, creí que estaba muerta.

—¡Qué hijos de puta! ¿Qué ha sido todo esto? ¿No eran bombas?

El humo casi se ha disipado por completo. Alrededor del andén quedan tres o cuatro personas con pequeñas heridas, y muchos bolsos, mochilas y restos de ropa abandonados en la huida. Los guardias de seguridad acuden a auxiliar a los que se han caído. El perro encuentra al ciego caído en las vías. No se mueve.

Patrizia corre junto a Dray y el resto de compañeros de Attak. Van entre la muchedumbre asustada, que no es consciente de que las bombas eran ficticias; tan solo humo y un fuerte sonido. Apenas onda expansiva. De pronto, Patrizia se detiene.

—¿Alguien ha visto a Mac?

Nadie la ha visto.

—No os paréis, habrá salido por la otra escalera. ¡Vamos, separaos! Cada uno que vaya por la ruta de escape prevista. Tened presentes las cámaras de seguridad —ordena Dray. Los miembros de Attak obedecen y escapan hacia la luz del final del túnel. Vuelven a llevar la cara tapada.

Mac permanece tumbada en las vías del metro, sin moverse tras el impacto de la máquina del metro. Tiene un golpe en la cabeza y sangra. Otra chica que ha caído junto a ella se ha fracturado el tobillo y grita aterrorizada. La policía y los enfermeros de protección civil han llegado al andén. Están bastante

desorientados.

Laszlo, también.

En 1290, la reina muerta yació aquí una noche con todo su cortejo, donde ahora descansará también, por unas horas, el cuerpo sin vida de Mac, hasta que llegue el juez a levantar el cadáver.



@johnwire -

2 min

Cómo pueden
estallar varias
bombas y no matar a
nadie???

#charingcross



@MKay - 2

min

Joder, qué ha pasado
en Charing Cross!!!
Una puta broma?!!!!!
#charingcross
#sustodecojones



@fantasma -

1 min

Ha sido horrible, yo
estaba allí...

#charingcross

#charingcrossatentado



@martin_big

- 1 min

Creía que estaban
todos muertos

#charingcross

#bombas

Las redes sociales se inundan de

comentarios y de fotografías del suceso. El mejor reportaje, que incluye vídeo, es el del chaval joven que disfrutaba con la grabación. En menos de cinco minutos tiene cuarenta mil nuevos seguidores en Twitter y una oferta de una cadena para emitir en exclusiva sus imágenes. Las retira inmediatamente de Periscope.

Un grupo de curiosos está parado ante el escaparate de una tienda de imagen y sonido que muestra varios televisores encendidos en distintas emisoras. No les basta con lo que ven en el establecimiento; además, consultan sus propios *smartphones* y tabletas. Comparan varios canales. El más interesante es el que ha adquirido la

secuencia grabada por el joven. Los planos no tienen demasiada calidad por el humo y la falta de luz, pero, aun así, resultan impactantes. «Lamentamos que las imágenes no sean mejores —dice una locutora—, pero las hemos conseguido en exclusiva, grabadas por uno de los pasajeros del metro desde su móvil. Se desconocen los motivos por los que un grupo de activistas ha detonado hoy unas bombas de humo en el...».

En ese momento, un chaval aprovecha la distracción de un señor de mediana edad, cruza corriendo y le arrebató su mini iPad. El hombre cae al suelo. Nadie lo ayuda a levantarse y el

ladrón escapa con facilidad. Mientras corre encantado con su nueva tableta, no le da tiempo a ver el vídeo que se sigue reproduciendo. Ahora está saliendo Patrizia, aparentemente muerta y abrazada por Laszlo. No se distingue bien la cara de la chica, sería imposible de localizar por ese plano.

«El grupo que ha atacado el metro —continúa la periodista— no ha reivindicado todavía el suceso y se desconoce cuáles eran sus intenciones reales. ¿Una broma de mal gusto? ¿Les falló el dispositivo? ¿Se trataba de unas bombas caseras que no llegaron a detonarse correctamente? Entre los heridos, alguno de gravedad, ninguno

parece que lo sea por el efecto de la bomba, sino más bien por el caos producido a continuación». Algunos testigos apuntan que los terroristas gritaron consignas en árabe antes de la explosión, pero otros lo niegan. Por debajo de la pantalla aparece un texto en *scroll* pidiendo que, si alguien ha grabado algo más, lo envíe a la emisora y que, por favor, no se suban imágenes a las redes sociales.

En otra de las cadenas se emite un nuevo concurso en el que una mujer se tiene que desnudar ante un auditorio masculino. Según las reglas del programa, los espectadores pueden hacer los comentarios que quieran

respecto al cuerpo de las concursantes y, si estas son capaces de aguantar más de cinco minutos expuestas delante del auditorio, pasan a la siguiente fase de la competición. El cuerpo de la mujer que ahora se está desnudando es aún atractivo, pero acusa el paso del tiempo, de algún embarazo, de la lactancia materna... No ha podido soportar más de cuarenta y dos segundos y ha salido llorando entre los vítores y risas de los asistentes.

En el *loft* de Patrizia también están encendidos todos los dispositivos electrónicos. En el principal se da una información sobre los *sinkholes*,^[10]

unos socavones producidos por el corrimiento de las capas interiores de la Tierra. Al menos así lo explican los expertos. Desde 1981, año en el que se produjo un hundimiento que devoró varias casas, dos supermercados y hasta una piscina olímpica, se han venido sucediendo estos episodios. En la presente década se han agravado de manera considerable, provocando más de doscientos muertos en el último mes. Los geólogos no consiguen explicarse el aumento de este fenómeno.

Patrizia está en la ducha quitándose la sangre falsa del atentado. Lo hace de manera compulsiva, repitiendo una y otra vez los movimientos sobre las

manos y la cara a pesar de que ya no hay rastro de suciedad en su cuerpo. El corazón le late con fuerza; la adrenalina ha provocado que le suban el nivel de azúcar y la presión arterial. El agua, casi helada, la está ayudando a controlarse de nuevo. El *attake* ha salido aparentemente bien. Los explosivos, que había preparado, han funcionado: humo oscuro, pequeños fragmentos de caucho que no hacen demasiado daño y abundante sangre artificial como para manchar a todas las personas situadas alrededor. Y un fuerte sonido. Impactante pero en absoluto letal.

Se mira las manos, consciente de

que está entrando en un bucle de limpieza que no siempre logra controlar. Le obsesiona la higiene de su piel. Sobre todo después de lesionarse con los bolígrafos. Se lava las heridas con yodo y las frota con las yemas de los dedos sin llegar a salir de la bañera. La sangre real se confunde con el tinte del antiséptico produciendo juegos de color en la loza blanca de la bañera que le fascinan mientras escucha música a todo volumen. Intenta desterrar de su mente la imagen de su madre abandonándola. El ritual no sirve para conseguir los efectos que busca, no basta para eliminar su ansiedad y por eso se ve obligada a repetir la conducta sin cesar tratando de

encontrar algo de alivio. Al final le parece que lo consigue. En realidad no hace otra cosa que reforzar la dinámica de su trastorno.

Jellineck se despierta tarde; decide su propio horario. Pam no ha pasado una buena noche, y él, tampoco. Tiene la boca pastosa, le duelen las cervicales y eso le produce mareos. Como todas las mañanas. Según se va calentando, los músculos reaccionan a sus impulsos mentales. Hay días que le cuesta una enormidad levantarse. Pero no va a buscar un antidepresivo. Hoy tampoco. Toma la decisión que necesita tomar todas las mañanas, «hoy tampoco». Y

así cada día. Ve a su esposa tumbada en su propia cama y desearía dormir veinticuatro horas más, imaginando que, al despertar, su vida pudiera volver a ser la de hace años. Le tiemblan las manos casi imperceptiblemente. Quiere pensar que solo se debe al cansancio. No puede imaginar qué sería de Pam si algo a él le sucediese. Destierra ese pensamiento y se centra en odiar al mundo. Es lo único que desentumece sus articulaciones y que le capacita para movilizarse día tras día: el odio a la televisión; a la medicina, que mantiene pero que no cura; a esto en lo que el ser humano se está convirtiendo. También el odio a la pornografía en Internet. Se

acuerda de cuando todavía podía hacer el amor con Pam; ella era dulce y traviesa. Le parece mentira que pueda ser la misma que ahora yace en el lecho a su lado. En realidad, no es el odio, sino el amor por lo que todavía es su mujer lo que le hace ponerse en pie y cambiarle el suero y la sonda. «Tu desayuno» —le dice cada mañana—, «¿qué quieres hoy? ¿Tostadas con membrillo?». Y le conecta una nueva bolsa a la sonda que va directamente al estómago. Por un instante le viene la imagen de la cría de gorila asesinada por su padre en el zoológico y el momento en el que él le disparó al «espalda plateada». Y la madre gorila

con su otro bebé en brazos.
Aterrorizados.

Al entrar en el baño pone la radio. Mientras trata de espabilarse lavándose la cara, escucha las noticias del atentado que se ha perpetrado en el metro de Londres. Mira su móvil. Veintitrés llamadas perdidas.

La ciudad de Londres está inundada de cámaras de seguridad. Hay una prácticamente en cada esquina, y eso sin contar las cámaras privadas de los bancos, los comercios o los particulares. Se calcula que cada uno de los habitantes de la ciudad puede ser grabado unas trescientas veces a lo

largo de un solo día por los más de cincuenta mil dispositivos de vídeo. En un primer momento la instalación fue polémica. La ciudad invirtió más de doscientos millones de libras, pero el porcentaje de crímenes resueltos no aumentó en la proporción esperada. Algún político se forró con esta decisión. Seguro. En todo el Reino Unido hay más de seis millones de cámaras públicas y privadas que observan. En el mundo hay casi trescientos millones. Cada vez menos londinenses las discuten, a pesar de que casi el ochenta y cinco por ciento de los delitos siguen sin aclararse. Se calcula que la proporción es de un caso resuelto

por cada mil aparatos de videovigilancia. Según otros datos, se realizan siete detenciones al día gracias a ellas, pero suele tratarse de delincuentes de poca monta. Sirven para localizar a grupos violentos dentro de las manifestaciones, a autores de pequeños sabotajes o a ladrones de bolsos y carteras. En una ocasión, se salvó la vida de una persona que se había caído con su coche al Támesis. Los agentes habrían preferido que se invirtieran esas cantidades en aumentar sus sueldos y en disponer de medios más modernos. Podrían haberse contratado casi cinco mil trabajadores nuevos. El momento de gloria de las cámaras fue en

el año 2005, cuando la red CCTVE fue determinante para identificar a los fanáticos que atentaron en la estación de metro de King's Cross. Murieron entonces cincuenta y dos personas. El comando antiterrorista de Scotland Yard revisó de manera exhaustiva las grabaciones de más de setenta y seis cámaras de la estación y de sus inmediaciones. Cien policías participaron en la búsqueda. El equipo de rastreo advirtió que cuatro hombres caminaban con mochilas de una manera sospechosa por el pasillo del suburbano. Se logró ver sus rostros con claridad y se compararon con el archivo de fotografías de los carnés de conducir.

Apenas ha transcurrido una hora desde el estallido de la bomba y un equipo de sesenta personas está ya trabajando en el visionado de las imágenes de Charing Cross y buscando posibles sospechosos. Aunque, en realidad, solo ha habido una muerte. Y una persona en estado crítico. También se ha pedido la colaboración del GCHQ, el centro de escuchas y decodificación de mensajes de la red. Depende del Foreign Office y tiene una futurista sede en Cheltenham. Los que trabajan en él se ven como herederos de la primera computadora, el Colossus, que consiguió descifrar los códigos nazis. El nuevo sistema se llama

Tempora y espía la vida diaria de miles de ciudadanos, interceptando casi seiscientos millones de comunicaciones al día. Y se complementa extraordinariamente bien con el sistema USA PRISM de la NSA. Ya han tenido tiempo de comprobar que, en los últimos días, el nombre de Charing Cross ha salido en más de veinte mil tuits y noventa mil correos electrónicos. En ninguno del Grupo Attak. Una vez que los criminales conocen los métodos de la policía, es más difícil que vuelvan a incurrir en los mismos errores. De momento se están centrando en rastrear a los sospechosos yihadistas que tienen controlados a pesar de que no tienen

claro que en esta ocasión la autoría corresponda a uno de estos grupos. Hay detalles que no concuerdan con su manera habitual de proceder. En cualquier caso, están aplicando los algoritmos del programa israelí Faception de reconocimiento facial, por si se detectase por las cercanías de la estación de metro la presencia de algún terrorista fichado.

Jellineck ha llegado a la central y observa desde atrás a los agentes que revisan las grabaciones. Ya ha integrado su dolor de cervicales y no lo nota. Se entretiene mirando a una adolescente que tontea con su presunto novio en una de las pantallas. No le parece que tenga

nada que ver con lo sucedido, pero para esas cosas prosaicas ya están los demás. Fesser llega a su altura.

—Cuatro explosiones en una estación de metro y tan solo un muerto y otro en estado crítico, y porque se han caído a las vías del metro. ¿No es raro?

—No tanto como que el Chelsea haya perdido con el QPR. En casa. ¡Jugando contra diez la última media hora! Y también había un montón de cámaras grabándolo.

Fesser suspira y cambia de tema.

—A lo nuestro; hemos quedado en el plató de Ondaseven para hablar de lo que ha pasado con Sylvia, la concursante del *reality*. Con lo que ha

ocurrido, casi me había olvidado.

—Ay, Fesser, Fesser, ¡cómo la podemos olvidar después de ver su vídeo de ayer! Yo hasta he soñado con ella. —Jellineck coge su abrigo y va a salir, pero se vuelve a mirar las pantallas. La chica discute con su novio. El inspector jefe toca el hombro de uno de los policías que está concentrado en ver las imágenes—. No vais a encontrar gran cosa —sentencia mientras señala unos monitores—, cinco cámaras inutilizadas, ahí otras dos, imaginaos por dónde han venido. Caras tapadas, barbas falsas; esto estaba muy pensado. ¿Quién se esfuerza tanto intentando no matar a nadie? Desde luego, los

yihadistas no. —Los investigadores vuelven la mirada hacia él. Jellineck es un mito en Scotland Yard, aunque casi nadie sabría decir si eso es bueno o malo—. Si se han tomado tantas molestias, tienen que tener muy buenos motivos para montar este follón, ¿no os parece?

Suena el timbre de la casa de Patrizia. Eso la hace salir apresuradamente del baño sin terminar de secarse y coger la pistola que tiene escondida. No espera a nadie. Por un momento piensa que podrían haberla seguido a pesar de haber tomado las precauciones necesarias. No va a permitir que la

detengan. Observa por la mirilla y ve a su chico. Trae la cara desencajada.

—Abre, sé que estás ahí.

A Patrizia le irrita la presencia de su chico. Esconde de nuevo la pistola y abre la puerta del *loft*. Ambos hablan a la vez, sin escucharse.

—Pero ¡¿de qué coño vas, tía?! ¡¿A qué viene todo esto?!

—¿Por qué tenías que aparecer?

—¡Joder, creía que estabas muerta!

—¿Por qué tuviste que aparecer? — insiste Patrizia. Lo último que se podía esperar al abrir los ojos en la estación de Charing Cross era encontrarse con la mirada acongojada de su pareja. Casi se desmaya del susto. Reaccionó bien, con

rapidez. Para eso está entrenada. Cree que nadie podrá pensar que se conocían.

—¿Sabes lo que es verte ahí tirada, llena de sangre?

—Las bombas eran falsas, es una ficción.

—¡Joder, joder, casi me da un ataque cuando te levantaste de golpe! —Laszlo no consigue respirar con normalidad y se tiene que sentar. Le tiemblan las manos. Ella acaba de salir de la ducha. Está mojada, desnuda y nerviosa. Impresiona verla. No son capaces de escucharse, se cortan constantemente; más que un diálogo, se diría que mantienen una lucha de monólogos; una sucesión de acusaciones, exacerbadas

por la incomprensión y la adrenalina. Laszlo ha descubierto algo de ella que ha traspasado los límites. Duda de que pueda haber vuelta a atrás.

—¿Por qué tuviste que ir, tío?! ¡Esto no va contigo! ¡Podrías haberlo jodido!

—Pero, joder, ¡¡¿qué?!! ¡¿Qué queríais?! Había algunos heridos graves en las vías. Y podrían haber muerto muchas más personas con la confusión; la gente estaba acojonada.

—¡Tío, tú no lo entiendes, es un *attake!*

—Hablas como si te hubieran lavado el cerebro. Y vístete, por favor.

—No me juzgues. Vosotros sois los

que tenéis lavado el cerebro. Tú vives feliz... ¡Eres un pijo y ya está! Pero yo quiero cambiar esto, este mundo es un puto asco, yo quiero que sea diferente. Y podemos hacerlo. Conseguiremos que la gente sea consciente de la mierda en la que vive. Cambiar la dinámica y recuperar de verdad el poder.

—Pero ¿qué poder?

—¿Tú sabías que más del setenta por ciento de los medios de comunicación está en manos de siete multinacionales? ¡De siete! La prensa, la televisión, la publicidad, la radio, el cine, todo. Y First dice que la única manera de acabar con eso es con la violencia adecuada. Con imaginación...

—Pero ¿quién coño es ese First?
¿De qué va?

—De cambiar esto. Y lo primero es acabar con los grandes grupos de comunicación tal y como los conocemos, con su manipulación, con los políticos, los poderosos...

—¡Venga ya!

—No lo entiendes, Laszlo, no lo puedes entender. —Patrizia de golpe baja el tono. Habla sintiendo lo que dice, es consciente de lo difíciles que van a ser las cosas a partir de ahora—. Esto no es un juego —sentencia.

—¿Te lo has tirado ya?! ¿Eh?
¡Dime! —grita Laszlo.

—No lo puedes entender. Me ha

costado mucho ser como soy, mucho. Y que me admitan en el grupo. ¿Por qué tengo que actuar como los demás? ¿Tengo que comprar los mismos putos muebles, comer en los mismos restaurantes, leer el mismo periódico, comprar la misma ropa, tener el mismo pelo?... —Conforme habla, Patrizia vuelve a estar fuera de sí y empieza a dar patadas a los muebles. Laszlo se asusta al verla y recula. La joven ha perdido el control—. ¡Paso, tío, a la mierda con todo! ¡¡Yo soy diferente!! ¡¡Soy yo, ¿vale?!!

—No voy a pasar por esto.

Laszlo se marcha; no soporta lo que ve. Y menos aún, lo que intuye.

First está colgado de unos ganchos a cinco metros del suelo en una suspensión horizontal boca arriba. Ocho arpones le sujetan al techo en la posición conocida como «ángel caído».

[11] Los sioux de la tribu Mandan fueron los primeros en practicar los colgamientos en un rito de iniciación como paso de la inocencia a la madurez. Ellos se enganchaban por el pecho. *O-kke-pa*, lo llamaban. La suspensión duraba hasta que el joven se desmayaba. Entonces se consideraba que había superado la prueba con valentía. Desde ese día los colgamientos se han sofisticado mucho, pero la base es la

misma, buscar una percepción diferente gracias al dominio del dolor. La mente se abre a un mundo desconocido. El cerebro empieza a segregar endorfinas, el dolor cambia a excitación hasta que se va controlando para entrar en un estado espiritual profundo. El líder de Attak está calmado, con los ojos cerrados y una respiración honda; su mente viaja a través de ese sufrimiento físico y puede explorar así nuevos territorios sensoriales. Se encuentra en un estadio superior de concentración, de ingravidez prenatal. Cada segundo que pasa inmóvil en esta postura son varias horas en su cerebro. Ve con claridad la misión que ha decidido emprender, la

repasa, cada movimiento, cada decisión. Lo que ya han hecho y lo que harán en un futuro inmediato. El siguiente *attake*. Patrizia.

«Fuck the dream», «fuck the dream». Patrizia se autolesiona en el tobillo con más rabia que en otras ocasiones escribiendo en él hasta producirse sangre. Si supiese lo que está haciendo su líder en estos momentos, se sentiría más hermanada con él, más cerca de su poder hipnótico. Ella no controla la respiración, ni el dolor, solo lo sufre; ya no sirve para disminuir la angustia de sus recuerdos ni para engañar a su mente. Carece de sentido, ni siquiera

sabe si lo busca. Ya no genera las suficientes endorfinas. Su cerebro trata de defenderse, de evitar la angustia, explorando imágenes agradables de su infancia. De su abuelo. De la casita de campo. No lo consigue, las únicas que le vienen son de una niña pequeña que también se autolesiona en el baño mientras, fuera, se escucha a un hombre gritar hasta que consigue derribar la puerta y entrar. La niña chilla aterrorizada. Oscuridad. Vergüenza. Los baldosines son blancos. La madre está lejos. Terror. «Fuck the dream», «fuck the dream».

Klimt está con Jellineck y Fesser en el

plató del *reality* de moda hablando con el director del programa. Caminan por la parte trasera de los decorados en lo que los técnicos llaman la cruz de cámaras, una serie de pasillos que rodean las estancias de los concursantes y desde los que graban, sin ser vistos, lo que sucede dentro. Se utilizan cristales transparentes por un lado y con efecto espejo por el otro. Dentro de la cruz de cámaras, la luz está apagada y los operadores deben vestir de negro para evitar así cualquier reflejo que denote su presencia. Aunque los participantes lo sepan, no es conveniente que vean a los técnicos y así se ayuda a conseguir el efecto de realidad. No está permitido

hablar, salvo que sea imprescindible. Cada ventana a la casa tiene un nombre que le han ido dando los trabajadores. Ahora están en frente de la *Oscar Wilde*. Jellineck mira por el falso espejo y ve a dos muchachas en bikini, ambas operadas del pecho, discutiendo acaloradamente mientras un chico practica bicicleta estática sin fijarse en ellas. El director del programa, Jimmy Tail, les explica que este *reality* es distinto; en plató tienen ochenta cámaras, pero los participantes pueden salir y hacer vida fuera, aunque, eso sí, la grabación de imágenes les sigue a todas partes. También a la intimidad de sus casas reales. Supone un despliegue

técnico bestial. Está siendo el éxito del año.

—¿Y Sylvia?

—Sylvia Murano es la favorita del público —explica el director—. Hoy no ha venido. Dejó ayer el vídeo grabado con las confesiones desde su casa y no sabemos más.

—¿Y los cámaras que la siguen? —pregunta Fesser.

—Usamos drones que sobrevuelan la ciudad persiguiendo a los participantes...

—No me refería a eso...

—Ah, bueno. Es que me emociono cuando explico cómo hacemos los seguimientos. Hoy es día de votaciones

y ella lo tenía libre. Todos tienen un día sin cámaras a la semana para que hagan lo que quieran. De todas maneras, es normal que, en ese tiempo, la gente que se los cruza por la calle nos envíe imágenes. Eso le da cierto morbo al programa. Si le digo la verdad, eso es lo que se busca; sin duda es uno de los aciertos del formato. Se sienten libres y actúan de una manera que no te esperas. Y siempre hay alguien por allí para grabarlo.

—Ya —dice Jellineck—, algo así como la caza del famoso.

—¿A que es buena idea? —pregunta Jimmy Tail, encantado de conocerse—. Mañana entraremos en directo para

conocer al ganador o ganadora del *reality*. Seguiremos a todos los participantes desde que se levanten en sus hogares.

—¿Con los drones? —pregunta el policía mientras Klimt les escucha deseando marcharse.

—Grúas, cabezas calientes, microcámaras... Los conocemos mejor que ellos a sí mismos.

—¿Y Sylvia no es... un poco tonta?

—No se confunda, inspector. Es un animal mediático.

—Ya vimos el otro día la gente que moviliza —apunta Fesser.

—No es solo eso. Muchos mueven masas, pero ella es otra cosa. La adoran,

pero a la vez la odian, les da morbo, parece dulce y salvaje cuando quiere. Si no hubiese sido por lo que ha pasado con Shultheiss, habría sido *trending topic* todos los días. La gente está obsesionada.

—Iba a ganar, ¿verdad?

—Bueno, no sabemos todavía, inspector. —Jellineck mira al director—. Sí, va a ganar ella —admite al fin—. No diga nada.

—Cómo odio este tipo de programas —reniega Klimt sin poder aguantarse. Dan dinero y audiencia, pero, aun así, no los soporta.

—No, si al final nos vamos a entender —le dice el inspector jefe al

presidente, y sonrío enseñando sus dientes—. ¿Habéis visto el vídeo que ha mandado Sylvia?

—No, todavía no. Lo deben de tener en control. Si queréis, vamos —propone Jimmy.

El grupo ha entrado en el control de realización del programa y ha hecho salir al resto de trabajadores. Veinticinco pantallas cubren la pared de la sala. En todas se ven zonas de la casa: el baño, los dormitorios, el jardín, el *jacuzzi*...

—Tenemos dos controles iguales. El programa de la noche se prepara en este. Los redactores lo observan todo y van

haciendo piezas de tres minutos que se van etiquetando con una breve descripción para poder manejar tantos datos. Hay que estar muy atento para que no se te escape ninguna polémica. —El director termina de buscar un archivo en el ordenador y pincha el vídeo en el monitor de programa—. Tenemos instalada una cámara cenital en el dormitorio de cada uno de los hogares de los participantes...

—¿Cenital? —pregunta Jellineck.

—En el techo —aclara impaciente Klimt.

—... y los concursantes —continúa Jimmy Tail— hacen lo que quieren ante ella para llegar al orgasmo y luego nos

lo mandan por Wetransfer. Es la parte de más éxito, claramente.

—La verdad es que el programa es un tanto... —Si a Fesser le incomoda el tema, al presidente de la cadena le irrita. Si de él dependiera, en su emisora no se harían concursos así. Sin embargo, la realidad es que va muy bien de audiencia e ingresan mucho dinero. Al principio, los anunciantes fueron reticentes a vincular sus marcas con estos espacios, pero, con el tiempo, comprobaron que no pasaba nada, que bastaba con buscar el enfoque acertado.

—Piense, inspector, que esta parte no se emite antes de las diez y media de la noche; no quedan muchos niños

despiertos a esa hora. Y si quedan, es problema de sus padres, no nuestro.

El archivo se empieza a reproducir y se ve a Sylvia en un plano cenital. Solo la cara y parte de sus hombros. Está aparentemente desnuda y masturbándose fuera de plano. Tiene los ojos cerrados y gime con suavidad. Jellineck se excita al verla. También Klimt. Le da rabia, pero se le está despertando el pene bajo su pantalón de Carolina Herrera. Y sin Viagra. El inspector jefe le dirige una mirada cómplice.

—¿Usted nunca se ha hecho una paja con estas chicas?

—No tiene ninguna gracia —
contesta Klimt, realmente incómodo por

la situación.

—¿Y cuánto suelen tardar en correrse?

—Bueno, depende, inspector — explica Jimmy Tail con naturalidad—; hay tíos que en doce segundos ya están fuera y tías con las que hay que cortar las grabaciones porque tardan más de veinte minutos.

—¿Más de veinte minutos? Ahora entiendo mis problemas con las mujeres.

Jellineck se ríe y el director también. Le está pareciendo un cachondo este policía. Al principio estaba tenso; no se esperaba a alguien así. Ahora piensa que se ha ganado su confianza.

—La grabación completa la dejamos para las segundas pantallas.

—Ah... Y otra cosa, ¿permiten que muestren el sexo?

—Ya vale, ¿no? —interviene Fesser—. ¿Eso qué tiene que ver con la investigación?

—Era por hacer tiempo mientras esta niña termina.

En la imagen 4K, la concursante está a punto de llegar al orgasmo cuando se oye un fuerte golpe fuera de plano. La chica se detiene. Se percibe ruido de pasos y Sylvia se asusta mucho de lo que descubre. La supuesta amenaza no sale en pantalla. Se corta la imagen y solo se ve nieve.

—Vaya, para mí que esta no va a venir a recoger el premio del programa —concluye Jellineck.

III

Varios libros editados en papel descansan sobre la mesa del *loft* de Patrizia mientras suena música más tranquila de lo habitual. Es la que utiliza la chica cuando quiere leer textos más complejos. Diferente a la que escucha cuando hace gimnasia al extremo, o

cuando se lesiona las piernas o folla. Suena *Stay*, de Lisa Loeb, y está puesta en modo bucle. Lleva una hora empezando y terminando. Patrizia la utiliza como si fuese un mantra para situarse en un estado mental más profundo. Ha conseguido desterrar de su mente la imagen de la discusión con Laszlo y de lo sucedido en Charing Cross y está leyendo a Chomsky. Repite un párrafo de una de sus conferencias. Es su manera de interiorizarlo. Si una idea le gusta, la memoriza para ser muy precisa a la hora de citarla, para no confundir una palabra o un concepto. «En estas circunstancias —lee una y otra vez— hay que desviar la atención del

rebaño, ya que si sus miembros empezaran a darse cuenta de lo que ocurre podría no gustarles, porque son ellos quienes reciben directamente las consecuencias de lo anterior. Acaso entretenerles con la final de Copa o los culebrones no sea suficiente y haya que avivar en ellos el miedo a los enemigos». Y luego también añade: «Hay que hacer que conserven un miedo permanente, porque a menos que estén debidamente atemorizados por todos los posibles males que pueden destruirles, desde dentro o desde fuera, podrían empezar a pensar por sí mismos, lo cual es muy peligroso, ya que no tienen la capacidad de hacerlo. Por ello es

importante distraerles y marginarles». Eso afirma el lingüista como crítica a los medios de comunicación y eso repite en voz muy baja la joven, completamente de acuerdo con el significado de las palabras. Por eso pertenece a Attak y por eso está dispuesta a jugarse la vida y el amor de su pareja. Por cambiarlo.

Jellineck lleva un rato observando a los simios del zoológico. *Motu proprio*, no había vuelto a un sitio así desde la infancia. Sin embargo, ahora le interesa el comportamiento de estos animales. Desde que mató a Kesho, el «espalda plateada», no para de darle vueltas a la

extraña conducta del animal. Ha leído algo sobre bonobos, chimpancés y gorilas. Son tres especies diferentes, cada una con sus peculiaridades, pero nada parece indicar que el comportamiento que están desarrollando últimamente en cautividad sea algo normal. Sí se había documentado un caso de un chimpancé que había perdido su puesto como macho alfa del grupo y se metió en un estanque de agua sin saber nadar, ahogándose. Pero es un caso aislado de difícil interpretación. En lo que va de año han fallecido casi setenta y tres grandes primates. Todos con claros signos de suicidio. El anterior fueron veintisiete. Y catorce el

otro. Se está dando un aumento evidente.

Carlos, el cuidador de las serpientes, ha estado observándolo un rato y ha decidido ir en busca de Kenny Millet. El policía se ha dado cuenta de todo y, cuando el cuidador de los grandes simios llega a su altura, comienza a hablar con él sin dejar que le salude.

—No me había fijado hasta ahora... ¿Todos los monos tienen los ojos así, oscuros?

—Hola, inspector. ¿Se refiere a la esclerótica?

—¿A la qué?

—Lo blanco del ojo en los humanos, lo que no es pupila.

—Sí, eso. ¿La esclerótica?

—Sí.

—No lo había oído nunca.

—De más de ochenta especies de primates, tan solo nosotros la tenemos blanca. Algunos macacos la tienen más clara, pero no tanto como la nuestra. Los humanos tenemos un rostro muy expresivo. Si se fija, hemos conservado el pelo de las cejas no solo para proteger los ojos, sino porque somos animales sociales, necesitamos saber qué piensa el otro, saber si nos quiere engañar. Cualquier movimiento nos puede dar una clave. Los monos miran donde mira la cabeza de su compañero; los humanos, donde lo hacen los ojos.

Jellineck sigue la explicación con interés y se disparan sus pensamientos. O sea, que la cabeza puede señalar un lugar y los ojos matizarlo, engañando, ser más sutiles. Pueden dar la clave al que los vea. Alguien que estuviera a tu espalda miraría adonde apunte la cabeza, pero, si se encontrara de frente, se fijaría en las pupilas.

—¿Y los monos no engañan? — termina por preguntar.

—Bueno, en cierta medida, sí. ¿Sabe qué animal engaña muy bien? El cerdo.

—¿No es un doble sentido?

—No —sonríe Kenny—. Vi un experimento en el que a un cerdo le muestran, en un laberinto, dónde está la

comida. Después lo sacan y lo juntan con otros cinco de su especie. Al abrirse la puerta, corre en la dirección errónea de una manera intencionada. Cuando los demás lo siguen, él se desmarca, vuelve sobre sus pasos y elige el camino correcto para comer sin que lo estorben.

—¡Me encantan los cerdos! Sobre todo en jamón de york.

—¿Qué le trae por aquí, inspector? Ya vi en las noticias lo de Villepin y su mujer. Horrible.

Jellineck asiente y mira a su interlocutor a los ojos. Tiene la esclerótica blanca, no hay duda. Y le mira a él.

—¿Usted cree que pudo colaborar

en lo de los tiburones? —pregunta el policía.

—No tengo datos. No estaban alimentados, ¿verdad?

—¿Qué sabe usted de eso?

—Yo... Nada —contesta exculpándose el encargado de los grandes simios—. Pero no atacarían de esa manera si hubiesen comido bien.

—No, no estaban alimentados. Nadie les dio de comer.

—No sé. Yo creo que él sería incapaz de hacer algo así. ¿No estaría amenazado?

—Eso pensé yo al principio..., pero igual nos engañó a todos, como el cerdo. Y luego decidieron deshacerse de él

como parte del plan. ¿Villepin era francés, no?

Kenny prefiere no contestar. No es que no le caigan muy bien los franceses, es que no sabe más sobre el tema. Jellineck se da cuenta, le parece que sus ojos no engañan, las pupilas no huyen, no esconde la mirada ni esquiva la del inspector.

—¿Usted cree que todo esto está pasando por algo? —dice por fin Jellineck.

—¿Lo del concurso?

—No, lo de los animales, que no comen, que se dejan morir...

—Sí que lo he pensado. Pero me llamarían loco si lo dijese.

—No creo que esté usted loco.

—Mire, nosotros tenemos mucha relación con un zoológico australiano; allí han documentado el caso de unos canguros que consiguen entrar en los campos de cultivo de opio que tienen unas industrias farmacéuticas y se revuelcan horas y horas en las flores hasta que mueren.

—Vaya con los canguritos. Ni que fuesen Kurt Cobain.

—¿Y sabe que las hembras de todas las especies están retrasando los partos?

—El policía no lo sabe. Kenny Millet inicia su explicación sin esperar la respuesta; era una pregunta retórica—. Desde hace un año, ninguna cría nace a

término. En todos los casos hemos tenido que intervenir para sacarlas. Es como si no quisieran venir a este mundo. Hay algo en el ambiente, la capa de ozono, la nueva gripe aviar... No sé, las antenas de telefonía... Tal vez las ondas electromagnéticas, el Wi-Fi... Intentamos que nos quitaran el repetidor de ahí, ¿lo ve usted? Pero el alcalde no nos ha escuchado. Le está sonando el móvil.

—Sí, seguro que es mi ayudante. Me apetece un huevo contestarle —dice irónico—. Si hubiesen retirado la antena, no me sonaría.

Kenny sonrío. Hoy le agrada más el inspector que el otro día. Le espantó que

disparara a Kesho, aunque sabe que hizo lo mejor para el simio. Su instinto natural le dice que es buena gente, que se interesa por lo que ocurre, que no es un mero funcionario de Scotland Yard.

En la sala de autopsias, el cuerpo desnudo de una chica joven descansa sobre una mesa de aluminio. Hace frío. Ella ya no puede sentirlo. Desde hace unos años los organismos tardan más en descomponerse debido a la gran cantidad de conservantes que ingieren en vida. Es un efecto chocante. Pero así se mantendrá mejor hasta que la policía permita enterrar el cadáver, si es que alguien lo reclama. De momento, no ha

ocurrido. Nadie ha identificado a Mac, la japonesa amiga de Patrizia. Tiene una herida en la cara, con la sangre ya seca, y también una pierna rota con un hueso que asoma al exterior. Una fractura dolorosa que se produjo instantes antes de morir a causa del golpe de la máquina del metro en su cráneo. A ella le pareció escuchar el chasquido de su fémur a la vez que veía unas luces acercándose a toda velocidad y por su memoria pasaba fugaz un recuerdo de su madre, tal vez su primer recuerdo, cuando ella no tenía más de un año. Una sonrisa. Y eso fue todo.

Jellineck camina por el pasillo comiendo uno de sus donuts favoritos.

Va seguido por Fesser y por Inha Maslany, una médica forense de mediana edad que le resulta muy atractiva. La conoce de otros casos. Es ingeniosa, rápida y el gimnasio la mantiene en perfecta forma. Al abrir la puerta, el aire frío golpea al que entra en la sala. Fesser nota un escalofrío. Imposible acostumbrarse a estos lugares. No es que sean tenebrosos; son simplemente asépticos, desolados, gélidos. Llegan a la mesa donde está el cuerpo tendido. Le cuesta mirar. A su jefe no; la japonesa tiene un tipo espectacular, incluso siendo un cadáver. A Jellineck la muerte le resulta estéticamente atractiva. También a Inha. A él le fascina la sala,

la luz de quirófano sobre la piel algo amarillenta de la difunta, los brillos metálicos en contraste con la carne. Recorre el cuerpo con la mirada. Se fija en las escarificaciones de su piel, en cómo forman una greca por toda la pierna que no se fracturó. No se trata de un tatuaje; la piel está ligeramente levantada de manera intencionada y así ha cicatrizado. Como hacen en algunas tribus africanas; las mujeres, por embellecerse; los hombres, como símbolo de fortaleza. ¿Por qué lo habrá hecho esta chica?

—No me importaría mirarla un rato más, pero ¿qué tiene que ver este fiambre con nuestro caso? —pregunta

Jellineck.

—Quiero que vean esto. —La forense señala un tatuaje que recuerda a un código BIDI—. ¿Les dice algo? —Los policías lo miran—. Es un código de datos en 2D. Transmite un gran volumen de información en un formato muy reducido.

—Sí, sabemos lo que es —aclara Fesser—. Casi todos los productos lo llevaban hace unos años. Aunque ya está en desuso.

—Es el logo que había en casa de Shultheiss —recuerda Jellineck—. En la foto aquella de la pared. Igual es que les gusta el mismo grupo de rock. ¿Y, usted, cómo lo ha relacionado? No ha visto las

fotos del apartamento del presentador, ¿no?

—No, por supuesto que no. Rara vez salgo de estos sótanos, si nadie me invita. —La forense observa por un instante al inspector jefe mientras alza una tableta que tiene sobre la mesa y la roza con sus dedos. Jellineck también la mira a ella; muchas veces ha pensado en invitarla a cenar. Esos dedos le fascinan; tocan cuerpos desnudos, inertes y también podrían tocar una piel cálida y excitada. La doctora Maslany encuentra lo que busca: una foto con otro código similar también tatuado en la piel. Se la muestra a los policías—. La espalda del cadáver 422.

—¿El tipo del zoo? —pregunta el inspector jefe.

—El mismo. El que falleció en ese accidente de la cantera.

—¿André, el que alimentaba a los tiburones, llevaba uno igual? —se sorprende Fesser.

Incluso Jellineck se descoloca, pero sabe disimularlo.

—Así que André era el batería del grupo de rock —afirma—, ¿quién lo iba a decir? Debía de perder el ritmo y se lo cargaron; así es la música de cruel. ¿Y su mujer?

—No, la mujer no llevaba nada. Pero eso no es todo —comenta la forense consiguiendo atraer de nuevo la

atención de ambos—, hace unos días me trajeron a otro chaval de unos veintidós años, de raza blanca..., del mismo grupo de rock. Lo habían colgado de diversas partes del cuerpo y lo habían mutilado. Alguien odia esta música.

Jellineck sonrío. Definitivamente, le encanta la doctora. Cuando termine este asunto debería invitarla a cenar.

—¿Alguien tiene un iPhone de esos?
—pregunta el inspector jefe.

—¿Por? —Fesser tiene uno, pero no le hace gracia dejárselo.

—Vamos a ver qué dice, ¿no?

—¿Y si no es más que una tontería?
Se tatuaron un código al azar, porque les resultaba divertido...

—¿A ti te parece que en este asunto hay muchas cosas dejadas al azar?

Ninguno de los tres piensa que sea así. La forense saca su iPhone y se lo entrega.

—Bueno, gracias por darme su teléfono —dice con doble sentido—, en realidad no sé muy bien...

La doctora Maslany lo coge y abre la aplicación correspondiente. Enfoca el código BIDI y enseguida lo lee. En la pantalla pone la referencia de un ordenador Mac. Se quedan desconcertados. Ignoran que es el apodo de la japonesa.

—¿Podemos pedir los otros cuerpos?

Ondaseven lleva todo el día calentando en redes sociales la intervención en directo de su presidente para intentar que Shultheiss deje de interrumpir su señal. Hubo mucha discusión sobre cuál debería ser el *hashtag*. Se barajaron muchos, `#shultheissbastaya`, solo `#bastaya`, alguno un poco loco como `#ShultheissVsKlimt` y otros excesivamente sosos como `#declaracioninstitucional`. Al final, el propio Klimt decidió que fuese una opción sobria: `#IncidenteOndaseven`. A pesar de no ser muy acertado, lleva ya cerca de una hora encabezando los rankings en todos los segmentos. Incluso

por encima de #SylviaPlaisir y de #charingcrossatentado. Se ha creado una gran expectación por el mensaje. Todo lo que incluya al presentador del concurso funciona. La gente piensa que podría interrumpir el programa en mitad del discurso. ¿Por qué no?

Klimt Owd está a punto de dirigirse a cámara desde la mesa de su despacho. Por un momento, los acontecimientos de las últimas horas le han hecho dudar sobre si seguir adelante. Pero siente que está a punto de perder su premio a toda una vida y tiene que hacer algo al respecto. No es partidario de sentarse a ver qué sucede. Ya ha adoptado esa actitud demasiadas veces en los últimos

años; han decidido por él, han aprobado programas espantosos, han ampliado capital a sus espaldas. Ahora, sin embargo, va a tomar el mando con decisión. Eso es lo que pasa por su cabeza, segundos antes de que el realizador chasquee los dedos y el regidor le diga «tres, dos, uno... dentro».

—No me voy a andar con rodeos, todos ustedes saben ya lo que está ocurriendo estos días en Ondaseven.

Puede ser visto en directo en todos los televisores de Gran Bretaña. Va vestido más sobrio de lo habitual: traje y corbata azul marino. Sin gafas. Parece que va a transmitir un mensaje

institucional, como si fuese el primer ministro. La cadena empieza a tuitear el mensaje según lo va diciendo.



@Ondaseven_of - 5 s

No me voy a andar con rodeos, todos ustedes saben ya lo que está ocurriendo estos días en #Ondaseven.

#IncidenteOndaseven

—Es conocida nuestra postura de colaboración total y absoluta con los miembros y fuerzas de seguridad del Estado —continúa—. Ni ellos ni nuestros técnicos han podido evitar que el antiguo presentador Patrick Shultheiss haya interferido las emisiones y haya cometido ya dos presuntos asesinatos.

La realización cambia a un plano más cercano. Klimt lo sabe y sincroniza el cambio con un giro sutil de cabeza para dirigirse directamente al piloto rojo que se enciende al lado del objetivo. Mantiene la mirada sin leer el *teleprompter*. Habla con convicción. Él también puede ser un buen comunicador.

—Ahora me dirijo directamente a ti,

Patrick Shultheiss. No sé qué es lo que pretendes, pero te invito a que lo digas en antena en un careo conmigo y a que esto termine de una vez. Tienes mi palabra de que, si acaba, podrás contar con el equipo jurídico de Ondaseven para hacer frente a los cargos que haya contra ti. En caso contrario, la cadena se personará como demandante en un juicio penal. No tenemos nada más que añadir.

Termina de hablar y mantiene la mirada hasta que entra una posproducción de la cadena y luego la publicidad de *Plaisir*.

«Para votar por Sylvia, manda un SMS...».

Castro ha seguido el discurso desde

la sala del Consejo. Está solo. Siente antipatía por su presidente, aunque le ha impactado por lo directo y lo conciso. Será *trending topic*.



@Ondaseven_of - 5 s

En caso contrario, la cadena se personará como demandante en un juicio penal. No tenemos nada más que añadir.
#IncidenteOndaseven

Ciento veintisiete caracteres son suficientes para cerrar la intervención y para ser retuiteados seis mil trescientas veinticinco veces en menos de diez segundos en toda Gran Bretaña. Miles de tuits de otros tantos perfiles se lanzan a comentar de manera generalmente imprudente y apasionada las palabras del presidente de Ondaseven.

Shoei es una rusa menor de edad, de piel muy blanca y de mirada huidiza y tierna. El pelo le cae desordenado por la cara, ocultándole en parte los ojos. No tiene la fuerza ni la personalidad de Mac. Habitualmente estaba un poco a la sombra de la japonesa, pero al faltar

esta, ha ocupado rápidamente su puesto con respecto al líder. Cura las heridas del costado de First, que todavía lleva en la piel los ganchos de los que se ha colgado. Son unos arpones de gran tamaño. Se los extrae con delicadeza, con sus dedos largos y finos, suaves y precisos. Le besa las laceraciones y le lame la sangre que mana del pecho. Él está tranquilo, aparentemente en paz. Para ella es una combinación de morbo y fascinación.

—¿Está todo a tu gusto? —pregunta la rusa.

—Todo está saliendo bien. Pero queda lo más importante.

—Estamos preparados para lo que

venga.

First asiente. A lo lejos, entra en la nave Patrizia. El líder la ve y pronuncia su nombre en una clara afirmación.

—Patrizia...

—¿Estás seguro de ella?

—Lo hizo muy bien en Charing Cross. No la detectaron las cámaras, y manejó bien la huida. La probaré...

La mirada de First es la de un depredador observando sin prisa a su víctima. Conociendo cada uno de sus movimientos. Captando su olor, sus temores, sus debilidades. Patrizia llega hasta ellos ajena a todo esto. Al contemplar la escena se detiene. No quiere romper el momento.

—¿Quieres coordinar un *attake*... tú? —pregunta el líder sin mirarla.

—¿Yo? Sí. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿Quieres?

—Claro.

A Patrizia se le nubla la mirada un instante. La sangre le late fuerte en las sienes. No se lo esperaba. Sus ojos encuentran la mirada seca de su líder y ella asiente, casi mecánicamente, como aceptando una orden. First se levanta sin dejar que terminen de curarlo y se aleja en silencio. Shoei le acaricia la cara a Patrizia. Eso la devuelve a la realidad. Se da cuenta de que no ha visto todavía a Mac después del *attake* del metro y de

que no le han comentado nada de lo que sucedió. Tal vez la rusa sepa algo más; parece que no se entera, pero está siempre presente en las conversaciones de First.

—Oye, ¿dónde está Mac?

—Mac ha caído.

—¿Cómo que ha caído? —Patrizia no quiere entender—. ¿Qué es eso de que ha caído?

—Ha muerto en el *attake* de Charing Cross. Es un riesgo que hay que correr. —Shoei habla con la vista perdida en el infinito, dulcemente pero sin sentimientos—. En medio del desconcierto cayó a las vías y la atropelló el tren que venía en sentido

contrario.

—Eso es imposible, nadie me había dicho nada —contesta Patrizia desconcertada.

—Tranquila, nadie la puede relacionar con nosotros. Su pasado está completamente borrado.

Eso no consuela a Patrizia, que quiere pedir más detalles.

—¡¡Vosotras, venid!! —interrumpe First desde el fondo de la nave.

En el centro del edificio del Grupo Attak hay montada una estructura mecánica que llega hasta el techo. Patrizia está colgada de unas poleas que la mantienen en el aire y que ella misma

maneja desde arriba. Está realizando un complicado trabajo de acrobacia. No puede evitar que le caigan lágrimas de los ojos pensando en su amiga. Con la confusión de las falsas bombas no pensó en que algo hubiese salido mal. Mac tenía mucha experiencia, ¿cómo pudo caerse a las vías? Se siente fatal. Resulta imposible practicar un ejercicio complicado como este sin tener la cabeza en lo que estás haciendo. En la parte inferior del andamio, varios miembros del grupo acompañan el ejercicio saltando con cuerdas y cayendo de manera coordinada. First observa. A una señal suya, estalla una bomba de fuego desequilibrando a

Patrizia, que está a punto de caer. Le falta concentración. Se enreda con los mecanismos. Siente zozobra. Y dolor. Se le ha quedado una pierna atrapada entre las cuerdas.

First se da cuenta de la situación y trepa con agilidad por la estructura. Se sujeta de unos cabos y se deja caer hacia Patrizia. Su cercanía produce una reacción inmediata del cuerpo de la chica, sus músculos se tensan, su respiración se agita y su adrenalina se dispara. Él le habla en voz baja.

—No te vas a caer.

—Es que... no puedo..., pienso en Mac...

—Esto es mucho más grande. Mac

no importa. Arriba solo estás tú. Y yo sé que lo puedes hacer muy bien.

—No sé..., no puedo.

—¡Hazlo!

El grito aparta a Patrizia de sus emociones. Reacciona a la orden utilizando la adrenalina que ha generado; se gira tensando las cuerdas y, aunque le cuesta mucho esfuerzo, recupera la posición que debía mantener. Libera la extremidad atrapada. Nota cómo le sangran las muñecas y los tobillos por el roce de las cuerdas, pero controla su respiración y el equilibrio. Es capaz de descender atravesando el fuego y cayendo de pie en el suelo. El grupo la mira. First asiente con la

cabeza. Ella sabe que lo ha conseguido, pero no está eufórica como ante otros logros. La cara de su amiga le vuelve a la mente. Toma aire, necesita sentir que se le llenan los pulmones. No le molestan las heridas. Siente que hoy ha madurado, que se ha hecho adulta. Y no sabe si le gusta.

—Un psicópata integrado.

—¿Podría explicarse un poco mejor? —le inquiera Fesser.

—La psicopatía es un trastorno de la personalidad debido a una conformación anómala de rasgos temperamentales y *caracteriales*.

—Vamos, doctor —le interrumpe

Jellineck—, usted y yo sabemos que esa palabra no existe.

—Pero es la que utilizamos nosotros. Se refiere a que es una combinación entre rasgos biológicos y otros aprendidos.

—Ya, y esos son los *caracteriales*.

—Eso es. Se les llama integrados porque es posible que pasen muchos años de su vida llevando una existencia pacífica, como la del presentador. Ganan dinero, son aparentemente sociables, encantadores, pero hay un determinado momento en el que puede llegar a despertarse la violencia que llevan dentro. Y es muy difícil de controlar.

Tras los últimos acontecimientos, los superiores de Jellineck y de Fesser les han puesto en contacto con un psicólogo de la policía con experiencia clínica en casos que pudieran tener connotaciones similares para que les ayude con el perfil del sospechoso. Hutchinson tiene más de sesenta años y ha visto muchos expedientes, aunque nunca uno tan particular como este. Se ofreció él para hablar con los inspectores. En realidad, ningún otro psicólogo quiso hacerse cargo. Es el típico marrón que acaba complicándote la vida. A él le quedan pocos meses para la jubilación y le motivaba despedirse con un reto como este.

—No todos los que tienen una predisposición biológica a ser psicópatas lo acaban manifestando en su comportamiento. Al menos, yo opino que suele hacer falta algo en su biografía que lo despierte. Como les decía, algo genético y algo que les suceda durante su infancia, previsiblemente. Es el perfil más habitual.

—Quiere decir que si de niños les quiere su madre y no les pegan en el colegio pueden no desarrollar la, digamos, enfermedad —apunta Jellineck.

—Trastorno más que enfermedad. Un poco simplificado, pero eso digo, sí.

—Bueno, no es el caso de

Shultheiss. A este le debió de dar hostias su madre hasta en el carnet de identidad. O se acostaba con él o algo así.

Hutchinson sonríe. Había oído hablar mucho del inspector Jellineck, pero no habían coincidido nunca. Era tal cual se lo habían contado. Mejor, incluso. Le encantaría poder hacerle también a él un perfil psicológico.

—Y ya que estamos —continúa Jellineck—, perdone, pero, a Mourinho, ¿en qué grupo lo metería?

—Imagínense, soy del Arsenal...

Jellineck también sonríe. No le apetecía mucho tener que hablar con el psicólogo pero le está resultando un tipo

nada estúpido.

—Los psicópatas tienen problemas para controlar la ira. Y ven intenciones hostiles en todo lo que les rodea. Eso es indiscutible que lo tiene Mourinho. — Ambos sonríen ante la mirada estupefacta de Fesser.

—¿Y hay mucha gente así? — pregunta para reconducir la conversación.

—¿Como Mourinho?

—No, como Shultheiss —aclara Fesser ajeno a la ironía.

—Según los estudios que manejábamos —explica Hutchinson—, casi un dos por ciento de la población podría responder al perfil de los

psicópatas integrados.

—Ese es un porcentaje muy alto, ¿no?

—Son datos de hace algunos años. Yo creo que hoy en día estaremos cerca del cinco. O más. Piense que, además, la sociedad actual tampoco ayuda mucho. El concepto de autoridad se ha perdido tanto en la educación como en la vida. Si a estos niños de pequeños no se les enseñan los límites..., acaban viendo a las demás personas como objetos.

—No tienen empatía —concluye Fesser.

—Ninguna. Desprecian al resto. Tienen una visión egocéntrica del mundo. Comprenden perfectamente lo

que hacen y las consecuencias de sus actos, pero no sienten remordimientos.

—Deciden conscientemente hacer lo que hacen.

—Eso es.

—Que se convierten en unos hijos de puta, vaya —concluye Jellineck.

—En términos coloquiales, sí. Y sin remedio. Los crímenes más terribles son los perpetrados por psicópatas. Eso es indiscutible.

Ha quedado clara la postura del psicólogo. Los inspectores se van a ir, dan por concluida la conversación, pero Hutchinson añade algo que le parece reseñable mientras les muestra el expediente.

—Aquí hay una nota que podría ser importante. Aunque no se dan detalles, da a entender que algo le sucedió cuando era menor de edad. El juez ordenó que no figurase por ese motivo. Ya saben que el sistema británico es muy protector en estos casos. Para acceder a la información habría que pedir autorización a dicho juez y no es fácil que la conceda.

—En un caso así...

—Muy complicado. Pero inténtenlo. Seguro que lo que le pasó cuando era menor vale la pena conocerlo.

Indira permanece de pie en la puerta de la casa, con su bolso y con mucha prisa por marcharse. Jellineck trata de explicarle por qué esta vez ha llegado hora y media tarde. Ella no le deja hablar. Le da igual que haya ido a ver al psicólogo; quiere estar en casa para preparar la cena a sus hijos y todavía le queda casi una hora de viaje en metro.

—Última vez que Indira espera, Jemileck. Última vez.

—Jellineck —corrige el inspector—. Ya sabe cómo es mi trabajo; no tiene un horario definido, no puedo saber exactamente cuándo voy a llegar. Si quiere hacemos una cosa: yo la aviso si

veo que me voy a retrasar un poco y esas horas extras se las puedo pagar más caras. Yo qué sé, incluso al doble si quiere, pero...

—Última vez. —Y sale sin añadir nada más.

El policía entra en su casa. No puede con el carácter de la hindú, pero es muy resolutiva, cuida bien de su mujer, la lava y la maneja con mucha experiencia. Deja la pistola sobre la mesa, se quita la chaqueta y coge fuerzas.

—Pam, cariño, ya estoy aquí. He tenido un buen día, muy tranquilo. Todo marcha estupendamente en la comisaría. Fesser, mi compañero, ¿te acuerdas?, me

manda recuerdos para ti.

Besa en la frente a su mujer, que mantiene invariable su grito sordo. Los televisores están encendidos. Hablan de cómo está creciendo el nuevo partido conservador. En las últimas elecciones arrebató el tercer puesto a los liberal-demócratas y amenaza ya seriamente a los *tories*. Propone cosas tan dispares como cerrar completamente las fronteras a la inmigración durante al menos cinco años, algo que no consiguió ni el Brexit, o derogar la ley antitabaco.

—Ahora defienden que se vuelva a fumar en los pubs, ¿lo has oído? — Jellineck comenta habitualmente las noticias con su mujer, como si ella

podría enterarse—. Hace ya siete años que no fumo. ¡Cómo pasa el tiempo! A buenas horas pretenden cambiar la legislación. Ah, mira lo que te he conseguido, hoy en día está todo en la red: el último episodio de *Max Headroom*, ¿te acuerdas? —le pregunta a la vez que le enseña una memoria USB—. La veíamos en la primera casa que alquilamos juntos, la de Whitechapel. Yo ya era policía y los vecinos nos miraban fatal. No sé cómo sobrevivimos —dice riéndose, absorto en los recuerdos—. A mí me encantaba la serie y siempre discutíamos. Tú preferías *La víbora negra*, con ese que luego se hizo millonario por hacer de doctor House.

Esa en la que Rowan Atkinson era el protagonista. Y al final, te enganchaste incluso más que yo a *Max Headroom*. Nunca emitieron este capítulo, por mala audiencia. No deja de ser chocante. Por mala audiencia..., una serie que criticaba eso mismo.

Siente unas ganas terribles de llorar, no por el capítulo ni porque no se emitiera, y tiene que dejar de hablar. El pasado le espesa la lengua volviéndosela de trapo. Decide pinchar el lápiz de memoria directamente en el televisor y reproducir la ficción sin añadir nada. Se sienta frente al ordenador. Saca una copia del código BIDI que han encontrado en casa de

Shultheiss. A disgusto, se baja una aplicación para poder leerlo. No quiere meter este tipo de mierda en su teléfono, aunque cree que esta vez está justificado. La vista se le escapa hacia la televisión, donde Matt Frewer, el actor protagonista de *Max Headroom*, habla a cámara. Se queda así unos segundos. Un sonido del ordenador le hace volver a fijarse en la pantalla. El código le ha llevado a una web de venta de cómics. Hay uno de un dibujante que se llama Schultheiss. Igual que el presentador salvo por la «c». Vienen unas páginas de muestra. Su contenido es bastante violento. Y sexual. Teclea el nombre en el buscador y sale la

biografía; se trata de un alemán nacido en 1946. La foto que viene no pega nada con lo que dibuja. Es un viejito calvo, con los mofletes sonrosados y una sonrisa amable. ¿Le habrán tratado mal de niño? En cualquier caso, está claro que no se trata del presentador. Tan solo se apellidan casi igual. Pide un ejemplar por Amazon y zanja de momento el tema. Ordena los papeles que se ha traído de la central y se fija en la tesis doctoral que encontraron en el ático del presentador. Está escrita hace casi veinte años por un tal Patrick LeMond Shultheiss y se titula *Espectacularización de los medios de comunicación*. Este sí que se trata de él.

Al inicio viene un resumen: «El conjunto del discurso visual, televisivo, de las redes sociales e Internet es psicótico, interminable, delirante, invade y aniquila la realidad. La convierte en siniestra».

Y una dedicatoria: «Al profesor que me abrió los ojos y a mi compañero Charles Dahmer».

Apunta ese nombre.

Patrizia va encendiendo velas pequeñas y colocándolas en el cuarto de baño de su apartamento. Lo hace mecánicamente, tratando de no pensar. Intentando que no le venga a la mente la última imagen que tiene de Mac; unos segundos antes de la

explosión de Charing Cross, donde murió su compañera, donde descansó la reina Leonor de Castilla. Deseando apartar la acusación de Laszlo de que le están lavando el cerebro, borrar sus propios gritos diciendo que se había follado a First solo para herirle, para protegerse. Como chilló a su madre el día que por fin trató de ayudarla y ya era tarde. Cuando debe mostrarse tierna es siempre cuando más se enfurece. Sale esa Patrizia que no le gusta, la que le hace sentirse culpable. Vacía. No puede evitar pensar que esa es la verdadera. La que tiene estallidos incontrolables de rabia, la que le impulsa a lacerarse el cuerpo. Da al «play» de su iPod y

empieza a sonar una canción desgarrada de Brenda Kahn, «Now that he's gone / He's the chosen one! / I keep my best shoes on / For when the Messiah comes». Termina de colocar las velas, se desnuda y se mete dentro de la bañera dispuesta a hacerse cortes en las piernas y en los brazos. Prepara su cámara del iPhone para subir después las fotos a Instagram y que así sus seguidores puedan verlas y darle al «me gusta»; para que Fesser se intranquilece pero a la vez se alegre de que siga viva, de que no haya terminado con su existencia, como en ocasiones se teme. No conoce suficientemente a Patrizia, ella prefiere la huida hacia adelante. Siempre hacia

adelante. Al coger el móvil para abrir la aplicación, le viene la imagen de su chico y siente el deseo de llamarle. Pero no lo hace. Elige marcarse con una cuchilla y registrarlo con su *smartphone*. «Now that he's gone / He's the chosen one! / I keep my best shoes on / For when the Messiah comes».

Hay una caja de Viagra abierta en el baño. Se ve que han roto el precinto con prisa, sin cuidado. En la habitación, dos figuras femeninas entrelazadas se besan. En penumbra. Una de ellas es Candela. Se quita el sujetador de espaldas a la otra liberando sus pechos. Todavía lleva ligeros y unas braguitas negras. Las

manos de su pareja le bajan la ropa interior dejando libre su sexo depilado a la brasileña. Se gira para volver a besarla. Es el presidente de Ondaseven, vestido con ropa interior femenina y peluca. Si las sombras no ayudaran a ocultar su rostro y su figura, se evidenciaría una imagen patética. Pero a su mujer le excita el juego y sus manos buscan dentro del tanga gris perla el miembro de su marido, erguido gracias a las pastillas. Klimt jamás había sentido algo así con su primera mujer; nunca consiguió liberarse de sus prejuicios burgueses, de sus ataduras morales. Ahora, con su esposa latina, puede dar rienda suelta a sus instintos, a todo lo

que se le ocurra en una noche como esta, entre sombras, entre besos, entre caricias, sin tener que justificar, entre lenguas que no hacen ascos a nada. El carmín del presidente se derrite entre los labios de ella, se difumina; no se sabe bien dónde empieza el «rojo Rusia» y dónde el «Cherry». Candela le quita las bragas y le libera el pene. El citrato de sildenafil está consiguiendo su propósito y Klimt puede estar orgulloso de su erección. Los labios de su mujer le succionan el glande. Las palpitaciones y una ligera visión borrosa son efectos secundarios más que asumibles ante una situación así. El presidente de Ondaseven todavía lleva

puesta la peluca rubia platino y un sujetador con relleno cuando se produce una explosión en la puerta de la habitación. No es muy potente, pero lo suficiente como para derribar la madera de cedro de doble capa y asustar a Candela, que no puede evitar cerrar la boca de manera instintiva, provocando un pequeño corte con los dientes en el miembro de su marido. Klimt grita al tiempo que tres individuos, con máscaras antigás y vestidos de asalto, entran en la habitación. Ahora es más consciente de su mirada borrosa y de que sus palpitaciones no le dejan reaccionar como le gustaría. Siente dolor, aunque no sabría localizar

exactamente dónde.

Con una memoria USB en la mano, Susana Abril, la becaria de realización, corre como una loca por los pasillos de la emisora. Se choca con varias personas sin detenerse ni pedirles perdón.

El Consejo se encuentra reunido desde hace unos minutos. Solo falta su presidente, Klimt Owd. No saben si esperarlo o no. Castro preferiría no hacerlo, aunque comprende que no está justificada su postura. Diez minutos de retraso es algo asumible para este tipo de reuniones, y más aún siendo el presidente de la emisora quien falta. Es

extraño que sea impuntual. Carla cree que algo ha debido de retenerlo más de lo esperado. Susana abre la puerta sin pedir permiso, para sorpresa de los consejeros. Nadie la conoce, tan solo la presentadora se ha fijado en ella en alguna ocasión y su cara le suena vagamente. Antes de que protesten, levanta la mano enseñando la memoria que lleva. Le cuesta hablar.

—Perdón..., perdón..., pero tienen que ver esto.

La becaria lo dice con tanta convicción, que el propio Castro le tiende su ordenador para que lo utilice. Susana es rápida con la técnica y enseguida consigue que funcione el

vídeo que ha traído. Pulsa una tecla y lo que aparece en el portátil se proyecta en la pantalla que hay en la sala. El Consejo mira en esa dirección, salvo Carla, que antes observa a la chica. La ve fuera de sí. En ese momento sabe que algo grave le ha sucedido a Klimt.

Un grupo de encapuchados, a modo de los SCO19, se bajan de unos cuatro por cuatro e irrumpen en un chalet. Llevan cámaras en los cascos con las que graban toda la acción. Los consejeros no le quitan ojo a la pantalla. Susana Abril, que ha visto el vídeo tres veces antes de traerlo, sabe perfectamente que ahora van a derribar la puerta de la entrada principal y que

luego van a subir las escaleras hasta hacer detonar la doble capa de cedro que cierra la habitación del matrimonio Owd, donde Candela está ocupada en dar placer a su marido.

Carla observa las imágenes y también al resto de los presentes mientras todos se preguntan qué significa lo que están viendo. Ella conoce esa puerta, esas escaleras, sabe dónde están entrando y se teme lo peor. En la proyección se ve cómo Klimt intenta levantarse e interponerse entre los atacantes y Candela para protegerla. Da tumbos, es incapaz de sostenerse recto. Viste sujetador y ligeros. Y la Viagra sigue haciendo su efecto en

determinada parte del cuerpo que ha sido pixelada por Susana para evitar el exceso de mal gusto. Pero el patetismo no se puede pixelar. El presidente habla con la boca pastosa y pregunta a los asaltantes qué quieren. Se produce una interferencia. Solo se ve nieve electrónica.

Al acabar el archivo de vídeo, la pantalla se vuelve blanca. En la sala se produce, de manera automática, un cambio de intensidad lumínica agresivo para los ojos de los asistentes. El silencio resulta insoportable y, sin embargo, ninguno quiere ser el primero en romperlo. Cuando sucedió el accidente del concursante con el tiburón,

Carla decidió que en la vida hay momentos en los que se debe dar un paso adelante sin importarte lo peligroso que sea. Y este es uno de esos momentos.

—Quiero abrir el informativo de hoy con estas imágenes.

—Pero es nuestro presidente —dice dubitativo uno de los consejeros.

—Es noticia. Abrimos con estas imágenes —replica la presentadora.

—¿Y qué hacemos con la policía? —pregunta Castro.

—Avisarla, pero sin tiempo suficiente para que detengan el inicio del telediario —contesta Carla, a la vez que mira a la becaria. Esta lo interpreta

como que debe guardar silencio. Castro está de acuerdo. Preferiría haber sido él quien tomase la iniciativa. La presentadora le está asombrando. No es que no pensase que era lista y ambiciosa, es que ahora se da cuenta de que es mucho más que eso. Es capaz de manejar al Consejo, al propio Klimt y, quizá, hasta a él.

Ni a Carla ni a Castro se les ocurre mandar a nadie a ver qué sucede en la casa de Klimt Owd, donde permanece Candela, atada de pies y manos, desnuda, en su cama. Desde hace varias horas.



@Ondaseven_of - 1 min

En breves momentos el informativo emitirá un vídeo relevante sobre #IncidenteOndaseven @carla_of

Las audiencias sociales del informativo ya doblan a las del resto de los programas. Y eso que todavía no ha empezado. Twitter vibra con la noticia

que van a dar y que ya se han preocupado de anunciar durante la última hora los *community managers* de la emisora en todas las redes sociales. Se ha creado también un grupo de WhatsApp específico que ya va por los ochenta mil integrantes. En la comisaría, Phil White es seguidor del Twitter de la cadena. Lo tiene en una lista que ha llamado «favoritos de mierda». Es la que más mira, por encima de «noticias de interés» e incluso de «chicas salidas». Cuando ya ha leído en cuarenta mensajes que un vídeo de Ondaseven va a ser el más retuiteado de la historia, piensa que debe avisar a sus superiores. Duda sobre con quién de ellos hablar.

Jellineck pasa de largo con un café en la mano y un bollito, así que decide comentárselo a Fesser, que se encuentra ordenando el material hallado en la casa del presentador. Le anuncia que, en su opinión, va a suceder algo trascendente y le enseña los tuits. Su jefe está de acuerdo en que sería bueno acercarse. No espera a que Jellineck vuelva del baño y va a buscarlo, alterando su momento de paz. Su jefe reacciona ante la interrupción un tanto bruscamente, hasta que escucha que se trata de ir a la emisora. Está encantado de atragantarle la cena una vez más a Klimt Owd. Lo que aún no saben los policías es lo que ha ocurrido hace unas horas ni que la

cena ya se le ha atragantado a Klimt Owd definitivamente.

Jellineck conduce con temeridad. A su lado, Fesser abre una aplicación del móvil y comprueba que el informativo está a punto de comenzar. Están con los últimos *spots*. Mira también Twitter, que está incendiado con el tema. Se barajan cientos de hipótesis por parte de los usuarios, todas tremendas. O simplemente frívolas.



@Blackdeath

- 1 min

Un nuevo muerto en
el

#IncidenteOndaseven???

@carla_of



**@mcuiper - 1
min**

Yo voto porque se
han cargado a un
buzo

#IncidenteOndaseven

@carla_of



@PinkPanzer

- 50 s

Es todo un montaje,
como aquello del
tipo ese de
Ciudadano Kane.
Cómo se llamaba?

#IncidenteOndaseven???

@carla_of



@Blackdeath

- 40 s

Dices lo de la
película de Tom
Cruise? La guerra de
los mundos?
#IncidenteOndaseven???
@carla_of



@Pittbull - 40

s

Seguro que hoy
aparece

#Shultheiss!!!!

Ganasssss.

#IncidenteOndaseven

@carla_of

En ese momento, entra una llamada de James Castro, anunciándoles que acaban de recibir un vídeo que podría ser interesante para la investigación y pidiéndoles que acudan a la emisora. El director de antena tampoco sabe que ya están llegando. Al colgar, Fesser le explica al inspector jefe quién es Castro y su posición en el organigrama de la empresa. Parece que es él el que tiene la última palabra para decidir qué se emite en el día a día de la cadena. Los policías aceleran sin aclararle dónde se encuentran; a lo mejor llegan a tiempo

de impedir lo que va a suceder.

Se encienden los focos del plató. Se cierran las puertas. Las cámaras se colocan en sus posiciones, listos para emitir un informativo en directo. Saben perfectamente lo que tienen que hacer aunque les sudan las manos sobre los mandos de foco. Están acostumbrados a grabar muchos programas de televisión y pueden identificar cuándo uno es especial. Algunos de ellos, los más antiguos, estaban en directo en 2001 en el momento en que cayeron las torres gemelas. Morgan, un técnico que ya ha cumplido su quinta década, enfocaba a la presentadora de la BBC mientras de fondo empezaba a derrumbarse la

primera torre. Entonces tenía treinta y pocos años y no le tembló el cuadro de la cámara. Aún recuerda con nitidez aquel momento; las palabras exactas que pronunció la presentadora, su silencio al ser consciente de lo que ocurría. Rezó, por primera y por última vez en su vida, para que no se cayese la segunda torre. No sirvió de nada. Otros debieron de rezar mucho más para que sí sucediese el desastre.

Mike Finch, el encargado de la seguridad de Ondaseven, detiene a los dos policías en la entrada, quienes le explican que los ha convocado allí la propia dirección de la cadena. Más amable que en otras ocasiones, el

encargado les pide que esperen un instante, que va a comprobar en qué lugar están citados y que enseguida una azafata los acompañará. Jellineck le mete prisa y el hombre parece hacer caso. Llama a su compañero de los estudios de grabación, que corre para hablar con algún responsable que se haga cargo de lo que está ocurriendo. La noticia llega enseguida a Castro, en la puerta del plató número 5. Se asombra de que ya estén ahí. Le parece imposible, a menos que ya supiesen lo que estaba ocurriendo. Le dice al de seguridad que él se encarga y localiza a la azafata de confianza.

—Kate, están en la entrada los dos

policías de siempre. No, no quiero que los traigas al estudio en el que estamos. No tan pronto. Paséalos un poco. Puedes llevarlos al plató habitual de informativos, el que está en el ala contraria, y luego te disculpas diciéndoles que quizá hoy estemos emitiendo desde otro por seguridad, debido a los graves incidentes que vamos a comentar. —La azafata asiente sin preguntar nada. Por eso es de confianza.

Carla está apoyada en la mesa del telediario, ajena a los problemas de Castro con la policía. Mejor así, ya hay suficiente tensión. La maquilladora intenta quitarle algunos brillos mientras

ella rehace sus notas. Aparta a la chica como si fuese una mosca y se dirige al control por el micro. Advierte al director del informativo de que es posible que Shultheiss corte la emisión en directo. Hay que estar preparados para cualquier eventualidad. El malestar se extiende por la mesa de realización. La becaria calienta sus dedos para estar lista y pinchar correctamente los planos. En realidad, ya no es becaria, le han ofrecido un contrato temporal que ha ayudado a que no vuelva a intentar hablar con la policía.

Castro entra en la sala y mira al equipo.

—Vamos a empezar ya.

—Estamos con los dos últimos anuncios —especifica el realizador—. Valen tanto como mi apartamento. Después de que emitamos estas imágenes —añade—, nunca le darán el premio a toda la vida a nuestro presidente.

—En cualquier caso, no creo que vaya a vivir para poder recogerlo.

Las palabras de Castro impresionan al resto de los presentes. No lo habían pensado, ocupados en hacer bien su trabajo, pero lo cierto es que es lo más probable.

—Empezamos en un minuto —se escucha la voz del ayudante que habla con el regidor en plató—. Que se vaya

sentando Carla, por favor.

Jellineck y Fesser llegan al estudio de informativos. La azafata no iba precisamente rápida por los pasillos. «Los tacones», se excusó un par de veces. El lugar está apagado y vacío. Kate finge sorpresa con una naturalidad encantadora. Los policías no se lo pueden creer.

—¿Esto es una broma o qué? — protesta Fesser.

—No, esperen un momento, que llamo. Debería ser aquí el informativo, como cada noche. Es probable —dice marcando— que, por seguridad, se haya trasladado.

Jellineck sabe perfectamente lo que está ocurriendo y pierde la esperanza de poder impedir a tiempo que se transmita el vídeo, sea cual sea su contenido. Pueden tenerlos deambulando por la emisora el tiempo suficiente y ellos, por sí solos, nunca sabrían llegar al lugar correcto. Fesser, a punto de perder los nervios por primera vez en su carrera, amenaza a la azafata. Ella le dice que no cogen el teléfono.

—Vamos a probar en el 2.

En el monitor del control de realización, el ayudante en el estudio se dirige a la presentadora.

—Dentro cabecera —le anuncia.

Entra la posproducción de arranque del informativo. Carla se sienta, se ajusta bien la chaqueta para que no haga arrugas, cierra un momento los ojos y respira profundo.

—Tres, dos, uno..., estamos dentro.

Coincidiendo con las últimas palabras, la presentadora levanta la vista y mira directamente a cámara, muy segura de sí misma.

—Buenas noches, abrimos hoy con una información que nos ha llegado a la redacción de noticias. Tenemos que advertir que las imágenes que van a ver son explícitas, pero creemos que es nuestro deber mantenerlos informados. Si están ustedes acompañados de

menores, es preferible que les pidan que abandonen la habitación.

En las casas de Gran Bretaña prácticamente nadie hace caso de este aviso, y, si algún menor es expulsado a su cuarto, este se las ingenia para ver lo que le están prohibiendo a través de su móvil, de su tableta, de su *smartwatch* o del ordenador de mesa.

—Esta noche —prosigue Carla—, cuando estaba con su esposa, Klimt Owd, el presidente de esta cadena, ha sido secuestrado. El vídeo que vamos a mostrar a continuación está grabado por los propios secuestradores.

Se empiezan a emitir las imágenes del secuestro: los falsos policías

irrumpen en la casa de Klimt y comienzan a subir las escaleras. En el estudio, la presentadora, con la mirada baja, observa la pantalla que está oculta en la mesa del telediario. Está viendo lo mismo que el resto de Gran Bretaña.

—Estad muy atentos a cuando acaben las imágenes —advierte el realizador, a la vez que Jellineck y Fesser aparecen por la puerta de control perseguidos a distancia por la azafata.

—¿Quién es el responsable de esto? —pregunta jadeante Jellineck—. ¿Se puede hablar desde aquí con el plató?

Castro se encuentra al fondo de la sala. No contesta, solo observa entre sombras.

—Sí —afirma el realizador señalando un micro pequeño que está junto a la mesa de mezclas. El inspector jefe se inclina para hablar por él.

—Quiero que se corte esta emisión ahora mismo y que entreguen esas imágenes a la policía.

Castro no puede evitar sonreír al verlo. Le parece un sujeto irritante y a la vez divertido.

—Perdone, inspector —comenta—, para que puedan oírlo hay que apretar ese botón. Y, además, las imágenes se transmiten desde aquí, no desde el estudio.

Ya es tarde; mientras el consejero de Ondaseven pronuncia esas palabras, en

el monitor de programa, ese que se ve en todos los hogares, los secuestradores han entrado ya en el dormitorio y el presidente de la cadena, Klimt Owd, vestido con ropa interior de mujer, intenta defender a su esposa, sin conseguirlo. Jellineck y Fesser contemplan el espectáculo. Es peor de lo que se imaginaban.

—Inspector..., he sido yo quien le ha llamado.

—Sí, pero veo que no con el suficiente tiempo como para impedir la emisión. Hemos hecho una gira turística por todos los estudios de Ondaseven antes de llegar aquí.

—He oído hablar de usted.

Esa afirmación descoloca a su interlocutor que, sin embargo, reacciona con seguridad.

—Mejor vamos a mi despacho. Yo le dejo hacer a usted su trabajo; déjenos hacer a nosotros el nuestro. Les tengo preparada una copia de las imágenes que hemos recibido.

Jellineck comprende que ya no se puede hacer otra cosa. Ahora sí aprieta el botón del micro y habla con voz potente, como si dudase de que puedan escucharlo.

—No les va a cortar la emisión Shultheiss, no se preocupen.

Carla da un respingo al escuchar en su oído la voz desagradable del policía

e interrumpe por un segundo la explicación que había iniciado sobre lo ocurrido.

—¿Por qué está tan seguro? — pregunta Castro en el control, tratando de alejar del micro al inspector jefe.

—Porque eso es lo que estáis esperando.

IV

Un impacto de bala hace explotar el pecho de Shoei, que cae al suelo entre

espasmos. Patrizia lleva un Heckler & Koch MP10, un prototipo de arma corta que aún no está a la venta. En las operaciones antiterroristas en el Reino Unido se utiliza todavía un modelo anterior. Tiene poco retroceso y se puede disparar con una sola mano. Varios miembros de Attak observan lo que ha sucedido.

—¡Genial! —exclama Dray aplaudiendo.

La rusa deja de moverse y Patrizia se acerca al cuerpo. Toca la sangre y se la enseña al grupo. Dray la huele.

—Perfecta. Me encanta.

—¿Perfecta? —dice Shoei, incorporándose—. Es un asco, a ver

cómo me quito yo ahora estos grumos...

—Las he preparado para que disparen pequeñas bolas de una especie de pintura roja. Mucho más espectacular que el *paint ball*. —Patrizia enseña el arma y después le tiende la mano a su amiga, que se levanta goteando líquido rojo por el pecho—. El efecto es increíble, nadie dudaría de que haya recibido un impacto de verdad.

—¿Y duele?

—De la hostia —aclara la rusa. Se rasga la ropa ensangrentada y muestra el pecho. Tiene tres moratones en el esternón, donde han impactado las balas. Dray no puede evitar fijarse más en las tetas que en los cardenales. Le altera la

rusita.

—Duele de cojones —afirma Patrizia—, eso no se puede evitar; la bala tiene que golpear fuerte para romperse.

—Voy a darme una ducha. ¿Alguien quiere venir? —Shoei termina de quitarse la ropa sucia y hace la pregunta de manera provocativa, consciente de que varios chicos la observan caminar medio desnuda por la nave industrial. Sabe que tiene un cuerpo pequeño y bien proporcionado, y una mirada lasciva a la vez que inocente. Dray diría que sí, pero First no va a dejar que nadie se acerque a la joven. La quiere para él. Y eso no se discute. Así que opta por

desviar la cabeza y dejarla pasar a su lado, oliendo su aroma juvenil. En realidad, la invitación era para Patrizia. El momento de que se entregue a First debería estar próximo. Ambas chicas lo saben. No lo va a poder evitar mucho más tiempo.

—Está de puta madre, tía —dice Dray, mientras se acerca a Patrizia—. Eres muy importante para nosotros. Eres capaz de manipular las armas como no lo había visto hacer nunca.

Patrizia se lo agradece con la mirada. El líder lo ha visto todo a distancia y se acerca al centro del pabellón donde está el resto. Al cruzarse con la rusa la besa, sin que le importe

mancharse de sangre. Al separarse mira directamente a Patrizia, a quien el corazón le da un vuelco. First avanza hacia ella, pero se dirige a todo el grupo.

—La sociedad no quiere ver en lo que se está convirtiendo —dice—. No reacciona. Solo ve las sombras de la realidad, lo que los medios quieren que sepa. Aparentemente las redes sociales aumentan el acceso a la información, pero en realidad no es así. Saturan la red alrededor de un hecho para que este les resulte inmanejable a los ciudadanos. Ni siquiera los comunicadores saben de verdad lo que sucede aunque se crean que sí. Manejan

informaciones falsas y mediatizadas y las transmiten como ciertas. No investigan de verdad, tan solo trasladan lo que les dicen. Así se genera un caos informativo en el que es muy fácil manipular a la gente. En ese momento, una figura representativa y aceptada por todos sale y explica el hecho de una manera incontrovertible. Eso se convierte en la «única verdad». Pero la auténtica verdad es enemiga del Estado. Y mientras, nosotros somos como marionetas, una masa controlada. Tenemos que conseguir que la gente salga de la caverna y vea directamente el sol. Que todos sepan la realidad. Forzarlos a hacer ese esfuerzo,

colocarlos delante de un espejo donde vean su ignorancia. Aunque sea mediante la violencia. —First los observa y el grupo mira a su caudillo. No es muy dado a sermonear; habitualmente habla lo justo. Pero esta ocasión es diferente; llevan mucho tiempo esperando este momento, aumentando el nivel de sus *attakes*, que cada vez son más impactantes y sofisticados. Si ahora les arenga es porque el siguiente va a suponer un salto cualitativo que, quizá, sea irreversible. A veces lo han hablado, un gran *attake* y desaparecer por un tiempo—. Así que ha llegado el momento de dar un paso más en la actividad del grupo —

continúa—. Vamos a hacer el *attake* más espectacular, para el que llevamos preparándonos más de dos años. ¡Vamos a joder a los medios de comunicación de una puta vez! ¡Nosotros vamos a decidir a partir de ahora cuál es la verdadera noticia y cuál no! ¡Les vamos a dar las imágenes y les vamos a obligar a emitirlas en el telediario, quieran o no! ¡Ya basta de manipularnos! ¡¡Quieren que todos pensemos igual, que hagamos todos lo mismo y nosotros les decimos: «NO»!!

—¡¡¡NO!!! —grita Patrizia también. Está de subidón.

—¡¡Nosotros somos libres, diferentes!! ¡¡Os quiero cien por cien

conmigo!!! *¡¡¡Attake!!!*

—*¡¡¡Attake!!!*

Los supermercados de la cadena Tesco son como el paraíso para Jellineck; miles y miles de bollitos artificiales expuestos en un interminable pasillo. Todos repletos de grasas saturadas y emulsionantes sintéticos, antioxidantes artificiales y potenciadores de sabor, entre otros atractivos. Ya ha cogido un par de bebidas y unas patatas. En lugar de llevar una cesta, acumula las compras en las manos. Fesser está con él. Cuando ya no le caben más, le da varios productos a su ayudante.

—¿Qué te ha parecido James

Castro?

Jellineck le mira con ironía.

—Ya —apunta Fesser—, aparte de un gilipollas.

El inspector jefe sonrío. Le ha hecho gracia la afirmación. Tal vez su ayudante vaya aprendiendo poco a poco.

—Demasiado ambicioso —afirma.

—¿Y eso lo convierte en sospechoso?

—Demasiado ambicioso. No demasiado inteligente. No lo veo capaz de organizar todo esto. Pero en cualquier caso, haced las comprobaciones necesarias, llamadas, cuentas corrientes..., ya sabes.

Fesser asiente mientras se

encaminan hacia la zona de la bollería industrial. Jellineck aprovecha para explicarle sus descubrimientos de la noche anterior: hace casi veinte años Shultheiss publicó una tesis doctoral muy crítica con la televisión y su influencia en la sociedad.

—¿Shultheiss? —pregunta Fesser incrédulo—. Será otro que se llama igual.

—No, no, Patrick LeMond Shultheiss. Estaba entre lo que encontramos en su piso. Venía una foto del tío jovencito, menudo gordopilo, con gafitas y eso. El LeMond se lo ha debido de quitar después, por eso no nos salía en las investigaciones. —Jellineck mira

unos bollitos de la estantería—. ¡Anda!, han sacado unos nuevos con tres chocolates. Tienen que estar cojonudos.

Al alcanzarlos se le caen los que ya lleva. Fesser se agacha y se los recoge. No puede evitar ser amable.

—Solo leí un poco, pero ponía a parir a la tele, los concursos, todo. Que si ya lo dijo un tal Lacan hace no sé cuántos años, que si estamos alienados... Y antes Platón con el Mito de la caverna, y una tal escuela de Frankfurt; qué pesado con esos. ¿Tú sabías, por ejemplo, que Umberto Eco había escrito un libro sobre Superman? Umberto Eco, el italiano ese de la película de *El nombre de la rosa*.

—Él escribió la novela.

—Sí, lo que sea. La verdad es que Superman siempre me ha parecido un gilipollas; que si Clark Kent como modelo del ciudadano medio lleno de complejos, que si la kriptonita...

—Veo que te has pasado la noche leyendo.

—Tengo un dolor de cabeza... En fin, una tesis muy bien documentada que pone a parir a la televisión y su influencia en la sociedad. Podría haber relación entre esa ideología y lo que está sucediendo ahora. —El inspector jefe abre la bolsa del producto nuevo y lo prueba.

—¿Y en qué momento le

convencieron para presentar un concurso como ese?

—No sé, el dinero hace mucho.

—¿Y ahora recuerda sus inicios, se siente culpable por haber ganado tanto dinero y monta este follón?

—¿Se puede sentir alguien culpable por eso? La gente está mal —dice Jellineck—. Lleva una dedicatoria, algo así como: «A mí profesor, que me abrió los ojos y a mi compañero... un tal Charles Dahmer». Habría que buscar información sobre él. Por si acaso. Y ese profesor, ¿quién es? ¿Seguirá vivo? No daba su nombre.

Se encaminan hacia la salida mientras Fesser toma nota de lo que le

ha dicho su jefe. Jellineck esquiva los cajeros automáticos de pago, va hacia la única cajera física que queda en el comercio y empieza a descargar de manera desordenada lo que lleva en las manos. A una máquina le daría igual su estilo zafio. Resulta más divertido si se tiene público.

—Buenos días, señorita, creo que tengo unos puntos de regalo... A ver...

Fesser se desespera. Sabe que lo hace adrede. No lo soporta. Sin embargo, tiene que reconocer que va siempre por delante en las investigaciones. Maneja las situaciones a su antojo. Se siente como una pared contra la que su superior lanza sus

teorías para comprobar su resistencia.

—Ya no valen —aclara, antipática, la cajera.

—Pues yo creo que te equivocas.

—¿Perdone? —pregunta la cajera.

—Yo creo que no se siente culpable, ya lo dijo el psicólogo. Es incapaz de tener ese sentimiento. No hay ni rastro de empatía en su comportamiento.

La chica de la caja cree que está hablando sobre ella y va a contestar. Fesser se da cuenta e interviene para no fomentar una discusión de las que tanto motivan a su jefe.

—No habla de usted.

—En la tesis sacó un sobresaliente *cum laude*. No es ningún tonto. Un

montón de citas: un rollo, vaya.

—¿Y cuál es la teoría?

—Que hacen que caduquen los puntos antes de la fecha. Un engaño al consumidor.

—¿Y ahora sí habla de mí? — pregunta la cajera poniéndose en jarras.

Fesser decide enseñar la placa de policía para que la chica les deje en paz, cosa que no logra del todo, ya que sigue refunfuñando mientras pasa los productos.

—Siempre igual, con los polis, ya se sabe.

—¿Quieres decir que puede haberlo planeado así desde siempre? —Fesser vuelve al tema que le importa.

—No descartemos que esa tesis sea la base ideológica de lo que está pasando. Esa crítica a los medios de comunicación llevada al extremo.

—Entiendo lo que quieres decir, pero ¿no te parece excesivo en cualquier caso?

—Algo ha despertado al psicópata que Shultheiss llevaba dentro, ya escuchaste al psicólogo, y está llevando a cabo un plan pensado hace muchos años. Tal vez para eso se hizo famoso.

—Para poder tener dinero y acceso a los medios de comunicación y esperar su momento.

—Como los de ISIS —concluye Jellineck—, una célula durmiente que

vive una vida falsa esperando. Y el momento de Shultheiss ha llegado.

Ahora, la cajera los mira nerviosa por lo que está escuchando. Jellineck saca de los bolsillos algún bollito más que llevaba.

—Acojona más así, ¿eh? Por eso se ha rapado el pelo y se tatúa la cara. Es un mensaje. Ya no hay vuelta atrás. Sabe que no va a volver a presentar. Es un camino sin retorno, que nos lleva a... ¿dónde?

La chica termina de pasar el último producto.

—Son treinta y tres libras...

—Cobre este también —le da el papel del bollito que se está comiendo.

Los agentes que llevan el caso de Charing Cross están empezando a sacar conclusiones de las imágenes. Como afirmaba Jellineck, no creen que los autores del atentado pertenezcan a un grupo islamista. Quienes lo perpetraron lo habían organizado muy bien y habían tenido la previsión de hacer un itinerario de fuga muy complejo, buscando puntos ciegos y cambiándose de ropa y pelucas. A pesar de eso, la policía está siguiendo a uno de los participantes a través de los miles de ojos que hay en Londres. Además, han activado un geolocalizador de fotos, el Echosec. Les permite acceder a todas las fotos y vídeos

subidos a la red por cualquier usuario en esa zona de la ciudad en los minutos posteriores al atentado. Gracias a esta herramienta han podido seguir al sospechoso en puntos donde desaparecía de las cámaras oficiales. Aun así, en determinadas manzanas lo pierden, pero, algunas calles después, consiguen recuperarlo con bastante certeza de que se trata de la misma persona. Y eso que en cuatro ocasiones al menos se cambió la sudadera para confundir a quien quisiese localizarlo. Incluso variaba su manera de caminar, a veces cojeando ligeramente.

Otro de los grupos, el de los que analizan las imágenes interiores de la

estación, sospecha que dos de las personas implicadas en el evento podrían conocerse. Cuando cae una de las presuntas terroristas, hay un chaval joven que corre hacia ella y la abraza. A pesar de que, cuando se incorpora, ella lo empuja y huye sin entablar ninguna conversación con el chico, es posible que al menos él sí sepa de quién se trata. No es mucho, pero es lo único que tienen de momento. Van a intentar de identificarlo. Los planos no son buenos, hay humo, pero piensan que es viable averiguar su identidad observando las cámaras de acceso a la estación.

Carla está a punto de salir de las

instalaciones de la cadena. Está esperando a su coche habitual y, sin embargo, uno diferente se detiene a unos metros. No ve quién va dentro. Se sorprende y duda por un momento qué hacer. La puerta se abre y sale un guardaespaldas vestido con un traje elegante y sobrio. Lleva un pinganillo en la oreja. No es Albert, su chófer de confianza. La presentadora tarda en reaccionar. Castro llega hasta ella y le habla en confidencia.

—No te preocupes.

—No lo estoy —miente de manera convincente.

—Después de lo que ha ocurrido con Klimt he reforzado tu seguridad y

también la mía. No quiero más sustos para nadie importante de la cadena.

—Yo creo que no era necesario, pero gracias por preocuparte por mí.

Castro sonríe de manera un poco paternalista aunque en realidad lo que está pensando es en que Carla se ha acostado con Shultheiss. Él lo afirmó el otro día cuando le cortó el programa y ella no ha hecho nada por intentar desmentirlo. «Me encantas, te volvería a follar. La verdad es que, en tu caso, me excita que te depiles el pubis. Con tus años y pareces una niña». Desde ese día, Castro no ha podido dejar de imaginar la situación, ella desnuda con el pubis depilado... La excitación

sexual que le provoca Carla es todavía mayor que el temor a que lo que está sucediendo sea peligroso también para él.

—Cualquier cosa que quieras —le dice el director de antena—, de verdad, a cualquier hora. Puedes confiar en mí.

—Lo sé, gracias, Castro. Te lo agradezco mucho.

Las palabras de Carla son amables, pero en la mente del directivo no suenan como él habría deseado. No expresan un interés más allá del meramente profesional y conveniente, ya que él, de alguna manera, es su jefe. Carla le sonrío y se aleja hacia su nuevo coche, con los cristales todavía más tintados

que el anterior. Castro la mira desaparecer en el vehículo y nada más arrancar vuelve la preocupación por lo que está sucediendo, por el secuestro de Klimt, por él mismo.

En los calabozos que utilizan como camerinos, las manos de Shoei recorren con sensualidad y precisión los músculos de la espalda de su líder. Le está pintando el cuerpo desnudo. Disfruta con cada movimiento, en cada porción de la piel. Para ella, nada existe fuera de esta habitación y este instante. El mundo se acaba cada segundo y renace incesablemente para volver a morir y renacer en una eterna

adolescencia.

Patrizia camina por el pasillo y los ve a cierta distancia. Se siente impresionada por el cuerpo de First; por su brutalidad y su desnudez. La rusita continúa extasiada embadurnándolo. Llega a la zona del vientre y luego baja hacia los genitales. Sus manos, ávidas, distribuyen la pintura por el pene, que tiene un tamaño formidable. First, sin girarse, nota la presencia y llama a Patrizia por su nombre. Ella se sobresalta, no creía que la hubieran visto. Le ordena que se acerque. Lo hace y entra en la celda. Tal vez esté llegando el momento del que hablaba con su amiga. Se pregunta si está realmente

preparada para entregarse, impresionada por lo que tiene la rusa entre manos. First le ordena que cierre la verja de la entrada.

A la joven le da un escalofrío. Toda esa pared es de barrotes y el hecho de cerrarla le resulta muy simbólico. Lo hace. No se atreve a girarse hacia donde está la pareja. Siente que una mano húmeda le toca la espalda. No mira, pero sabe que se trata de Shoei porque la presión es suave; First nunca la habría tocado así. La pequeña rusa le quita la camiseta y empieza a untarle colores también a ella. Por la espalda, con las dos manos, tocándola con la misma dedicación que antes lo hacía con su

hombre. Siempre desde atrás, descansa las manos manchadas sobre el pecho de la recién llegada y le embadurna suavemente los pezones, las axilas. A Patrizia cada vez le cuesta más respirar, la habitación le da vueltas. Siente que las fuerzas le flaquean. First la observa con ganas de devorarla, sentándose en el sofá, desnudo. la rusa baja hacia el vientre e introduce ambas manos en la parte trasera del vaquero roto de su amiga. Se los baja con cuidado, con pintura en las manos. Como si fuese una ofrenda, la conduce hasta el sofá y la ayuda a sentarse. La besa tiernamente en la boca. Ambas están excitadas. El beso lleva a la novia de Laszlo a la boca de

First, que resulta bastante más violento. Se pierde entre ambos, entre lenguas y manos manchadas de color. Con delicadeza, Shoei se tumba debajo y arrastra a Patrizia encima de ella sin dejar de besarla. Ya está todo listo, ella lo sabe, lo presiente; el momento del que habían hablado va a llegar, la ternura y la violencia unidas, la fuerza y la delicadeza, los labios esclavos y el sexo duro y despiadado del líder que ataca por la espalda penetrando en su vagina sin dificultad. Patrizia no volverá a sentir nada igual en toda su vida; sus sentidos se descontrolan, se disparan, los poros se abren, las endorfinas circulan a lo loco por su cuerpo. No

sabe si grita de placer o de terror. En un instante, todo se vuelve oscuro; siente dolor físico y asco. La imagen de Laszlo y su dulzura le vienen a la mente sin poder controlarlo. Los empujones del líder no consiguen sacarla de su ensoñación. Ni el dolor que empieza a sentir. Se acuerda de la furia de su padre, de su crueldad, de su ensañamiento y del miedo que le provocaba. Oscuridad. Vergüenza. Ya no más juegos infantiles. Los baldosines son blancos. La madre está lejos. Pero lo sabía. Lo sabía. Siente ganas de vomitar la violencia mezclada con bilis hasta que no le quede nada ni en el estómago ni en el alma.

No lo soporta y se desmaya.

Ya no hay vuelta a atrás.

Inha Maslany destapa el cadáver de André Villepin, el cuidador de tiburones. Jellineck la ayuda a girarlo delante de Fesser, que no se siente muy bien. Están a punto de tirarlo de la bandeja donde yace. Se les escapa la risa como a dos adolescentes. La posición en la que tienen que ponerlo para que el código BIDI quede al descubierto es complicada. Y el cuerpo lleva ya bastantes días con el *rigor mortis*. La familia lo había enterrado y ha tenido que ser un juez el que ordene la exhumación. La doctora recupera la

formalidad, saca el teléfono y busca la aplicación. Jellineck la mira encantado. Cuando consiguen que el móvil lea el código se carga un vídeo de YouTube en la pantalla del iPhone. Dos chicas se meten en el mar, ambas muy guapas. Una lleva un bikini negro y la otra blanco. Inha mira a Jellineck, que no puede evitar sonreír. Ella también lo hace; qué obvios son los hombres aunque ya hayan cumplido los sesenta, piensa. Al volver los ojos a la pantalla, un tiburón irrumpe desde las sombras del mar, salta y despedaza a la del bikini negro. Se quedan impactados. Todavía más, cuando a toda pantalla sale un rótulo; se trata de un anuncio de tampones. El

escualo se ha comido a la que no llevaba.

—Zafio..., pero ingenioso —apunta el policía.

A la forense le cuesta reaccionar.

—¿De verdad han emitido este anuncio?

—Pone que es ruso —señala él.

—Entonces, seguro que sí. ¿Y para qué lleva el cadáver esto tatuado? Es como una broma, ¿o qué?

—Es posible. Se come a la chica como se comió al concursante —afirma Jellineck.

—No entiendo este tipo de bromas. Lo mata y se ríe de nosotros —dice Fesser acercándose.

—Bueno, hace tiempo que todo esto hay que mirarlo desde otro punto de vista. Yo creo que no hay que verlas como pistas tradicionales. No dicen lo evidente.

—Está claro que este tipo colaboró con Shultheiss. Si no, no se habría tatuado el código —concluye Fesser—. Otra cosa será su mujer.

—A no ser que se lo hayan tatuado ya muerto —propone Inha.

—Eso estaba pensando yo —apunta Jellineck—. No tengo nada claro que haya colaborado. De haber sido así, ¿por qué lo iban a matar entonces? ¿Y por qué se iban a reír de él con el anuncio? El encargado del zoo tampoco

creía que Villepin hubiese actuado libremente.

—¿Cuándo has vuelto a hablar con el del zoo?

Jellineck no contesta y mira a la doctora.

—¿Se podría saber si el tatuaje se hizo después de muerto?

—Creo que sí. Analizaremos la tinta en la piel.

—Muy bien doctora. ¿No querría dedicarse a lo nuestro en sus ratos libres?

—Todo es proponérselo, inspector.

Fesser no se puede creer la situación; dos muertos encima de la mesa y su jefe, un sesentón patético,

ligando con una mujer que incluso a él le resulta atractiva.

—¿Vamos con el otro? —acierta a preguntar.

—Para eso hemos venido —contesta fastidiado por la interrupción el inspector jefe.

La forense descubre el segundo cadáver. Lleva menos tiempo muerto, pero tiene muchas más heridas. A pesar de que los expertos de la morgue le han limpiado la sangre, no resulta fácil mirarlo. Buscan el código. En este caso lo encuentran en la ingle. Estaba completamente depilado, por lo que es sencillo de descubrir.

—Tiene una herida justo en la marca

—dice Maslany.

—A ver, pásale el móvil. A lo mejor sí lo lee.

Pasan la pantalla un par de veces. Pita, pero no lo reconoce; la epidermis está levantada por uno de los ganchos de los que colgaba.

—Nada.

Lo intentan varias veces, pero no consiguen saber qué hay detrás del código que lleva tatuado Jam.

—Espera.

La forense coge un bisturí y separa el rectángulo de piel tatuado del cadáver. Fesser mira la escena alucinado. El ruido de la piel acartonada al cortarse le termina de revolver el

estómago y le hace retroceder un par de pasos. No lo necesitan, eso está claro. Ni le van a preguntar su opinión. Jellineck aplaude la decisión de su compañera. La doctora coloca con cuidado la piel sobre la mesa. Debajo ha puesto un libro y tensa la piel para evitar las arrugas que impiden su lectura. Pincha los bordes con unos alfileres y consigue que quede bastante tersa. Toma nuevamente el iPhone, enmarca el cuadrado central con las grecas en blanco y negro, y se inicia el escaneo. Falla una primera vez. La forense estira mejor la epidermis y le pone varios alfileres más. Vuelve a intentarlo bajo la mirada interesada del

inspector jefe. El contador de tiempo del *smartphone* gira. Parece que se lo está pensando mucho esta vez. Suena un pitidito continuo y el código hace que salte una página web en el móvil. Ha funcionado.

—Un disco.

—¿El qué? —pregunta Fesser.

—De los Jam —explica Jellineck.

—Un ordenador, un vídeo de un anuncio y ahora esto —ataja Fesser—. ¿Qué significa?

—Que no tiene ni idea, yo me quedo con *In the city*.^[12] En los primeros tiempos eran más punk, aunque siempre mantuvieron la dignidad. —Jellineck empieza a canturrear la canción de los

Jam Bomb in Wardour Street—. «Where the streets are paved with blood, with cataclysmic overtones. Fear and hate linger in the air, a strictly no-go deadly zone...».

Patrizia despierta en el calabozo donde la ha besado Shoei y la ha follado First, donde estuvo a punto de vomitar, donde le vinieron los recuerdos de su padre, donde se desmayó. El líder ya no está y tampoco la chica rusa. Se siente sola y dolorida. El sexo le arde. Coge fuerzas para levantarse. Se mira el cuerpo. Está sucio de pintura. Se fija en una mancha que tiene en su cadera. Claramente se ha marcado la enorme mano de First en

ella. Ahí la sujetaba cuando la estaba tomando desde atrás. Le viene a la mente la imagen de lo sucedido. Trata de evitar ese pensamiento y por fin consigue levantarse. Sabe que se ha iniciado la cuenta atrás del grupo, algo grave va a suceder y ella está absolutamente comprometida. Un paso más cada vez. ¿Qué será lo siguiente? Ya han muerto Jam y Mac.

Quiere vestirse, pero se siente incómoda tan sucia, obscena. No sabe qué hacer. Coge su ropa, la deja, se bloquea y se deja caer al suelo, desnuda, sin capacidad de decidir. Lloro. Solo llora.

Ha pasado casi una hora cuando Patrizia entra en su *loft*. Porta una mochila enorme con los preparativos del siguiente *attake* y una funda donde guarda un subfusil, aunque no de forma demasiado evidente. Está todavía desazonada por lo que acaba de vivir con First. Se siente mal, culpable. Y no lo sabe manejar. Viene deseando darse una ducha para eliminar toda esa suciedad. Lo necesita, siente que le va la vida en ello. Escucha pasos al fondo y se pone tensa. Está a punto de sacar el arma que lleva, pero una voz la detiene. Lo último que le apetece es hablar con alguien.

—¿Patrizia?

Se relaja en un primer momento al escuchar a Laszlo, se siente como en casa, las piernas le flojean, necesita un abrazo. Pero aparece la otra Patrizia y enseguida reacciona, se irrita por la presencia de su chico en el apartamento. Todo en su mente se vuelve confusión.

—¿Qué haces aquí, tío? —La joven suelta la mochila y la funda en una esquina para que no las vea.

—No he podido dormir en toda la noche. He venido a ver si hablábamos.

—¿De qué?

—Yo..., no sé..., de todo esto.

—No me mires así. Lo odio.

—Patrizia, por favor.

—No soporto que me mires. Es como si me juzgases todo el tiempo.

—No te juzgo.

—Vete. Estoy agotada.

—El otro día los dos dijimos cosas desagradables. Es normal, con lo que había pasado...

—A mí lo que ha pasado me parece cojonudo.

—Necesitas ayuda. De verdad. Eso que sientes, las distintas Patrizias... El terror a que te abandonen.

Patrizia lo mira casi con odio.

—Ya es tarde.

—Has tenido una vida muy complicada desde pequeña...

—¿Y tú me vas a ayudar? Ah, ya, me

vas a dar una de esas pastillitas que tú tomas para que me tranquilice.

—No, yo a lo mejor no te puedo ayudar.

—Pues entonces vete.

—Pero hay gente que sí; hay especialistas. Lo que te pasa se puede tratar.

—¿Que se puede tratar?! ¿Como si tuviese un tumor o algo así?!

—Bueno, no, no exactamente...

—¡Yo no estoy enferma! Enfermos estáis los demás, todos. Yo ahora soy como quiero ser, estoy segura de mí misma, tengo el control. Soy diferente, fuerte... ¡No necesito a nadie!

—Si fueras tan fuerte no necesitarías

follar con el líder ese de los descerebrados.

—No follo con él porque lo necesite, sino porque me encanta cómo me lo hace... —miente.

—Tiene que volver la otra Patrizia —apunta Laszlo tratando de que la discusión no se encabrone—, la que es tierna, a la que le gusta que durmamos abrazados...

—Esa ya no existe.

—Yo la he visto y sé que es posible.

—Ya no.

Laszlo intenta abrazarla como último recurso, pero ella le coge la mano y le hace una llave, sujetándosela a la espalda. Resulta excesivamente

violento. Le hace daño.

—Y ahora, ¿qué?

—Déjame..., me voy..., me voy. —

Laszlo no aguanta. Patrizia sigue apretando, está desatada, no le va a dejar marcharse tan fácilmente. Está ofendida y lo que le sale es ser cruel.

—¿Quieres saber cómo me folla?

¿Eh? ¿De eso me puedes curar también?

¿De que me encante follar? ¿Y a tu mamá le gusta follar o prefiere tocarte solamente? ¿Qué dices, eh, chico malo?

Patrizia le suelta un poco y él lo aprovecha para empujarla y escaparse sin que consiga impedirlo.

—¡¡No necesito a nadie!! —chilla

Patrizia y empieza a destrozar los

objetos que tiene más próximos, llorando, roja de cólera. Cae al suelo y comienza a golpearse con los puños la cabeza—. ¡¡No necesito a nadie!!

Laszlo conduce su coche hasta la entrada de un chalet moderno y lujoso. Se abren las puertas y aparca dentro. Entra y sube directamente las escaleras. No quiere ver a nadie; las lágrimas están a punto de brotar de sus ojos y eso le da rabia y miedo. Le irrita que sus sentimientos le dominen. Desde que toma la medicación ha conseguido ser menos frágil, menos emotivo. Su familia lo prefiere así, sobre todo su padre. Se lleva mejor con él, incluso hablan; su casa ya casi es un

hogar. Su madre oye la puerta y se levanta a recibirle. Llega tarde, él ya está desapareciendo por el pasillo superior. El padre no se da cuenta; está viendo un partido de fútbol en una pantalla enorme, con el perro sentado a sus pies, bebiendo una copa de vino. Una sirvienta paquistaní le trae unos sándwiches.

Laszlo abre la puerta de su dormitorio y entra precipitadamente. Ha conseguido alcanzar la habitación sin que le agobien. Está sobreexcitado y comienza a pegar patadas a todo lo que se pone en su camino. Cuando se tranquiliza, oye los pasos de alguien en las escaleras. Se esconde en el baño

antes de que su madre entre sin llamar. Abre la ducha y se sienta en el váter, sin desnudarse.

—¿Estás bien?

Laszlo no contesta y empieza a llorar como un niño.

—Tienes la medicación en el estante. Tómate dos pastillas, si lo necesitas.

El chico de Patrizia mira el armarito y sabe que ahí dentro está la solución a todos sus males. Pero no las va a tomar. Esta vez no. No las va a tomar.

Suena *Red & White*, un viejo disco de Lach, un cantante neoyorquino casi desconocido. «Red and white are the

colours of the sacrifice lambs, red and white are the colours of your eyes at 3 a. m.». [13]

Oscuridad. Abandono. El reflejo de los baldosines blancos. Ladra un perro. La suciedad. La pintura en la piel. El miembro de First, los besos de Shoei. En la bañera, Patrizia se escribe con tanta fuerza un texto en la pierna que se hace sangre. «Papá me follaba». Tinta roja sobre piel blanca; el color del sacrificio de los corderos. En el cuarto reverbera un grito desgarrador, infantil.

—¿Por qué?!

V



@sinsajo - 2

min

Patético el
presidente de
#ondaseven en el
vídeo. Un cerdo.
#KlintOwd



@Shultheiss65 - 2 min

Una pasada el vídeo.
Qué buena está la
tía. #ondaseven.
#KlintOwd



@fantasma - 1 min

Nadie tiene derecho
a grabar la vida
privada de nadie.
#ondaseven.
#KlintOwd



**@mindfulness83 - 1
min**

Qué habrá sentido
ese pobre hombre?
#ondaseven.
#KlintOwd



**@shitme - 1
min**

Me lo he perdido...
dónde lo puedo
ver????? Ya!!!

#ondaseven.

#KlintOwd



@sinsajo - 52

s

Que le quiten el
premio a toda la
vida!!! #ondaseven.

#KlintOwd



@londonyeye

- 32 s

Hay unas fotos de esa tía de joven en ropa interior en una web. Es colombiana, creo. #ondaseven.
#KlintOwd

Los tuiteros han confundido el nombre del presidente y han escrito el *hashtag* con «n». Nadie se ha percatado de ese fallo. El vídeo del secuestro de Klimt Owd es ya lo más visto de la

historia de YouTube, por esa extraña manía que tiene la gente de verlo allí y no en su sitio original, con mejor calidad, que en este caso sería en la página de Ondaseven. La monetización de estos *links* poco a poco va funcionando mejor y empieza a dar un dinero interesante. La cadena se lleva el sesenta por ciento, y la web, el cuarenta. El filtro parental para evitar que los menores de dieciocho años lo vean no ha servido de mucho. Las fotos de Candela las está subiendo un exnovio de cuando era joven. Son provocadoras. Casi obscenas. Ahora lamenta que solo esté en ropa interior y no desnuda. Habría conseguido muchas más

entradas.

El caso del presentador del concurso ha llegado al Parlamento y el primer ministro ha tenido que contestar a una pregunta del jefe de la oposición. No ha dicho nada original ni inteligente, por lo que el vídeo de su comparecencia, a pesar de abrir el telediario del mediodía, no ha alcanzado unas cifras significativas de descargas. Se olvidará en pocas horas, enterrado bajo el alud de la huelga de basureros, que continúa, los tuits sobre Klimt Owd, su mujer y los partidos de la Champions League. Y el final del *reality* de moda. La cadena continúa anunciándolo, a pesar de que no saben qué ha sido de Sylvia, la

favorita del público.

El anuncio del tiburón blanco devorando a la bañista sin tampón^[14] está teniendo un gran éxito entre los policías que trabajan en el seguimiento de las cámaras del atentado de Charing Cross. Jellineck lleva un rato enseñándoselo y se ha formado un corro a su alrededor. Es chocante que, hartos de escrutar unas pantallas, se relajen mirando otra. El inspector jefe aprovecha para enterarse de cómo van las investigaciones. El seguimiento del sospechoso ha dado sus frutos y, al parecer, hay una nave industrial que podría tener relación con el caso. Está en las afueras de la ciudad.

Todavía no pueden afirmarlo con rotundidad, por lo que aún no se ha dado orden de intervenir. Jellineck tiene la sensación de que es una buena pista. Para él los códigos BIDI han demostrado la conexión entre el presentador y el grupo antisistema que actúa en la ciudad. Podrían estar cerca de detener a Shultheiss. Por primera vez desde que se inició la investigación, se siente ansioso por un descubrimiento. Las piezas empiezan a encajar; la tesis doctoral de hace años como filosofía, un grupo paramilitar como apoyo, una cabeza que dirige los acontecimientos y que se va librando de los colaboradores que ya no necesitan. Se pregunta si

realmente el presentador puede ser el ideólogo de todo esto o si habrá una persona detrás que maneje los hilos. La policía ya ha recibido la petición para que investigue al compañero de facultad de Shultheiss y para que consiga una lista de los profesores que pudieron darle clase en esos años.

Una aguja de acero inoxidable de 0,3 milímetros penetra en la piel de la espalda de Patrizia, delineando un tatuaje. Dray la maneja con habilidad. Todavía no se ve bien en qué consiste el dibujo, pero será un código BIDI. Le duelen las picaduras de la aguja, pero no lo demuestra. Le enoja tener que hacerse

el tatuaje; no entiende por qué han de llevar todos uno igual. Ya lo ha discutido con su tatuador; él dice que cada uno es diferente, pero el mero hecho de tener que llevarlo ya le desagrada. Significa pertenecer a un grupo, perder parte de su individualidad. Dray deja la aguja de perfilar y la cambia por una Magnum de varios cabezales para empezar a rellenar las partes que van en negro. Están en el escenario de la nave industrial del grupo. Una luz muy contrastada brilla sobre Patrizia, que tiene los ojos cerrados; está en su mundo, enfrascada en el dolor.

—Yo creo que esto significa que ya

estás en el Círculo Beta. A partir de ahora vamos a necesitar a todo el mundo —le explica Dray—. Aunque no entiendo que te tatúes el código de un libro. Este Oscar Wilde, además, era maricón, ¿no? Eso decían en la escuela.

Patrizia no contesta. No tiene intención de dar explicaciones ni de escucharlo.

—*El príncipe feliz*, menuda gilipollez. ¿No es ese de la golondrina, que le va quitando trozos de oro y lo deja hecho una mierda?

Dray le desabrocha el vaquero y se lo baja de forma brusca para seguir con el tatuaje. Su actitud la incomoda y la devuelve a la realidad. Está de

espaldas, con el culo, que ahora ha quedado casi entero a la vista, vuelto hacia él. Es evidente que a Dray le excita. Se quita los guantes para seguir con el tatuaje.

—¿Qué día es el *attake*? —pregunta ella sin poder volver a concentrarse.

—Solo lo sabe First; nosotros tenemos que estar preparados en cualquier momento.

—¿Y por qué dice que va a ser diferente a los anteriores? ¿Va a ser más peligroso?

El joven activista limpia con la mano los puntitos de sangre que van apareciendo en la zona del tatuaje. Al rozar la piel, baja más de la cuenta. Se

está aprovechando de la situación. Como ella no se queja, mete la mano por los pantalones buscando el sexo de Patrizia, que ahora sí se mosquea.

—El tatuaje no es por ahí —le aclara en tono agrio.

—¡Mira, tía, tú no estás preparada para entrar en el Círculo...!

Dray se da cuenta de que First ha llegado y les está observando. Se corta.

—Yo —dice el recién llegado.

El chico entiende la orden, se levanta sin rechistar y su líder se prepara para continuar tatuando a Patrizia. La nueva situación tampoco la tranquiliza mucho. Están en una postura similar a la del día anterior cuando él la

tomó por primera y única vez. Tan solo una tela vaquera y unas braguitas a medio bajar separan las manos de su sexo. Ambos lo saben.

—«Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad. Y el ángel se llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto» —recita el líder—. Alguien le quitó todo su oro y sus joyas preciosas y no fue precisamente por amor. Ahora le queda la desolación de un corazón de plomo y de un pájaro muerto.

A Patrizia le sorprende que alguien como First conozca esa cita del libro que se está tatuando y, también, la reflexión posterior. No se lo esperaba. Y menos que recitara justo la frase en la

que ella estaba pensando unos segundos atrás.

—También yo fui a la universidad.

—¿Qué estudiaste? —se interesa Patrizia.

—Eso ya no importa. Ahora soy otro. Todos lo somos. Tú lo eres. Es hora de vengarte de todo el daño que te han hecho. De todo el dolor que te ha causado la sociedad. Solo así podrás liberarte. Ya estás lista para entrar en el Círculo Beta de manera definitiva. Eres inteligente, crees en lo que haces. Estoy seguro que arriesgarías tu vida por nosotros. Por eso te quiero conmigo. Lo que viene ahora va a ser muy grande.

Patrizia se agobia. ¿De verdad lo

que están preparando va a ser mucho más grande, como insinúan todos? ¿Qué puede significar eso? Las palabras de su líder la han descolocado. Hasta ahora los *attakes* han tenido consecuencias graves y eso que no intentaban más que llamar la atención sobre el grupo. Generar un debate sobre la aparición o no de las noticias en los medios de comunicación. Ella sabía que habría riesgos y estaba dispuesta a aceptarlos. También su amiga Mac. Y lo pagó con su vida. Algo en la tensión que se vive en estos últimos días en el grupo le dice que a partir de este momento las acciones van a ser diferentes, que de verdad van a dar un paso ante el que no

va a haber vuelta atrás. Y no sabe si de verdad es lo que ella quería.

First limpia de nuevo la sangre y Patrizia nota la presión de los dedos en la espalda. Hoy no va a permitir que la posea. Todavía siente dolor y asco. Su integración en el grupo no funciona como esperaba. «Y ya no hay vuelta atrás», se repite. El embudo en el que llevan tanto tiempo dando vueltas está llegando a su final. Y solo hay un camino. First no va a consentir que nadie falle. Ni mucho menos que le traicionen.

Es de noche en la ciudad. No ha parado de llover desde por la mañana. En el

zoológico algunas jaulas se están inundando y los escasos recursos de personal que tiene el recinto a estas horas no dan abasto para solucionar el problema. Tienen que trasladar animales de sus hábitats a otras jaulas cubiertas. Está siendo muy complicado recolocar a los tigres, ya que están muy nerviosos por culpa de la tormenta. Hace unos minutos un rayo fue a parar a una de las construcciones del zoo produciendo serios desperfectos en el cuadro eléctrico. Se ha producido un pequeño incendio, que, por fortuna, ha podido ser controlado. Alguna de las vallas electrificadas está teniendo cortes y eso podría significar que algunos animales

saliesen de sus jaulas. En general, serían los menos peligrosos, pero hasta un grupo de cebras asustadas puede complicar la vida a los más avezados cuidadores. Incluso Kenny Millet ha venido al zoo para ayudar, a pesar de no ser su turno. El personal corre de un lado a otro intentando atajar el problema. No se dan cuenta de que, en una parte de El Reino de los Gorilas, los chimpancés hace rato que están gruñendo bajito, como si quisieran organizarse, como cuando preparan en libertad una cacería de monos más pequeños. Han empezado a escarbar en el suelo húmedo de su jaula en la parte que se comunica con la de los gorilas,

donde, desde que murió Kesho, el «espalda plateada», ya solo quedan Wounda y su cría de apenas unas semanas. Ambas duermen con un sueño intranquilo. Pero no escuchan lo que hacen sus vecinos. En poco tiempo estos ya pueden pasar un brazo al otro lado de la separación de ambos recintos. Si siguen trabajando en conjunto, podrán cruzar al otro lado en escasos minutos. Por fin, la madre gorila escucha algo sospechoso y abre los ojos. Sin soltar a su cría, se acerca al lugar del que vienen los extraños sonidos y comprueba que un chimpancé de pequeña estatura está a punto de deslizarse por la abertura. No se lo piensa dos veces y chilla con todas

sus fuerzas mientras deja a Nim en el suelo, que se despierta asustado. Se lanza contra el intruso. Wounda es de mayor tamaño que el chimpancé, al que además pilla despistado intentando cruzar. Sin dudar, le agarra la cabeza y se la retuerce, matándolo en un instante. Sin dejar de gruñir. Instintivamente le muerde el cuello para asegurarse de que no se va a despertar más. La sangre le cae por los colmillos. El cuerpo del chimpancé queda atascado en el hoyo. Los demás simios al ver lo ocurrido empiezan a golpear el cristal de la separación y a tirar de las extremidades de su congénere sin conseguir recuperar el cadáver. Un empleado del zoo llega a

la zona al escuchar los gritos y pide ayuda por *walkie*.

En pocos minutos, que a él se le hacen eternos, llegan varios miembros del personal. Hay muchos chimpancés saltando enloquecidos y no tienen capacidad para adormecerlos a todos, por lo que optan por abrir la jaula de los gorilas. El propio Kenny Millet logra colocar un lazo en el cuello de Wounda, que ya tiene de nuevo a su cría en los brazos. Lleva las palmas manchadas de sangre y ensucia a Nim. Otros tres lazos agarran del cuello a la gorila para inmovilizarla. Ella, al ver al jefe de la zona, no opone resistencia. Sigue diluviando. Todos están empapados y

los chimpancés cada vez aúllan más fuerte. Están destrozando el cuerpo del mono atrapado para conseguir pasar por el hueco. El espectáculo es dantesco. Kenny da las órdenes rápido, sabe lo que tienen que hacer. Empujan con suavidad a Wounda y la conducen al edificio donde se trata a los animales heridos. Una vez dentro, la meten en una jaula vacía. Es algo pequeña e incómoda, pero ahí estarán tranquilos. La gorila está desorientada por lo sucedido y abraza con excesiva fuerza a Nim. Kenny Millet se acerca y le habla bajito.

—Aquí estarás bien, Wounda. No tienes de qué preocuparte, ¿vale? —

Acompaña estas palabras con lenguaje de signos. Consigue dar cierta paz a la gorila—. Eso es. Ahora tengo que salir, ¿de acuerdo? —Kenny cruza la mirada con Wounda y sale a intentar poner orden en el resto de las jaulas—. ¡Hay que pedir más dardos! —grita mientras desaparece de nuevo bajo la torrencial lluvia.

Nim, de manera instintiva, succiona el pezón de su madre, a la que se le ha retirado la leche por culpa del pánico que ha sentido.

Las basuras, empapadas, huelen a moho y a podredumbre. Ya van nueve semanas sin que se recojan. Unos coches de la

policía atraviesan la ciudad sin llamar la atención. Las ruedas sisean en contacto con el agua del suelo. Siguiéndolos a escasa distancia, Fesser conduce su propio vehículo. Jellineck lleva en el regazo la tableta de su compañero, en la que se ve Ondaseven. Está hablando por teléfono sin dejar de mirar la pantalla Retina de última generación. Pregunta a Indira si puede quedarse esta noche un poco más con su mujer. Le promete el doble de dinero y, por una vez, parece que la hindú accede. Cuelgan. El inspector jefe se ve en la tesitura de tener que explicarle a su compañero lo que sucede.

—Mi mujer —dice— anda algo

pachucha últimamente. Pero no es nada. —Fesser asiente. Piensa que Pam está mal desde hace tiempo. Respeta que su jefe no quiera contarle nada, así que cambia de tema.

—¿Crees que Shultheiss ha reclutado a estos activistas para que lo ayuden en sus planes? —pregunta Fesser.

—Tiene toda la pinta. Esos tatuajes..., ¿por qué los iban a llevar si no hay una relación?

—Están muy bien entrenados. Lo de Charing Cross fue impactante.

—¿Y los paramilitares que han secuestrado al presidente de Ondaseven?

—Tal vez sean ellos también — sugiere Fesser—. Aunque no veo la relación entre todos los sucesos. El secuestro sí que puede tener que ver con Shultheiss. Las bombas falsas del metro, no sé...

—¿Tan solo una coincidencia en fechas? —pregunta Jellineck poniendo a prueba a su subordinado.

—Ya, tú no crees en las casualidades.

—Quieren desequilibrar, producir caos. Controlar lo que sale en los medios. Ya lo apuntaba la tesis del presentador. Ahí, de alguna manera, anunciaba todo esto. Y lo de los códigos BIDI es una buena pista. En eso vamos

por delante. No creo que ellos piensen que lo hemos relacionado. ¿Qué se dice en Internet de este grupo?, ¿habéis encontrado algo?

—No. Estamos investigando varias cuentas sospechosas de Twitter. En los últimos años se ha disparado el número de ataques de grupos antisistema. Desde la crisis de finales de 2017. Si bien es verdad que en estas semanas se han producido acciones de vandalismo callejero muy bien organizado, estamos viendo si son atribuibles a alguno de los muertos. Al que llevaba el código tatuado del disco de los Jam, o al del ordenador Mac. ¿Tuvieron ellos algo que ver? Otra vez miles de horas de

grabaciones. Tal vez haya relación en algunos de los hechos y otros sean simplemente de imitadores.

Jellineck asiente. Y añade:

—¿Te acuerdas cuando parecía tan solo un accidente en un concurso de televisión? Ojalá hubiese sido eso.

El coche dobla una esquina y al fondo aparece el edificio de Attak. Impone. Continúa lloviendo. La comitiva se detiene a una distancia prudencial.

Dentro de la nave, Patrizia trabaja en su taller. Le molesta el tatuaje de su espalda más de lo que lo hizo el *piercing* del clítoris. Más, porque le ve

menos sentido. Y eso que la historia de Oscar Wilde le encanta. Pero no el que sea obligatorio identificarse con un código BIDI. «Sin vuelta atrás», piensa. Lleva casi dos años en el grupo ganándose la confianza del resto. Se acuerda de cuando los conoció en China. De los días que pasaron juntos buceando en Shicheng, la ciudad hundida bajo las aguas. Y de la vuelta a Londres. De los primeros encuentros, en bares; de las charlas con Mac sobre lo injusto del sistema capitalista; de las noches hasta las tantas hablando, compartiendo deportes extremos. Es difícil encontrar a gente así, por la que se sienta tanta afinidad. Ella siempre había ido por

libre, había hecho teatro experimental en la universidad, rayando en ocasiones la violencia, pero no era lo mismo. Cuando decidió viajar sola a China acababa de dejar la carrera para enfado de Laszlo. Llevaban ya casi doce meses de relación. Él había supuesto su primera pareja estable. Antes había tenido muchos encuentros sexuales, demasiados. Ninguno le había satisfecho. Sí había tenido buenos y malos orgasmos, momentos violentos, apasionados, e incluso divertidos, pero nunca tiernos. No había sido ella misma. No se lo había permitido. A ninguno le había hablado sobre sus padres ni sobre su pasado. Tampoco a Laszlo, pero él lo

había intuido todo; la vergüenza, los baldosines blancos, la sangre, la madre lejos. Sin necesidad de explicarlo. Tan solo por su empatía, por su capacidad de sentir lo que ella sentía solo con besarla, con abrazarla. Por eso no le había dejado acercarse más. Lo que tenía dentro le escocía y no tenía intención de compartirlo. Hasta hace pocos días, cuando durmieron juntos, cuando apagó las televisiones. Esa noche se lo habría contado todo: cómo su padre abusaba de ella, cómo su madre no quiso saber nada, cómo recordaba los detalles, su cara apoyada en los baldosines blancos. Un perro que ladraba a lo lejos. La oscuridad. La

vergüenza que sintió después. Pero no hablaron, tan solo se durmió. Y a la mañana siguiente ella tenía que acudir a la cita, a Charing Cross, donde murió la reina Leonor de Castilla, o, al menos, así se lo contaron en el colegio. Donde murió Mac. Y desde ese instante supo que todo se acabaría. Un fatalismo imparable la había llevado a gritarle y a amenazarle, a expulsarle de su vida, a volver con First y a dejarse follar. Con dolor. A dejar que su pene le arañase las entrañas como su padre lo había hecho años antes, a tatuarse la espalda, a estar dispuesta a morir sin saber ahora ya muy bien por qué. Por ese fatalismo imparable. «Sin vuelta atrás».

Hay un televisor encendido de fondo, sintonizado en Ondaseven. Desde hace días intenta ver lo más posible la programación de la cadena. Intuye que va a ocurrir algo grave. Seguro que el presentador tiene pensada una acción más espectacular. Lo del secuestro del presidente de la emisora con el pene al aire vestido de mujer volvió a ser inesperado y efectista. En estos momentos se está retransmitiendo el partido del Chelsea. Pierde por dos a cero, aunque acaban de pitarle un penalti a favor. Isaac Drogba, la nueva estrella del equipo, hijo del mítico Didier, se dispone a lanzarlo. Mira al portero y espera el pitido del árbitro. Suena. Toma

carrerilla... y la imagen se pierde por unos segundos hasta que aparece la interferencia con su sonido habitual y, a continuación, la cara de Shultheiss. Lleva un tatuaje nuevo en la frente.

En casa de Laszlo se escucha un gruñido del padre, aficionado del Chelsea y amigo del presidente.

—¡Andrea, ya ha salido el presentador ese otra vez! ¡¿Es que nadie va a hacer nada?!

A la madre hace mucho tiempo que le da igual lo que grite su marido. Le da igual lo que vocifere, lo que piense y lo que haga con otras mujeres, mientras siga manteniendo el estatus de la familia

y su nivel de vida. De forma que no hay problema. A Laszlo sí le llama la atención, por una vez, lo que chilla su progenitor. Sale de su habitación a medio vestir y con el pelo mojado.

—Mamá, ¿qué ha dicho papá?

—¿Estás bien? ¿Has tomado la medicación? Llevas dos días sin tomarla y el médico...

—¿Qué coño ha dicho papá? — Laszlo no espera la contestación de su madre y enciende el televisor de su cuarto.

—No sé, será el presentador ese, el de los tiburones.

Efectivamente, esa es la cara que se ve en el monitor de su dormitorio. Y

también en la pantalla Retina de los policías.

En el taller, Patrizia se ha quedado pegada a la pantalla en la que Shultheiss sonríe y comienza a hablar con tranquilidad.

«Llevaba ya varios días sin aparecer en la cadena y la audiencia empezaba a bajar, ¿verdad? Pero hoy vamos a tener un programa especial, con dos invitados de excepción —añade con el entusiasmo del presentador que fue hasta hace unos días—. La futura ganadora del *reality* de moda. Hola, Sylvia».

Él mismo coge la cámara que lo está grabando y se mueve hacia la izquierda.

Aparece en primer plano Sylvia Murano con una mordaza puesta.

«¿No dices nada? Ah, perdón, perdón. No puedes con el pañuelo». Se lo quita, pero la chica solo llora. Tiene una herida en la cara. Está guapa, con el pelo desordenado y maquillada con estilo, no en exceso. «Mejor, ¿verdad?».

«Ya es suficiente, Shultheiss, ¿no cree?» dice una voz fuera de campo. En las casas, los espectadores de Ondaseven no ven de quién se trata. Patrizia sabe perfectamente que es Klimt Owd. Jellineck, también.

«¿Ya es suficiente? No —niega el presentador—. Nuestros espectadores quieren algo más. Criticarán esta

emisión; que si es una vergüenza, que si en horario infantil, que si no saben si han metido el penalti..., pero ¿a que seguís mirando? Todos. ¿De qué vais a hablar mañana en el trabajo si no? Bueno, eso el que tenga trabajo».

Gira la cámara y se ve a Klimt, que también está atado. Va correctamente vestido de chaqueta y corbata. No lleva la peluca de mujer.

En el entorno de la nave industrial, varios policías se aproximan al coche de Fesser para enterarse de lo que se está emitiendo. Piensan que, a lo mejor, la señal procede del almacén. El jefe de las operaciones especiales empieza a dar órdenes y se preparan para el asalto.

Shultheiss continúa: «Esas corbatas que se pone usted... Ay, no se puede tener una mujer tan joven, a su edad... Ella seguro que lo quiere por ser como es —ríe—. ¿Y qué será del premio que tenían que entregarle la semana que viene? El premio a toda una vida. ¿Cree que se lo darán después de lo que emitió el otro día su propia cadena? Twitter está que arde, es usted *trending topic*. Almohadilla-KlintOwd. Lo han puesto con “n”. Klimt es con “m”, por Dios. Usted, vestido de mujer, a punto de follar... Uy, he dicho follar —gira la cámara hacia sí mismo—, perdón. Una vida frente a ¿qué? ¿Tres segundos? Un detalle por parte de su cadena pixelarle

el pene, por cierto. Aunque no se crean, para su edad..., la Viagra hace milagros. Perder todo por tres segundos».

«¡Eso ahora da igual! —grita Klimt—. ¡Este es un problema entre usted y yo, deje a la pobre chica en paz!».

«Ah, es verdad, que usted me pidió un cara a cara. Muy bien. Aquí me tiene».

En millones de hogares, las familias, los solteros, los separados, los gays, los heterosexuales, los niños y las niñas, los sacerdotes, las arquitectas, los ingenieros, las lesbianas, las monjas, los buzos, los encargados del zoo, las presentadoras de televisión, los atrezistas, los casados por segunda vez,

por tercera, los asesinos, los bomberos, los futbolistas, las restauradoras, las abogadas, los médicos, los adolescentes, los viejos, las profesoras, los alumnos, los friquis, los periodistas... atienden, alienados, a lo que sucede. Patrizia deja su trabajo y también se queda fascinada. Admira al presentador, cómo maneja el tiempo televisivo, el carisma que tiene. Ahora tan diferente a cuando presentaba *El Especialista*. Tan siniestro y tan encantador.

«¿Qué cree que tendrá más audiencia, que usted y yo hablemos de nuestras cositas o que mostremos más a la chica?».

Shultheiss mueve la cámara y el

plano que enseña a Sylvia se va abriendo despacio. Está atada de manos y lleva un vestido bonito. Al verla de cuerpo entero, los espectadores pueden comprobar que está desnuda de cintura para abajo y el sexo queda a la vista.

«¡Vestuario, por favor, esta chica está medio desnuda...! ¡Por favor, la nueva estrella de la televisión! Ahora todas se depilan —añade en tono confidencial—. Y a mí, ¿qué quieren que les diga? No me va mucho. Salvo en Carla. Y es que dicen que, además, la falta de vello púbico favorece la transmisión de enfermedades sexuales».

Nim, todavía aterrorizada, está en la enfermería del zoo acompañada por su

madre, Wounda. Ambas están en una jaula esperando a que arreglen los desperfectos del cristal que sirve de separación entre el espacio de los chimpancés y el de los gorilas. Una televisión, al fondo de la sala, reproduce el mismo programa. Nim no puede quitar el ojo de la pantalla. De la mirada de Shultheiss.

Los alrededores del almacén están tranquilos. Nadie pasea por la zona. Todo el mundo está delante de una pantalla. Es improbable que un vecino despistado estropee la operación. Jellineck, desde el interior del coche, tiene un ojo atento a los movimientos de

los policías y con el otro no pierde de vista lo que sucede en el iPad.

—Ya está preparado el grupo de asalto. ¿Tú crees que está emitiendo desde aquí? —dice Fesser acercándose a la ventanilla.

—Espero que no, ya sabes lo que detesto salir en la tele. No quisiera verme interrumpiendo el programa. Imagínate, el vídeo más descargado de YouTube.

Las unidades especiales SCO19 de la nueva Scotland Yard se preparan para hacer estallar la puerta principal de la nave mientras otros de sus miembros pretenden descolgarse por las ventanas.

En la televisión, Klimt Owd

continúa argumentando, sin perder los nervios. No parece tener miedo a lo que pueda sucederle. Tal vez ya lo haya perdido todo. «Le ordeno que acabe ahora mismo con esto. ¡Se lo ordeno!», dice de manera contundente.

Shultheiss le mira algo sorprendido por la seguridad con la que lo ha expresado. Por la imposición de sus palabras. «¿Me ordena?», repite mientras deja la cámara. En los hogares se deja de ver lo que sucede, pero se intuye que, por una vez, el presentador ha perdido los nervios y golpea sin piedad al presidente de la cadena. «¿Me ordena?», repite. A pesar de que solo se ve el suelo de la nave, la situación es

terriblemente violenta. A casi todos los espectadores les cuesta mantener la vista en la pantalla. Incluso Wounda trata de que su cría no siga mirando y la abraza con fuerza.

«De acuerdo», concluye Shultheiss de repente. «Tiene usted razón». Recoge la cámara del suelo y se enfoca a sí mismo, jadeante. Recupera la respiración. «Es verdad, está quedando largo». Shultheiss acepta las palabras del presidente de la cadena y asiente. Saca una pistola y mata en directo, de un tiro en la sien, a Sylvia Murano, que no ha tenido tiempo ni de ver qué iba a ocurrir. Klimt grita y el presentador actúa como si nada hubiera pasado. Se

acerca mucho a cámara. Habla con suavidad:

«Sylvia ha conseguido lo que quería: ser historia de la televisión. ¿A que se os acelera el corazón y no podéis cambiar de canal? Os gusta, ¿eh? Hay un camino de goce hacia lo real que vamos a descubrir juntos... Tenéis miedo a la verdad, pero yo os la voy a enseñar. Esto es la verdad, es la realidad, esto es la muerte».

Ahora apunta con la pistola a Klimt, con la cara ensangrentada, que tiembla de miedo aunque consigue mantener la dignidad.

«Por cierto, han fallado el penalti. Lo siento, *blues*», añade Shultheiss en

referencia a los seguidores del Chelsea. Después vuelve la interferencia. Solo nieve. Y, sobre ella, aparece un texto con una dirección de una web.

www.therealdeath.com





www.circuloslanovela.com

CIRCULO 5



«Antes, en casa, el País de Nunca Jamás siempre empezaba a tener un aire un poco oscuro y amenazador a la hora de

irse a la cama. Entonces surgían zonas inexploradas que se extendían, en ellas se movían sombras negras, el rugido de los animales de presa era muy distinto entonces y, sobre todo, uno perdía la seguridad de que iba a ganar».

J. M. BARRIE

Peter Pan

I

Se produce una explosión en la puerta principal de la nave al tiempo que varios SCO19 se descuelgan por la fachada con cuerdas y entran por las ventanas, desapareciendo de la vista de Fesser y de Jellineck, que permanecen a cierta distancia, escondidos detrás del coche. Dentro del edificio, se oyen más detonaciones. El inspector jefe no aguanta la espera y sale corriendo hacia la entrada.

—¡Jellineck, ¿qué haces?!

No se detiene ante el grito de su

subordinado y se cuela en el interior. Fesser se arma de valor y le sigue, pistola en mano. El recinto es inmenso, con grandes telones que separan espacios. Está oscuro, solo iluminado con algunos puntos de luz aislados. El inspector se queda impresionado por lo que ve: una gran estructura metálica, un escenario central y abundante maquinaria pesada, la que utiliza el Grupo Attak para su entrenamiento. Suena una música estridente, a gran volumen, que aumenta la confusión. Por el centro de la sala corren las fuerzas especiales dispersándose de manera ordenada. De pronto se oye un gran estruendo: una bomba ha explotado en la

parte superior de la cúpula, desprendiendo la estructura que sujeta el escenario. Un policía resulta aplastado. La estancia se llena de polvo, apenas se ve nada. Entre los acordes de las guitarras, suena un intercambio de disparos. Gritos. Nuevas explosiones. Humo. Fesser no se esperaba algo así. Es una locura. La intervención se parece más a un combate de guerra que a un despliegue policial como a los que estaba acostumbrado hasta este momento. Entre sombras le parece vislumbrar a su superior corriendo hacia un portalón. El corazón le late fuerte. Siente miedo.

Jellineck accede a la siguiente nave,

más pequeña que la central. Está tomada por las fuerzas de seguridad. Hay ordenadores y pantallas de diverso tamaño y un *attak* muerto. Iba armado. El jefe de los SCO19 acude a su encuentro.

—Veo que no hay nadie —comenta el inspector jefe. Al policía de asalto le desconcierta la observación y señala al muerto, que lleva un código BIDI en el brazo—. Ese no es nadie —continúa—. Y ahora, menos. Hay mucha tecnología, pero no están emitiendo desde aquí. Si el juez hubiese aprobado la toma de la torre de BT, el presentador no habría vuelto a interferir la señal. ¡Y esa chica estaría viva! ¡Joder!

Jellineck tiene sensación de fracaso. Creía que estaban cerca de localizar a Shultheiss, que iban a encontrarlo en la nave junto al presidente de Ondaseven y la chica del *reality*. Mira la sala; las paredes están llenas de ilustraciones en contra de la televisión. Se fija en una de ellas en la que una tubería une el váter que está en la segunda planta con la pantalla de televisión del piso de abajo. Le parece un poco obvio. Si los directivos de las cadenas lo hiciesen tan descaradamente mal, la gente no entraría en su juego. Odia los medios de comunicación, pero eso no quita para que reconozca que saben manipular a la población con cierta inteligencia.

Encuentra también una máscara de *V de Vendetta* en una mesa y la coge. Aunque no ha visto la película, sí leyó en su día el cómic. Un nuevo tiroteo lo saca de sus pensamientos. El jefe de los SCO19 reacciona y se dirige hacia el lugar de donde provienen los disparos. La música continúa llenándolo todo.

—¡Coño, podríais tener peor puntería! ¡Los vais a matar a todos! — grita el viejo inspector antes de quedarse solo. Revisa la sala. No le cabe duda de que es una especie de centro de control de todo el entramado. Harán falta expertos en informática para descifrar los datos que ahí se encuentran. Localiza una trampilla en el

suelo, oculta bajo una esterilla, la mueve y se abre con facilidad. Se ve que se usa a menudo. En las escaleras que descienden apenas hay iluminación. Busca a algún compañero que pueda escoltarlo, pero no hay nadie. Por un momento, echa de menos a Fesser. Decide sacar su arma y bajar las escaleras empinadas que llevan al sótano. Le cuesta; los peldaños están demasiado separados y son irregulares. «Como para escapar por ahí con prisa», piensa justo antes de llegar a la parte inferior. Es la galería, flanqueada por las celdas que sirven de camerinos a los miembros del grupo. El aspecto del pasadizo no ayuda precisamente a

tranquilizarse. Está oscuro, solo hay un par de bombillas colgadas, que apenas iluminan. Por suerte, en el subterráneo casi no se oye la música.

Patrizia estaba trabajando en el taller del final del corredor cuando los SCO19 irrumpieron en la nave. Se escondió hasta entender lo que estaba sucediendo. Ha permanecido así hasta ahora, cuando escucha unos pasos acercándose. Le dura la turbación por lo que ha visto en antena: Shultheiss asesinando a sangre fría a esa chica.

El suelo es de arena, cosa que complica lo de pasar desapercibido. Jellineck es consciente de ello, pero no puede evitar que suenen sus pasos. El

fondo está más iluminado que el resto del pasillo. El policía ve cómo se apaga la luz. Es evidente que hay alguien, que esa persona sabe que él se está acercando y que ha optado por aumentar la penumbra aunque así delate su posición. No le gusta. Ambos saben que hay otro y las condiciones del enfrentamiento no las ha elegido él. Tal vez su oponente tenga gafas de visión nocturna. Su incipiente glaucoma no puede competir con esa tecnología. Se detiene y espera. No se percibe movimiento alguno. Se mantiene así durante unos minutos, que le resultan interminables, hasta que considera que, si la persona escondida en la habitación

del fondo estuviese armada, ya habría salido a enfrentarse con él, dado que se encuentra en un espacio más abierto, con pocos rincones donde ocultarse. Todas las verjas están cerradas.

—¡Salga con las manos en alto! Está rodeado por los SCO19.

La voz ronca y enferma del inspector jefe no añade mucha credibilidad a la amenaza. Él mismo, al escuchar el eco, preferiría no haber hablado. Avanza unos pasos más y llega a la entrada de la sala. En el mismo momento en que se asoma, Patrizia salta con agilidad y le empuja, derribándolo. La chica corre por el pasillo. Jellineck dispara hacia el techo produciendo un gran estruendo. La

figura que huye cae al suelo. Jellineck cree que, tal vez, la haya herido un rebote de la bala. Se acerca empuñando el arma. El cuerpo está tendido boca abajo. No se ve bien quién es ni si está sangrando, pero sí se distingue un código BIDI en su espalda, gracias a un reflejo que la ilumina. El inspector se distrae unos segundos mirándolo, lo que aprovecha la chica para girarse sobre sí misma con rapidez y enganchar con sus piernas las del policía, que cae a la arena. Se monta encima de él. Le ha cogido la pistola y le encañona. El inspector jefe no puede ver bien la cara de su atacante, está a contraluz. Se nota que es una mujer, por su contorno, y que

es muy joven.

—¿Quién eres? No tienes más de veinte años, ¿qué haces aquí?

Patrizia no le contesta y lo mantiene encañonado. Se escucha alguna detonación a lo lejos.

—Vamos, deja eso, eres una cría. Te puedes hacer daño.

Jellineck intenta zafarse. Está mayor, pero no ha sido un mal luchador. La muchacha consigue evitar su ataque y asestarle un puñetazo en la cara. El policía comprende que es una tía dura; por ahí no va bien.

—¡Joder! ¿Tú sabes lo que cuestan estos putos dientes postizos?

La joven se queda desconcertada por

la actitud de Jellineck, que no da la sensación de temer a la muerte.

—No te muevas. —Patrizia le encañona de nuevo, levantándose despacio. Se va a alejar cuando el policía habla.

—He visto tu tatuaje.

—¿Y qué? —dice sin entender el motivo de la afirmación.

—He visto otros así antes. En el depósito de cadáveres.

Ella se detiene un instante.

—Un disco de los Jam y un Mac.

Patrizia se queda impactada. Jellineck nota que ha dado con una clave. No va a dejar pasar esta oportunidad.

—¿Se llamaban así? También eran muy jóvenes. ¿Qué está pasando? ¿Por qué han muerto?

—Somos un grupo de activistas que odiamos la manipulación de los medios de comunicación.

—No me jodas, y yo. Pero apago la tele, no me cargo a la gente.

—Nosotros tampoco. Ha sido un accidente —suena sincera.

—¿Y Shultheiss? ¿Qué tenéis que ver con el presentador?

—¿Con él? —Patrizia se queda sorprendida con la pregunta—. Nada.

—¿Esto lo ha montado él? ¿Os paga? —Jellineck se va incorporando lentamente.

Patrizia niega con la cabeza; está desconcertada. El inspector se da cuenta y piensa que, si existe alguna conexión, ella la desconoce. Sin dejar que estos pensamientos le detengan, se arma de valor y ahora es él quien se levanta y la derriba. La pistola cae al suelo, pero no consigue dominar a la joven; es muy ágil. Le golpea, lo deja tirado y huye por la galería. La mente de Patrizia trabaja muy deprisa intentando entender la conversación que ha tenido con el policía. Jellineck recupera su arma. No puede haber huellas, su contrincante llevaba guantes.

Tras unos segundos, Fesser, seguido por varios SCO19 llega hasta su jefe.

Ha oído el disparo y ha acudido tan pronto como le ha sido posible.

—¿Estás bien?

—A buenas horas. Se ha escapado.

—Sí, ya lo he notado —contesta

Fesser mirando a todas partes—. Arriba la situación está controlada. No hemos conseguido atrapar a nadie con vida. Cuatro muertos suyos y uno de los nuestros herido grave. Ni rastro de Shultheiss, ni del presidente de Ondaseven, ni de la chica esa del *reality*. Joder, estamos totalmente perdidos. Todo nos lleva... a ninguna parte.

Laszlo teclea www.therealdeath.com en

el ordenador. En Gran Bretaña, treinta y cinco millones de personas hacen lo mismo simultáneamente. Internet se satura y se ralentiza. Los que consiguen entrar en la página se encuentran con un mensaje donde se pide un *login* con un usuario, una contraseña y un número de tarjeta de crédito. En la parte inferior hay un contador de entradas que está disparado. Treinta y cinco millones seiscientos veinticinco mil doscientas cuarenta y nueve, cincuenta, cincuenta y una, cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco... Sube veinte mil personas cada ochenta segundos. Todos esos usuarios han metido una tarjeta de crédito válida y

han pagado nueve libras con noventa y nueve peniques por el acceso. Laszlo es uno de ellos.

La infinidad de restos de basura esparcidos por la calle genera un olor nauseabundo; parece que la ciudad va a oler así para siempre. Las ratas campan a sus anchas sin que los humanos puedan controlarlas. Sus únicos enemigos son los perros, pero al ser inferiores en número, estos prefieren huir antes que enfrentarse con manadas de agresivos roedores. La gente está indignada porque ya hay quien ni puede salir de sus casas por la acumulación de los desperdicios. La corrupción crónica de

la Administración se encuentra incapacitada para encontrar una solución definitiva al problema. Algunos vecinos han empezado a quemar las basuras contribuyendo a dar un aspecto cada vez más apocalíptico a la ciudad. La policía sí que ha intervenido en esos casos y se han producido detenciones ante las protestas de los implicados. Se han creado algunas plataformas bajo el nombre de «Londres apestada», pero no han conseguido que se avance en la negociación. Tampoco han logrado presencia suficiente en Twitter debido a la campaña de desprestigio orquestada por el gobierno municipal, que les acusa de comunistas antisistema cuando no son

más que personas corrientes hartas de la huelga. Para otros, esta crisis es una más, como la eléctrica o la de la calidad del agua, y no están dispuestos a jugársela en estas acciones de protesta.

Patrizia ha salido de la nave por un antiguo túnel que el grupo mantiene en buen estado. Se construyó en la Segunda Guerra Mundial en previsión de un posible bombardeo de los nazis. Y no será fácil que los policías hallen la entrada. Recuerda que First le había hablado en alguna ocasión sobre cómo afrontar una huida de emergencia. Ella nunca pensó que sucedería. Ahora le han sido muy útiles las indicaciones. Desde la entrada del pasadizo ha podido

apretar un código para borrar las memorias de los ordenadores y todo aquello que pudiera permitir localizar a los miembros de Attak y poner así fin a las misiones en fase de preparación.

—Han entrado en la fiesta sin avisar —dice hablando por el móvil. Sabe que no debe pronunciar la palabra «policía» ni nada similar. Se rastrean las llamadas mediante palabras clave—. Han aparecido de repente.

—Lo sabemos —dice Shoei en la línea.

—Creo que ha habido bajas entre los organizadores —comenta desenchajada.

—No te preocupes, no pasa nada. Te

mandaremos una nueva dirección. Estaba previsto que pudiera pasar.

Shoei está con First en un teatro abandonado. Hay movimiento de *attaks* adecuando el lugar. Instalan ordenadores y conexiones de alta tecnología.

Patrizia camina sola por la calle. «Estaba previsto». La situación excede los límites de su comprensión. No puede evitar pensar en sus amigos muertos. Y en lo que le ha dicho el policía sobre Shultheiss. Y en Laszlo. Sobre todo en Laszlo.

Llueve torrencialmente sobre la basura esparcida por la ciudad.

Un gorila muere en el zoológico de Praga. En cautividad, solo quedan dos

en todo el mundo: Wounda y su cría, Nim.

En las inmediaciones de la nave de Attak la policía ha montado un dispositivo para atender a los heridos y se ha acordonado la zona para que nadie pueda acercarse. Se están empezando a analizar las pruebas encontradas. Se ha hecho con bastante celeridad, el Gobierno ha decidido dar prioridad a este asunto tras la petición de Scotland Yard por si tuviese realmente algún vínculo con los sucesos de Ondaseven, aunque los superiores de Jellineck no lo ven del todo claro. Él defiende que sí hay conexión. Que la chica con la que

habló en el sótano claramente conocía a los otros fallecidos, que pertenecían a ese mismo grupo y que no puede ser casualidad que el propio presentador tuviese un código BIDI en su casa. Como ha asegurado en muchas ocasiones, no hay nada casual en todo esto. Si hay relación entre lo que está sucediendo con los falsos atentados de Charing Cross, el montaje es mucho más complejo de lo que podría parecer. No se trata de un presentador que ha perdido la cabeza y que quiere llamar la atención. Los métodos del grupo que secuestró a Klimt Owd encajan perfectamente con lo que han visto en la nave y con algunas de las armas

incautadas en el lugar de los hechos. No es definitivo, pero es una hipótesis bastante razonable.

La mente de Jellineck viaja de unos datos a otros tratando de ordenarlos cuando Fesser se acerca con una información que les acaba de llegar. Tienen una foto y el currículum del compañero de universidad al que Shultheiss había dedicado la tesis hace años. No es otro que First, con otro nombre, Charles Dahmer, muchos músculos menos y una sonrisa encantadora que desapareció hace años de su rostro. La policía no conoce todavía esta conexión. No han visto nunca al líder de Attak. Pero Dahmer

está en paradero desconocido desde hace tres años, según los datos que obran en poder de Scotland Yard. Ninguna condena, nada que pueda hacer sospechar que esa persona pueda ser la culpable junto a Shultheiss de lo que está ocurriendo. El inspector jefe mira la fotografía.

—Sigue buscando. Tiene que tener algo que ver —dice deseando que sea cierto.

Fesser no está tan seguro, pero hace un gesto a uno de sus policías para que sigan con ello.

—Y tenemos pendiente la autorización para ver el expediente completo de Shultheiss —añade el

inspector jefe.

—Hemos tramitado la petición al juez. A lo mejor tenemos que ir a explicárselo en persona.

—Avísame para que ese día busque unos calcetines limpios.

Su subordinado sonrío por una vez. Jellineck le mira y suspira.

—¿Tú crees que Klimt seguirá vivo?

II

En pocas horas, el suceso se ha

convertido en un fenómeno transmedia: televisión, Internet, segundas pantallas, *apps* complementarias, móviles, grupos de WhatsApp, redes sociales, acciones en la calle. La gente cuelga vídeos, se han abierto blogs, páginas de debate. Ya se tuitea con #estanocheeslanoche. De manera espontánea ha surgido también #shultheissforever. En los alrededores de la emisora, miles de manifestantes piden su cierre y multitud de cámaras recogen el momento. En las redes sociales no se habla de nada más; casi el noventa por ciento de todo tipo de mensajes hace alusión a lo sucedido en Ondaseven. No todos atacan al presentador.



@thx - 2 min

ya era ora d k
alguien así atakara a
las tvs.

#shultheissforever

#estanocheeslanoche



@SandraLove

- 2 min

Estás loco o qué? Es
un asesino!!

#cierre07ya



@thx k - 2

min

que se muera el
presidente de
Ondaseven y la puta
esa del reality me la
follo.

#shultheissforever

#estanocheeslanoche

#klintowd



@mulan -1

min

jajajajajajajaja.

#estanocheeslanoche



@alexswiss -

1 min

adónde vamos a
llegar!!!!!!!



@okupa99 - 1 min

a por ellos!!! Ke se
jodan todosssssss
#shultheissforever



@requenajg - 1 min

Se ha suprimido la
intimidad y todo
espacio codificado
como sagrado.



@thx 1 - min
sí, @requenajg, la
gallina, no te jode.
#estanocheeslanoche
#shultheissforever

La gente, asustada, ha intentado entrar en sus cuentas corrientes sin conseguirlo. Al parecer, han sido canceladas y sus ahorros han dejado de existir. Las oficinas bancarias de gran parte del país han permanecido cerradas

durante todo el día. No saben qué explicación dar a sus clientes. Fueron ellos quienes metieron libremente su cuenta, su clave, su PIN..., ahora no deberían quejarse. Pero a ver qué director de sucursal puede mantener esta postura ante sus depositarios. Los seguros de todas las tarjetas están reunidos con sus abogados para analizar hasta dónde alcanza su responsabilidad en los hechos y si deben responder ante los titulares.

Juan Mendes no ha podido resistirse a volver a tuitear. Aunque la policía le obligó a cancelar su cuenta de @auxtv, tenía otra que se llamaba @lateleyyo. No es lo mismo; en la primera llegó a

tener casi cien mil seguidores y en la segunda solo cuatrocientos veintitrés y le va a costar llegar a una cifra aceptable. La cadena lo despidió al enterarse, por la policía, de que estaba tuiteando cotilleos internos. No lo demandaron, como se pensó en un primer momento. Mejor no hacer más ruido. Aun así, está entre los que protestan fuera. Y lo hace con rabia:

«¡¡Cierre de Ondaseven ya!! ¡¡Ya!!».

Está amaneciendo. Una tenue lluvia cae sobre la ciudad. Entre los asistentes a la improvisada concentración se encuentran también diversos políticos de grupos minoritarios, deseosos de pescar votos en río revuelto. No dudan en

llenarse la boca de declaraciones grandilocuentes sobre libertad y seguridad. Independientemente de lo que defienda cada uno, todos proponen como consecuencia el cierre de la emisora. Incluso quieren llevar el tema al Parlamento europeo. Cada vez más ciudadanos piensan que el Brexit fue un error.

«¡¡Es una vergüenza!! ¡¡Que la cierren!! —grita el gentío—. ¡¡Que la cierren, ya!!».

Un grupo de activistas antisistema lanza piedras contra los manifestantes. Están fascinados por las acciones de Shultheiss, que está consiguiendo su objetivo de desestabilizar. Opinan que

es la única manera de acabar con el capitalismo, algo de lo que ya casi nadie hablaba hasta hace unos días en los medios de comunicación. Entre ellos, hay algunos de los miembros inferiores de Attak que manejan a la gente según su interés. Se ocultan el rostro con máscaras de *V de Vendetta* para no ser grabados por las cámaras que vigilan la zona. Desde que Alan Moore inventó ese personaje en los años ochenta del siglo pasado cada vez más personas en desacuerdo con el sistema las llevan. En el año 2006, la película de los hermanos Wachowski popularizó mucho más el personaje y el grupo Anonymous la adoptó como imagen en un principio en

sus manifestaciones contra la Iglesia de la Cienciología, que acostumbraba a fotografiar a los que protestaban contra ellos y, posteriormente, para el resto de sus acciones. Pocos recuerdan que el personaje del cómic está basado en un católico del siglo XVII que intentó asesinar al rey Jacobo I volando la Casa de los Lores. Fue descubierto, apresado y condenado a muerte. En esa época, a los conspiradores se les colgaba de una soga y antes de morir les cortaban los genitales, les abrían las tripas y les sacaban el corazón para luego decapitarlos. Guido^[15] Fawkes, así se llamaba el traidor, tuvo suerte y se rompió el cuello al instante ahorrándose

todo ese sufrimiento. Su muerte se conmemora desde entonces el 5 de noviembre; la noche de las hogueras. Eso lo aprovechó el guionista para crear un personaje crítico con la política de Margaret Thatcher. Y el dibujante David Lloyd diseñó esa extraña máscara que ahora se puede ver en la manifestación cercana a la puerta de Ondaseven. Quién le iba a decir al seguidor de Felipe III que años después se convertiría en un modelo para los que luchan contra el Estado.

Los seguidores de First llevan semanas publicando de diversas formas nombres concretos de periodistas y de profesionales de la televisión para

provocar un acoso contra ellos. Tanto en redes sociales como en la calle mediante *scratches*. Entre esos nombres está el director de antena, James Castro, como él ya se temía. No todos los periodistas a los que van dirigidas las críticas responden a lo que los *attacks* supuestamente pretenden amenazar: la televisión basura. Algunos son verdaderos defensores de la libertad de expresión. En situaciones como esta, es fácil que se mezclen ideales y antipatías y se aproveche para meter en un mismo saco a las personas que le resultan molestas a un movimiento.

La policía pugna por mantener la paz en la calle. De momento, tiene

controlada la situación, salvo algunos escarceos aislados.

El incremento de la violencia es evidente.

Carla se ha levantado temprano para acudir a la emisora. Quiere estar presente en las posibles reuniones que haya ocasionado la interrupción de la señal de la noche anterior. Y será ella la que abra el informativo de la mañana de manera excepcional para relatar los sucesos provocados por Shultheiss. Es la imagen de la cadena en este tema. Se acerca con su nuevo chófer a las inmediaciones de Ondaseven. El conductor se preocupa. Le han avisado

por radio de lo que está sucediendo y se lo ha comunicado a la presentadora. Pero ella no ha accedido a pedir seguridad ni a ocultarse en el maletero como le han propuesto. Todo lo contrario, ha llamado a la producción de su programa para que mande un par de cámaras a la entrada y grabe su llegada entre la multitud.

La irrupción del vehículo entre el gentío no es fácil. Carla baja la ventanilla y trata de dialogar con los que la insultan. El cámara, enviado por la cadena, transmite en directo las imágenes. La presentadora de informativos sale bien parada, hablando serena y tratando de razonar con los

manifestantes. No consigue convencerlos para que cambien de actitud, pero da bien en los planos, como una periodista valiente que defiende sus posturas y abierta al diálogo incluso en situaciones difíciles. Ondaseven no emitirá las imágenes finales donde la situación se complicaba, cuando los miembros de Attak conseguían movilizar a los manifestantes, que se mostraban cada vez más violentos con ella. Carla terminaba por necesitar la intervención de más de diez guardas jurados de la cadena para lograr acceder a las instalaciones sin ser agredida.

«Más de ochenta y siete millones de personas, no solo británicas, colapsaron ayer por la noche el servidor de www.therealdeath.com —informa Carla dirigiéndose a la cámara 1. Su tono es serio, profesional—. Los que tuvieron la dudosa fortuna de entrar en la página se encontraron con lo siguiente...».

La presentadora deja de hablar, el plano que tenía a su espalda, en el croma, pasa a total y la cara de Shultheiss llena la pantalla del informativo. La grabación tiene poca nitidez, no es calidad HD. En la esquina inferior hay un rótulo que pone [#estanocheeslanoche](#).

«Hoy no matamos a nadie más — explica el presentador a través de la web—. ¿Desilusionados? Bueno, hay que ir dosificando los acontecimientos. No tengan tanta prisa. Tendrán que esperar hasta el viernes 30. Esa noche entraré en directo en el telediario en lo que será mi última aparición ante las cámaras. La última. No habrá más. Pero no estoy diciendo que vaya a cortar la emisión como en otras ocasiones, sino que entraré *en directo* en el telediario. Pueden tuitear con este *hashtag* #estanocheeslanoche —añade señalando el letrero de la pantalla—. Que duerman muy bien y hasta el día 30 a partir de las veinte horas». Parece que se va a acabar

la conexión y, sin embargo, el presentador vuelve a mirar a cámara. «Perdón, perdón, se me olvidaba —añade—. La curiosidad mató al gato; he *hackeado* todos los ordenadores de los usuarios que han entrado en la web: vuestros correos, teléfonos, contraseñas, Twitter, Facebook, Snapchat, Diaspora, Pinterest, Google+, todo. Ah, y cuentas corrientes, PayPal, pago a través de móvil, huellas dactilares, iris...». Sonríe enigmático. Ahora sí termina el mensaje y Carla recupera el plano.

«De la declaración se deduce que dentro de cinco días Patrick Shultheiss tiene la intención de interrumpir el telediario de la noche. La cadena

Ondaseven ya se ha puesto en contacto con el Ministerio del Interior...».

Castro, en la puerta del control de realización, observa los diversos monitores en los que se ve a Carla, que sigue informando sobre lo sucedido la noche anterior. Los grupos antisistema también les han amenazado a ellos. Más a él que a la presentadora. Se pregunta por qué saben su nombre. Su cargo no es público, sino interno de la cadena. Los espectadores no saben qué hace un director de antena. Suena a puesto técnico. Alguien tiene que habérselo dado. No sabe que los miembros de Attak le han incluido en la lista de

«culpables» del escenario actual de los medios de comunicación. Es imposible que Castro comprenda la relación entre los sucesos de la calle y los crímenes de Shultheiss, pero sí puede intuir que la situación se está poniendo cada vez más grave para los directivos de la emisora. El asesinato de Sylvia a sangre fría le ha impactado, aunque haya conseguido disimularlo delante del resto de los empleados. Ya no sabe qué pensar. ¿Ha manejado bien los acontecimientos? Se ha limitado a reaccionar ante hechos consumados, y a vender más cara la publicidad. Intenta justificarse a sí mismo con estos argumentos. La realidad es que se ha aprovechado de lo

sucedido y ahora corre el peligro de que esta actitud se vuelva en su contra. En los últimos días algunos anunciantes han decidido dejar de invertir en Ondaseven. Con esta retirada, las marcas aprovechan para conseguir más notoriedad e intentar ganarse el respeto de los consumidores, especialmente las que tienen que mejorar su imagen, como las cadenas de comida rápida, las farmacéuticas y los bancos. Como si con eso sus hamburguesas, sus vacunas y sus planes de pensiones fueran menos basura que los programas de la televisión. De momento, ha cancelado su cuenta de Twitter para evitar el aluvión de insultos que estaba recibiendo.

En estos pensamientos anda el director de antena cuando los interrumpe el jefe de seguridad.

—Nos dicen que han encontrado a Klimt.

—¿Muerto?

Varios coches de policía están aparcados en una carretera de montaña. El bosque es muy tupido y apenas deja entrever la débil luz solar. Fesser baja lo más rápido que puede por la ladera hacia un riachuelo. Jellineck trata de seguirlo, pero no es tan ágil ni mucho menos. Se cruzan con distintos policías que tienen acordonada la zona. Los primeros llegaron hace media hora, tras

el aviso de un excursionista.

—¿Cómo está? —pregunta el inspector jefe.

—No sé, no me han permitido bajar —le contesta un subinspector.

Jellineck sigue descendiendo; al fondo ve a varias personas y a su compañero llegar hasta ellas. Señalan algo bajo un árbol y, después, Fesser mira hacia arriba buscando a su jefe, que trata de ir más deprisa. Pierde pie y se cae por el terraplén. Tras rodar varios metros, un árbol lo detiene. Un agente le intenta ayudar a levantarse. Jellineck se zafa y pretende hacerlo por sí mismo. Le duele el tobillo. Se ha hecho un esguince leve y no puede andar

correctamente.

—¡Cojones...!

Observa cómo los agentes manipulan algo abajo. Intentan cortar unas cadenas. Por fin, se deja socorrer y alcanza el riachuelo. Tras girar alrededor de un árbol, se encuentra con Sylvia, desnuda y tumbada encima de Klimt, ambos atados a un tronco.

—¿Está...? —pregunta.

—Vivo. Un poco atontado y con heridas, pero vivo. La chica no —le informa Fesser, mientras los agentes continúan intentando romper los eslabones. Han tardado mucho en encontrar una cizalla lo suficientemente grande.

—Se creía el centro del mundo — afirma Jellineck por la chica— y ahora, mira..., se ha quedado en un *hashtag* de esos: «silviamuerta».

El inspector jefe se agacha con dificultad para observar al presidente de Ondaseven, que también está desnudo. Una cicatriz le cruza la frente en vertical. Es parecida a la que lleva Shultheiss.

—Mira lo que le han hecho también. —Fesser señala un tatuaje en el brazo que pone *I ♥ Shultheiss* y un código BIDI en la espalda.

—Por lo visto, está de moda.

—¡Venga, joder, córtalo de una vez! —increpa Fesser al policía que sigue

tratando de romper las cadenas.

Jellineck se deja caer al suelo. Su tobillo le recuerda el golpe que se ha dado. Le late con fuerza y empieza a hincharse. Se queda observando a Klimt. Tiene pinta de pobre hombre; ha sufrido estos días y gime, tratando de despertarse.

Las gotas caen despacio por las ventanillas de la furgoneta policial. Golpean el vidrio y luego resbalan rozándose suavemente unas con otras y creando dibujos sin más pauta que la gravedad. La velocidad del vehículo hace que terminen desapareciendo en sentido contrario a la marcha. Klimt las

observa. Va recuperando la capacidad de moverse. Pero no quiere hacerlo. Nunca más. No quiere volver a vestirse de chaqueta y corbata; no quiere volver a su despacho; no quiere recibir el premio ante el cinismo de la Academia; no quiere contestar preguntas ni, mucho menos, volver a mirar a la cara a su actual esposa. El agua continúa jugando con el cristal y sus pensamientos se pierden recordando la primera escapada con Elisabeth, su anterior mujer. Cuando todo era puro y todo estaba por venir; cuando no había casi pasado y sí un futuro eterno y prometedor. ¿Qué habrá pensado ella al ver las imágenes de la televisión: su exmarido, vestido de

mujer, con esa joven latina? ¿Habrá sentido compasión? ¿Piedad? ¿Rabia? Quizá haya pensado que ella ya lo sabía, que eso no podía acabar de otra forma. Casi era peor la compasión que el «ya lo decía yo». Klimt ve con claridad que en este mundo él sobra, como las gotas le sobran a la ventanilla; plas, un acelerón del coche y desaparecen para siempre desintegradas en el asfalto. Eso debería hacer él: un acelerón y desaparecer para siempre.

La mitad del patio de butacas está arrancado. Solo quedan los asientos laterales y los de la parte de atrás. La moqueta está levantada marcando los

raíles de las filas. Restos de telones caen en el escenario de manera desordenada. En el proscenio hay una abertura que lleva a un sótano. El lugar que solía ocupar la orquesta se usa ahora para esconder material bélico: kalashnikov, granadas de humo, cascos y chalecos antibalas donde un día hubo violines, contrabajos y trompetas. Los miembros de Attak están terminando de adecentarlo y de instalar fibra de vidrio y ordenadores. Patrizia recibió esta mañana un SMS encriptado con unas coordenadas para una cita. Ahí se encontró con un miembro joven del grupo y lo siguió a cierta distancia hasta llegar a este teatro sin levantar

sospechas. Ahora, Shoei se lo está enseñando. Patrizia está intranquila. No ha podido dormir bien. El encuentro con el inspector de la noche anterior la ha removido, le ha generado dudas sobre lo que está pasando. Le dio nombres, sabía cosas, más de lo que ella pensaba. La policía les está siguiendo los pasos de cerca. No es tan fácil actuar y desaparecer, las acciones dejan huellas, miles de cámaras les observan, los sistemas de escucha están veinticuatro horas al día conectados. Patrizia no quiere saber lo que le explica su compañera ni lo que tienen escondido ahí, sino hablar de lo que está sucediendo.

—Shoei, ayer por lo menos mataron a tres de los nuestros.

—Mola el nuevo local, ¿que no?

—Muertos. Y Mac y Jam, también. Han encontrado los cuerpos y los han relacionado con nosotros.

—Es arriesgado, Patrizia, sabes lo que hay.

—Pero es que los que entraron en la nave no eran simples policías, eran fuerzas especiales. Iban armados hasta arriba.

—Pertener al grupo no es un juego, es una filosofía de vida —dice la rusa cambiando el tono—. Ya no puedes abandonarnos. Estás en el Círculo Beta.

—No os voy a abandonar. Solo me

gustaría saber algo más. Creo que me lo merezco. ¿Tenemos algo que ver con el presentador ese?

Shoei le pone un dedo en la boca para que se calle.

—Es que...

Los labios de la rusa se posan en los de la joven y la besan con ternura, con suavidad. Patrizia se calla.

—Esto es muy grande. Te alegrarás de formar parte.

La entrada de First interrumpe todos los trabajos. También la conversación entre las dos chicas. Viene acompañado de un hombre al que Patrizia no había visto antes. Es rubio y podría ser soviético. Se queda retrasado y deja que

sea el líder quien se suba al escenario y desde ahí se dirija a sus seguidores con voz firme.

—Cuando acabemos hoy aquí ya no nos volveremos a ver hasta el día indicado. Recibiréis un mensaje con las instrucciones. Mientras, ni llamadas ni ningún tipo de contacto entre vosotros. Permaneced ocultos en un lugar seguro. No salgáis ni a la calle. No quiero que falle nada.

Patrizia escucha las palabras, pero mira al recién llegado, que, a su vez, observa con frialdad al resto. Se da cuenta de que otros hombres bastante rudos, también de aspecto extranjero, están distribuidos por el teatro. No los

conoce. Parecen de muy distintas procedencias, sirios, afganos, serbios... Hace una señal a su compañera para que los mire. Ella no le da mayor importancia.

—Queda muy poco —continua First—. Y os prometo que va a ser espectacular.

Un café humeante llena de aroma la sala de interrogatorios. Fesser no quería que se viesen ahí, pero a su jefe le pareció el lugar más tranquilo. Klimt está vestido con lo primero que han encontrado a mano: una sudadera de la policía y unos pantalones de chándal. Sujeta la taza entre las manos, más por

sentir su calor que porque le apetezca beber su contenido. La humedad del bosque y de la muerte se le ha metido en los huesos. Un médico de la policía le ha examinado: no tiene ninguna lesión seria. Tan solo los golpes que le propinó Shultheiss en el arretrato de ira que le dio fuera de plano y los arañazos producidos en el bosque cuando fue arrastrado hasta el árbol en el que lo encontraron atado junto a la chica muerta. Al presidente de Ondaseven le cuesta entender las preguntas que le están formulando. Fesser se las tiene que repetir más despacio, vocalizando bien.

—No es tonto ni sordo —le regaña Jellineck—. ¿Verdad, presidente?

Al oír que lo llama así, Klimt Owd levanta la cabeza y lo mira. Había escuchado la pregunta.

—Ni tonto ni sordo —repite en voz baja.

—Han llamado sus hijos desde Canadá —comenta Fesser intentando animarle—. Les hemos dicho que está bien y que luego podrán hablar con usted.

Klimt asiente con un gesto.

—Shultheiss no ha podido hacer todo esto en solitario, ¿verdad? —pregunta el inspector jefe, centrando la conversación en lo que le interesa.

—En la nave en la que me retenía —empieza a explicarse Klimt en el mismo

tono— no vi a nadie más.

—Entraron varios comandos en su casa.

—Sí. —Levanta la vista. Algunas sensaciones confusas acuden a su mente: sonidos, gritos de su mujer, dolor...—. Me metieron en la parte de atrás de una furgoneta y ya no me acuerdo de nada hasta lo que, al parecer, vieron ustedes. Me desperté atado en esa especie de plató, con la chiquita del *reality*. —A Klimt le cuesta juntar los detalles. No por el dolor de cabeza, que no le abandona desde hace días, sino por la imagen del cráneo de Sylvia estallando a escasos centímetros. Aún no ha recuperado completamente el oído tras

el disparo—. ¿Qué tal está mi mujer?

—Ahora bien —aclara Fesser atragantándose—. Bueno, tardamos un tiempo en encontrarla.

—La verdad es que estuvo sola y atada durante varias horas... —apunta Jellineck.

—Pero ahora está bien —ataja su ayudante—. Hemos puesto a su disposición ayuda psicológica y seguridad las veinticuatro horas. Podrá verla dentro de un rato.

—¿Qué ha pasado por fin con su premio a toda una vida?

—Inspector... —tantas preguntas e informaciones abruman al presidente de la emisora—, ya veo que al final se ha

salido con la suya. Sé que no le gusta la televisión que hacemos. Incluso lo entiendo. Pero ¿de verdad piensa usted que eso me preocupa ahora?

—Desde luego que le preocupa. ¿Qué tiene usted..., sesenta y tantos años? Como yo, aunque parezca mentira. Yo me conservo claramente mejor. Al menos, hoy —añade con sorna Jellineck—. Lleva mucho tiempo trabajándose su propia imagen y todo ha quedado destruido en cinco segundos de una emisión de su propia cadena.

Se miran. Klimt está tan cansado que no está seguro de si el inspector tiene razón o no.

—Hemos escaneado el código BIDI

de su espalda —le informa Jellineck—. Es una página de *ladyboys*.

Fesser mira a su jefe desconcertado, no lo sabía.

—*Ladyboys*, Fesser. Travestis, hombres que se visten de mujeres, que se operan... Una web. Mayoritariamente asiáticos. Atractivos. O atractivas, según el caso.

Klimt prefiere no preguntar quién más lo sabe, ni si se ha filtrado ya a la prensa. Después de su vídeo con ropa interior femenina, poco le importa ya.

—Hay doce clips en la web. Uno cada día 30 del mes. Todas las «chicas» llevan tatuado el vientre con su nombre. Con el suyo, quiero decir, señor Owd:

Klimt Owd. Shultheiss se ha tomado mucho trabajo. El último es del día del asesinato del concursante. Lo colgaron esa mañana. Y es el propio presentador el que se acuesta con el *ladyboy*, que, por cierto, aparenta totalmente ser una chica. Se sorprendería...

—Creo que ya nos hemos hecho todos una idea —zanja su subordinado—. No hacen falta más detalles.

—Como quieras, pero es una pena. —Jellineck mira al presidente de la cadena y le sonrío con gesto amable—. No me diga que se va a rendir ahora; ya no tiene nada que perder. Ayúdenos.

—¿Y cómo podría hacerlo?

III

No nos van a cerrar la emisora, no hay por qué preocuparse. Las presiones no tienen ningún fundamento y el Estado de derecho no se puede permitir ceder ante este tipo de amenazas. Ya habéis escuchado las declaraciones del primer ministro. Y tengo la palabra del presidente de la Autoridad de Vigilancia de la Telecomunicación Británica: mientras cumplamos con el código ético de la OFCOM, no habrá problemas.

—Entonces hace tiempo que deberíamos haber tenido problemas.

Castro se gira al escuchar esas palabras. Brian Camberwell, un consejero que hasta este momento había permanecido callado en todas las reuniones, ha decidido expresar su opinión. No tiene mucho peso entre el resto, pero puede generar una corriente en contra de la actual dirección.

—Yo creo que esto se nos ha ido de las manos hace tiempo —añade el consejero.

—Si no pudiesen cortar la emisión de nuestra cadena, cortarían la de otra —señala Carla—. ¿Qué van a hacer? ¿Cerrarlas todas? ¿Dejar de informar?

La presentadora presente que es mejor atajar estas pequeñas

revoluciones desde el inicio.

—La policía —continúa Castro algo menos firme que su compañera— va a permitir el informativo normal del día 30. Creen que es la única manera de detener a Shultheiss. Esperarlo y detenerlo.

Hay tensión en la sala. Saben que están jugando con fuego. La jugada puede salirles muy bien y culminarse con la detención en directo del presentador. Eso traería dos consecuencias magníficas: se demostraría la no colaboración de Ondaseven con los asesinatos y se crearía el mayor acontecimiento televisivo de la década. Pero si sale

mal..., eso prefiere no pensarlo nadie. Podría incluso generar graves problemas de responsabilidad civil y penal. Dificultades con el seguro, mala imagen ante la audiencia, huida de anunciantes...

—Carla, ve preparando ese informativo como uno más. Nosotros encargaremos seguridad privada para el interior de la emisora y los cuerpos especiales de la policía se ocuparán del exterior. Te atreves, ¿no?

—Por supuesto. Estuve cuatro años de corresponsal de guerra en Siria después de las «primaveras árabes» — dice recalcándolo—. Y siendo mujer. Te aseguro que eso daba mucho más miedo

que Shultheiss. Vosotros ocupaos de vender la publicidad y la información dejadla de mi parte.

—Está vendida de antemano — aclara el jefe de antena intentando demostrar una seguridad que le empieza a flaquear—. Tenemos muchas más peticiones que minutos de publicidad.

Brian intenta meter baza de nuevo cuando entra la secretaria de Castro interrumpiendo.

—Perdonen, creo que ha pasado algo importante... Ha llegado Klimt Owd.

No se lo esperaban. Si le hubiesen preguntado a Castro, habría dicho que, tras los acontecimientos de los últimos

días, lo más probable era que el presidente se suicidara. ¿Qué podría querer ahora presentándose en la emisora? ¿Habría venido a recoger sus cosas?

—¿Dónde está? —pregunta el jefe de antena.

—En su despacho.

—Pobre...

Klimt está mirando por la ventana. A la derecha está el Lambeth Bridge y al frente, Saint James's Park. Un poco más allá, la Columna de Nelson. Cuarenta y seis metros de altura sobre la plaza de Trafalgar. Ha aumentado el número de palomas en la zona, superando las

treinta y cinco mil que ya se alcanzaron en el siglo pasado. Se han vuelto agresivas, atacan a los gatos, incluso a los niños. El alcalde dispuso que se contratara un servicio de control de plagas para reducir su número. No se consiguió. Por cada paloma que fue eliminada, otras tres aparecieron en su lugar. Por este motivo, Vodafone desestimó el patrocinio de la restauración del monumento.

La columna, donde se posan y defecan las aves, está flanqueada por cuatro leones. Se dice que están contruidos con cañones franceses. La mirada de Klimt se detiene unos instantes en la estatua. El almirante es

considerado un héroe. Durante su vida estuvo más de una vez al borde de perderlo todo; fue detenido y encarcelado, sufrió graves heridas que casi acaban con él, pero supo vencer, y morir en el momento adecuado. Qué difícil es eso. Si todo encaja, si ganas en el instante justo, escribes la historia. Si pierdes... La plaza de Trafalgar se construyó para conmemorar su última victoria: la batalla en la que las tropas inglesas vencieron en Cádiz al ejército formado por españoles y franceses. Antes, la plaza llevaba el nombre de Guillermo IV. Sin embargo, tras ese triunfo, nadie se acuerda ya del rey que promovió una ley sobre los pobres,

restringió el trabajo de los niños y prohibió la esclavitud en todo el Imperio británico. Ahora, ese espacio lo preside el vizconde Nelson, duque de Bronté y barón del Nilo, apoyado en su espada.

La puerta del despacho está abierta. Así se la encuentra Castro cuando llega con precipitación. Ve al presidente de la emisora de espaldas, mirando por el ventanal. Viste un traje de chaqueta sobrio de color gris marengo. Castro se detiene un instante. No sabe por qué, de repente le cuesta entrar. Su corazón se acelera. Hace días que no puede controlar bien las extrasístoles y eso le tiene fastidiado. Creía tener dominada la

situación mientras se acercaba por el pasillo.

—Klimt, ¿cómo estás? —acierta a preguntar, dando un paso dentro de la sala.

—No sabía que el Consejo se reunía hoy.

—Vete a casa unos días, no hace falta que estés aquí. Ha sido muy duro. Tómate unas vacaciones hasta que todo esto se solucione.

—No lo he pasado muy bien, pero no me he vuelto gilipollas, Castro.

—Me alegro de que estés mejor de lo que parece, de verdad. Me han dicho que te han hecho un tatuaje. ¿Se puede quitar?

—No me importan los tatuajes.

—No te culpes, todos vimos que hiciste cuanto pudiste. ¿Qué tal esas heridas? He hablado con la Academia y estamos negociando. Creo que vamos a poder conseguir que te entreguen el premio dentro de algunas semanas. Probablemente en una ceremonia más íntima; ellos juzgan que es lo mejor.

Klimt Owd no dice nada. Observa serio a su interlocutor. A Castro le cuesta sostenerle la mirada. Habla de manera precipitada. No le esperaba tan pronto ni tan tranquilo. Suponía que iba a encontrarse con una persona deshecha, al borde del suicidio.

—Emitimos el vídeo. Era noticia —

se justifica.

—Ya me han pasado las audiencias —aclara el presidente de Ondaseven—. ¿Quién me lo iba a decir? He ganado al *reality* de moda.

—Le he pedido al Consejo y a los accionistas de la cadena que sigas siendo presidente; se te mantendrá el sueldo, el coche y todos los gastos de representación. No voy a andar con rodeos, será un puesto honorífico. Tienes muchos gastos, lo sabes. Pero ¿qué son para la cadena algunos pequeños caprichos? Juega al golf, dedícate a tu mujer...

—No me gusta el golf y mi mujer no me aguantaría todo el día en casa. No

me voy a jubilar.

Klimt sonríe tranquilo. Castro no entiende qué está sucediendo.

Nuevos informes pasan de mano en mano en la comisaría. El presidente de la cadena de televisión ha empezado a colaborar en serio con la policía. Les ha dado acceso al historial profesional detallado del presentador, a su teléfono de empresa y a sus cuentas de correo. También a los datos sobre el aumento de publicidad de la emisora desde la muerte del concursante, los nombres de las empresas que han invertido más y la escalada de precios. Y les ha facilitado copia de los contratos de otros

integrantes del Consejo y del personal técnico. Todos están siendo investigados con nueva información, desde el propio Castro hasta la azafata de confianza que siempre les acompaña por la emisora. A Jellineck le encantan las fotos que se hizo la chica para el casting. Una pena que fueran en bikini. Él pensaba que estas cosas eran más atrevidas. Quizá lo sean, pero, claro, eso no se archiva en el mismo sitio. Las tetas son postizas, ya lo sabía. Bien puestas, nada exageradas. Varios miembros de la brigada que manda el inspector jefe están tratando de desentrañar cuentas corrientes, gastos de tarjetas de crédito, viajes y desplazamientos mientras él mira el

pecho de la chica. Merece la pena ser jefe. Fesser ha pedido que les asignen más agentes. Hay que cruzar muchos informes. Cualquiera es sospechoso. Sobre el presentador no hay demasiado, pero será lo primero que escruten sus hombres. También en el currículo que tiene la empresa hay un vacío de cinco años poco después de terminar la carrera.

El juez, por fin, ha autorizado la presencia de manera permanente de policía en las instalaciones de la torre BT, así como en la red de cable y en distintos repetidores por los que viaja la señal de la emisora Ondaseven. Ahora será más complicado interferir las

transmisiones. La actitud de las autoridades ha cambiado tras el asesinato en directo de Sylvia Murano. Ya no hay duda de que el Estado de derecho está condicionado por la detención de Shultheiss. El mismo magistrado les ha dado acceso al informe del presentador de cuando era menor de edad. Y podrán entrevistarse con uno de los psiquiatras que lo trataron. Es bastante mayor, pero sigue vivo, aunque no saben si se acordará de ese caso, ya que han pasado casi treinta y seis años.

También han podido reunir algunos datos sobre la nave de Attak que están cotejando con los de los muertos en la

operación policial y con los de los cadáveres encontrados antes. Todos llevaban códigos BIDI con nombres de objetos, unos cuchillos alemanes, un vibrador... La policía descarta que puedan ser pistas válidas. Los fallecidos tienen algunas detenciones por participar en movimientos antisistema y por realizar okupaciones de edificios públicos de manera ilegal. Nada especialmente relevante. De hecho, también ellos llevaban más de dos años sin trabajo ni actividad registrada. Habían dejado de participar en este tipo de actos violentos y no habían vuelto a ser detenidos por la policía en este tiempo. Ni siquiera se habían presentado

a cobrar algunos subsidios que les correspondían. Es como si hubiesen permanecido ocultos. Los discos duros de los ordenadores han quedado destruidos. Los expertos informáticos de la policía están intentando rescatar la información que contenían, aunque no va a resultar sencillo.

Jellineck ojea un nuevo informe sobre Charles Dahmer, el verdadero nombre de First. El último trabajo conocido es de hace más de diez años, como buceador profesional. En sus inicios participó en algunas acciones de Greenpeace en el Ártico. Con veintidós, ahora tiene más de cuarenta. Tendrán que preguntar en la escuela de buceo en

la que daba clases, pero no parece que una pista de hace tanto tiempo vaya a conducirles a algo excesivamente interesante. Piensa en los buzos que estaban presentes en el concurso. Habría que llamarlos para enseñarles la foto de Dahmer. Por si hubieran coincidido en algún momento con él. Desde lo del Ártico figuran escasos datos, colaboraciones en revistas del medio, un par de viajes a China y al Caribe y nada desde hace cinco. No tiene otras publicaciones relacionadas con movimientos antisistema ni nada similar. Al menos con ese nombre. Aunque cruzando datos han encontrado un artículo que tal vez pudiera estar escrito

por él o por alguien de su entorno en el que se habla de Theodore John Kaczynski, más conocido como Unabomber. El texto es una reseña de su manifiesto *La sociedad industrial y su futuro*, un análisis muy lúcido de la sociedad occidental que quedó sepultado por las acciones terroristas posteriores de Theodore.

En la foto de la orla, First sale al lado de Patrick Shultheiss. El inspector piensa una vez más que nada sucede por casualidad. Han mandado a varios policías a entrevistar a sus posibles profesores de universidad, pero no queda en activo prácticamente nadie de esa época. Ha pasado demasiado

tiempo. Es difícil saber a cuál de ellos estaba dedicada la tesis. Durante la carrera pudieron tener más de cuarenta. Sin incluir los de prácticas y seminarios. Y la dedicatoria no es nada clara. ¿Intencionalmente? No se puede descartar. En cualquier caso, Fesser ha encargado realizar un informe de todos, aunque ya no estén vivos, buscar datos profesionales y sobre todo publicaciones que puedan tener que ver con el tema de la tesis del presentador. Le va a pasar los datos al policía ese jovencito que intenta contarle sus teorías; White, o algo así, se llama.

Fesser corta el hilo de sus reflexiones. Creen haber localizado al

chico que abrazaba a la joven activista en el atentado de Charing Cross. Se llama Laszlo Doherty, es hijo de un importante empresario de la City.

—El chaval vendrá a primera hora.

—Me voy a la cama, mañana tenemos un día intensito...

—Cuídate ese tobillo.

—Mañana estaré bien. Ese Doherty me da un poco de pereza, pero me encantará charlar con el psiquiatra de cuando Shultheiss era un crío. Me temo que lo suyo no era atar latas en la cola de los gatos.

Klimt Owd llega a su casa. Dos guardias de seguridad, pagados por la emisora,

permanecen vigilando la entrada. Enfrente hay una patrulla de policía. Desde la noche del secuestro el presidente no había vuelto. No se permite sentir nada mientras avanza por el vestíbulo hacia las escaleras y después camino del dormitorio. Tan solo ha tenido tiempo de ver a Candela unos minutos entre la comisaría y el desplazamiento a la emisora. Su esposa le llevó el traje que le había pedido sin entender qué estaba sucediendo. ¿Para qué tenía que ir a su despacho con tanta prisa, como si fuese un día cualquiera? Candela lleva toda la tarde en pijama esperando no sabe muy bien qué, llena de rabia y de ganas de llorar. Odia lo

que ha sucedido, odia que la hayan visto todas sus amistades con el pene pixelado de su marido en la boca y vestido de mujer. A ella le hacía gracia el juego y ahora lo detesta con toda su alma, si es que el alma existe. Se siente tan desgraciada como cuando era una niña y vivía en una chabola en las afueras de Cali. Como cuando dormía con sus seis hermanos en una misma cama y ella prefería hacerlo en el suelo para que el mayor no intentase meterle mano aprovechándose de la situación. Como cuando ganó el primer concurso de misses y un conocido narco local mandó a buscarla a la salida de la fiesta y no pudo negarse y se convirtió en su

chica por un tiempo. Horrorizada. Por lo que vio, por lo que le contaron, por lo que intuyó que hacía. Por lo que le hizo a ella. Por la huida, el miedo, la llegada a Europa con pasaporte falso. A partir de ahí, su nueva vida. Hasta hace unos días tan diferente. Llevaba años sin compadecerse de sí misma. Desde que decidió cambiar su destino y viajar a occidente para labrarse un futuro gracias a su belleza.

El todavía presidente de Ondaseven sube las escaleras. A pesar de la herida de la frente y de que debería estar agotado, se ve con fuerzas y con ganas de hablar.

—¿Qué haces así vestida todavía?

Candela no entiende bien la pregunta.

—Tenemos la cena de los Scott — continúa su marido—. Ya sabes que no me gusta llegar tarde; te conviertes en el centro de las miradas sin motivo.

«¿El centro de las miradas? — piensa ella—, vamos a ser el centro de las miradas, de los comentarios y de las ironías lleguemos cuando lleguemos». Klimt sabe lo que está pasando por su cabeza.

—Si no salimos hoy, no saldremos nunca más. Y no estoy dispuesto a eso. —La besa con ternura—. Te quiero; no hacemos nada que no haga una pareja que se desea. Y no me avergüenzo de

nuestra relación.

Candela sigue descolocada; su cerebro no procesa bien las palabras que llegan a sus oídos... No se avergüenza, la quiere, vamos a casa de los Scott... Poco a poco va ordenando las ideas: ir a la cena, vestirse. Intenta protestar, pero Klimt le ha servido medio whisky: «Te sentará bien, cariño. Ponte el vestido negro de Armani. Hoy quiero que vayas elegante y espectacular, ¿de acuerdo?». Ella asiente; vestido negro, espectacular, whisky. Sí, un sorbo le vendrá bien. Se moja los labios sensuales, los mismos que cubrieron el pene de su marido y, ahora, rozan el vaso frío y carísimo que

les regalaron los McKey en la boda. Con lo que le ha costado llegar hasta aquí... «La fiesta, la vergüenza, la cama con sus seis hermanos», se repite hasta que su mente reacciona. Tampoco está dispuesta a perderlo. No va a volver a Cali.

La aparición de la pareja resulta espectacular: llegan sonrientes, seguros de sí mismos. Nadie diría que son los mismos de unos días atrás, atados, malheridos, humillados. Klimt ha decidido que no van a preguntar si les perdonan por lo que ha pasado. No lo van a preguntar y no van a permitir que cambie su vida, no van a dejar de acudir

a las invitaciones sociales ni a los actos profesionales. Desde ahora, cada vez que se refieran a estos últimos acontecimientos dirán *el incidente*: «Lo pasamos mal con *el incidente*, pero está superado, ahora nos queremos mucho más...»; «fue muy duro *el incidente*, pero ha reforzado nuestra confianza en la policía y en los derechos individuales de esta sociedad...».

Esa noche, mientras Candela duerme algo más tranquila, Klimt no puede resistir la tentación de levantarse y esconderse en el despacho. Se quita la ropa para poder escanear el código BIDI que le han tatuado. De inmediato,

salta la página web de la que le habló el inspector durante el interrogatorio. La de los *ladyboys* o transexuales, *trannys*, *shemales* o como los llamen. En un vistazo rápido es verdad que resultan atractivos. Parecen chicas con pene. Algo así como el mito del unicornio, algo imposible y, sin embargo, en esta ocasión, real. Unas casi no tienen pecho y son una especie de chicos andróginos con pelo largo y ademanes de lolita. Otras van operadas, se han puesto tetas. La que más le llama la atención es la última, la que colgaron el día de la muerte del concursante, la que, según dijo el policía, aparecía en la cama con Shultheiss. No puede evitarlo y le da al

«play» del vídeo. Al principio la chica/chico está sola, vestida sexy, con una camiseta de tirantes y braguitas. Los ojos del presidente se van a la entrepierna. No hay mucha luz y no está claro si tiene o no tiene. No puede apartar su vista de los movimientos del *ladyboy*, que se desnuda despacio, juega con el espectador, se insinúa, se baja la diminuta lencería y se la vuelve a subir, enseña el culito, tarda en mostrar su pene. Cuando lo hace, Klimt se sorprende y se excita. Nunca le había sucedido algo así. La chica/chico se deja caer sobre un sofá oriental y comienza a tocarse. Aquello crece alcanzando un buen tamaño entre

sonrisas cómplices con el que mira. Klimt se lleva la mano a la entrepierna buscando también su sexo. No le ha hecho falta Viagra esta vez. La mente se le nubla, está muy excitado. Sería capaz de cualquier cosa en estos momentos. Aunque fuese prohibida o ilegal. No puede dominarse. La chica/chico también está excitada y se masturba cada vez más rápido. Arriba, abajo, arriba, abajo, al igual que el presidente de Ondaseven. Antes de que ambos puedan llegar al orgasmo aparece Shultheiss en el vídeo, al fondo, sonriendo, completamente desnudo, y se acerca al *ladyboy*. A Klimt le da un vuelco el corazón. Se lleva la mano al pecho, por

un instante le parece que le va a dar un ataque, pero no es así. Tan solo se le ha desbocado y le late a excesiva velocidad. La erección se le ha bajado de golpe al ver al presentador del concurso tan sonriente. La sangre se ha retirado de los cuerpos cavernosos aumentando su sensación de mareo. Nota que se ríe de él, lo siente, lo sabe. Cierra de golpe el ordenador, y da tumbos por la casa hasta refugiarse en la cama al lado de Candela, que duerme sin enterarse del susto que se ha llevado su marido.

Klimt Owd, a pesar de lo entero que ha estado esa noche en la fiesta, sabe que no tiene la situación tan controlada

como desearía. No puede conciliar el sueño en toda la noche. Faltan dos días para el 30.

Laszlo está en la misma sala de interrogatorios en la que estuvo Klimt Owd el día anterior. Va muy bien vestido, con ropa cara y formal, sin estridencias. Ha sido complicado evitar que su padre pasase con él. La gente poderosa no admite fácilmente un no por respuesta. Para Jellineck ha sido un reto conseguirlo; ha tenido que ser lo suficientemente desagradable como para que no entrara, pero sin excederse, evitando así problemas para el Cuerpo. Esa justa medida la domina muy bien

cuando se lo propone. Hasta Fesser tiene que reconocerlo. El joven Doherty está acompañado por el abogado de la familia que pertenece a uno de los bufetes más afamados de Londres. Los policías están mostrándoles las imágenes de Charing Cross. No son buenas, hay mucho humo, pero sí se alcanza a distinguir cómo cruza Laszlo entre la gente y abraza a una de las personas que están caídas.

—¿Y eso qué demuestra? —
interviene el abogado para terminar respondiéndose a sí mismo—, pues que el chico tiene buen corazón y se presta a ayudar a los heridos.

En el monitor se ve el momento en el

que Patrizia se levanta y se aleja.

—Si la conociese..., ¿no creen ustedes que habrían hablado? ¿No es extraño que ella se vaya así, sin más? Si el señor Doherty fuese amigo de la señorita y se hubiesen mirado, ante una situación como la que estamos contemplando, algo habría sucedido entre ellos. La activista lo empuja y sale corriendo sin más. Tampoco se ve que el hijo de mi cliente la llamara. Simplemente acudió al ver a una persona herida, sin saber quién era. Y, mucho menos, conociendo que era una de las presuntas culpables.

Jellineck no cree que sea verdad. El chico cruzó por delante de otras

personas caídas y no las ayudó. Fue directo a ella. O eso se intuye con las imágenes que tienen. Pero no serviría de prueba en ningún juicio. No es concluyente. Él también se ha preguntado por qué no hablaron. Es evidente que la chica estaba con la cabeza gacha y, hasta que la sube, no puede ver quién la tiene abrazada. Tarda menos de un segundo en reaccionar y el plano no permite ver la expresión de su cara. Si fuese de más calidad, tal vez sí se mostrase que ella abre mucho los ojos o hace algún gesto indicativo de que se conocen. A lo mejor su esclerótica blanca y sus pupilas la delatarían. La policía científica ha

ampliado el *frame*, pero la tecnología no puede sacar de donde no hay. Y no hay suficiente definición. El inspector jefe también piensa que la joven podría ser la misma con la que peleó en el sótano de la nave. Tampoco él le vio bien la cara. Pero la figura se parece, la estatura. No tienen más. Y con ese abogado delante será muy complicado sonsacar al chico.

—Por otro lado... —añade el letrado— ¿Se imaginan a alguien de la clase social del señor Doherty teniendo algún tipo de relación con esa gente?

—Se sorprendería de las cosas que hacemos por amor... ¿Te dice algo esta nave abandonada? —Jellineck no se

rinde tan fácil y decide mostrarle al chico unas fotos del almacén de Attak—. Por lo visto es donde el grupo se entrena.

Laszlo se descoloca, la policía parece tener bastantes datos, pero no dice nada.

—Bueno —interviene de nuevo el abogado—, ha quedado claro que el señor Doherty no conoce a la señorita y tampoco ese edificio. Si no quieren nada más...

—Querer, queremos y usted colaboraría si tan solo llegase a intuir lo que hay detrás de todo esto. ¿Seguro que quieres ocultarnos lo que sabes, chaval?

—No sé nada.

—Muy bien, gracias —concluye ahora Fesser.

El abogado hace un gesto a Laszlo, que seguía mirando las imágenes del andén. Se levantan y se van. Jellineck los observa dejándose caer hacia atrás en la silla.

—En fin, adoro el Estado de derecho.

Al salir, Laszlo se cruza con su padre, que lo coge del cuello mientras andan en un gesto aparentemente cariñoso. En realidad, aprieta demasiado y le hace daño.

—Ya te dije que la chica esa solo te traería complicaciones. No vuelvas a verla. Ni siquiera la llames; es posible

que esta gente te intente pinchar el móvil.

Dentro de la sala, el inspector jefe se levanta con esfuerzo. Hoy, además del tobillo, le duelen las rodillas.

—De momento, perdemos 1-0, a ver qué tal se nos da el psiquiatra ese que trató a Shultheiss cuando era un niño.

Castro ha buscado a la presentadora de los informativos por toda la cadena hasta encontrarla en el pequeño gimnasio para directivos que instalaron hace unos meses. No esperaba que estuviese ahí. Él creía que iban a tener una conversación seria, en una sala de reuniones, donde controlase la situación.

Hace un par de días que no puede manejar lo que sucede en la emisora. Desde que se sintió agobiado por los *trolls* de Twitter no ha descansado bien, peor todavía cuando vio tantos manifestantes enmascarados frente a la emisora y poco después apareció Klimt Owd vivo y se presentó en el despacho. Sabe que dio información a la policía, que luego fue a una fiesta importante como si nada hubiese sucedido. Castro creía ser un tipo duro, que manejaba las crisis y las situaciones tensas con mucha habilidad, pero está comprobando que la ambición no es suficiente para dominar la presión arterial y que los nervios se le desbocan afectándole al estómago.

Lleva muchas horas sin probar bocado, no lo consigue, y se siente exhausto y superado por primera vez en su vida. No sabe que Klimt también lo está, pero que con la edad ha aprendido a disimular mejor, o que Carla se mata en el gimnasio para desembarazarse de sus propios temores. El hecho es que se la ha encontrado con una ropa ajustadísima, sudando, con la respiración entrecortada. Las gotas le brillan entre los dos senos llamando su atención de una manera evidente. Se le van los ojos mientras habla. No quiere, pero es así. Carla se da cuenta. Sabe que es realmente guapa, sexy, segura de sí misma, fuerte y, al menos, tan ambiciosa

como él. Castro intenta desviar la conversación a un tema que cree que le va a distraer de sus deseos de follársela.

—Le he visto bien. Cuando hablé con él estaba tranquilo. Me dio la sensación de que no le afectaba lo ocurrido y, desde luego, que no pensaba dimitir.

—Es un viejo periodista. Me alegro por él, ¿tú no?

—Claro —dice mintiendo. En su mente cruza la idea de que si hubiera muerto como Sylvia, él tendría menos problemas.

—Te veo algo nervioso, Castro.

—Es normal, todos lo estamos.

—¿Por qué?, ¿has tenido algo que

ver en la muerte del concursante y en lo que ha ido pasando después?

La pregunta es muy directa, el jefe de antena no se esperaba que fuese ella la que llevase la conversación. Eso era precisamente lo que él quería saber de ella, si había tenido algo que ver. Y se lo dice en tono acusador para cambiar el rumbo de la conversación. Carla se ofende. O hace que se ofende. El resultado es el mismo.

—¿Y por qué crees eso? ¿Porque me lo follé? ¿Porque soy mujer?, ¿porque soy ambiciosa, porque soy inteligente? —dice acelerando las preguntas cada vez.

—Yo no...

—Por supuesto que no tengo nada que ver —afirma la presentadora sin dejar que responda. Castro sabe que lo que piensa es «te creía más listo, así no me vas a sonsacar nada».

—Bueno, no digo que tengas que ver, lo que está claro es que te está viniendo bien lo que está ocurriendo.

—Soy periodista, eso es muy diferente a que las desgracias me convengan. Las desgracias suceden y yo las cuento. No tuve nada que ver con el atentado de hace un año en la torre Eiffel ni con el terremoto de Tokio, por si me lo ibas a preguntar luego.

—Vamos, no he querido decir eso y lo sabes.

—Muy bien. Acepto tus disculpas. Y ahora, si me perdonas..., todavía me queda media hora de ejercicio.

Carla se deja caer al suelo con agilidad y se tumba de lado. Levanta la pierna cuarenta y cinco grados sin dificultad y eso que lleva unos pesos de kilo y medio en los tobillos para trabajar bien los muslos y los glúteos. El jefe de antena no puede evitar observarla. Esas mallas ajustadas, ese sexo depilado que casi se intuye. Ella maneja perfectamente lo que provoca y cruza su mirada con la de Castro, que se corta, se siente pequeño, sabe que ha perdido esta batalla. Si dependiese de él, no se emitiría el informativo del día

siguiente. Pero ya no depende de él. Nadie lo puede parar. Las redes sociales dominan el discurso.

—Me acuerdo perfectamente.

Esa afirmación tan contundente no se la esperaba ni Jellineck ni Fesser.

—Han pasado muchos años — apunta el inspector jefe.

—Por lo menos treinta y cinco — dice asintiendo el viejo psiquiatra que firmó el expediente de Shultheiss cuando este todavía era menor—. Yo estaba trabajando en la unidad de Psiquiatría del Hospital Ealing. Era un martes, no sé por qué me acuerdo de eso, pero sé que era martes. Me llamó el jefe de

Psiquiatría, me dijo «ven, Morrison». Nos llamábamos por el apellido — explica—, «ven, quiero que veas a este paciente. No vas a encontrar muchos así. Por favor no vayas a comentar nada, es menor, es un caso que viene protegido por la fiscalía. Es difícil encontrar un psicópata tan puro como este». Me abrió la puerta y me dejó con él. Yo esperaba encontrarme a un chaval de casi dieciocho años, duro, curtido en mil centros de menores. Lo vi ahí, sentado, flaco, con alguna peca. No tenía más de trece años. Incluso aparentaba menos. Era un niño. Estaba tranquilamente esperando a ver quién entraba. No estaba nervioso. Es como si lo que

ocurriese en esa habitación no fuese con él. Me senté. Cogí su expediente y lo ojeé. Él sabía lo que estaba leyendo y sonrió. Lo acompañaban las fotos de lo que le había hecho a ese otro pobre chaval. Todo había empezado por un documental de hienas. Y me habló sin que yo le preguntase nada. Del documental, de cómo habían perseguido durante horas a la manada de elefantes, cómo habían conseguido despistar a la madre y aislar a una cría, cómo la habían derribado casi arrancándole la trompa y cómo la habían devorado mientras todavía estaba viva. En el reportaje explicaron que las hienas, a diferencia de los leones o los demás

felinos, no matan a sus presas antes de comérselas. Hay tanta competencia entre ellas que piensan primero en comer, sin preocuparse de si su víctima está o no muerta. Y el elefante no lo estaba, eso era evidente. Se agitaba intentando levantarse. Y así durante los casi diez minutos que duraba la escena. ¿Por qué él no podía comprobar si eso sucedía igual con un niño? ¿Moriría si tenía las tripas abiertas o podría volver a huir como intentó el paquidermo en varias ocasiones, con los intestinos colgando? En ese punto reaccioné y conseguí cambiar el rumbo de la conversación. Yo tenía bastante experiencia clínica, aunque no en casos tan extremos. Así

que hablamos sobre él, sobre lo que había sentido, del dolor que podía haber causado a la víctima, hablamos de empatía. Creo que logré acorralarlo. A las personalidades como la suya les gusta tener el control. Lo necesitan. De la vida y de la muerte. Y también de la conversación. Noté que estaba tocando una fibra sensible, algo que le hacía daño, que lo descolocaba. Y reaccionó. Casi imperceptiblemente. Le cambió el gesto. Es casi imposible transmitirles lo que pasó. No fue ni un rictus. Pero lo noté. Le había conseguido sacar de sus casillas. Me miró. Ambos entendimos lo que estaba sucediendo. Me habría matado en ese mismo instante. Sin

dudarlo. No sé cómo, porque yo era mucho más grande y fuerte que él, pero, si no se hubiese controlado, me habría matado. En un segundo cruzó todo eso por su mente, con ese gesto del que les hablo. Decidí terminar la conversación y marcharme lo más rápidamente que pude de la sala. Antes de abrir la puerta note sus ojos en mi nuca y un sudor frío me recorrió el cuerpo. Salí y le conté cualquier excusa a mi jefe. Ya había hablado con él lo suficiente.

—¿Y qué hicieron?

—Decidimos ingresarlo. Estuvo casi un año. Y le tratamos a diario. Hubo un momento en que nos pareció que mejoraba, que estaba casi curado, que

sabía controlar su ira. Le dimos el alta. Mi superior, de todas maneras, me hizo firmar a mí el informe.

—¿Y supieron algo más de él?

—Ahora lo entiendo. Pero entonces yo era más joven y mucho más idealista.

—Morrison toma aire, le cuesta decir lo siguiente—. No se les puede curar. He llegado a la conclusión, años después, de que estos psicópatas aprenden. Aprenden a mentir, aprenden técnicas para que creamos que estamos ayudándoles, que la terapia es eficaz. Aprenden lo que sea necesario para salir de nuevo a la calle. Como aprendió ese chaval, Patrick, lo que le habíamos enseñado inconscientemente nosotros.

Los inspectores miran al viejo psiquiatra. Se ve que recordar esta historia le hace sufrir.

—Al poco —continúa—, dejé ese trabajo y me centré en pacientes menos graves. He ayudado a mucha gente, he tenido una buena carrera profesional.

—Seguro que sí —apunta Fesser. Él sí tiene empatía. Pero el anciano hace un gesto con la mano. No ha terminado el relato. Jellineck intuye que lo que tiene que contar es todavía más aterrador.

—Ustedes están aquí por la muerte en el programa de televisión y lo que ha ocurrido después.

Ambos policías asienten a la vez.

—El día antes de que ocurriese lo

del concurso recibí un anónimo. Un correo con la dirección oculta. «Gracias por lo que me enseñasteis». Fue él, estoy seguro. Se me heló la sangre. Pensé que iba a hacer algo, que nadie lo iba a parar. Llamé a la policía, pero ¿qué les podía contar? Era absurdo, una intuición. Cuando vi la muerte del concursante..., lo que pasó después..., no tuve ninguna duda de que no era accidental y de que iba a ir a más. Es muy significativo que eligiese un tiburón. Es el superdepredador por excelencia. Él se siente así: en la cúspide de la cadena alimenticia. Cuando vio esa sangre en el estanque su cerebro se disparó. Lo de la crítica a los

medios es su autojustificación, un envoltorio. Y necesita cada vez más violencia.

Se produce un silencio que tan solo rompe una última afirmación del psiquiatra.

—Han pasado más de treinta años y no hay una noche que no me acueste con esos ojos mirándome la nuca cuando salía de la habitación.

Jellineck y Fesser no tienen nada más que preguntar.

El olor de las basuras que hay en la calle habría resultado insoportable hace un tiempo. A pesar de que no se recogen desde hace más de dos meses, en los que

apenas si ha parado de llover, la gente se ha acostumbrado a eso y a muchas otras cosas. Si en 1858 el Gran Hedor que invadió la ciudad tardó años en corregirse, ahora las circunstancias tampoco parecen favorables a una solución rápida. En el siglo XIX se tomaron medidas en el momento en el que el cólera y el tifus empezaron a afectar a la clase dominante. La revista *The Economist* llegó a decir que «el sufrimiento y el dolor están en la naturaleza humana: no podemos deshacernos de ellos». No le faltaba razón a ese editorial.

Escondida en su *loft* industrial, Patrizia practica abdominales colgada

por los tobillos, como si le fuese la vida en ello. Se mueve de manera violenta y sexual. Le duele y le gusta. Más que nunca, necesita saber que existe, que está presente, que es real. Que no es una imagen de la televisión. No se permite pensar en nada cuando hace ejercicio. Solo sentir. Sudar. Las gotas le resbalan por el «fuck you» escrito en su vientre hasta caer al suelo. Cada vez se mueve más rápido, para desterrar las imágenes de su boca en el miembro de Laszlo, mezcladas con la sensación de que First penetra su cuerpo sin detenerse. Grita de dolor y su chillido se funde con la visión de todo el grupo de *attaks* preparándose. Hoy están todos, incluso

los que han sido reclutados en las últimas semanas. Van vestidos como si fueran SCO19: armados, con chalecos antibalas y cascos de kevlar. Llevan las armas que ha preparado Patrizia, que también está ya entre ellos, aunque no sabe ni cómo ha llegado hasta allí.

Es día 30.

Su líder, First, también pertrechado como el resto, observa los movimientos de su gente desde uno de los palcos. Entre ellos se mueven ya con total normalidad los nuevos miembros de Attak que ha traído consigo el mercenario soviético. Son una veintena de hombres. Son más profesionales que el resto; combatientes experimentados

de diversas guerras, de Ucrania, Mali, Yemen o Siria. No hablan más de lo imprescindible. Y nadie les pregunta.

El soldado soviético se acerca a First y le dice algo al oído. El número uno asiente.

—Sí, a todos. No quiero que nadie se eche atrás en el último momento o que empatice con las víctimas.

El mercenario sabe lo que tiene que hacer. Ha traído consigo una importante cantidad de fenetilina, una mezcla de anfetaminas y cafeína que inhibe el dolor y la sensación de miedo. Se la suministrará a todos los miembros del grupo antes de que salgan por la puerta. Ya lo ha hecho en otras ocasiones y

funciona. El efecto es terrorífico. Un soldado se puede pasar varios días combatiendo sin comer ni dormir. Y sin sentir nada por otros seres humanos.

A First le suena el teléfono. Se sorprende cuando mira el número desde el que le llaman. Por su expresión se nota que es trascendente. Se gira hacia el interior para evitar que nadie le oiga y descuelga. La conversación que se produce es tensa. Su interlocutor le pide explicaciones y le dice que no continúe con el plan, que eso no era lo que habían hablado en un principio, que se les ha ido de las manos. «Esto ya no se puede parar», le contesta y arroja el teléfono con fuerza contra la pared. Se ha roto

toda posible comunicación. Se asoma de nuevo al balcón y grita.

—¡¡Venga, cargaos esas mochilas, vamos, vamos!!

A su orden, Dray espolea al resto y organiza a los *attaks* por grupos. El grito devuelve a Patrizia a la realidad. No tiene apenas recuerdos de las últimas veinticuatro horas, desde que estaba colgada de los tobillos haciendo abdominales. Nada a partir de entonces, hasta las órdenes de Dray; ni de cómo ha sido convocada ni tampoco de cómo ha llegado hasta el teatro. En su cabeza todo ha pasado en un segundo. Mientras preparan las armas, termina de ser consciente de dónde está y de cómo

debe proceder. Mecánicamente, realiza las tareas que ha ejecutado antes en muchas ocasiones. Sin dudar, hasta que ve a Shoei y decide acercarse.

—¿Tú sabes adónde vamos? —le pregunta.

—No. Nadie lo sabe.

—¿Qué día es hoy?

—Viernes 30. ¿Estás bien, Patrizia?

—Esta noche es cuando Shultheiss va a intervenir en la cadena de televisión.

—¿Quién?

—El presentador... ¿No es mucha casualidad?

—No empieces otra vez.

—¿Por qué tenemos tantos medios?

¿Quién paga todo esto? ¿Quiénes son estos soldados que han venido en los últimos días? Parecen mercenarios profesionales.

—No es el momento.

—¿Podemos confiar en ellos? No son de Attak.

—No lo sabes, Patrizia. Nosotros solo conocemos una pequeña parte. Ya te dije que esto era más grande.

—¡¡Vamos, vamos!! —las interrumpe Dray. Patrizia se calla—. ¡Hay dos furgonetas fuera esperando, dividíos, *Attake 1* y *Attake 2*!

Según se van separando, uno de los nuevos soldados les va dando la pastilla de la que hablaba antes First para que se

la tomen. Todos lo hacen sin rechistar. Patrizia querría hacer preguntas, pero sabe que no serviría de nada, así que coge la suya y se la introduce en la boca, aunque no la traga. Tras avanzar unos pasos, y cuando nadie la mira, se la saca y la esconde en su bolsillo. Al salir, mira hacia arriba, donde está First, que sonrío casi imperceptiblemente.

Los mercenarios se han quedado en el teatro fuertemente armados. No son de ninguno de los dos grupos que se han formado. Ellos van a actuar por libre.

La luz del atardecer es más rojiza que de costumbre, como si presagiara lo que va a suceder al caer el sol. A Jellineck le

perturba y mira por la ventana. Lleva un rato escuchando cómo ladra incesantemente un perro. Cuando se asoma ve algo que le paraliza. En el cruce de calles próximo están congregados unos quince más. En el centro, aúlla un doberman. Al mirar a la derecha y a la izquierda se ve cómo un nutrido grupo de depredadores acude a la llamada. El inspector piensa que están esperando a que caiga la noche para iniciar la caza. Siente miedo por no saber exactamente qué sucede de un tiempo a esta parte con los animales. Se acuerda de los monos del zoológico. Decide bajar las persianas de la habitación donde yace, aunque no

descansa, su mujer. Se despide de ella intentando demostrar que es un día cualquiera, aunque sabe que no es cierto.

—Tengo que ir a la emisora de televisión otra vez, cariño. Al final, no me han dado las gorras de la chica con poderes. Solo las camisetas. ¡Parece mentira!

—No oyendo, señor Jemileck — protesta Indira, también presente—. Y no quite luz, sin luz entra depresión.

El policía calla, besa muy cariñoso a Pam y va hacia la salida cojeando por culpa de su tobillo, todavía bastante hinchado. Antes de marcharse le da el dinero a la cuidadora.

—A lo mejor me retraso un poco.
Cuídela bien.

—¿De verdad llevar usted caso presentador del concurso? Es asunto importante. El otro día vi en televisión.

—Bueno, no se crea todo lo que sale en la pantalla —le recomienda Jellineck despidiéndose.

Indira le observa cerrar la puerta de la calle. Cojea desde la caída en el bosque. Se mueve como un pobre hombre, pero, tal vez, sí sea importante. ¿Quién se lo iba a decir con esas pintas que lleva? Que era policía se lo creía, pero pensaba que no era más que un triste inspector de medio pelo que se ocupaba de pequeños menudeos. Pam

sigue con su grito sordo, tan angustioso, tan perturbador. Indira enciende el televisor y se sienta tranquilamente.

IV

Es día 30. Y son casi las 20:00.

Todos los que metieron sus datos en la web del presentador empiezan a recibir mensajes de WhatsApp recordándoles que #estaeslanoche. Uno cada tres minutos. Después cada minuto.

Los animales del zoológico están inquietos. Además de los perros, los grandes gatos, leones y tigres, aúllan como si fuesen lobos. Carlos nunca les había escuchado producir un rugido así. Él también metió sus datos en la web y también recibe un mensaje: «Esta noche

es la noche». Los chimpancés corren alrededor de su cerca, chocándose los unos con los otros y embistiendo contra las paredes. Kenny Millet les grita intentando que se detengan, pero es inútil. Un colaborador suyo les lanza un chorro potente de agua. Solo sirve para aumentar su irritación y que se arrojen contra el cristal de la jaula más desesperados todavía. Kenny cree que serían capaces de romperlo. Wounda y su cría han vuelto ya a su sector de la zona de los grandes simios. Son los únicos gorilas del mundo que quedan en cautividad. Se asustan a pesar de estar separados del resto de los monos en un hábitat bastante seguro gracias a los

refuerzos que han colocado los del equipo de mantenimiento. Antes, cuando ocurría una pelea entre chimpancés, Kesho, el «espalda plateada», se plantaba pegado al cristal de sus vecinos, retánolos. Eso bastaba para que se calmasen o al menos para que se alejasen lo más posible. El gran macho imponía. Pero ahora ya no está y los chimpancés empiezan a golpear el cristal que les separa de la otra especie. Varios miembros del equipo de seguridad disparan dardos tranquilizantes a los chimpancés más agresivos. En unos segundos todo está más calmado. Los monos van cayendo en un duermevela. Tras comprobar que

ya no hay peligro, Kenny se acerca a la zona de los gorilas, donde Wounda abraza a su cría.

—No hay peligro —dice Kenny mientras hace unas señas que ella entiende—, aquí estáis seguros.

La gorila le mira profundamente. El cuidador nota algo raro. Si no lo hubiese hablado unos días antes con el inspector, no se habría fijado, pero Wounda tiene la esclerótica más blanca de lo que recordaba. Desde luego, mucho más clara de lo habitual en un simio. Ella tan solo gira los ojos a la derecha y Kenny lo hace también siguiendo la mirada como hacemos los humanos, porque ella así se lo ha pedido con ese gesto. No ve

nada especial, al fondo hay un par de turistas y un cuidador que se acerca. Al girarse de nuevo ve que el monito yace inmóvil en sus brazos. Al principio no entiende bien lo que sucede, pero Wounda está llorando y le parece que con su mirada pide perdón. De repente lo comprende todo: ella ha mirado a la derecha para que él no contemplara ese momento aparentemente cruel pero lleno de amor, para que no viese cómo con un golpe seco ha partido el cuello de la cría, ha terminado con la vida de Nim. Kenny no consigue reaccionar, es lo más triste que podría llegar a imaginar. La gorila deposita con delicadeza el cuerpecito de su hijo entre unas hojas que

ya había dejado preparadas. Lo tapa. Después lo huele y unas lágrimas caen sobre la tierra de la jaula desapareciendo entre la arena. También las lágrimas de Kenny caen en busca de las de ella. Se miran.

—No, por favor, Wounda. Por favor... —dice mientras gesticula.

La mona se aleja despacio y sube hasta la copa del árbol más alto de El Reino de los Gorilas. Tropa con agilidad a pesar de que la tristeza no le deja ver bien. Se detiene un instante. Se da cuenta de que su cuidador la mira y hace un ademán para que desvíe de nuevo los ojos, pero él no puede apartar la vista de lo que ya sabe que va a

sucedier. Kenny tan solo los cierra un instante antes del impacto y permanece así no sabe cuánto tiempo, horas tal vez.

Ha muerto el último gorila del zoológico de Londres. Y el último que se conservaba en cautividad en todo el mundo. Al día siguiente ni siquiera entrará en el top 20 de los *hashtags* de Twitter.

Los familiares del concursante fallecido, Paul Nipkow, no tienen Internet en casa y, por tanto, no pudieron entrar en la web ni meter los datos de su cuenta bancaria. Aunque hubieran estado conectados tampoco lo habrían hecho, porque no tienen tarjeta de crédito ni

PayPal. Desde la entrevista con Carla que interrumpió Shultheiss se han mantenido al margen del desarrollo de los acontecimientos. Tan solo sus vecinos han ido comentándoles algunos detalles de mal gusto. Dejaron de ser noticia para la televisión y están todavía embarullados con el papeleo de los seguros. En teoría, les iban a pagar una fuerte suma de dinero, pero la gestión se está complicando y, de momento, no han percibido nada, ni siquiera las llaves del apartamento que supuestamente ganó su hijo antes de ser devorado por el tiburón toro.

Matt y George, los buzos que

presenciaron más de cerca la muerte del concursante, dudan entre encender o no su aparato de televisión. Son pareja en la vida real. Se han quedado sin trabajo y, desde entonces, permanecen alejados de su actividad principal. Se cuestionan, incluso, si serán capaces de bucear de nuevo. Aunque George está mejor del brazo, ha perdido movilidad. El médico que le atiende no le garantiza que la vaya a recuperar. El desgarró fue muy grave. Han sido preguntados por la policía por si conocieron a Charles Dahmer en su época de submarinista. Pero no han podido darles ninguna información. No lo habían visto en su vida.

Ambos buzos han recibido el mensaje en sus móviles de que va a comenzar el telediario en tres minutos. Les advierten también de que pueden interactuar con una web vinculada a la de www.therealdeath.com.

En la sala de autopsias del hospital en el que trabaja la doctora Maslany hay un iPad 12 Space levantado sobre una mesa. Se mantiene apoyado sobre su base Dock, que, además de sostenerlo, carga el aparato. La forense está de guardia. Sobre otra de las mesas de acero inoxidable descansa el cadáver de una niña que ha aparecido asfixiada en las últimas horas. Mientras lo

disecciona, Maslany no quiere perderse lo que vaya a suceder en Ondaseven. Y se acuerda de Jellineck. ¿Por qué nunca habrá respondido a sus insinuaciones ni le habrá pedido el teléfono? Tal vez esté casado. Se da cuenta de que no sabe nada de su vida; su único contacto son los quince minutos que pasan juntos en los sótanos del hospital tonteando ingeniosamente mientras hablan de gente que ha sido asesinada.

La doctora no mira la pantalla Retina porque sabe que aún falta un rato para que comiencen las noticias. Pero cree que será incapaz de seguir trabajando cuando escuche la sintonía de cabecera. Necesita ver en directo lo que

va a suceder; no quiere que se lo cuenten; quiere vivir personalmente el momento, el instante, sea lo que sea lo que haga Shultheiss. A todos los espectadores les ocurre lo mismo. El momento mágico, el segundo exacto en el que intervenga en el programa va a ser visto por millones de personas ansiosas, incapaces de apartar la vista de la pantalla. Nadie se levantará para cenar o ir al baño. Nadie dirá: «Voy a mear, luego me cuentas lo que ha pasado». Esta vez no, hay que verlo en directo, cuando suceda. Hay que ser el primero en tuitearlo, en llamar a los amigos, en colgar una foto del instante en Facebook. Dentro de unos años se

comentará: «¿Qué estabas haciendo cuando Shultheiss...?».

Laszlo lee por quinta vez el mensaje de WhatsApp que le ha llegado. Está ansioso por encender el televisor de su cuarto y comprobar si aparece el presentador o no. Entra en su casa sin saludar a nadie y sube las escaleras de dos en dos. No se ha atrevido a llamar a Patrizia. No sabe nada de ella, si está bien... Si hace unas semanas alguien le hubiera dicho que iba a correr así para ver lo que emiten en una cadena, no se lo habría creído. Ahora, la realidad ha cambiado para los habitantes del Reino Unido, incluso para los del resto de

Europa. El aumento de peticiones de antenas de satélite y de suscripciones a páginas de Internet que transmitan la señal de Ondaseven se ha multiplicado por quince mil en los últimos días. No se ha podido servir a todos los que pretendían conectar una parabólica nueva a su instalación. Internet es una solución más lógica.

La policía acordona la calle y evita que los manifestantes se acerquen. Hay dos sectores muy distintos: el mayoritario pide el cierre de la cadena, mientras que la otra facción apoya al presentador; son muchos menos, pero más violentos. Para ellos, la situación social exige una

revuelta al precio que sea. El grupo que apoya los actos de Shultheiss, formado por antisistemas, okupas y cada vez más universitarios, va avanzando hacia la emisora sin que la policía pueda retenerlo. Mucha más gente lleva puesta la máscara de Guido Fawkes. Ya no hace falta que los miembros de Attak lo apoyen, la iniciativa se ha extendido por sí sola. Existe el riesgo de que ambas muchedumbres se crucen. Los antidisturbios se están preparando para usar los cañones de sonido, un arma eficaz para disolver este tipo de protestas. El despliegue es el mayor desde que comenzaron las concentraciones en la puerta de

Ondaseven. Lo completan los guardias de seguridad de la propia cadena, que ha contratado a un cuerpo de élite de mercenarios, expertos combatientes en Israel, Afganistán y Siria. La seguridad privada se encarga solo del interior de las instalaciones. Todos al mando de Scotland Yard. El Home Office no ha querido movilizar al Ejército por no dar argumentos a la oposición, pero lo mantiene prevenido por si hiciera falta.

Jellineck contempla la situación desde fuera del dispositivo que rodea Page Street hasta los jardines de St. John's y no puede evitar pensar que todo aquello les ha sobrepasado. Está siendo una locura. ¿Se podría haber hecho algo

más? ¿Habría sido posible adelantarse a las acciones del presentador? La realidad es que cree que no, que Shultheiss cuenta con la ayuda de un grupo muy bien entrenado que domina la tecnología y que les ha pillado completamente desprevenidos. Podrían estar preparados para el terrorismo yihadista, pero no para lo que ha ideado él. Tras hablar con el psiquiatra ya está completamente seguro de que lleva tiempo dentro del sistema, planificando, contactando con las personas adecuadas, diseñando lo que está a punto de suceder. «¿Por qué esta noche? ¿Cómo va a entrar en directo en el telediario? Y sin cortar la emisión, ha sido muy claro

con eso. ¿De verdad va a ser capaz? Debe de estar seguro de poder hacerlo; si no, no lo habría anunciado. Vale, puede que entre, pero ¿podrá salir con vida?». ».

Fesser está a unos metros de distancia hablando con el jefe de todo el operativo, cuando Phil White, el joven policía, se acerca excitado a Jellineck.

—Tiene que escuchar esto, jefe: ¿se acuerda de las dos personas a las que estaba dedicada la tesis de Shultheiss?

Por primera vez siente que Jellineck muestra interés por algo que le cuenta.

—El primero es un compañero de clase en la universidad, como ya sabíamos. Tenían un grupo de teatro, o

algo así, poco más. Pero el otro... —
Phil hace una pausa, muy nervioso.

—¿El otro? —pregunta Jellineck, por una vez interesado en lo que tiene que decir su subalterno.

Fesser se da cuenta de que algo ocurre y se acerca a ellos a tiempo de escuchar la noticia que tiene tan alterado al joven policía.

—El ordenador ha cruzado un montón de datos y nos ha salido un nombre que tiene vinculación con la emisora: Jefferson Brown. El jefe técnico de Ondaseven. Fue profesor de ambos en la universidad.

Jeff Brown, el jefe técnico de

Ondaseven, lleva media vida con Klimt Owd. Desde que se conocieron en la BBC en la década de 1990, el presidente lo ha ido llevando consigo a las diferentes empresas en las que ha trabajado. Nunca ha dado un escándalo, siempre con perfil bajo, sin llamar la atención, sin que nadie pudiera sospechar de su conducta. Fue profesor de universidad unos años y coincidió con Shultheiss en la carrera. Y mantuvo ese contacto después. Mucho tiempo.

En estos momentos, el control de emisiones está protegido por cinco guardas jurados de élite. Es imposible entrar ni salir de ahí sin ser cacheado. Jeff sabe que hay muchas maneras de

interceptar una señal y no es necesario estar presente en esa sala. Consulta constantemente su móvil esperando un SMS que puede alterar su vida y la de mucha más gente. Pero First le ha colgado sin escucharle y no cree que se vuelva a poner en contacto con él. Le quedan algunos meses para jubilarse y se encuentra cansado y confundido por los acontecimientos de las últimas semanas. Con el cambio de siglo y de milenio, abandonó su puesto de profesor de Ética en la City University de Londres y se dedicó solo a su actividad técnica. No ha pasado un día en el que no se haya sentido culpable; ha ganado bastante dinero, vive bien, con ciertos

lujos, pero odia la persona en la que se ha convertido. Odia la televisión, odia lo que se emite desde ese control. Recuerda cómo eran las cosas hace no tantos años, cuando la BBC todavía era prestigiosa en el mundo y pagada con orgullo por los británicos. En todas las cadenas del país había series que viajaban dignamente por gran cantidad de mercados, como *Yo, Claudio*; *La caída y auge de Reginald Perrin* o *Doctor Who*, aunque él siempre prefirió la primera etapa; *Hit & Miss*, *Skins*, *Broadchurch*, *Doctor Foster*, *Happy Valley*, *Black Mirror*, *the Fall*, incluso *Misfits*, la serie preferida de Jellineck, parecen obras maestras comparadas con

lo que se produce ahora. La ficción de calidad ha desaparecido de las parrillas de todas las operadoras. Tan solo quedan *realitys* cada vez más costosos y más vacíos que dan vueltas a una misma idea; programas de *coaching* que destripan los sentimientos de los participantes, que a su vez venden sus emociones sin ningún pudor; *factuals* absurdos, *datings* con gente desnuda... ¿Por qué le iba a extrañar a alguien que a un concursante lo devorase un tiburón en directo? Entra dentro de la lógica de lo que tenía que pasar más pronto que tarde.

El jefe técnico se siente colaborador necesario de esta decadencia moral.

Shultheiss se retrasa, va a empezar el telediario y no sabe qué hacer. Recapacitando ha llegado a la conclusión de que han ido demasiado lejos, se les ha escapado el asunto de las manos. En un principio estaba de acuerdo con que era necesario un suceso impactante, aunque muriera alguien, pero esto... El presentador de *El Especialista* es un ególatra. Ha incumplido el plan y la situación se ha complicado extraordinariamente. Está fuera de control; el secuestro de Klimt Owd y el asesinato de la chica no estaban previstos. Y no sabe qué va a suceder en unos minutos. Decide que, esta vez, va a interceptar el paso de la

señal que le envíen desde fuera. No por miedo a la policía; él sabe cómo engañarla. No va a obedecer a Shultheiss, aunque intuye que eso podría significar su muerte. Sin familia ni pareja, nadie llorará por lo que le ocurra. Decididamente, va a impedir que Shultheiss entre una última vez en directo.

Por los monitores de programa se ve el plató. Se está preparando con eficacia: las cámaras se colocan en posición, la grúa prueba su movimiento inicial, se ponen gelatinas en los focos. El realizador repasa sus notas en el control y mira sus pantallas.

—¿Y Carla? Ya debería estar ahí — dice hablando por cascos con el estudio.

Carla está sola en maquillaje, hecha un ovillo en el sofá, fumando, alterada, frágil. Fuera, tres soldados de fortuna custodian la entrada. Desde que Shultheiss desapareció, había sido capaz de mantener la calma en los momentos más difíciles. Incluso en directo. Hoy, en cambio, tiene un mal presentimiento. No puede borrar de su mente las imágenes de las distintas muertes que se han venido sucediendo en estas semanas. Y se ve a sí misma como la siguiente víctima. Abre la funda de su móvil. Le tiemblan las manos. Si Castro la pudiese ver ahora, se sentiría absurdamente

satisfecho. La presentadora decide llamar a su padre. Hace meses que no hablan. No porque hayan discutido; es que viven lejos y ya no se necesitan. Hasta ahora. Hasta este momento.

—Papá..., te quiero —solloza.

Laszlo coge el teléfono de su padre y llama con él a Patrizia a pesar de la prohibición. Piensa que la policía no se habrá atrevido a pinchárselo. Mientras espera a que le respondan contempla la pantalla de su ordenador. Está en la página de www.therealdeath.com en la se ven imágenes grabadas durante el asalto de los SCO19 a la nave de Attak. No son de la policía, sino de las

cámaras de seguridad que tenía colocadas el grupo. Jellineck y Patrizia están hablando en el pasillo. La señal no es nada buena y no podría asegurar que sea ella. Laszlo se sobresalta cuando salta el contestador. Estaba muy concentrado en lo que veía.

—Patrizia..., Patrizia, joder, ¿qué está pasando? Creo que eres tú la que sale en una web. Desde luego es vuestra nave. Se ha visto también por fuera, con toda la policía entrando. Tienen las imágenes del andén y a mí me han interrogado, pero no he dicho nada. Llámame y dime si estás bien. Por favor..., por favor.

En las imágenes de seguridad

transmitidas por la web se oyen disparos. No se ve nada más.

Jellineck habla por teléfono con su superior de Scotland Yard, que se felicita a sí mismo como si él hubiese participado directamente en el descubrimiento de la implicación del jefe técnico. Considera que han llegado a tiempo de evitar la irrupción de Shultheiss en el informativo y, probablemente, eso desbarate sus planes. El inspector jefe no se muestra tan convencido. Busca con la mirada a Phil White, pero no le ve entre el dispositivo. Tal vez haya entrado en la emisora con Fesser y los demás

policías. Jellineck le expresa a su jefe su inquietud; le extraña que el dato haya llegado tan oportunamente. Como viene diciendo desde hace días, en este caso, no acepta la casualidad como motivo de los hechos. A pesar de que su superior no comparte esas teorías, no duda de que haya que mantener el dispositivo policial, al menos, hasta que amanezca. Jellineck se lo agradece y cuelga. Sigue sin encontrar a Phil. Nunca había pensado mucho en el joven policía, pero ahora hay algo que le resulta extraño. Llega con el nombre de Jefferson Brown a las ocho en punto de la noche. ¿De verdad han llegado en el último minuto y van a poder detener las intenciones de

Shultheiss?



@vitin - 2

min

#EstaNocheEsLaNoche
de Ondaseven!!
#shultheiss



@Charly69 -

2 min

Estoy deseando ver
qué tiene montado

#shultheiss para
nosotros.

#EstaNocheEsLaNoche



@sophiehh92

- 1 min

Es el fin de la
civilización

occidental... #triste

#CierreOndasevenYA



@Shill - 1 min

Darí­a lo que fuese por estar en ese plató. No hay público?

#EstaNocheEsLaNoche



@lateleyyo - 1 min

No creo que sea capaz de hacer nada. Todo va a ser una

broma o un truco
publicitario
#EstaNocheEsLaNoche

#EstaNocheEsLaNoche ya es *trending topic* desde hace horas. También #shultheiss.

Matt y George no pueden aguantar la tensión y deciden encender el televisor. Son las 19:59.

Carla entra en el plató del informativo tan atractiva y decidida como cualquier otra noche. Se ha desahogado y vuelve a ser ella. Castro la mira asombrado. A él

le gustaría no tener que estar en la emisora. Preferiría verlo desde su casa. O ni siquiera verlo. Quitarse de en medio. El realizador se tranquiliza al ver a la presentadora tan entera; chasquea los dedos y empiezan los titulares de las noticias con imágenes: principio de acuerdo entre el Gobierno municipal y los basureros; se ha descubierto una vacuna contra el cáncer de mama. Está claro que han intentado dar un toque más optimista al arranque del programa.

Fesser encabeza un grupo de SCO19. Recorren los pasillos de la emisora guiados por Kate, la azafata habitual.

Esta vez no los conduce a un lugar equivocado, sino que los lleva directamente al control de emisiones, donde está Jefferson Brown. Las paredes son de cristal, por lo que el jefe técnico ve cómo se acercan desde el fondo. Comprende lo que sucede.

—Se acabó, chicos. Shultheiss no va a entrar hoy en antena —dice cogiendo un vaso de agua que tiene en la mesa.

El resto del personal técnico se extraña de tal afirmación y contempla cómo su jefe saca una pastilla y se la traga de un sorbo. A continuación, se levanta y va al encuentro de la comitiva. Ignoran que su intención es que el cianuro haga efecto antes de tener que

declarar.

Las dos furgonetas del Grupo Attak aparcan a escasas manzanas de donde están situados los estudios de la cadena Ondaseven. De su interior empiezan a salir sus componentes, pertrechados con equipos de asalto. En teoría, con armamento trucado por Patrizia, que también va entre ellos, al igual que Shoei. Dray dirige el despliegue y First lo observa. Al girar la primera esquina del callejón se encuentran de bruces con una pareja de policías que les dan el alto. La rusa dispara y abate a ambos. Patrizia no se lo puede creer. El grupo continúa mientras que ella se agacha a

comprobar si realmente están muertos. Lo están. Dray hace señas para que se desplieguen en tres grupos. Patrizia llega a la altura de Shoei, que está parapetada en el suelo.

—¿Los has matado?

—Vamos a tomar esa entrada. —

Hace un gesto a uno de los miembros del grupo, que se prepara para continuar. Patrizia se tumba a su lado.

—¡¡Eh!! Los has matado. ¿De qué va esto? Yo truqué las armas. Solo disparaban balines de pintura.

—Ahora no tengo tiempo de explicártelo.

Patrizia la agarra violentamente y la voltea cuando iba a empezar a correr.

Un *attak* le apunta con la pistola en la sien.

—Patrizia, ¿estás con nosotros, no? Luego hablamos. ¿OK?

—Ok, ok. Luego hablamos —asiente Patrizia, presionada por la situación.

Shoei desaparece entre las sombras del callejón. Su grupo corre detrás, con Patrizia entre sus integrantes.

El primer comando de Attak intercambia disparos con la policía metropolitana. Los SCO19 reaccionan y, en escasos segundos, toman posiciones y se suman al tiroteo. La ofensiva es solo una maniobra de despiste para que otro grupo, liderado por Shoei, se lance por la retaguardia de los agentes y les rodee

sin que puedan evitarlo. Se producen algunas muertes antes de que el mando de los Cuerpos de Seguridad del Estado reaccione. No se esperaban un ataque tan directo. Las calles están llenas de manifestantes y, si estos se ven envueltos en un fuego cruzado, podrían producirse numerosas víctimas. El grupo de la rusa espera agazapado. Patrizia mira hacia atrás y ve cómo Dray y First se dan media vuelta y reculan hacia el lugar por el que han venido. Shoei da la salida a su equipo, que arranca disparando. Patrizia se rezaga unos metros, intencionadamente, observando alejarse a su líder.

—¡¡Patrizia, vamos!! —le demanda

Shoei dándose cuenta de la situación. En ese momento de descuido, recibe un disparo en una pierna y cae. El resto de su grupo continúa sin ella. Patrizia se acerca a su compañera.

—¿Cómo estás?

—No es nada; sigue al resto.

—¿Qué está pasando?

—Sigue al resto.

Patrizia comprueba que la herida de su amiga no reviste gravedad.

—Shoei, dime la verdad. Estamos en la estación de televisión; el presentador ha dicho que va entrar esta noche. ¿Trabajamos para él?

Shoei levanta su arma y encañona a Patrizia, que reacciona con mucha

rapidez y consigue arrebatarse el subfusil a su compañera. Apunta a la muchacha con él.

—Dime la verdad. ¿Por qué no han venido con nosotros los mercenarios esos?

—Mátame, no me importa.

—El grupo estaba genial, podíamos lograr nuestros propósitos. Lo estábamos haciendo de puta madre. No hacía falta esto. No había que matar, todo era una ficción, estaba muy bien pensado.

—Esto es real, Patrizia —contesta Shoei, intentando sacar un arma corta.

—¡Vete a la mierda! —Patrizia la golpea y Shoei queda atontada en el

suelo. La joven decide perseguir a First y sale corriendo hacia la calle por la que este ha desaparecido. La rusa, todavía mareada, la ve alejarse.

—¡¡Patrizia!! ¡¡Mierda!!

El informativo lleva ya unos minutos en emisión. Twitter está muy activo y el número de mensajes aumenta. Se detecta cierta desilusión porque todavía no haya ocurrido nada. «Todo va a ser una broma o un truco publicitario». Ese comentario de Juan Mendes, el antiguo @auxtv, tiene ya decenas de retuits. Su autor se entusiasma al ver que su número de seguidores crece. Está dispuesto a aprovechar sus conocimientos de la

cadena para generar mal rollo contra ella por haberle despedido. Decide apostar a que todo ha sido una falsa noticia. Desde el principio. Una ficción. Sus dedos vuelan por las teclas digitales desde su cuenta de @lateleyyo.

Carla, ajena a los datos de las redes sociales, sigue hablando a cámara como si fuese un día más. «Cinco menores han sido detenidos tras prender fuego a un colegio católico en Lancashire. El centro fue devastado por el incendio, provocado en al menos cinco puntos diferentes. El edificio había sido construido en 1957...».

El realizador ordena la entrada de un

vídeo relativo a la información. Solo los titulares han sido algo optimistas; según avanza la escaleta, la información se vuelve tan sombría como cualquier otra noche.

—¿Sabemos algo de lo que está pasando ahí fuera? —pregunta Carla durante la emisión del vídeo.

—De momento, todo normal — responde un miembro del equipo de seguridad contratado por la cadena, sin dejar de escuchar por su pinganillo.

—Vamos con la presentadora en cinco segundos. Atenta, Carla —indica el realizador del programa volviendo a su trabajo.

Jellineck percibe el nerviosismo de los agentes que rodean al jefe de la operación sobre el terreno. No necesita recurrir a sus años de experiencia para saber que está ocurriendo algo imprevisto. Sin embargo, con el ruido de los manifestantes, las sirenas y los megáfonos, no se oyen los disparos que se están produciendo a varias manzanas de la entrada principal. El inspector enseña su identificación y camina deprisa hacia su coche. Al pasar, va escuchando distintas emisoras de la policía: «Aquí Eco Charlie Bravo 12... ¡Están disparando! Envíen más ambulancias y una segunda unidad de

SCO19 a la zona trasera del aparcamiento». Phil White, que permanecía oculto a la espera, le ve subir al coche y arrancar. Jellineck no sabe con qué se va a encontrar ni si está preparado para ello. Pero no puede detener su impulso. No ahora. El joven policía también toma un vehículo y va tras su jefe.

La tensión entre los dos bandos de manifestantes va en aumento. A pesar del barullo de gritos y sirenas, se empiezan a oír los disparos, cada vez más cerca. Es noche cerrada y la masa se mueve de manera incontrolable, sombría, temible. Juan Mendes conoce bien la zona y se separa del resto.

Armado con su móvil, investiga por su cuenta. Prepara la cámara y camina deprisa. Va a recuperar a sus seguidores. El riesgo merece la pena. Tuitea mientras camina.



@lateleyyo -

10 s

Algo pasa en los
alrededores de la
emisora!! Voy a
hacer fotos.

#EstaNocheEsLaNoche



@lateleyyo -

5 s

Hay disparos!! Será

#shultheiss????!!!

#EstaNocheEsLaNoche

Una furgoneta con adhesivos falsos de ITV News se detiene para recoger a Dray, a First y a tres *attaks* más. Patrizia los observa sin ser vista por ellos. Escucha que se acerca una motocicleta con un cámara montado de copiloto. Un disparo perdido rebota en el asfalto, el conductor se asusta y ambos se

precipitan al suelo. Patrizia les apunta con una pistola. Al verla, los motoristas huyen abandonando el vehículo con las llaves puestas, pero no sueltan la cámara y el operador consigue sacar algún buen plano de la joven arrancando la moto. Patrizia se acerca a la furgoneta. Continúan los disparos de fondo en el momento que se cruza con una ambulancia que está llegando al lugar de los hechos. Al girarse para echar un vistazo a lo que está ocurriendo en la entrada de la cadena no se da cuenta de que un coche entra en la curva a toda velocidad atropellando la moto y a ella, que cae sobre el capó. Cuando se incorpora, ve la cara de Jellineck, que

está igual de sorprendido. El policía la reconoce del encuentro anterior; saca la pistola y encañona a la joven.

—Vaya, nunca pensé que fuese a verte en estas circunstancias...

Patrizia se levanta dolorida y se monta de copiloto en el coche, ante la estupefacción del inspector jefe.

—No tenemos tiempo, sigue a esa furgoneta.

Jellineck no baja el arma.

—Eres policía, ¿no? Pues sigue a esa furgoneta. ¡Algo va a pasar, joder, y no es en la emisora!

—Vaya, esto es chocante —contesta. Sin embargo, tiene una corazonada y decide hacer caso a la joven. Deja la

pistola lejos de su alcance y gira para seguir al furgón de ITV News.

—Más deprisa, se nos escapan.

—¡Qué modales! —exclama Jellineck asombrado por la personalidad de su acompañante—. ¿Quién va en ese coche, Shultheiss?

—No. No sé nada de Shultheiss, ya se lo dije. Pero creo que lo de la cadena es solo para distraer a la policía.

—Joder... ¡Solo para distraernos!
—Le preocupa lo que la chica acaba de decirle. Si tiene razón y todo ese montaje en el que van a morir tantas personas es solo una maniobra para despistar la atención, algo mucho más grave está a punto de suceder. El policía

no conoce que un grupo de mercenarios fuertemente armados deambula por otra zona de la ciudad. Pero una idea terrible le pasa por la cabeza. Ya sabe adónde se dirigen.

Gira bruscamente aprovechando el ancho de la calle y conduce el vehículo hacia el norte, por donde se ha alejado la furgoneta. Al acelerar, le viene a la mente por un instante su mujer, Pam. Phil White ha visto lo que ha sucedido y emprende la marcha detrás del coche de Jellineck.

La calle está sembrada de charcos en los que continúan cayendo gotas sin cesar. No ha parado de llover desde la madrugada anterior y cada vez lo hace

con más virulencia. La furgoneta con adhesivos de ITV News aparca en un callejón, y de ella salen varios *attaks* bajo las órdenes de Dray y de First. El coche en el que van Jellineck y Patrizia se ha detenido a una distancia prudencial. El inspector observa los movimientos de los hombres mientras habla con su nueva compañera.

—Creo que habría que llamar a la policía. A más policía, quiero decir.

Aunque irrumpieron con fuerza en las inmediaciones de la emisora, la gente de Attak está empezando a perder la batalla. No eran más de tres docenas y la policía, varios cientos de agentes

entrenados para situaciones de riesgo. Si en un inicio los pillaron por sorpresa, no han tardado mucho en dominar la situación con apenas unas bajas. No es que esté todo controlado, pero los que resisten del grupo antisistema ven que no tienen muchas opciones de salir con vida. Juan Mendes ha conseguido acercarse bastante y está grabando todo con su iPhone. Según lo registra, va subiéndolo a Internet gracias a una nueva aplicación de Apple, que transmite en directo lo que va grabando. De vez en cuando también tuitea.



@lateleyyo -

10 s

Los tiroteos sí son
reales. Hay
muertos!!!

#EstaNocheEsLaNoche



@lateleyyo -

5 s

La policía les pide k
se rindan.

#EstaNocheEsLaNoche

Varios miembros del grupo violento se entregan y otros están heridos, entre ellos Shoei. Un SCO19 se acerca a la joven y apunta hacia ella el subfusil.

—¡Suelte el arma! —conmina a la chica.

Antes de que el policía pueda hacer nada, la rusa se dispara en la boca, reventándose el cerebro.

De momento, tan solo los tuits de Juan Mendes están narrando lo que ocurre en las calles.



@lateleyyo -

10 s

Una chica se ha
suicidado de 1
disparo. Es real!!!

#EstaNocheEsLaNoche

Los seguidores crecen y alcanzan ya los quince mil. Mendes empieza a estar satisfecho y se acerca más a los enfrentamientos, consiguiendo más imágenes de la rendición de los miembros de Attak.



@lateleyyo -

10 s

No sé quiénes son los que luchan con la policía... Se rinden!!

#EstaNocheEsLaNoche

El presidente de Ondaseven está en contacto telefónico con el secretario permanente del Home Office, el segundo en el escalafón del Ministerio del Interior. Klimt ha facilitado toda la colaboración de la emisora con la policía y se ha encargado personalmente

de asegurar que nada de lo sucedido hasta ahora estaba preparado por ellos. Todavía no le han informado de la traición de su jefe técnico. Asomado a la ventana de su despacho, contempla el final del tiroteo. Desde su posición, tiene datos más exactos que el propio secretario.

—La situación está controlada —le asegura—. Ha habido bajas entre las fuerzas policiales, pero, según veo, los asaltantes se han rendido o han muerto.

El secretario le agradece la primicia y le muestra su apoyo de una manera aséptica, sin poder apartar de la mente la imagen de su interlocutor con el pene pixelado en la boca de su mujer.

En las cercanías de Ondaseven vuelve a reinar la calma. El jefe de los SCO19 da por terminada la escaramuza, aunque avisa a su equipo de que hay que permanecer alerta. No pueden sorprenderlos de nuevo. Observa a los heridos y a los muertos. Entre ellos, Juan Mendes, con un impacto en el pecho. Un disparo perdido ha terminado con su vida. No saben quién es. Sus seguidores en Twitter sí, y han podido contemplar su muerte en directo. No paran de aumentar a pesar de que él ya no va a poder alegrarse de su éxito. Casi cien mil. Shultheiss no aparece por ninguna parte. Por radio, los agentes informan de que ellos tampoco lo han

encontrado. No es ninguno de los encapuchados.

—Mierda...

En el monitor de programa se ve un resumen de lo que ha significado la huelga de basuras. Eso es lo que se está emitiendo a todas las casas. Han rechazado contar en el telediario lo de la muerte de los dos últimos gorilas del zoo de la ciudad. Ya no es noticia el fallecimiento de los animales. El realizador avisa por el pinganillo a Carla de que tiene un minuto antes de volver a entrar en directo. Termina de explicarle la situación de la calle.

—La policía nos dice que lo tienen

controlado —explica Castro entrando en la sala, desencajado—. ¿Me escuchas, Carla?

—Sí.

—Ahora te pasan los datos y a la vuelta del vídeo entramos con esto, ¿de acuerdo?

En el estudio, el regidor le da unos papeles a la presentadora, que los mira ávida.

—Al parecer, Shultheiss ha intentado tomar la emisora a la fuerza y ha resultado un fracaso. Se acabó.

Las palabras de tranquilidad del jefe de emisiones no concuerdan con su semblante. En el control se dan cuenta. Carla lee el texto, tacha alguna frase y

cambia la redacción. Ha recuperado su ambición. Se siente protegida y sabe que está ante la noticia de su vida. Está preparada.

—Entramos con esto, de acuerdo — dice.

—Te aseguro que no hay peligro.

—No te preocupes, Castro; estoy tranquila. No pasa nada. Lo importante es que vosotros, desde control, no perdáis los nervios. Es un momento histórico. Nada puede fallar.

—Nos han llegado imágenes. Son de mala calidad pero se ven detenciones. Las está colgando alguien en la red. Entramos en cinco segundos, cuatro...

Los tres últimos números los marca

el regidor con los dedos y sin hablar. Carla lo mira, tomando aire.

—Dentro —concluye el realizador.

«Según nos informan, unos paramilitares enviados presuntamente por el extrabajador de esta cadena, Patrick Shultheiss, han intentado tomar al asalto la emisora, sin conseguirlo». Conforme va hablando Carla, entra el vídeo con las imágenes del exterior donde se muestra cómo detienen a varios miembros de Attak y cómo montan a un policía en una ambulancia. Es la última aportación al mundo televisivo de Juan Mendes antes de morir. Ya no habrá más tuits en su cuenta @lateleyyo. «Según nuestros

informadores sobre el terreno — continúa la presentadora—, seis agentes podrían haber sido heridos de distinta consideración mientras que numerosos miembros del comando terrorista habrían muerto durante el infructuoso asalto».

Indira quita el telediario. No le importa nada lo que les pase a los londinenses. Y no sabe si el tema del que informan tiene relación con la investigación de su jefe, aunque le parece imposible. Es demasiado importante para él. Zapea hasta que encuentra un musical hindú. Pam sufre todavía más de lo habitual, acostada en su cama, sin revolverse ni

hacer ruido. Por primera vez desde hace muchos años, mueve los ojos como si quisiera decir algo.

Los perros que había en la esquina próxima de Hammersmith han dejado de ladrar. Probablemente su cacería haya comenzado.

Carla ya ha dado por terminada la noticia del fallido asalto a la emisora y continúa con el programa. Quedan escasos minutos y le toca el turno a los deportes, que cada vez ocupan más espacio en el informativo. No es que a ella le agrade, pero las audiencias son las audiencias. En los últimos tiempos, incluso introduce el espacio. Los

estudios sobre tendencias sociales dicen que a los aficionados les excita contemplar a una mujer rubia y guapa hablando de fútbol. Así que, desde hace dos meses, ella arranca la sección y son sus compañeros de deportes los que continúan hablando, pasados los primeros segundos. Hoy es un día importante: se juega la final de la Champions en Wembley. El Real Madrid contra el Bayern de Múnich. Las apuestas están muy igualadas. Es una retransmisión especial: a través de la web, los internautas pueden recibir hasta quince señales de cámaras distintas y seleccionar ellos mismos la realización que prefieren, gracias a una nueva *app*

que se ha desarrollado solo para Xiaomi, el móvil de procedencia china con un sistema operativo MIUI15. Apple ha perdido, por primera vez, una significativa carrera de imagen.

Termina la cortinilla de promoción y entra Carla en directo. Detrás, en un monitor de grafeno flexible que cubre toda la pared trasera, se puede ver a un colaborador esperando para intervenir. En ese plano aparece de fondo el estadio de fútbol, al que en ese momento acceden miles de personas.

«La vida no se detiene y nosotros seguimos con las noticias del día. Como saben todos ustedes, en breves momentos se va a celebrar la final de la

Champions League entre un equipo alemán, el Bayern de Múnich, y otro español, el Real Madrid. El equipo blanco ha llegado a la gran final después de derrotar al Inter de Milán en semifinales».

Según habla, Carla se va dando cuenta de que los operadores de cámaras la observan con el rostro desencajado. Escucha comentarios por el pinganillo que le hacen distraerse y desviar su mirada hacia el ayudante de plató, que está horrorizado. Se da cuenta de que todos los técnicos tienen la mirada fija en el monitor ubicado a su espalda. Algo sucede. Se gira y contempla en la pantalla que tiene detrás

cómo se produce una tremenda explosión sin sonido. Los aficionados más próximos a la cámara que graba corren en todas direcciones cubiertos de sangre. Tampoco se oyen sus gritos. La presentadora se queda sin capacidad para reaccionar. En las casas, los telespectadores han visto la detonación también sin audio, lo que le da un toque de irrealidad. La vida sí se detiene por momentos, se ralentiza y lo que parecía irreal se torna siniestro.

En control se quedan paralizados. No esperaban algo así. Shultheiss está dentro del telediario de una manera que no habían sido capaces de imaginar.

—¡¡¡Hijo de puta!!! ¡¡Hijo de la gran

puta!! —chilla Castro fuera de sí.

Jellineck y Patrizia contemplan la explosión desde las inmediaciones del estadio. El inspector se temía algo grave, pero no esto. No son capaces de articular palabra. Es el apocalipsis.

V

Laszlo necesita apagar su televisor. Le cuesta creer que su chica pueda estar implicada en la explosión del estadio.

Acude a su mente el momento en el que presencié cómo detonaba la bomba del metro y cómo, segundos después, la abrazaba y ella lo empujaba para escapar; y cómo lo echó de su *loft*, unos días después; y los gritos de placer, los textos escritos en el pecho, en su piel; y las discusiones sobre ingeniería, sobre esta sociedad sin capacidad crítica, que solo quiere entretenerse y a la que le basta, como toda acción política, poner un «me gusta» en las redes sociales para sentirse satisfecha. Recuerda lo que le contó una vez sobre la muerte de su padre; no fue muy clara y él lo prefirió así. A Laszlo no le gusta saber, no quiere saber; cuando algo le hiere, lo aparta, no

lo soporta. Le cuesta creer que ella esté mezclada con los terroristas. Tal vez se equivoque.

Deja el teléfono y decide no volver a llamarla, alejar a Patrizia de su vida. Lo relacionado con ella le hace daño y no aguanta más. Camina hasta el baño, abre el armario y se toma sus dos pastillas. Desea dormir toda la noche y no acordarse de nada a la mañana siguiente. Pero no le resultará tan fácil.

Fesser está interrogando al jefe técnico en las instalaciones de la cadena. Intenta averiguar los planes del presentador para esta noche. Jeff Brown se empieza a encontrar mal por el efecto del

cianuro. No habla. Casi ni escucha, está sumido en sus pensamientos. Anhela su propia muerte como castigo por haber colaborado en esta locura. Tantos años planificándolo todo para que, en el momento más importante, se le vaya de las manos. Entre los dolores de estómago provocados por el veneno, que ya está empezando a hacer efecto, le vienen a la mente imágenes de cuando conoció a ese joven prometedor en su clase de la universidad. No paraba de hacer preguntas. Más que preguntas, reflexiones polémicas. La mayoría de sus compañeros no estaban de acuerdo con él, salvo Charles Dahmer, su amigo de entonces. Y de después. First.

Dahmer no era tan inteligente, pero sí una fuerza de la naturaleza. Recuerda cuando les explicaba las teorías de Jung sobre el lado oscuro, la sombra, los deseos reprimidos y los impulsos incivilizados que eliminamos de nuestra propia imagen; cómo lo comentaban durante horas dentro y fuera del aula, en los seminarios, en los pubs o incluso en largas noches en su casa. A Patrick Shultheiss también le fascinaba la crítica de la escuela de Frankfurt, de las industrias culturales, de la libertad interior del individuo. Se enfrascaban en tertulias sobre si Walter Benjamin tenía razón y las cosas se podían cambiar, si se podían utilizar esos mismos medios

masivos para dar conciencia a los individuos o si eso era imposible, como defendía a mediados del siglo pasado el filósofo Theodor W. Adorno. Shultheiss era especial. De eso estaba seguro Jeff. No había tenido otro como él. Cuando este le propuso que le dirigiera la tesis sintió emoción por primera vez por un alumno. Sobresaliente *cum laude*, a pesar de que tuvo algún enfrentamiento con el tribunal por el enfoque que hizo del Mito de la caverna de Platón. No supo nada más de su alumno hasta que mucho tiempo después se presentó en su casa y le dijo que tenían que hablar. Entre estertores lo recuerda de manera todavía clara. Le propuso una locura,

algo que le parecía imposible y que, sin embargo, poco a poco se fue haciendo realidad: «Me he preparado bien, me haré famoso, me integraré en el sistema, tendré poder, dinero...». Llevaba cinco años fuera, en el extranjero, contactando con algunos grupos terroristas, aprendiendo sus estrategias, planificándolo todo. Aunque eso no se lo dijo entonces. Debatieron mucho, volvieron a conversar de los tiempos de universidad, de los filósofos alemanes, de Jung, de Umberto Eco, del propio Superman. Si ya, al poco de terminar la Segunda Guerra Mundial, a los miembros de la Escuela de Frankfurt les parecía que los medios de comunicación

de masas convertían al individuo en un zombie, qué no habrían dicho de la realidad actual. Qué no habrían propuesto ellos.

Ese argumento cambió la vida de Jeff Brown a mediados de los años noventa. Justo cuando Internet ya era una realidad en los hogares. Él vio el futuro, intuyó en qué se podía convertir la sociedad. Y no le gustó. Y tomó una decisión. Él, que nunca había sido un hombre de acción. Dejó la universidad y se dedicó por entero a su trabajo en la empresa privada como jefe técnico, primero de pequeñas emisoras y pronto, con la confianza de Klimt Owd, en cadenas de mayor difusión. Una carrera

profesional que le sirvió para apoyar a sus pupilos cuando le volvieron a llamar hace cuatro años. Todos habían conseguido lo que se propusieron. Patrick Shultheiss y Charles Dahmer, ahora ya First, tenían perfectamente planificados los pasos que debían dar, la formación de Attak, el diseño de las acciones en la calle, el dominio de las redes sociales. Y Jeff era jefe técnico de una nueva emisora, Ondaseven, que había surgido con gran fuerza. Solo había que esperar a que el programa adecuado tuviera éxito. Ese sería el desencadenante. Y todo sería gracias a él, le dijeron, a lo que les enseñó, a su filosofía, a su ansia de libertad, de

combatir la manipulación, gracias a las teorías de Adorno, Chomsky, Eco o el propio Platón. Claro que estos lo que querían era una sociedad auténticamente humana, solidaria y pacífica. Al jefe técnico, en cambio, le pudo por una vez el ego: quiso ser el ideólogo de ese cambio social, que aunque conllevara alguna muerte iba a ser, sin duda, beneficioso para una gran mayoría; los espectadores verían la luz, comprenderían lo que es la alienación. Y, sumido en su visión, Jeff Brown no supo ver la realidad de Shultheiss, que su psicopatía estaba por encima de los valores que defendían y que arrastró en ella a Dahmer. Ahora, su alumno

aventajado ya no le hace caso, actúa por su cuenta. Ha llevado la idea que compartían demasiado lejos, a un punto éticamente inadmisibile. Al menos, antes de morir, cree haber impedido su última hazaña.

Llaman a la puerta. Eso le saca de sus pensamientos.

Fesser grita que no les molesten. Un agente entra y le explica, en pocas palabras, lo que acaba de producirse en Wembley. Puede haber miles de muertos. Jeff Brown lo escucha y el corazón le da una punzada de dolor. Desearía haber muerto antes de enterarse. No tenía conocimiento de que ese fuera el propósito de su alumno: distraer con lo

de la cadena para mantener a la policía ocupada y que bajase la guardia en el estadio. Le duele cada vez más el estómago, tiene vértigos y la boca le sabe a almendras amargas.

—Inspector... —acierta a decir—, no era esto..., no era esto lo que buscábamos.

—Explíquese.

—He creado un monstruo. He creado un monstruo. Tantos años para esto.

Le cuesta mucho vocalizar; tiene la lengua pastosa y es como si la cabeza le estallase. Fesser intenta darle agua para que consiga hablar.

—¿Qué pretende Shultheiss?

—No lo sé... Esto tenía que haberse acabado ya. Solo el accidente del concurso, y después manifestaciones, la gente reaccionaría en las redes sociales, nada más. Solo eso.

—¿Usted no estaba al tanto de lo del campo de fútbol?

Jeff Brown niega con la cabeza. Le cuesta razonar con claridad, pero lo cierto es que no lo sabía. Sus últimos pensamientos son para su antiguo alumno: siempre fue un engreído y la fama ha terminado por volverle loco. Ahora se cree Dios.

—Es imposible pararlo... —añade. La hipoxia de las células bulbares le produce convulsiones, dificultad

respiratoria y, finalmente, un fallo cardiaco.

—¡Un médico! ¡Joder, que venga un médico!

La furgoneta en la que viajaban First y Dray ha quedado abandonada a apenas trescientos metros de Wembley, donde se han producido los estallidos. El caos va en aumento; podría haber una nueva explosión. La policía, que rodeaba el estadio, está ocupada en desalojar a los espectadores y en intentar que se alejen de allí lo más rápidamente posible. La seguridad privada ha huido en su mayoría. Los *attaks* parecen agentes que acuden a prestar ayuda. Avanzan hacia el

campo de fútbol, en sentido contrario al de la masa. Patrizia y Jellineck los persiguen a distancia, en silencio, impactados por lo que están presenciando. Al tobillo del inspector jefe le cuesta mantener el paso de la joven, que, de vez en cuando, se vuelve para no perderle entre la lluvia y el gentío.

—Shultheiss está aquí, seguro.

Intentan seguir caminando a contracorriente. El inspector la contempla admirado por su seguridad. Cada vez se acercan más al estadio. Parte de la estructura diseñada por Norman Foster ha caído, aunque el arco superior de ciento treinta y cinco metros

continúa en pie.

Phil White también ha detenido el vehículo en la misma zona que su jefe y se baja del coche. No ve a Jellineck ni a su extraña acompañante. Los ha perdido entre la muchedumbre.

First, escoltado por Dray, se dirige hacia la unidad móvil de televisión. Allí les espera el mercenario soviético también vestido como ellos. En el caos, no llama la atención.

—Todo ha salido según planeamos —sentencia en un mal inglés—. La primera detonación fue en una de las puertas y la gente se puso a aplaudir pensando que se trataba de un petardo. Luego vinieron las más fuertes, las que

se han visto en directo en el telediario —añade señalando la parte de la estructura dañada del estadio—. El resto de mi gente está en el interior. Ahora, vamos —dice y señala la puerta del trailer. Lo abren violentamente, arrojan gases lacrimógenos y esperan unos instantes. Se colocan máscaras antigás, entran y asesinan a los técnicos con sus armas de fuego. Toman el mando de los controles y empiezan a ofrecer planos del estadio utilizando las diez cámaras robotizadas que pueden manejar desde ahí. Una de ellas sobrevuela el horror de la grada norte ayudada por los cables de acero que la sostienen.

Al control de Ondaseven vuelven a

llegar imágenes.

—Tenemos señal otra vez —dice el realizador.

—¿Qué hacemos? —pregunta Susana Abril, la antigua becaria encargada de la mezcla.

—Mientras nadie nos diga que cortemos, tenemos que seguir. Jamás en nuestra vida vamos a tener oportunidad de transmitir un acontecimiento como este. Carla, Carla —repite el realizador cogiendo el micrófono que lo une con plató. La presentadora reacciona en uno de los televisores—. Di que vamos a dar paso a unas imágenes en directo del estadio —le explica y se gira hacia el encargado de sonido—: ¿Tenemos

conexión con nuestro presentador?

—Creo que sí, algo me llega.
Espera.

En el monitor de programa, el que se ve en todos los hogares, aparece Shultheiss en primer plano. Está dentro del estadio lleno de humo. Tiene una sonrisa amable y a la vez aterradora.

«Buenas noches..., en directo para Ondaseven».

En la unidad móvil, el ambiente es irrespirable. Dray y First manejan los controles sin quitarse las máscaras antigás. Un técnico herido tose en el suelo casi sin poder respirar. El soviético lo remata sin contemplaciones. Fuera del camión, otros tres mercenarios

lo protegen. Patrizia y Jellineck observan, dudando sobre qué hacer. El policía se fija en cómo va vestida la chica: armada, con ropa de asalto. Hasta ese momento no lo había procesado.

—Pero ¿a tu edad ya sabes manejar todo eso?

—Se sorprendería con las cosas que hacemos a esta edad...

—No creo... Tengo Internet.

Jellineck recibe una llamada.

—¿Sí? ¿Cómo? ¿Que está saliendo en televisión? Ya... ¿En el vestuario? Vale, mandad a los SCO19 al estadio, claro. Yo lo he visto en directo... Estoy en Wembley y han tomado la unidad móvil de televisión. Luego te lo

explico... Bien. Espero a que lleguen refuerzos. Como comprenderás, no pienso hacer nada.

Cuelga. Patrizia le interroga con la mirada.

—Me confirman que Shultheiss está dentro, en las gradas. Lo que se ha visto en televisión ha sido aterrador. Y por lo visto los jugadores se han escondido en el vestuario. No se atreven a salir hasta que esto pase —dice mirando el caos que hay a su alrededor—. Ya has oído, hay que esperar a las unidades antiterroristas. —Ambos se quedan en silencio unos instantes. Las miradas se cruzan sin poder evitarlo—. Pero ¡qué coño!—. Saca su arma y su placa y

camina hacia Wembley, todavía en llamas. La chica va tras él. Ambos desaparecen entre la multitud, que todavía sale tratando de escapar del fuego que se ha producido tras las explosiones. Se oyen sirenas y alarmas. Nadie presta atención a la pareja.

En la habitación de Pam, Indira habla por teléfono con su hija, ajena al desastre.

—Dime, sí... ¿Caído el pequeño? No puedo ir ahora. ¿Cómo? ¿Sangre mucha?... Sí... ¿Al hospital?... Voy, claro voy. No preocupes tú, hija. Señora medio muerta. No va a notar.

La mujer hindú se levanta y observa

a Pam; a su juicio, está como siempre. Coge su abrigo, sube la dosis de suero a la enferma y sale dejándola sola.

Klimt Owd mantiene la vista fija en el televisor sin ser capaz de reaccionar. Shultheiss aparece en primer plano. «Nunca vamos a parar. Vais a conocer lo que es el miedo. Y, además, sin saber por qué; eso es lo más terrorífico. Sin saber por qué, ni dónde, ni cuando... Siempre». Suenan mensajes en el móvil del presidente de la cadena. Los ignora. Solo tiene ojos para el televisor. «Siempreee...», repite el presentador disfrutando del momento. Coge una cámara autónoma, se la carga al hombro

y empieza a grabar. Las gradas del estadio están prácticamente vacías. El fuego continúa devorando la estructura y se ven personas aplastadas por las avalanchas. Saca una pistola y la enseña a cámara. Según avanza, va rematando a los heridos, haciendo caso omiso de sus súplicas.

En el control ven estas imágenes; se oyen los chillidos y las detonaciones. La mezcladora mira a su jefe.

—¿Cortamos? —pregunta él. No tiene ni idea de qué sería lo correcto.

—Es imposible —responde ella apretando una tecla—; estamos otra vez sin control sobre la emisión. Mira. — Susana repite la maniobra varias veces y

no sucede nada. La muerte de Jeff Brown no ha podido impedir que Shultheiss se haya hecho con la situación y emita directamente desde el estadio.

Jellineck sube las escaleras con muchísimo esfuerzo mientras que Patrizia salta los peldaños de tres en tres, sin dificultad, desapareciendo de su vista. Él decide salir a las gradas sin importarle dónde aparezca. Antes de poder hacerlo, se encuentra con un guardia de seguridad malherido que le detiene con un gesto. Le señala con la mano a uno de los mercenarios de Attak, que persigue a dos jóvenes disparando con su arma de repetición. A los chicos

les da tiempo a parapetarse detrás de un puesto de perritos calientes. Pero no tienen escapatoria. Y lo saben. Tan solo están prolongando el final. El atacante camina despacio hasta ellos sin percatarse de que Jellineck lo tiene en el punto de mira de su pistola. Le da el alto. El *attak* se gira e intenta disparar, pero el viejo policía todavía tiene los reflejos suficientes para hacerlo primero. En la cabeza. El asesino cae al suelo y Jellineck, antes de moverse, comprueba que no haya otros en las cercanías. Avanza hacia los chavales y les dice que pueden salir. Les tiene que enseñar la placa para que le crean. Le dan las gracias y le explican que dentro

ha sido un infierno, las explosiones, los disparos, los miembros de Attak rematando a la gente en el suelo, la policía intentando reaccionar sin conseguirlo... El inspector está seguro de que ha sido espantoso. Les dice que estén tranquilos y les señala por dónde pueden salir sin encontrarse con más asaltantes del grupo de First. Ellos lo hacen lo más rápido que les permiten sus nervios tras darle de nuevo las gracias al policía. El corazón de Jellineck se ha acelerado bastante. Hacía mucho que no tenía que disparar a una persona para matarla. Respira hondo y se vuelve a buscar al guardia de seguridad que yace tendido en el suelo.

También está muerto. Lo deja ahí. No le sobra el tiempo, sabe que Patrizia le ha tomado la delantera, por lo que, haciendo un esfuerzo, comienza a moverse de nuevo subiendo el último tramo del vomitorio y asomando por detrás de la portería del fondo este. No parece la parte más dañada del estadio. En esa zona apenas hay cadáveres. Mira hacia el terreno de juego y ve a un grupo de *attaks* acompañando a alguien por el césped hasta el centro del estadio. La comitiva está formada por la élite de los mercenarios entrenados por el soviético. Se abre para dejar paso a esa figura. No ve demasiado bien, pero juraría que se trata del presentador, que llega hasta el

círculo central y se queda de pie observando su obra, orgulloso, mientras piensa en todos esos imbéciles muertos. Creían que el fútbol iba a distraerles de sus problemas, que ganar una final iba a cambiar sus vidas, que iba a hacerles más felices. Han venido desde Madrid y desde Múnich. No tienen dinero para comer, pero sí para coger un avión y pagar una entrada que vale cientos de libras.

Jellineck cree ver a Patrizia saltando por la grada baja. Va por detrás de la comitiva, sin que esta advierta su presencia. Se está acercando bastante. El policía intenta bajar con cuidado. Hay algunas personas tiradas en el

suelo; la mayoría desmayadas o, tal vez, muertas. No parece que tengan heridas de sangre; ha debido de ser por la avalancha. No se detiene a ayudarlas. Observa cómo la joven, muy cerca ya de la hierba, se ha escondido y se coloca un verdugo para cubrirse el rostro. Va armada y está preparada para intervenir. La escolta se retira por donde ha venido dejando solo al presentador en el centro del campo. Tienen orden de replegarse y de salir de Wembley. Han acabado su misión. Patrizia se fija bien en Shultheiss; su presencia impone, parado así en medio del caos. Viste de traje, sin corbata, y tiene una nueva muesca en la cara. La joven espera a que se hayan ido

definitivamente sus escoltas y se asegura de que está solo. Una SpiderCam, colgada de dieciséis cables de acero, sobrevuela el estadio dando un plano espectacular. Desde la unidad móvil, First dirige la operación. Pretende que su líder dé un último mensaje a través de esa cámara robotizada. Jellineck continúa bajando. Apenas le falta un tramo de gradas para alcanzar el verde, cuando ve cómo la cámara empieza a sobrevolar el campo no demasiado lejos de él. Instintivamente apunta con su pistola y descarga sobre el robot todo su odio hacia la televisión moderna. Le cuesta alcanzarlo, pero al final acierta en uno de los ejes de la cámara que se

descontrola y empieza a girar sobre sí misma. Desde la unidad móvil no pueden hacerse con ella, que termina cayendo en el césped cerca de una de las porterías. First se preocupa, era la manera de lanzar ese último mensaje que Shultheiss necesitaba para cerrar el círculo. Desde el camión, a pesar de toda su tecnología, no pueden solucionar el problema. En los hogares, solo ven un plano muy general de lo que está ocurriendo transmitido desde el tercer anfiteatro del estadio. No se puede distinguir prácticamente nada. Tampoco hay sonido. A pesar de eso, nadie cambia de canal.

Jellineck observa cómo Shultheiss

se gira hacia él cuando un tremendo impacto le golpea la espalda y le hace caer rodando por las escaleras. Se queda tumbado intentando entender qué ha sucedido. El eco de la detonación rebota por el anfiteatro. El policía intenta calmarse y analizar la situación: puede moverse, aunque le duele mucho; sangra por el pecho y por la espalda, lo que quiere decir que la bala lo ha atravesado sin afectar al corazón porque, de otra manera, estaría muerto. Tiene dificultades para respirar y siente una punzada terrible en el pulmón. «Joder —piensa—, ¿me voy a morir como un gilipollas por culpa de un puto presentador de televisión?». Consigue

incorporarse y permanecer sentado en el suelo, apoyado en un asiento. Mira hacia la parte superior de la grada, desde la que ha venido el disparo. Está mareado, pero cree distinguir a lo lejos a Phil White con una pistola en la mano.

Shultheiss ha sacado un móvil y toca su pantalla buscando una aplicación. Por una vez no controla él lo que está aconteciendo. No ve cómo Patrizia salta la valla y se encamina con paso firme hacia el círculo central, del que la separan casi veinticinco metros. Ha oído la detonación y ha visto caer a Jellineck. No hace nada al respecto. Camina a buen ritmo, con un arma pegada a la pierna derecha, sin llamar mucho la

atención. Cuando está llegando, el presentador, que iba grabar algo con el móvil, se gira y sus miradas se cruzan. Patrizia va vestida como un *attak* más, pero él sabe que es diferente. No dice nada. Ella tampoco. Pisa ya la línea curva que enmarca el centro. La lluvia es ahora más suave. Shultheiss la espera, sin inmutarse. Jellineck, herido grave, recupera su pistola. A esa distancia no acertaría ni a un elefante.

—No necesitas esa máscara. Sé quién eres.

—No funciona la SpiderCam, te has quedado sin mensaje final —explica Patrizia.

—Se puede hacer de otra manera.

Patrizia no contesta, levanta la pistola y le apunta con ella a la cabeza. Su rival no se inmuta.

—¿Para qué? ¿Para qué todo esto?

—¿De verdad quieres saberlo? —sonríe Shultheiss—. Grábame tú y dáselo a las televisiones. Puedes venderlo al precio que quieras. Te pagarán millones. —El presentador arroja su móvil a la hierba y hace un gesto. La joven entiende que debe sacar el suyo.

Jellineck se esfuerza por no desmayarse. Ha vuelto la cabeza hacia el campo. Quiere saber qué hace la chica y no ve cómo Phil está bajando hacia él. Le desconcierta contemplar a

Shultheiss y a Patrizia hablando con aparente tranquilidad. Le gustaría escuchar lo que dicen. Es imposible. Phil llega a la altura de su jefe y le encañona.

—Lo siento. Me caía usted bien. Pero no podía permitir que disparara.

—No necesitabais ya al jefe técnico, ¿verdad?

—No. Era muy blando. Ya no creía en lo que estábamos haciendo.

Es todo lo que Jellineck necesitaba saber: los han dirigido en todo momento. Vuelve su mirada hacia el césped. Le da igual lo que haga el policía que le ha traicionado.

En el campo, la joven levanta su

teléfono y graba al presentador, que hace una breve declaración. Phil se detiene sin saber cómo actuar. Según termina de hablar, Shultheiss extiende la mano para que Patrizia le entregue la pistola.

—Déjame hacerlo a mí —le parece escuchar al inspector.

Patrizia niega con la cabeza.

—Yo creía en lo que hacíamos —dice.

Levanta la pistola y, sin dejar de grabar, dispara en la cara a Shultheiss, que se desploma. Se queda mirando el cuerpo hasta cerciorarse de que no se va a levantar. Apaga el móvil. A pesar de estar en un estadio de fútbol, se produce un instante de intimidad entre Patrizia y

el presentador, que da sus últimos estertores en el suelo. Nadie graba nada, nadie retransmite nada, nadie tiene una experiencia vicaria. La sangre es real y parece real; la muerte es cierta y se muestra como tal ante los ojos de la chica y también ante los de Jellineck y Phil: la muerte de Shultheiss y la más que probable muerte del policía, que nota cómo se le escapa el aliento. Al menos ha visto terminar esta locura, este espectáculo siniestro.

Patrizia gira la vista hacia donde cayó antes su circunstancial compañero y corre hacia él. Phil le dispara sin apuntar y escapa escaleras arriba. Con el presentador muerto, él ya no hace

nada allí. Patrizia se siente a salvo, salta la valla y llega hasta el inspector jefe. Se agacha a la altura del policía, que está a punto de perder el conocimiento.

—Has hecho bien —acierta a decir él—. Vete, que no te encuentren aquí.

—¿Llamo a una ambulancia?

—Con tantos heridos... Espera, quiero pedirte una cosa.

Patrizia lo contempla y se entristece por este hombre al que apenas conoce. Es un sentimiento que la desconcierta. Lo ve débil, desprotegido, solo. Tierno.

—Mi mujer... está muy muy enferma. No puede vivir sin mí. Vete a mi casa y..., que no sufra, por favor. Hazlo rápido.

A Patrizia le cuesta entender lo que quiere decir. Una lágrima asoma por su mejilla. No sabe qué le sucede, por qué está llorando justo ahora. No le ha afectado la muerte del concursante, la ha analizado, la ha visto cientos de veces; tampoco la del entrenador de tiburones ni la de Sylvia Murano... No ha sentido nada al matar a Shultheiss. Pero ahora no puede soportar la mirada de Jellineck.

—Que no sufra más..., por favor. Ponle una canción..., la que está en el MP4, es su favorita.

Ella asiente. «Que no sufra. Que nadie más sufra», se repite como un eco en su cabeza. El policía le da la

dirección de Hammersmith y saca sus llaves del bolsillo. Se las tiende.

—Y dile que la quise. Que la quiero. Siempre.

Patrizia llora como una niña contemplando al herido tumbado en el suelo. Sufre el frío y la humedad de la noche. Le da mucha más pena porque está mojado. Es una tontería, pero nadie debería morir pasando frío. Le cuesta reaccionar. El sonido de las sirenas está cada vez más próximo. Se escuchan algunos disparos en la lejanía. La policía está consiguiendo reaccionar. Se quita la cazadora y tapa al viejo policía.

—Hasta que la muerte nos separe...
—concluye Jellineck.

Pam está sola en la casa. Es posible que haya visto en el televisor las imágenes de lo que ha pasado. Es probable que su cerebro todavía pueda entender la congoja y el dolor ajenos.

Llegan fuerzas militares al estadio de Wembley. Lo más rápidamente posible, los soldados montan un hospital de campaña para atender a los heridos. No dan abasto, puede haber miles. La jauría de perros aparece también por las inmediaciones, atraída por el olor de la carne fresca, complicando mucho más las tareas del ejército. Dray y First aprovechan el movimiento para salir de

la unidad móvil. Van de paisano, ya no llevan la parafernalia policial y se han manchado la cara y la ropa con sangre de los cadáveres. Caminan fingiendo estar desorientados. Nadie se fija en ellos, queda mucho trabajo por hacer; lo primero, controlar el perímetro, alejar a los animales y comprobar que no haya más terroristas.

Ambos equipos de fútbol continúan encerrados en sus vestuarios.

VI

El control central de emisiones de Ondaseven recuperó la señal normal unos segundos después de que Shultheiss hubiera muerto. El telediario de la noche terminó con un resumen de noticias que ya no tenía sentido. Los servidores de Twitter del Reino Unido se cayeron por primera vez en la historia, incapaces de contener los millones de mensajes.

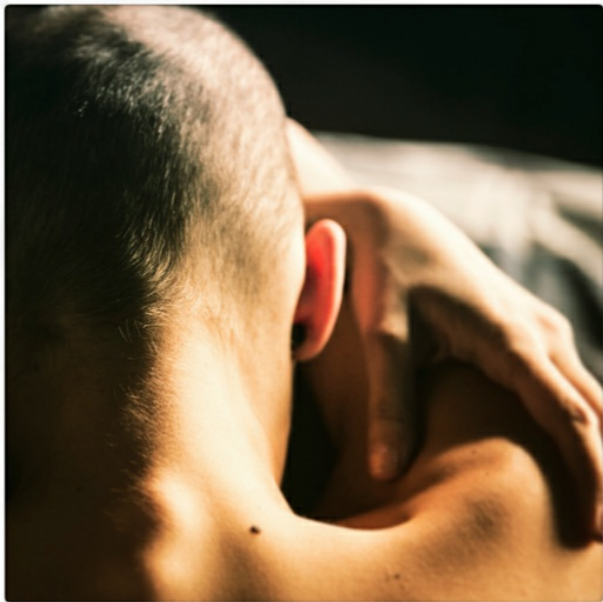
Las audiencias dijeron al día siguiente que, en Gran Bretaña, el noventa y dos por ciento de la población estaba viendo el momento del atentado en Ondaseven. Entre ellos, Laszlo, la familia del fallecido Paul Nipkow, Matt y George, Candela, la doctora Maslany,

los empleados del zoo, el último novio de Sylvia y todos los consejeros de la cadena. Nadie quiso perderse los acontecimientos de esa noche. Toda la culpabilidad recayó en el jefe técnico y quedó demostrado que ni la cadena ni Carla ni Castro ni, mucho menos, Klimt Owd habían tenido nada que ver en los acontecimientos. Unas semanas después, el presidente recibió su premio en una ceremonia privada pero recogida por todos los medios de comunicación. Iba acompañado de su segunda esposa y de sus dos hijos, que vinieron del extranjero para la ocasión. Ondaseven subió cinco puntos de audiencia en la temporada. Todos mantuvieron sus

puestos de trabajo y el bono fue cuantioso al final del año.



CÍRCULO FINAL



«Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso

profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos».

SAN JUAN

Apocalipsis 20 10

I

El vídeo de los últimos momentos del presentador explicando la razón de todo lo sucedido podría valer millones de libras y sería el gran triunfo de Shultheiss después de muerto. Su manipulación definitiva. Todo el planeta está deseando escuchar su discurso, su grandiosa despedida. Demostraría así la mentalidad psicótica de los espectadores, ansiosos de consumir imágenes de acontecimientos, aunque estos sean terribles. La mente enfermiza de esa sociedad que anhela y a la vez

teme ver cómo se caen las torres gemelas en directo; a la que fascina contemplar cómo estallan las bombas en el metro de Londres, en Bombay, en Irak, en Yemen, en México, en Colombia, en Bali, en Oklahoma, en Madrid; esa sociedad que devora las noticias sobre el secuestro de un colegio en Chechenia, de un bombardeo en Yazidi, Dubrovnik; los planos grabados con una cámara casera del *tsunami* en el Índico arrasando pueblos enteros; del terremoto en la central nuclear de Japón; de la tragedia de Haití; del terrorista acabando, uno por uno, con los chavales noruegos del islote de Utoya; de los paramilitares que violan y asesinan a

Gadafi mientras lo graban con el móvil; del ahorcamiento de Sadam Husein; de las doscientas niñas de Vibik secuestradas por Boko Haram; de los SEAL entrando en la guarida de Bin Laden con el presidente de Estados Unidos contemplándolo en tiempo real desde su despacho; de la búsqueda de los cuarenta y tres estudiantes desaparecidos en México; de los asesinos de los dibujantes de Charlie Hebdo o de los estudiantes masacrados en Kenia. De los turistas muertos en el museo o en la playa de Túnez. Del niño sirio, ya sin vida, acunado por las olas. De los bebés con síndrome de Down asesinados por ISIS. De las personas

saltando por las ventanas de la sala de conciertos Bataclan en París. De los turistas que contemplaban los fuegos artificiales en Niza justo antes de que los atropellase un camión. Esa sociedad a la que fascina palpar el terror sin sufrirlo directamente necesita alimentarse de las palabras de su nuevo héroe o villano; qué más da si contribuye al espectáculo.

Un mensaje contenido en un pequeño ingenio de la tecnología humana, en un *smartphone*. Toda una comunidad expectante por saber quién es esa figura que lo ha grabado y cuándo lo va a entregar a una cadena de televisión. Patrizia camina por la calle escuchando

una y otra vez lo que dice y tratando de reflexionar sobre ello, sin conseguirlo. Al llegar al portal que le ha indicado Jellineck, su casa de Hammersmith, se detiene. Observa una última vez su teléfono con el discurso del presentador; es potente, orgulloso, aterrador. A ella le resulta indiferente.

Entra con las llaves que le ha proporcionado el policía. Recorre la casa hasta que escucha un gemido y encuentra a Pam tendida en su lecho. Está sola, con la boca desencajada, sin poder gritar. Se acerca. Le da la sensación de que la enferma se da cuenta de la nueva presencia, aunque su expresión no varía. La recién llegada la

contempla con lástima, dudando de si se entera de las cosas, de si de verdad experimenta el dolor que aparenta sufrir. No sabe qué hacer. No ha parado de llorar desde que empezó a hacerlo en el estadio. Sus ojos están enrojecidos. Se da media vuelta y decide marcharse. No soporta la realidad. Pam lanza un grito agónico, casi sin sonido, que la detiene. Se acerca de nuevo. No puede evitar cogerle la mano y quedarse observándola: unos ojos que miran, pero que no ven; una boca que se abre, pero que no atrapa el oxígeno suficiente; unas manos que agarran, pero que no aprehenden. Las lágrimas de Patrizia resbalan sobre el brazo de Pam. Decide

encender la música, tal y como le pidió Jellineck. Encuentra el MP4 y le da al «play». Empieza a sonar una versión lánguida de *One more kiss, dear, one more sigh*. Toma una almohada y se aproxima a la mujer.

—Te quiere —le susurra—. Siempre te ha querido. —Y empieza a oprimir la tela contra la cara de Pam. El dolor no hace daño cuando es lo único que se ha sentido durante años.

Una niña está encerrada y aterrorizada dentro del cuarto de baño. Fuera se oyen gritos de un hombre que aporrea la puerta.

—¡Sal, Patrizia, sal de una vez....!

La chiquilla se oculta dentro de la bañera y se hace un ovillo; se tapa los oídos y no quiere saber lo que hay fuera de sí misma. Los golpes son cada vez más poderosos, hasta que la puerta cede, y el hombre, su padre, entra y se le aproxima. La abofetea con violencia.

—¡¡No le cuentes a tu madre lo que hacemos, no se lo cuentes o te mato!!

Patrizia llora desconsolada, incapaz de defenderse de los manotazos. La sangre salpica la loza blanca y limpia de la bañera. Los baldosines. El perro que ladra. El padre se derrumba y empieza a sollozar sin dejar de agredirla.

—Yo te quiero, lo hago por tu bien. Te juro que te quiero. —Se siente

culpable a la vez que fuera de sus casillas. Levanta a la niña de un contundente tirón de pelo. Ambos lloran.

—¡¡No; déjame irme..., no...!!

—Te quiero, Paty, no puedo vivir sin ti..., te quiero. —El padre la abraza y empieza a besarla y a babear por su cara y su cuello. La mezcla de saliva y sangre le excita y arranca el vestido a la niña, a pesar de sus gritos.

Unas cuchillas esperan en el borde de la bañera. Un arma blanca. Una noche. No más dolor ni sufrimiento. Sangre del padre en las sábanas blancas. Rojo y blanco es el color del sacrificio.

Muerte.

Patrizia vuelve a la realidad. Se da cuenta de que no puede matarla. No ha dudado ni lo más mínimo al disparar a Shultheiss, como no dudó en segar el cuello de su padre una noche mientras dormía en su cama; sin embargo, es incapaz de cortar el hilo de vida de la esposa del Jellineck. La canción le absorbe todos los sentidos.

*One more kiss, dear
One more sigh
Only this, dear
It's goodbye
For our love is such pain
And such pleasure*

*And I'll treasure till I die
So for now, dear
Aurevoir, madame*

La mujer joven acaricia la cara de la anciana, que recupera el aliento, el débil aliento que la mantiene aún viva, y cierra los ojos con esfuerzo. Su expresión se relaja, descansa; su boca se entorna sin dejar de respirar, el rictus se serena. Patrizia la observa unos instantes; se seca las lágrimas, le besa la frente, le coloca bien el suero y decide que va a cuidarla. Pase lo que pase. Esa mujer da sentido a su vida. Va a cuidarla. Va a cuidarla.

Se quita el chaleco antibalas para

estar más cómoda. Apaga los televisores y enciende unas velas que servían de adorno en la estantería. La imagen de la anciana enferma pasa de prosaica a sagrada. Es como si su sufrimiento fuese el de toda la Humanidad, como si cobrase sentido; como si en ese grito se pudieran contener los de todos los que sufren y los de los que, por más que crean que no, están podridos por dentro; los de los hombres y las mujeres fragmentados, sin sentido. Los chillidos de la historia del ser humano desde que despertó su mente, desde que fue consciente de sí mismo, desde que asesinó o fue asesinado por primera vez.

—Siempre te quiso —repite—. A ti.

Siempre. Hasta el último aliento.

Las lágrimas caen suavemente por sus mejillas, la respiración se acompasa con la de Pam y su corazón consigue latir con normalidad. Patrizia no se había sentido así desde los siete años. Escucha la música mientras se decide a buscar el móvil. Lo encuentra en su bolsillo de atrás. Lo manipula y reproduce de nuevo el vídeo de Shultheiss: «YO decidí la muerte del concursante del programa; YO decidí que se lo comiesen los tiburones; YO he empleado toda mi vida y mi dinero en planificar lo que habéis visto, pero vosotros habéis disfrutado, y mucho, lleváis años disfrutando de este

espectáculo...». No aguanta más que el principio; los dos minutos de discurso se quedan en veinte segundos. No es verdad lo que dice a continuación; no es un mensaje al ser humano, no hay una ideología detrás, no lo hizo por nosotros, no lo hizo para que reaccionemos, para que entendamos; no lo hizo por el sufrimiento de Pam, ni por la angustia irónica de Jellineck, ni por las cuchillas en la bañera de Patrizia, ni por la soledad de Maslany, ni, mucho menos, por los animales que se suicidan o por los pájaros que no pueden dormir; no lo hizo por Wounda, ni por Nim; no lo hizo por los padres de Paul Nipkow, ni por su hermana pequeña, que todavía

no sabe exactamente qué le ha sucedido, ni por los noventa millones de espectadores que contemplaron la explosión de Wembley en directo. Lo hizo por no comprender que él era parte del problema, por dejarse dominar por aquello que criticaba; lo hizo por sí mismo, por llegar a ser el *hashtag* más tuiteado de la historia. Y lo peor de todo es que ni siquiera fue consciente de ello.

Con eso le basta a Patrizia para decidir borrarlo. Nadie escuchará el discurso. Sus dedos se mueven con precisión por la pantalla táctil. El teléfono le pregunta: «¿Seguro que desea eliminarlo?». Le viene a la mente lo que tiene escrito en su pecho izquierdo:

«Sí». Roza con su yema la pantalla. Y la grabación se desvanece para siempre. Los ceros y los unos que intentaban dar sentido a los incidentes de las últimas semanas, desaparecen sin remedio. Shultheiss no tendrá su mensaje final. Y los espectadores, tampoco. Se van a quedar sin saber, sin capacidad para interpretar lo que ha ocurrido; vacíos, ávidos; solos. Shultheiss se había convertido en el paradigma del *star system* narcisista, en un avatar que asesina pero que no huele, que carece de textura, que no es otra cosa que pura imagen visual seductora, sin cuerpo.

Patrizia respira aliviada y coge la mano de Pam, que esta vez sí siente el

calor de la piel en su piel.

Like the sun, dear

Up on high

We'll return, dear

To the sky

And we'll banish the pain and the

sorrow

Until tomorrow goodbye

El Gobierno Central Europeo de acuerdo con el británico decidieron, como luto por las doce mil trescientas veintiuna muertes del estadio de Wembley, que no se disputara la Champions League al año siguiente. La

competición se reanudó dieciséis meses después y la final de ese torneo fue el récord de tuits de la historia, tres millones por encima de la noche de #Shultheiss.

Agradecimientos

A Ramón Esquinas y Andrea RF.

A Ana Pozo, Cristina Esteban, Victoria Dal Vera, Rafael Nieto, Alfonso Segura, Dolores Díaz, Eva Cruz, Nacho Simón, Juana y Carlos Mula (Atrezarte), Aurora Martínez, Víctor M. Picatoste, Sara Maldonado (Gecisa), Juan Carlos Arroyo, Martín Cappelletti, Miguel Sesé, Inés Díaz Liz, Pepe Herrero, Eva Calleja, Fernando García Perita, Miryam Galaz, Juan Cruz, Manuel Delgado, Miguel Rellán, Carmen Costi,

Gonzalo Albert y Pablo Álvarez.

Y a todos los que compraron la primera versión en la web.

II



En la web de la novela encontrarás mucha más documentación sobre el proyecto y más fotografías.
www.circuloslanovela.com

Para entrar en la zona privada de la web:

USUARIO: **circulosnovela**

CONTRASEÑA: **shultheiss**

Notas

[1] <http://gonzalezrequena.com/> <<

[2]

<http://www.formulatv.com/noticias/2533-osborne-fue-espacio-1994-concurso-futurista-scavengers-antena3/> <<

[3] <https://www.youtube.com/watch?v=Zk6KiP7iQgo> <<

[4] https://www.youtube.com/watch?v=kTTxB_Zofo&index=12&list=PL1A5
<<

[5] «Cuidado con el hueco». Se pone en las estaciones de metro refiriéndose a la distancia de los trenes a la plataforma. (N. del A.). <<

[6]

[http://www.animalesextincion.es/articulo?id_noticia=000428&titulo=Tiburon_toro.](http://www.animalesextincion.es/articulo?id_noticia=000428&titulo=Tiburon_toro)

<<

[7] <http://naukas.com/2014/07/16/tv-jamming-el-incidente-max-headroom/>

<<

[8] <http://www.suarezreguera.com/> <<

[9] <http://www.egon-schiele.net/the-complete-works.html> <<

[10]

<http://www.orlandosentinel.com/news/national/fla360-pictures-winter-park-sinkhole-20121113-photogallery.html> <<

[11]

<http://www.suspension.org/hooklife/posi>

<<

[12] <https://www.youtube.com/watch?v=5ipGhzrli3s> <<

[13] <http://lach.bandcamp.com/track/red-and-white> <<

[14] https://www.youtube.com/watch?v=Os_rWMuqIu4 <<

[15] También conocido como Guy. <<